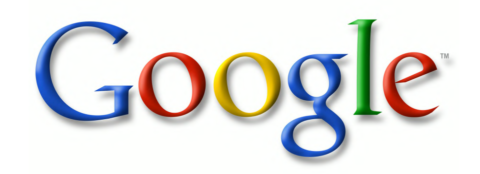


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

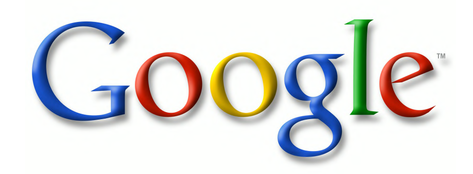
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



Span
5420.5
SIGILL : COLL : HARVARD : CANTAB : NOV : ANGL : 1650
CHRISTO ET ECCLESIAE
BOSTON.

COLECCION GENERAL
de comedias escogidas.

TOMO I.

De Don José de Cañizares.

COMEDIAS ESCOGIDAS

DE

DON JOSÉ DE CAÑIZARES.

TOMO PRIMERO.

CON LICENCIA.

Madrid, Imprenta de ORTEGA Y COMPAÑÍA.

1829.

Span 5420.5

EL DOMINE LUCAS.

PERSONAS.

Don Lucas, estudiante.
Don Enrique.
Don Antonio.
Don Pedro, viejo.
Doña Leonor, su hija.
Doña Melchora.
Florela.
Juana.
Talaveron.
Cartapacio.
Un Golilla.
Un Letrado.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Don Antonio, de soldado bizarro, don Enrique, de golilla, y Talaveron de lacayo.

Antonio.
Vive Cristo, don Enrique,
que si dais en esa tema,
me he de ahorcar de una encina.

Enrique.
Don Antonio, yo quisiera
saber de vos, cómo se ama,
sin que el corazon lo sepa.

Talaveron.
Amando por diversion,
que el que es, aunque hombre, tan bestia,
que por mugeres se mata,
merece.....

Enrique.
¿Qué?

Talaveron.
Que se muera.

Antonio.
Dice bien Talaveron.
¿Hombre ó demonio, en qué piensas?
Las mugeres todas son
engañifas de la idea;
nuestros desvelos nos pagan
en el precio que nos cuestan,

No, amigo, que la mas fina
tiene una rara moneda,
que cuando la dice, es oro,
que cuando la llora, es perlas,
que cuando la escribe, es plata,
y es cobre, cuando la trueca,
pues es fuerza hacerla cuartos,
para cumplir con ochenta.

Talaveron.

El Evangelio es de amor.

Enrique.

Don Antonio, la franqueza
de vuestro genio, aumentada
con la libertad que engendra
la campaña, os da ese humor,
incapaz de que en él quepan,
ni reflexiones amantes,
ni desveladas empresas.
Yo, que adoro una hermosura,
y con mi pasion apenas
la mereci compasiva,
cuando ya la lloro agena,
muy de otra suerte discurro.

Antonio.

¡Válgame Dios, qué terneza!
es lástima que no llores,
y esa dama no te vea
hacer pucheros con barbas,
para que con eso fuera
mas alta tu bobería,
y mas fina su soberbia.

Talaveron.

Ver á un barbon hacer mimos,
es cosa que desespera.

Antonio.

Pero permíteme, amigo,
que pueda pedirte cuenta
de aquel tu pasado amor
con cierta madamisela,
que servistes en Amberes,
que despues de otra novela
de amor, que tambien, tambien
no somos aquí de piedra,
te referiré el suceso:
y comerciadas tus penas
con mis glorías, lograremos
divertirlas con saberlas.

Talaveron.

Aquí me huele á romance. *ap.*

Enrique.

Escucha, amigo, y no creas
que siente con pocas causas
el que padece con estas.
Hijos de Madrid nacimos
los dos, y en nuestras primeras
infancias, por el afecto
que el trato comun engendra,
tan amigos, tan hermanos,
que el deudo, que á la fe nuestra
no le concedió la sangre,
le obró la correspondencia;
que el verdadero pariente,
si sabe serlo de veras,
es el amigo; pues poco
importa que no lo sea,
si quien siente lo que siento,
y en mis bienes se interesa,
aunque no tiene mi sangre,
tiene los efectos de ella.

De Madrid, pues, por influjos
de inclinaciones diversas,
partimos el rumbo entrambos;
vos á estudiar en la guerra,
yo á lidiar en los estudios;
en cuya sutíl palestra,
apenas con la ambicion
de ceñirme á las esentas
ramas del furor de Apolo,
me dí al uso de las ciencias,
cuando á mi padre, que en Flandes
de Amberes la fortaleza
gobernaba, un accidente
asaltó con tanta fuerza,
que sin que le diese el tiempo
lugar á mas diligencia
que á morir, rindió á la parca
su noble vida, tan llena
de militares aplausos,
que no poco en sus empresas
embarazó de la fama,
ya las plumas, ya las lenguas.
Fue preciso hiciesen pausas
mis estudios con tal nueva,
siendo el único hijo suyo;
y aventurando mi hacienda
si á Flandes no me partía,
hícelo con tanta priesa,
que logré cuanto anhelaba,
y aun lo que menos quisiera.
¡O cielos, cuánto el acaso
de los desvelos se venga!
¡cuanto de las prevenciones
se burlan las contingencias!
Un dia, ya fenecidas

de Amberes las dependencias,
que pensando en mi partida,
salí á la hermosa ribera
de un rio, que á sus murallas
bate con bombas de perlas,
despues de haber dilatado
vista y planta en su halagüeña
entretegida espesura,
cuya enredada maleza,
ó tarde, ó nunca la entrada
á un rayo del sol dispensa,
á tiempo que ya la tarde
con la noticia primera
del avance de las sombras,
del tropel de las tinieblas,
en retaguardia del sol
iba tan en fuga puesta,
que sin poder en el grueso
de sus luces recogerlas,
se iba dejando en poder
de la noche las estrellas
traidoramente cautivas,
dócilmente prisioneras;
un dulce halagüeño acento
escuché, cuyas postreras
sílabas entre las voces
de un blando instrumento envueltas,
eran prision armoniosa
de fuentes, de aves y fieras.
Bien pudieran persuadirme,
á no saber cuanto mienta
la antigüedad fabulosa
plantas mudas y ondas quietas,
vientos y flores absortas,
que alguna incauta sirena,

ó dríade de aquel bosque,
ó de aquel golfo nereida,
eligiendo aquella muda
soledad, juzgaba en ella,
de algun semidios zelosa,
verter en dulces endechas
sonóro tósigo al aire,
dulce veneno á la selva;
pues para serlo bastaba,
que aun ecos de zelos fueran.
Pero me desengañó
ver á mis ojos espuesta,
apenas de unos jarales
dí al rudo teson la vuelta,
una placentera tropa
de hermosas madamiselas,
y entre ellas una, que dando
alma á un laud, de sus cuerdas
iba el oro bullicioso
salpicando de azucenas.
Todos á un tiempo pudieron
en afable competencia
suspenderme: pero como
aun la mas hermosa deja,
bien que los ojos cautive,
franca la segunda puerta,
que es la del oido, presto
la libertad halla senda
para salir; y mas cuando
este sentido no cesa
de influir con desengaños,
de llamar con influencias.
Pero como la tirana
hermosa enemiga bella
del corazon, con su acento

á la cláusula primera
del oido me cogió,
no encontró despues, al verlas,
camino para la fuga
la libertad; antes presa
de dos iguales impulsos,
el cuello dió á dos cadenas,
aunque cualquiera sobraba;
pues como triunfar aprenda,
donde hay beldad, ¿qué mas voz?
dónde hay voz, ¿qué mas belleza?
Rendido á tan noble objeto,
cobrándome en mi suspensa
admiracion, al estilo
del pais, la reverencia
les hice, á que todas juntas
correspondieron atentas,
á tiempo que de su gente
instadas, la estancia amena
trocaron por las carrozas.
Que las seguí, ya se deja
entender; que por criadas,
billetes y estratagemas,
á saber llegó mi amor
Cintia, (aqueste nombre tenga
por disfraz de mi respeto)
dicho está, y solo me resta
encarecer cuán aprisa
en amorosas empresas
penas á glorias se cambian,
bienes por males se truecan;
pues apenas obligada
la tuve, cuando á sus puertas
con otro galan, que acaso
de mí con infiel cautela

encubria, cierta noche
reñí una cruel pendencia.
Fue á tiempo que mi partida
me instaba; conque el creerla
traidora á mi amor, el lance
referido, y la funesta
noticia de una criada,
que me contó que no era
yo solo de Cintia amante,
me hizo abreviar mi dispuesta
jornada, y aborreciendo
las libertades flamencas,
dar al olvido su amor.
¿Pero que importa? si apenas
á Salamanca volví,
cuando al ver su primer flecha
burlada, el ciego traidor,
un segundo arpon me asesta;
como quien dice: no importa
que no haga caso de aquella,
que como me queden armas,
aun mas victorias me quedan.
De don Pedro de Chinchilla,
caballero, cuyas prendas
toda Castilla encarece,
la esposa murió, y la deuda
de caballero me hizo,
que con todos concurriera
á la piadosa funcion
de sus honrosas exequias,
y al pésame acostumbrado:
que concediese fue fuerza
Leonor, hermosa hija suya,
su vista; no á encarecerla
con hipérboles aspiro:

solo diré, que si fuera
tan hermosísimo el luto
conque la noche lamenta
la falta del sol, sobraba
de la aurora la asistencia,
y el bello incendio del dia.
Ahora notad por las señas,
la que alumbraba con sombras,
¿con esplendores qué hiciera?
Solo sé, que si allá el gozo
me suspendió, aquí la pena
me trajo: si allá armonías
me cautivaron, tristezas
me aprisionaron acá;
si en una el canto me eleva
en otra el llanto me mueve.
¡O amor! ¿qué habrá que no sea
materia para tus triunfos,
si ya sea gusto, ó ya queja,
ya placer, ó ya dolor,
ya júbilos, ó ya endechas,
todo sirve á tu deidad,
todo á tu poder obsequia?
Con que mal podrá eximirse
de tu esclavitud quien sepa,
que en cualquier afecto vives,
y es fuerza que en todos venzas.
Desde que á Leonor miré,
dí en servirla, y merecerla
alguna atencion, que aun hoy
á mi cariño conserva.
Tuvo don Pedro su padre
un sobrino en las escuelas
de Salamanca, á quien llaman
don Lucas, que en la aspereza

criado de la montaña,
que, como patria cualquiera,
discretos y necios cria,
no hay humana diligencia,
que baste á hacer que cultive
tanta natural rudeza.
Es tan necio como vano,
y en el uso de las letras
incapaz, pues ha seis años
que estudiando se desvela,
y ni aun gramática sabe.
Con este, por conveniencias
de mi amor, trabé amistad
muy grande, antes que viniera
Leonor á Madrid, adonde
siguiendo las dependencias
de un gran mayorazgo suyo
don Pedro está: y de manera
su aplicacion ha logrado,
que con sus crecidas rentas
un título comprar quiere,
con él formando, y con ellas
el dote á Leonor, bien como
su principal heredera.
Pero esto es con la pension
cruel de que porque sea
la línea de los Chinchillas
del mayorazgo cabeza,
á su hija con su sobrino
casar quiere; y con la idea
de esa sinrazon, en casa
al tal don Lucas hospeda,
bien que en cuarto separado,
no obstante la resistencia
de Leonor, que por no verse

en las manos de una fiera,
título y dote gustosa
cede a su hermana pequeña
doña Melchora, con quien
escasa naturaleza,
en cuanto al entendimiento
la mayor verdad la niega.
Ahora juzgad, don Antonio,
las líneas á un centro vueltas,
los escarmientos de Flandes,
de España las contingencias,
iras, sustos, ansias, zelos,
pesares, angustias, quejas,
sinrazones, sobresaltos,
si es forzoso que me tengan
mal seguro de mi suerte,
bien quejoso de mi estrella.

Antonio.

Con razon encarecisteis
las esquisitas novelas
de vuestra vida, y en todas
os pareceis de manera
á mi, que no hay circunstancia
en que entre sí no convengan.
Dama tuve yo en Amberes,
pero con gran diferencia
entre vos y yo; pues aunque
reñí mil veces por ella,
jamas un favor logré;
que en queriendo yo de veras
á una muger, al instante
se me reviste de peña,
se me espirita de escollo,
y no hay diablos que la venzan.
Pero esta doña Melchora,

hermana de Leonor bella,
¿no está tambien en Madrid?

Enrique.

Claro está.

Antonio.

Pues Dios nos tenga
de su mano; habrá dos meses
que saliendo de una Iglesia
con su hermana, la hice gestos,
la seguí, y la tengo hecha
una lástima por mí.

Enrique.

¿Qué decis?

Antonio.

Hablo de veras.

Talaveron.

Me parece que á los dos
no se os escapa frutera
á quien no le hagais terrero.

Antonio.

Pero, hombre, es la mayor bestia,
que he conocido en mi vida.
Asi la hallé á la primera
dócil á mi amor, que siempre
todo lo que me rebienta,
es lo que se anda tras mí.

Talaveron.

No es muy mala ropa aquella
de aquel coche.

Antonio.

Siempre suelen
venir los dias de fiesta
á misa á los Recoletos,
algunas carillas buenas.

Enrique.

Por el corto brujuleo,
que las cortinas inquietas
al soplo del aire forman,
algo percibir se deja
no desagradable

Antonio.

A Dios;
¡mas qué el cochero las vuelca!

Enrique.

Remolinadas las guias,
que deben de ser muletas,
tuercen el juego.

Talaveron.

Ya acude
el escudero que llevan
á enderezarlas.

Antonio.

¿Qué importa
sino alcanzando á las riendas,
se burlan de él?

Enrique.

Acudamos. *Vanse.*

Dentro Cartapacio.

Aguarda, Toribio.

Voz.

Espera,
pícaro.

Dentro Melchora.

Cielos, piedad.

Dentro Leonor.

¿No habrá quien nos favorezca?

Talaveron.

Cayó el coche, pero á tiempo,
que mi amo y su amigo llegan,

sosteniéndole, á sacar
la gente que dentro encierra.

ESCENA II.

Dichos y Cartapacio.

Cartapacio.
¿Señores, habráse visto
mas solemne desvergüenza,
que la de este verderon,
que gritándole hora y media,
sobre que hácia el pectoral
les restringiese las riendas,
no quisiese? Ello no hay hombre
que observe sus incumbencias.
Talaveron.
¿Qué es eso, amigo?
Cartapacio.
No es nada,
un enjambre de cabezas,
que se han roto en aquel coche,
¿y se está con esa flema
vuesarcé?

ESCENA III.

Dichos y don Antonio, con doña Merchora en brazos. (1)

Antonio.
Trocad, señora,
¡qué miro! las azucenas

---

(1) *Trae una perra grande, y unos rizos descompasados, collar gordo y vueltas.*

de vuestro rostro al purpúreo
clavel, que en su espacio reina,
que ya estais libre.

Melchora.

¡Ay, señor!
que no sé yo como pueda,
ni trocar, ni destrocar,
porque ni viva ni muerta,
estoy tan de estotro modo,
que estoy de cualquier manera.
Yo os agradezco el socorro,
no solo por mí, que aun esa
es la menor circunstancia,
sino es por ver mi Marquesa
libre de..... ¿pero qué veo?

ESCENA IV.

Dichos, don Enrique con doña Leonor, y Talaveron con Juana.

Enrique.

No Atlante se desvanezca
de que en sus hombros el cielo,
divina Leonor, mantenga,
cuando yo á cielo mejor
logro con débiles fuerzas
sostener.

Leonor.

Solo un acaso,
Enrique mio, pudiera
conseguirme esta fortuna.

Talaveron.

Semidiosa de la legua,
vuelve en ti.

Juana.

No solo en mí
volveré, sino en cualquiera,
por lo bien que me está.

Cartapacio.

¿Digo,
tambien hay para una puerca
su pasico de desmayo?

Talaveron.

¿Y quien al purichinela
le llama aquí?

Cartapacio.

Usted perdone,
que esto es una impertinencia.

Antonia.

¿Es posible que á mi amor
le ha de costar el que os vea
todo este susto?

Melchora.

Yo os tengo
un amor como una bestia;
pero tan desaquellâda
me siento con una ausencia,
que á no estarme divertida
en hacer unas muñecas,
y en bailar lo mas del tiempo;
yo, Juana y la cocinera,
ya nos hubiéramos muerto.

Antonio.

Yo os estimo la fineza,
que á un amor de zarambeque
con un pandero se premia.

Melchora.

Ellas y yo, ya se sabe,
pasamos de esta manera;

porque en casa ellas y yo
es lo mismo que yo y ellas.

Antonio.

¡Mal haya tu entendimiento! *ap.*
¿habrá hombre, que de una necia
pueda gustar?

Leonor.

Hoy habemos
recibido una Flamenca
por criada, á quien condujo
un mercader de su tierra,
conocido de mi padre,
y dicen, que entre las prendas
que tiene, en la de cantar
es divinamente diestra.
Yo haré que Juana te espere
esta noche, y cuando sea
ocasion de que á mi cuarto
entres, la voz es la seña
que ha de avisarte; pues, como
te he dicho veces diversas,
aunque aventure, ¡ay Enrique!
opinion, vida y hacienda,
tú solo has de ser mi dueño.

Enrique.

Esa constancia me alienta.

Leonor.

Y ahora, pues es reparable
detenernos mas en esta
publicidad.. ¿Cortapacio?

Cartapacio.

¿Señora?

Leonor.

Que dé la vuelta
Toribio,

Cartapacio.

¡Ah, papagayem!
desfílate á la derecha.

Antonio.

Hasta tomar la carroza,
el iros sirviendo es deuda.

Melchora.

Pues llevadme esta perrita,
y no la apreteis; que es tierna
de pecho, y vomitará.

Antonio.

Cierto que la alhaja es bella.

Melchora.

Hoy ha almorzado dos libras
de huevos de faldriquera;
y está muertecilla de hambre.

Enrique.

¿Cuando otra dicha como esta
lograré yo?

Leonor.

Don Enrique,
no hay mal que por bien no venga.

Enrique.

Si ha de costarte un peligro,
mejor me estoy con mi pena. *Vanse*

Cartapacio.

Demasiadas cortesías
son las de estos dos babiecas *Vanse.*

Talaveron.

Ven, hija.

Juana.

Vamos querido.

Cartapacio.

Ah pícara, ¡que galera

tan bien empleada! (1)

ESCENA V.

Don Lucas, que al verlos se suspende, y Cartapacio, al paño.

Lucas.

¿Si habrá
quedado misa en la Iglesia?
¡Pero qué miro!

Cartapacio.

Las tres
van como unas tres princesas.

Lucas.

¿Doña Leonor no es la otra,
¿Doña Melchora no es esta?
ellas son por las espaldas,
mas por detras no son ellas.

Cartapacio.

Iréme quedando atras,
que tengo una diligencia
que hacer en las tabernillas.

Lucas.

¡Habrá mayor desvergüenza!
¡muger, que para mi esposa
en infusion de sí mesma
estuvo en la primer mente
del padre del que la engendra,
anda en estos arrumacos!
Lucas, hémosla hecho buena;
y este maldito espantajo

---

(1) *Entranse puestas las manos en los brazos de los galanes las damas, y los graciosos dadas las manos.*

¿á qué demonios las suelta
sobre su palabra? Digo,

Cartapacio.

¡Jesucristo! ¿quien me tienta?

Lucas.

Yo, pícaro, que te vengo
á pedir de mi honra cuentas.

Cartopacio.

Yo, señor, si...

Lucas.

No se turbe.

Cartapacio.

Cuando pude....

Lucas.

Echalo fuera.

Cartapacio.

Si el cochero....

Lucas.

No me masque.

Cartapacio.

Fue el culpado.

Lucas.

¿De qué tiemblas?

Cartapacio.

Es que el coche, las señoras,
el cochero, la volteta,
los hombres..., y no hablaré
palabra, si usted se acerca,
que estoy perdido de miedo.

Lucas.

¡A Dios, honra montañesa,
no queda mi ejecutoria
para papeles de especias!

Cartapacio.

Señor, el coche venia

delante de la trasera ;
mas hácia acá de las reglas
sobre la viga maestra.

Lucas.

¿ Pues donde habia de venir ?

Cartapacio.

Comenzóse una reyerta
entre la zaina y la roja ;
yo , que olí la morisqueta ,
hice señas á Toribio ,
que el flagelo introdugera
á la parte occidental.

Lucas.

¿ Ahora me latinea ?
maldita sea tu alma.

Cartapacio.

No me entendió ; dió la vuelta ,
cayó el coche ; tus dos primas
saltaron , sin ser terceras ,
en los brazos de dos hombres ,
que se hallaron allí cerca.

Lucas.

¿ De dos hombres ?

Cartapacio.

De dos hombres.

Lucas.

¿ Ahí es preciso que hubiera ,
para desembanastarlas ,
ó de mano , ó de cabeza
tenazon y agarroteo ?

Cartapacio.

Abrazáronlas por fuerza
para sacarlas.

Lucas.

¿ Qué dices ?

Cartapacio.

Fue indispensable indecencia.

Lucas.

Caiga sobre mí un Vizconde
con toda su parentela.
¿Melchora, á quien entre dientes
tengo una aficion horrenda;
Leonor, en quien la pecunia
me tira, que me desuella;
la una hacienda de mi amor,
y la otra amor de mi hacienda,
maniestiradas de hombre?
¿Qué dirá el Valle de Ruesga,
adonde se trae la honra
colgada como venera?

Cartapacio.

Allí vuelven los dos hombres.

Lucas.

¿Los de la pasada gresca?

Cartapacio.

Ellos mismos.

Lucas.

Pues, querido,
aquí de tus habilencias.
¿No soy tu Dómine?

Cartapacio.

Ad natum.

Lucas.

¿No eres mi fámulo?

Cartapacio.

Etiam.

Lucas.

¿Te toca mi honor?

Cartapacio.

Ad intra.

Lucas.

¿Te tañe mi enojo?

Cartapacio.

Ad extra.

Lucas.

Pues dame esa daga.

Cartapacio.

¿Ad quid?

Lucas.

¿Ad quid? á lograr que mueran
los que mi amor despachurran.

Cartapacio.

Señor, tu piedad inmensa,
á este hombre precipitado
con sus auxilios detenga.

ESCENA VI.

Dichos, don Enrique, don Antonio y Talaveron.

Lucas.

Esto ha de ser.

Enrique.

Hasta tanto,
que de vista se perdieran
no quise dejar el coche.

Antonio

Gran dicha ha sido la nuestra.

Lucas.

¿Cartapacio?

Cartapacio.

¿Señor mio?

Lucas

¿Por dicha, has sido en tu tierra
barbero?

Cartapacio.

¿Porqué?

Lucas.

Porque
adonde cae me dijeras
la tetilla en las espaldas.

Cartapacio.

Señor, píllale la artéria
capital; mas arribita
del sófago, y por mi cuenta.

Enrique.

Por aquí, ¡pero qué veo!

Lucas.

Hombre, á tu Dios te encomienda:...
¡pero qué miro!

Enrique.

¿Don Lucas?

Lucas.

¿Don Enrique? abraza apriesa,
hijo de mi corazon:
¡Jesus! si no das la vuelta
tan aprisa, en un hijar
te he habierto una faltriquera.

Enrique.

¿Por qué?

Antonio.

¡Qué estraña figura!

Talaveron.

Longaniza de bayeta
parece el hombre.

Lucas.

¿Por qué
me pregunta? usted me juega
con mi novia á salta tú,

Enrique.

¿Cómo?

Lucas.

Tomándola á cuestas.

Enrique.

Yo solo sé, que dos damas
vi peligrar.....

Lucas.

Cantaleta.

Enrique.

Y á fuer de ser caballero.....

Lucas.

Fue usté á retozar con ellas.

Enrique.

¿Yo? ¿qué decís? ¿retozar?

Lucas.

Ya sé vuestras mañas viejas;
que en viendo mozas se os ponen
los ojos como linternas;
pero no se me da nada,
que antes me viene de perlas
la ocasion, porque en la novia
quiero hacer cierta esperiencia;
y de vos me he de valer.

Antonio.

El don Lucas es gran bestia. *ap.*

Enrique.

Ya sabeis, que por la antigua
generosa amistad nuestra
os debo servir.

Lucas.

Acoto:
y oidme en Dios, y en conciencia.

Enrique.

Proponed.

Lucas.

Y asi, la que está en conserva
para mí, en el natural
ha de ser de una jalea.

Enrique.

¿No es doña Leonor Chinchilla?

Lucas.

Esa propia; y desde aquesta
mismísima hora, usted
la ha de galantear.

Enrique.

¿Qué intentas,
hombre?

Lucas.

Saber, señor mio,
de la pata que cojea.
Si ella al continuo combate
se tiene tiesa que tiesa,
merece en mí un montañés
con todas las incidencias
de egecutoria y de sangre;
si se ablanda como breva,
con un escudero mio
le sobra mucho á la puerca.
Para lograr este aquel,
os da lugar y licencia
el ser mi amigo, y poder
entrar á verme, y á verla.
De todo cuanto pasáre,
de la forma que suceda,
me avisareis, y con eso
se amansará mi conciencia,
que ha dias que mi discurso
daba en esta sutileza.
Y pues que como las cosas,

que á ser conocidas llegan,
si, apresuradamente se rumian,
mejor despacio se piensan:
idme á ver presto, que á casa
voy á esperar la respuesta. *Vase.*

Cartapacio.

Disparóse: los demonios
que le den pique.

ESCENA VII.

Don Antonio, don Enrique y Talaveron.

Enrique.

¡Hay tan necia
proposicion!

Antonio.

¡Hombre ó diablo,
pues tal ocasion no aceptas?
Si el propio que te compite
te hace espaldas, da por hecha
tu fortuna, y á este bruto,
dale papilla.

Talaveron.

¿Quién yerra
esa eleccion?

Enrique.

Decís bien;
y pues así que anochezca
estoy de Leonor citado,
un tono siendo la seña,
venid. *Vase.*

Antonio.

Vamos, que tambien
á mí mi tonta me espera. *Vase.*

Tabaco.

Quiera Dios que pare en bien,
tanto como el diablo enrede.

ESCENA VIII.

SALA EN CASA DE DON PEDRO.

Florela vestida á la Flamenca, con luz, que la pone encima de un bufete, y despues don Pedro.

Florela cantando.

Ahora, que á solas
podemos los dos,
las quejas del pecho
fiar á la voz,
sintámos, pesar;
lloremos, dolor;
¡ay, patria! ¡ay, memoria!
¡ay, fortuna! ¡ay, amor!

Pedro.

¡Qué bien canta esta muger!
¿Florela?

Florela.

¿Señor?

Pedro.

Por raras
contigencias apelastes
al amparo de mi casa:
hija en Amberes naciste
de una ilustrísima dama
y un caballero español;
no sé que amante desgracia
de amor á España te trajo;
pero una vez en España,
y en mi poder, te oculto

esa tristeza ordinaria,
pues cuando de propio motu
contestando á la demanda
tuya, y de Octavio, te admito
con mis hijas; eso basta
por lo favorable, y por lo
que resulta de la causa,
á que estés muy satisfecha.

Florela.

Y á que rendida á esas plantas
os reconozca por puerto
de la deshecha borrasca
de mí vida.

Pedro.

La Flamenca *ap.*
tiene muchísima gracia;
¿mas qué fuera que Cupido,
no obstante mi edad, tratára
de hacer entre mis afectos
tan semiplena probanza
de inclinacion, que perdiese,
del alvedrio en la sala,
mi libertad en tenuta?
Pero á bien, que Sanchez trata
de matrimonio, y con él
Barroso, Olea y Sarabia;
y lo que es la propiedad
no le ha de salir barata.
Florela, á Dios, que ya vuelvo. *Vase.*

Florela.

Esto solo le faltaba
á mi dolor, que en veneno
se convierta la triaca,
y este anciano, á quien mi amparo
la estrella enemiga encarga,

en mi contrario te mude.
¡Ay, Enrique! quien juzgára,
que yo....

ESCENA IX.

Dichos, Melchora y Juana con mantos

Melchora.

¿Florela?

Florela.

¿Señora?

Melchora.

Ya ha media hora que mi hermana
se desgañita por tí.

Florela.

Iré á ver lo que me manda.

ESCENA X.

Melchora, Juana y despues don Antonio.

Juana.

Como sea cantar, que es sola
de esta friota la gracia,
irá en un pie.

Melchora.

Pues mi padre
está fuera, y no está en casa,
díle á don Antonio que entre,
ya que por la puerta falsa
le embocaste acá.

Sale don Antonio.

No tiene,
que ir á conducirme Juana,
que yo, salamandra activa
al incendio de tu llama,

me adelanté.

Melchora.

¿Qué decís?
¿que viva yo en Salamanca?
¿pues qué embarazo en Madrid?
¿pues qué, teneis otra dama?
¿pues qué, me quereis dejar?

Juana.

Mi señora es insensata. *ap.*

Antonio.

No adelanteis groserias,
que no caben en quien ama.

Melchora.

Bien me pagais el tener
una gran cosa pensada,
que deciros de mi amor.

Antonio.

Decid, que mi fe la aguarda.

Melchora.

Pues, querido don Antonio
de mi vida, y de mi alma,
el arbolito que vuela,
el pajarilló que pára,
el pececito que ruje,
la fierecita que canta,
todos en comparacion
de tu persona gallarda
son, son, son.... ! Valgate Dios!
ahora una cosilla entraba,
que si me acordára de ella,
de pura risa lloráras,
porque arbol, pájaro, pez,
y fiera, todo paraba
en decir que si, què no,
torna, vuelve, toma y daca.

Juana.

No se puede decir más.

Antonio.

¡ Habrá necedad mas crasa ! *ap.*
Esta muger pareciera
mucho mejor si callára.

Dentro Lucas.

Juana, alumbra.

Melchora.

Este es don Lucas.

Antonio.

¡ Pléguete Cristo con mi alma !
¿ qué hemos de hacer ?

Juana.

En mi cuarto
te entraré, mientras que él pasa
al suyo.

Antonio.

Oye, hija mia,
por tu vida que no hagas
que me quede por las costas. (1)

ESCENA XI.

Doña Melchora, Cartapacio, Don Lucas con un bulto debajo de la capa, y Don Antonio al paño.

Lucas.

¿ Melchora ?

Melchora.

¿ Don Lucas ?

(1) *Entrase don Antonio en el aposento del lado izquierdo.*

Lucas.

Gracias

al gallo de la pasion,
que te hallo sola, y sin mazas
para espresarte mi afecto.

Antonio.

¡Qué oigo, cielos!

Cartapacio.

Dile: acaba
lo que quisieres, que yo
estaré aqui de atalaya.

Lucas.

Hija, ya tu sabes que eres
por tu hermosura y tu gala,
y tu discrecion, la flecha
que mas me.... ¿cómo se llama?

Melchora.

Ya sé yo que tú me tienes
un amor como unas matas.

Lucas.

Pues, porque mi amor conozcas,
hoy pasando por la plaza,
no obstante las reverencias
de todas mis zarandajas,
te compré estas dos gallinas
para que almuerzes mañana:
tómalas por vida tuya.

Antonio.

¡Vive Dios que la regala,
y ella lo admite!

Lucas.

El misterio
de amor y gallina, calla
mucho mas de lo que dice:
pues significa en sustancia,

que en esta accion mi fineza
queda harto mucèreada.

Cartopacio.

Y que emplumado el cariño,
cobra en tu favor mas alas.

Lucas.

Lo que te encárgo por Dios
y su madre sacrosanta,
es, que Juana ni Florela,
ni tu padre, ni tu hermana
las vean; porque descubren
de miche á meche la maula
de nuestro afecto.

Melchora.

¿Pues yo
no tengo donde guardarlas.

Lucas.

¿No? ¿pues cómo yo las traigo
en la pretina colgadas,
no puedes ponerlas entre
ese manto rebujadas?

Melchora.

Dices bien por vida mia,
ayudame tú á liarlas.

Lucas.

¿Cómo que ayude? no son
favores para panarvas.

Cartopacio.

Pues no serán para usted.

ESCENA XII.

Dichos y Leonor.

Leonor.

¿Melchora?

Melchora.

¡Ay, ay Virgen santa!
que me la ve: San Anton,
ciégala

Leonor.

¿Qué tienes? habla.
Y vos, Don Lucas, ¿qué haceis
con Melchora aquí?

Lucas.

Ya estaba
diciendo que si..... A Dios:
fuéronseme las palabras.

Leonor.

¿Qué bulto, Melchora, es ese
que te hacen las espaldas?

Melchora.

Me ha salido una corcoba:
callen las descomulgadas.

Leonor.

Pues las corcobas no gruñen.

Melchora.

¿No hay quien por música canta?
¿pues porque no puedo yo
por brazos, ó por garganta
gruñir lo que yo quisiere?

Leonor.

Díme que tienes.

Melchora.

No es nada:
don Lucas te lo dirá. *Vase.*

Leonor.

¿Don Lucas, qué es esto? ¿en qué anda
Melchora?

Lucas.

¿En qué anda? en las piernas

no importa, para que salga,
que me descubra (1)

Enrique.

¡Qué miro!
un hombre está allí ¡Ah, tirana!

Antonio.

Yo soy; ¡mas válgame el cielo!
maté la luz.

Leonor.

Tente, aguarda,
don Enrique.

Talaveron.

Volaverunt.

Enrique.

Hombre, ilusion ó fantasma,
prueba el acero conmigo.

Antonio.

Bueno estoy yo si me embasa,
sin conocerme, mi amigo.
En todo caso la espada
por delante: ¿don Enrique?

Talaveron.

¿Qué don Enrique, ó qué haca?

Enrique.

¡Que mi saña no te encuentre!

Antonio.

Si alcanzo una cuchillada
por galantear una tonta,
estoy como en una caja.

Leonor.

Florela, trae una luz.

---

(1) *Saca la cabeza embozada don Antonio, velo don Enrique á tiempo que se va á desembozar, y mata la luz.*

Talavera.

Ya se alborota la casa. (1)

Lucas dentro.

¿Qué ruido es aquel?

Pedro dentro.

Yo soy:

¿no hay un diablo que me abra?

Enrique.

¡Gran confusion!

Antonio.

¡Fiero empeño!

ESCENA XV.

Dichos, y Florela con luz.

Florela.

Ya está aquí, como me encargas,
la luz... ¡pero ay de mí triste!

Leonor.

No te espantes, llega, acaba.

Enrique.

¡Qué miro!

Antonio.

¡Qué veo!

Florela.

¿No quieres
que me asombre mi desgracia
repetida? Esos dos hombres
son, señora, los que causan
mi desventura.

Leonor.

¿Qué dices?

Florela.

Que son los dos que en mi patria

(1) *Golpes á la puerta de la mano derecha.*

me quisieron, y que es el uno
de quien vivo enamorada,
y á quien aborrezco el otro;
y sin duda que en tu casa
me buscan ambos; y así
mi vida, señora, ampara,
que yo sin alma, sin voz,
sin aliento, sin palabras,
sin discurso, aun movimiento
para la fuga me falta. (1)

Talaveron.

Otra vez voló la luz.

Pedro dentro.

¿Estáis dormidos, canalla?

Enrique.

¿Florela en Madrid, pesares? *ap.*

Antonio.

¿Dichas, Florela en España? *ap.*

Leonor.

Sin saber qué me sucede,
sustos y zelos me matan.

Antonio.

Hallé el primer escondite. *Escóndese.*

ESCENA XVI.

Doña Leonor, don Enrique, don Lucas, y Cartapacio con luz.

Lucas.

Aquí es el rumor: avanza,
Cartapacio; ¿mas qué miro?

Enrique.

¿Don Lucas?

---

(1) *Vase dejando caer la luz.*

Lucas.

¡Buena está la mochada!
¿pues vos con Leonor y á oscuras?
¿qué haceis dentro de mi casa?

Enrique

Yo no sé que le responda.

Leonor.

¡Ah, traidor, que mal me pagas!

Lucas.

Hablad, ó por Jesucristo,
que os descosa media panza.

Cartapacio.

Dios te tenga de su mano.

Enrique.

Esto es poneros en planta
vuestra intencion, y venia,
de la materia tratada
hoy entre los dos, á daros
respuesta.

Lucas.

¿Pues es cebada
que se descabeza?

ESCENA XVII.

Dichos y don Pedro.

Pedro.

En fin,
hasta que rompí la aldaba
no se os hicieron notorias
mis coces, ni mis patadas.
¿Mas quién está aquí?

Lucas.

Un amigo.

Pedro.

¿A quién busca?

Lucas.

A un camarada.

Pedro.

Es á mí.

Lucas.

O á la sortija.

Pedro.

Cosa es que pide probanza
ser la hora esquisita.

Lucas.

Trate
de picarse si le rasca,
que esto no le toca al viejo.
Caballero, usted se vaya.

Enrique.

Estando aquí don Antonio, *ap.*
fuera en mi amistad infamia
no sacarle á todo trance.

ESCENA XVIII.

Dichos y doña Melchora corriendo tras las gallinas.

Melchora.

Pitas, pitas: ¡ay, que saltan!
¡ay, que se van!

Lucas.

Tome usted
estotra con la embajada
que sale ahora.

Pedro.

Melchorica,
¿qué es esto?

Melchora.

Padre de mi alma,
que he comprado estas gallinas,
y no quiero que se vayan.

Cartapacio

Ox aquí.

Juana.

¿Qué bobería?

Pedro.

Pues otorga la fianza
don Lucas, ya os podeis ir.

Enrique.

No, me voy hasta que salga
una persona, que está
en aquel cuarto encerrada.

Leonor.

Librar quiero á don Antonio, *ap.*
y en mi opinion no repara.

Pedro.

¿Don Lucas, quién está allí?

Lucas.

Que se yo. (1)

Antonio.

Ya hallé una traza *ap.*
para escaparme famosa;
pues como es de la criada
este cuarto, una mantilla,
y un guardapies en su cama
he visto, y me le he vestido.

Juana.

¿Señores, tal zalagarda

(1) *Al paño don Antonio vestido de muger, con guardapies verde y mantilla.*

en qué parará?

Pedro.

¿Don Lucas,
qué decía?

Lucas.

Que es patarata,
que en este cuarto nò hay nadie. (1)

Antonio.

¿Cómo que no? esto esperaba
yo ver: pícaro, alevoso,
ya verás lo que te pasa. *Vase.*

Lucas.

¿Muger de dos mil demonios,
tienes dedos ó tenazas?

Todos.

¿Que es esto?

Lucas.

¿Pues yo que sé?

Enrique.

Ahora está bien que me vaya. *Vase.*

Talaveron.

Don Antonio la logró. *Vase.*

Pedro.

Bueno por cierto; ¿encerradas
me teneis pelindusquitas?

Lucas.

¿Yo dusquitas, ni peladas?
¡plegue á Cristo!......

Pedro.

Bien, don Lucas,
ya por indecencia tanta

---

(1) *Sale don Antonio, y dá un pellizco á don Lucas al pasar muy de priesa.*

queda desde hoy la sentencia
de casamiento anulada. *Vase.*

Lucas

Leonor, por la Cruz de Dios.....

Leonor.

Buena estoy yo para gracias. *Vase.*

Lucas.

Juana, si yo vi muger......

Juana.

¿Pues qué teneis cataratas? *Vase.*

Lucas.

Cartapacio, ya tú sabes
mi inocencia.

Cartapacio.

Es una infamia,
que se te atribuya un hecho
de tan viles circunstancias.

ESCENA XIX.

Don Lucas y doña Melchora.

Lucas.

¿Melchora?

Melchora.

¿Qué es lo que quiere?

Lucas.

Si yo.....

Melchora.

No me hable palabra.

Lucas.

Entré muger.....

Melchora.

Yo la ví,
por señas tenia barbas.

Lucas.

No digas tal, que al creerte
de mi amor desconfiada,
quiere andar mi entendimiento
á coces con mi desgracia.

Melchora.

¡Ah, traidor! que me has dejado,
al ver tus carantamaulas,
entre el temor y el afecto
hecho el cariño una plasta.

Lucas.

¿No bastan á persuadirte
ver, dulcísima tirana,
entre lágrimas y mocos
mis verdades estofadas?

Melchora.

No, aleve; que allá en mi idea,
tal vez dura, tal vez blanda,
lo que la razon somete,
el desengaño sonsaca.

Lucas.

Pues yo me voy á tomar
por veneno de mis ansias,
con un bizcocho de á libra
un vaso de leche helada.

Melchora.

¿Ese es amor?

Lucas.

Es arrojo.

Melchora.

Eres un ruin.

Lucas.

Tu una zaina.

Melchora.

Lucas, murió mi fineza;

Lucas.

Melchora, pues enterrarla;

Melchora.

El se escurre. *ap.*

Lucas.

Ella se va. *ap.*

Melchora.

Alquitibi.

Lucas.

¡Ha, mariblanca!

Melchora.

¡O dómine! contra tí
sermo sermonis me valga.

Lucas.

¡O musa! quién comprendiera
si eres musa ó musaraña!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Don Enrique, Talaveron, y don Lucas vestido de pasante, con moño, y golilla muy grande, y asimismo Cartapacio.

Enrique.

¿Eso pasa?

Lucas.

Y esto almendra.
Desde el dia que en el cuarto
de Juana, se vió salir,
sin que nadie hubiese entrado,
una muger casi hombre,
con mas barbas que un zamarro,
se oye en la casa un gran ruido
como en haberse soltado
una legion de demonios
tras de una sarta de diablos.

Enrique.

¿Qué decís?

Lucas.

¿Qué he de decir?
que estoy medio espiritado.

Enrique.

¿Y no hace mas de hacer ruido
ese duende, ó ese encanto?

Lucas.

La noche que se le antoja,

despues que sobre mis cascos
en un desvan, que es ojaldre
del pastelon de mi cuarto,
al son de triste de Jorge
suele bailar el canario;
me apaga la luz de un soplo,
y á pellizcos y azotazos,
me pone el cuerpo de mezcla;
porque como lo morado
del golpe cae en lo amusco
de un pellejo no muy blanco,
parezco por la mañana
bulto de carton jaspeado,
ó estátua de ébano puerco,
con betas de palo santo.

Enrique.

¿Pues es posible, don Lucas,
que remedio no se ha hallado,
por conjuro, ó por precepto,
contra ese espíritu?

Lucas.

Hermano,
un demonio que porfia,
es demonio por dos lados.
Todo está pasado en cuenta;
y no habiendo aprovechado
nada, al último remedio,
como dicen, apelamos;
con dos velas encendidas
dos almireces sonando,
de servilletas las mozas,
de rodillas los criados,
sacamos don Pedro y yo,
de un cofre de felpa y raso,
la mas horrible reliquia,

que tiene el género humano.

Enrique.

¿Y cual es?

Lucas.

La ejecutoria
de los Chinchillas hidalgos
in saecula saeculorum,
quae suorum, quae tuarum:
y esta, y el título antiguo,
que á un tal nuestro antepasado
Gutibamba de Chinchilla
dió Noé, estando embarcado
en el Arca, en que le hace
de la hermandad secretario,
familiar del Santo Oficio,
y Merino de Toranzos,
se las pusimos al duende.

Enrique.

¿Y qué hizo en fin?

Lucas.

No hacer caso:
con lo cual hemos creido
que está el duende excomulgado.

Enrique.

¿Habráse visto otro necio
de tales entusiasmos?

Cartapacio.

¿Atropellar exenciones
y ejecutar á porrazos?
Mátenme, si el duendecillo
no ha sido alcalde ordinario.

Enrique.

¿Y ese nuevo trage, amigo,
qué indica?

Lucas.

Que ya el bellaco
de mi suegro, el otro dia
me echó de cabeza al patio.

Enrique.

¿Cómo?

Lucas.

Como ya en la junta
me recibió de abogasno.

Talaveron.

¿Y á vos?

Cartapacio.

Yo, señor, ni aun soy
pasante de cirujano.

Lucas.

Para mí es brava cucaña:
porque con dos espantajos
de reproduzco, me afirmo,
lo del caso necesario,
media docena de *y porques*,
el susodicho á la mano,
y un demonio de aceitera,
que anda á los fines manchando
de cualquiera peticion;
va el litigante pasmado,
mi suegro mama un doblon,
y yo pillo un real de á cuatro.

Enrique.

Eso no se puede errar.

Lucas.

Tambien tiene Cartapacio
el empleo de delirio.

Enrique.

¿De delirio?

Lucas.

Es que de un rasgo
borra los conocimientos,
aunque sean de cien años.

Cartapacio.

Ea, que todos solemos
retozar con Justiniano,
y Pandectas.

Lucas.

Es verdad:
él suele escribir á ratos.
El otro dia fui á hablar
sobre un pleito, en que un cuñado
de una tia, que era hermana
de una prima de su hermano,
dió muerte á un pariente de otro;
y ni veinte papagayos
pudieran hablar mejor;
porque yo saqué á Vulpiano
á danzar, á Rafael,
Fulgoso, Alberto y Oldrado:
y cité sobre la prueba
á Juanini, que de emplastos
trata con admiracion:
íbanmelo celebrando:
y yo apretaba de tieso.
Salió Moreto al estrado,
Villegas de Flos sanctorum,
Dioscorides de Doaldo,
Doña María de Zayas:
la historia de Carlo Magno.
Y viendo que aun todavía
estaba el cuento reacio,
eché á Calderon á cuestas,
que es quien mejor trata de autos.

Enrique.

¿Y qué hubo?

Lucas.

Todo el concurso
me dió infinitos aplausos.

Enrique.

¿Y saliste con el pleito?

Lucas.

No con todo, mas con algo,
porque al que yo defendia
que saliese desterrado,
le alzaron todo el destierro,
mas fue porque le ahorcaron.

Talaveron.

¡Tal fue la defensa!

Lucas.

¿Digo
parece que somos saynos?
Don Enrique, ó don demonio,
¿no me decís en qué estado
estais con la que ha de ser
costilla de este cuerpazo?

Enrique.

Mucho, amigo, se resiste.

Lucas.

¿Vos no la haceis arrumacos?

Enrique.

Encaréscola mi amor.

Lucas.

Si no fingis que os dá un flato
por ella, y os ve ella misma
echar la lengua de un palmo,
no ha de darse por vencida.

Enrique.

Mas vale hacerme pedazos.

Lucas.

Don Enrique, sois un bobo,
no conoceis estos trasgos:
hay muger, que dice á todo,
¡qué porquería! ¡qué asco!
¡que bazofia! y con los ojos
se quiere comer el plato.

Cartapacio.

Dios le libre á usted de algunas
gaticas de Mari Ramos,
que la juegan de mandoque.

Enrique.

Ella os está idolatrando.

Lucas.

¿Con efecto?

Enrique.

Con efecto.

Lucas.

¿Sin engaño?

Enrique.

Sin engaño.

Lucas.

¡Que á todos los montañeses
nos aprecie el mundo tanto!
¡Válgame Dios! ¿qué tenemos
que todo lo acogotamos?

Cartapacio.

¿Qué ha de tener un borrico *ap.*
sino la dicha de un asno?

ESCENA II.

Dichos y Don Antonio.

Antonio.

¿Don Enrique?

Enrique.

¿Don Antonio?

Lucas.

¡Verbum caro! ¡Verbum caro!
¡San Speculum justitiae!

Antonio.

Todo hoy se me ha ido en buscaros
sin poder veros.

Lucas.

¿Este hombre,
no es la muger que del cuarto
de Juana salió?

Enrique.

Notad
con qué asombro está mirando
don Lucas.

Antonio.

El al entrar,
cogiéndome descuidado,
antes que con la mantilla
me recatase, de plano
me vió el rostro.

Lucas.

¿Si es el duende
que anda siguiendo mis pasos?

Enrique.

Pues buena la hemos hecho.

Antonio.

¿Pues puede ese tontonazo
imaginar que soy yo?

Lucas.

¿Don Enrique?

Enrique.

A deslumbrarlo
apelemos.

Lucas.

Don Enrique,
decidme, asi un mayorazgo
os dé Dios por un hijar,
¿si ese hombre que os está hablando
ha sido acaso muger
antes de ser hombre humano?

Enrique.

¿Estais en vos?

Lucas.

Yo lo digo.

Enrique.

No abrais para eso los lábios,
que es desatino.

Lucas.

Mirad....

Enrique

Juicios teneis temerarios.

Lucas

¿Pues si le he visto gallina,
no he de preguntar si es gallo?

Enrique

Proseguid en ese tema
y vendrá á desafiaros
pòr la afrenta..

Lucas.

Peor es eso,
que el nacer un hombre calvo.
Y pues sin duda es el duende
este, que me anda barbando
con ojos, con fantasías
de Vizconde enamorado,
mas vale escapar

Antonio.

¿Don Lucas?

Lucas.

¿Don demonio?

Antonio.

He reparado....

Lucas.

Hiciste mal.

Antonio.

En qué estais...

Lucas.

Ni estuve, ni estoy, ni he estado.

Antonio

Mirándome.

Lucas.

Yo no os miro.

Antonio.

Y yo....

Lucas.

No os acerqueis tanto.
Fugite partes duendorum. *Vase.*

Cartapácio.

Exi foras adversarium.

ESCENA III.

Don Enrique, don Antonio y Talaveron.

Talaveron.

Raras piezas amo y mozo.

Enrique.

Con efecto, él ha juzgado
que sois fantasma.

Antonio.

¿Y qué soy
la vez que no tengo un cuarto?

Talaveron.

Espantajo del que espera,

que le han de pedir prestado.

Enrique.

¿ Quién habrá dado motivo
á que crea que anda el diablo
en su aposento?

Antonio.

Sabed,
que desde que disfrazado
de muger, saqué á don Lucas
de un pellizco medio brazo;
doña Melchora, la tonta,
en estar zelosa ha dado
de él; y el modo de vengar
este mantillesco agravio,
ha sido martirizarle
á pellizcos y á porrazos;
pues ella y Juana, de noche
dejan que estén acostados
todos, y con otra llave,
que han hecho hacer para el caso,
entran en el aposento
de don Lucas, y en matando
la luz, le dan una felpa
peor que si fuera un raso:
y como solo es con él
el estruendo, los criados,
don Pedro, y los demas hacen
burla de lo que está hablando,
y no creen que hay tal duende.

Talaveron.

Si solo tiene la mano
de hierro para don Lucas,
hacen bien.

ESCENA IV.

Dichos, doña Melchora y Juana.

Enrique.

Mas dos mantos
se acercan :..... ¿Es á mi?

Melchora.

No :
al de hácia esotro lado.

Talaveron.

¿A mi?

Juana.

Tampuerco.

Antonio.

Sin duda,
que soy yo el venturonazo.

Melchora.

Claro está. ¡Jesus mil veces!
¿veis que soy yo la que os llamo,
y os estais hecho un pegote?

Antonio.

¿Pues con el rostro embozado
era facil conoceros?

Melchora.

¿Pues es con lo que me tapo
alguna pared maestra,
ó un tafetan tan delgalado,
que le pasa un alfiler?
¿Y vos para penetrarlo
no teneis habilidad?
No está el disimulo malo:
metedme el dedo en la boca.

Antonio.

No acierta á descubrir tanto,

aunque mi vista es de lince.

Melchora.

¿De lienzo? pues será un pasmo
tener niñas de cambray
con pestañas de Santiago.

Enrique.

Don Antonio, esta muger *ap.*
es peor, si lo apuramos,
que don Lucas.

Antonio.

En mí es esta *ap.*
mas diversion, que cuidado;
pues cuando à Florela adoro,
mal de otra pasion me arrastro.

Talaveron.

¿Y con efecto, conmigo
no hace papel Cartapacio?

Juana.

No he gustado yo en mi vida
de remoques ordinarios.

Antonio

¿Cómo ha sido esta ventura
de salir hoy?

Melchora.

El criado
se fue á pleitos con don Lucas,
y quise pasar de un tranco,
como quien va hácia una parte,
y volviendo á esotra mano,
se halla donde está de pies
cuatro dedos mas abajo.
Solo por veros salí,
y pues al salir os hallo,
salí bien con mi salida,
saliendo con lo que salgo.

Antonio.

¿Y qué es?

Melchora.

A deciros como
ya está mi padre tratando
de comprar la señoría
á unas monjas, que heredaron
un título, que al convento
le llevó en dote el Vicario:
y no está la diferencia
mas que en catorce ducados.
Yo os escribo este papel,
y es mio; y por no fiarlo
de otra, le traigo yo propia,
y yo me quedo esperando
á mí misma, y bien podeis
entrar los ojos cerrados
á leerle.

Enrique.

Veámosle presto, *ap.*
que el papel será un milagro.

Antonio.

Lee. *Encumbrado dueño mio,*
ya sabes que yo te amo;
salga uno, salgan dos,
salgan tres, ó salgan cuatro.
Yo, por verte señoria,
aunque fuese entre farrapos,
diera tres dedos, y aun cinco,
que sobran á mi zapato:
y asi, pues andamos tras
de un título estrafalario,
sabe tú lo que me toca
en cada mes, ó cada año
de alimentos de esta dicha

señoria ; y si el retazo
de este honor puede llevarse
por dote en lugar de trasto,
á ti te lo digo, novio,
entiéndelo tú, cuñado.

Enrique y Antonio.

¡Raro papel!

Melchora.

Pues no es mio,
que aunque yo le fui notando,
me le escribió el aguador,
conque es de su letra y mano.

ESCENA V.

Dichos y don Pedro.

Pedro.

Bueno es, que cuando le cito
de censibus á Avendaño,
salirme con Valenzuela;
testo espreso, propio y claro
an expositio grammatice.
¿De qué sirve confutarlo?
pues luego..... ¡pero qué miro!

Melchora.

¡Ay, mi padre! San Hilario.

Juana.

Mi señor: tápate apriesa.

Antonio.

¡Fuerte lance!

Enrique.

¡Cruel caso!

Pedro.

A tomarme juramento
en derecho necesario,

digera.......

Juana.

¿Señora, qué haces?

Melchora.

Yo bien sé lo que me hago. (1)

Pedro.

Que el aire de esta muger,
contra jure, es usurpado
del cuerpo de mi Melchora.

Antonio.

No temáis, pues yo os amparo.

Enrique.

En vano es vuestro recelo.

Juana.

¿Qué envoltorio de los diablos
te estás haciendo?

Melchora.

No quiero
tener que pedir al manto,
que es hombre, y será hablador:
la basquiña en todo caso
es muger, y así sabrá
disimular un trabajo.
Veamos si cala la vista
de mi padre el mamparado,
la holandilla, y la badana
del ruedo; y mas, confitado
de la cazcarria de un mes.

Pedro

El ver que se encubra tanto
de mí esa dama.....

Antonio

¡Hay tal necia!

---

(1) *Tápase con la basquiña.*

Pedro.

Caballeros, me ha causado
novedad, y así quisiera.....

Enrique.

Señor don Pedro, logrando
yo esta ocasion, que anhelaba,
desde que por un acaso
os ví en vuestra casa, aspiro
á que vuestro soberano
ingenio (id conmigo) pueda
de cierta duda sacarnos.

Talaveron.

Que os mira. *ap.*

Antonio.

Ya os he entendido.

Pedro.

Decid, que á todo estoy llano.

Enrique.

Así remediarlo intento. *ap.*
Esa dama, que al recato
escrupuloso entregada
se os encubre, de un hidalgo
montañés es viuda.

Pedro.

¿Viuda?

Melchora.

Sí, señor, por mis pecados.

Juana.

Señora, calla.

Melchora.

No quiero,
que ya que me estoy ahogando,
quiero morir con mi habla.

Pedro.

Lo que presumí fue engaño. *ap.*

Enrique.

Tiene un hermano esta niña
título, y está en estado
la tal de segunda boda.

Melchora.

Tomo la primera, y callo. *ap.*

Antonio.

Tú harás que todo lo erremos. *ap.*

Enrique.

Quiere, segun ha mostrado
en éste papel, saber,
por ser al tal mayorazgo
inmediata, ¿qué la toca
de honor en el comun trato
de señoría in spé,
y si por serlo su hermano,
alguna porcion le toca?

Pedro.

En verdad que el punto es árduo;
pues aunque Otalora dice
en el capítulo octavo,
folio trescientos y doce,
que pueden ser dos hermanos
dado el uno por pechero,
y otro por noble, probando
el uno, y el otro no,
ser su origen noble y claro:
menos si en solar antiguo,
egecutoria ó despàcho
legítimo recayese
la sentencia, declarando
noble al uno, que esto basta
para que se entienda en ambos:
mas siendo esa mi señora,
como me habeis afirmado,

viuda ya de un montañés,
la ennobleció su contacto,
de forma, que aunque no fuese
por todos cuatro costados
hidalga, lo quedaria
por ser su viuda: probatur
per grammaticam Enrici
ad codigum Toletanus
directa; con que ya noble,
recae con otro aparato,
aunque no la señoría
entera, lo necesario
de ella, para distinguirse
de merced un tanto cuanto.

Antonio.

Pues vos habeis de tomar
este pleito á vuestro cargo,
por ser de muger ilustre.

Pedro.

Yo estoy un poco ocupado:
mi sobrino, mi Luquitas,
que está en esto como un rayo,
la demanda dispondrá.

Antonio

Pues quedando en tales manos
vuestra dependencia, bien
podeis iros sin cuidado.

Melchora.

Dios os guarde.

Pedro.

Y á usiria
prospere el cielo mil años.

Melchora.

No mas, no mas.

Pedro.

Esto es deuda.

Melchora.

Quédese el buen abogado.

Pedro.

Por viuda de montañés
aun es poco estremo el que hago.

Juana.

Vámos con treinta mil sastres.

ESCENA VI.

Dichos, menos Doña Melchora y Juana.

Enrique.

Yo intento comunicaros
otra dependencia mia,
señór don Pedro, y he andado
buscándoos en las audiencias,
y ni en ellas, ni en palacio
os he podido encontrar.

Pedro.

Lo cierto, á las once y cuarto
del dia en mi estudio.

Enrique.

Bien.

Antonio.

Ya que la esquina han doblado,
ven sin riesgos. Yo que tengo
que poner á mi cuñado
cuatro demandas á un tiempo,
¿podré tambien confiaros
esta empresa?

Pedro.

Os aseguro,
que va sobre mí cargado

todo un orbe ; pero en fin,
procuraré por un rato
desembarazarme: á Dios,
que las doce estan sonando;
y tengo en la Vicaria
cierto pleito señalado
para hoy, y desde aqui he visto
ir hácia allá á mi contrario;
mas no me la ha de pegar,
por madrugar mas temprano;
quia non dormitat Homerus.

ESCENA VII.

Dichos, ménos don Pedro.

Enrique.

Hombres son estraordinarios
tio y sobrino.

Antonio.

Y la tal
Melchora ¿no se ha escapado
en una tabla?

Enrique.

Yo intento
pues ya su permiso alcanzo,
como que á algun pleito voy,
ver á Leonor;..... aunque estando *ap.*
lo que aborrezco (¡ay de mí!)
tan cerca de lo que amo,
mucho mi fortuna temo.

Antonio.

Yo á ver si acaso llegaron
sin riesgo Melchora y Juana,
despues iré;..... aunque es engaño, *ap.*
que á ver si en Florela logro

ver la deidad que idolatro;
mi pasion me lleva.

Enrique.

Y pues *ap.*
de don Antonio recato
el ser Florela la dama,
que quise en Amberes tanto....

Antonio.

Y pues don Enrique ignora *ap.*
ser Florela el dueño ingrato
de mi pasion....

Enrique.

Disimule *ap.*
mi afecto.

Antonio.

Finja mi lábio. *ap.*

Los dos.

Hasta que fortuna y tiempo *ap.*
abran camino á este encanto.

Talaveron.

Y hasta que dos locos tales
pongan en jaulas de palo.

ESCENA VIII.

SALA EN CASA DE DON PEDRO.

Florela y Doña Leonor.

Canta Florela.

Como al pensamiento mio
alas dá mi corazon;
se va haciendo mi razon
esclava de mi alvedrio.

Leonor.

Florela, desde aquel dia,

que en casa dos hombres viste,
y que eran los dos dijiste,
uno á quien aborrecia
tu ceño, otro á quien amaba
tu corazon, no he podido
penetrar en qué sentido
por ambos tu pecho hablaba.
Y asi, el querido de tí,
entre los dos, solicito
saber cual es.

Florela.

Gran delito
fuera, señora, (¡ ay de mí!)
que fiada en tu piedad,
te esplicase mi fineza,
si es fuerza que la entereza
culpe á la facilidad.

Canta.

Que de amor el sentimiento
para disculpar su accion,
se ha de mirar la pasion
á hurto de entendimiento....

Leonor.

Pues para alentarte y que,
fiándote mi secreto,
los tuyos no me recates,
yo adoro....

ESCENA IX.

Dichos, y Doña Melchora, y Juana con manto.

Melchora.

Ya está el conejo
en madriguera.

Leonor.

Melchora,
¿de donde vienes? ¿qué es esto?

Melchora.

¡Ay, hermana! que me he visto
junto al diablo del infierno.

Leonor.

¿Junto á quien?

Melchora.

Junto á mi padre.

Leonor.

¿Qué dices?

Melchora.

Que nos cogieron.

Leonor.

¿En qué?

Melchora.

En una mala hacienda;
pero diré telo luego,
que me voy á desnudar.

Juana.

Vamos, no nos pille el viejo
con los mantos, y conozca
la maula.

Melchora.

Y aquel caballero
don Enrique, aquel que te hace
zorroclocos y pucheros,
venia detras de mi,
que será á buscarte creo:
y eso se quiere la mona.

Juana.

Vamos, señora.

ESCENA X.

Doña Leonor y Florela.

Leonor.

No tengo,
Florela, ya que decirte,
el nombre de Enrique oyendo,
y la noticia, aunque necia,
de lo que en mi amor le debo:
este secreto....

Florela.

¡Ay de mí! *ap.*
declaráronse mis zelos.

Leonor.

Es el que solicitaba
fiarte.

Florela.

Y el que me ha muerto. *ap.*

Leonor.

El sube por la escalera;
y pues tu apacible acento
es costumbre en tí, y no puede
ser reparable, te ruego,
que puesta de centinela,
asegures mi recelo,
paseándote por delante
de esa ventana; y en viendo
que alguien viene, avisarás.

Florela.

¿A quién se lo mandó, cielos, *ap.*
que tercera de su agravio
solemnice su tormento,
sino á mí?

ESCENA XI.

Dichos y don Enrique.

Enrique.

Viendo, ó amado,
divino apreciable dueño,
cuan tarde amor restituye
instantes que roba el tiempo,
de la ocasion convidado,
á verte, y servirte vengo.

Canta Florela.

*Ven en hora felice,
desengaño alhagüeño,
que no importa que hieras,
si es el dolor idioma del remedio.*

Enrique.

¡Válgame el cielo, Florela! *ap.*

Leonor.

Si no estuviese creyendo
yo, que ó bien aborrecido,
ó bien amado, otro afecto
te debe mas que mi amor,
no temiera, como temo,
que ames y finjas.

Enrique.

Cualquiera
cariño, que en otro tiempo
haya sido como ensayo
del presente rendimiento,
muriendo de escarmentado,
solo puede ser trofeo
del templo del desengaño.

Florela.

¡Ah, villano! ya te entiendo. *ap.*

Canta.

Miente mil veces, miente
quien engañoso y fiero
labra al otro un delito,
como le ha menester su fingimiento.

Leonor.

¿Viene alguien, Florela?

Florela.

Nadie.

Leonor.

Como hicistes ese estremo,
yo imaginé......

Florela

Si ya sabes
cuan segura estás, ¿qué miedo
puede asustar tu ventura?
Vuelve á hablar, que á cantar vuelvo.

Leonor.

Canta, pero sea mas bajo,
que alzando tanto el acento,
no dejas que nos oigamos.

Florela.

Harto oigo, y harto os dejo. *ap.*

Enrique.

¿Quién, cielos, se vió forzado *ap.*
á hablar entre dos, temiendo
ser grosero, ó ser cobarde?

Leonor.

¿Conque á tí no te debieron
en otro clima otros ojos,
mariposa de su incendio,
alguna atencion?

Enrique.

No quieras
hacer un loco de un cuerdo.

Leonor.

¿Cómo?

Enrique.

Como no he creido,
que puedan ser verdaderos
jamas instrumentos tales,
que saben llorar riendo. (1)

Florela.

No asi sucede ¡ay triste!
á los que aun hoy han hecho
de su verdad testigos
tanta nevada lágrima de fuego....

Leonor.

Ya es mucho afecto el que miro, *ap.*
¿Florela?

Florela.

Señora...

Leonor.

Pienso,
segun ya cantas, ya lloras,
ya te irritas, que queriendo
no descubrirte, me has dicho
mas, que yo saber deseo.
Don Enrique, como sabes,
uno es de los sugetos
de aquel lance.

Florela.

Sí, señora;
pero es al que yo aborrezco,
y él me aborrece.

Leonor.

¿De veras?

---

(1) *Llora y canta Florela.*

Florela.

Pregúntaselo.

Leonor.

No quiero,
que basta que tú lo digas.

Florela.

Mi muerte en viéndole veo:
una fiera es, es un monstruo,
es un áspid.....

Leonor.

Quedo, quedo,
que no es todo lo que dices;
que aunque de escuchar me huelgo
que le aborrezcas, no tanto,
que ultrajes á lo que aprecio.

Florela.

Dices bien; mas yo.....

Leonor.

Prosigue.

Florela.

Si pudiera.....

Leonor.

Dilo presto.

Florela.

Decirte.....

Leonor.

¿Qué?

Florela.

Que esta ira,
que esta llama, que este hielo
es......

Leonor.

¿Qué es, Florela?

Florela.

No es nada;

vuelve á hablar, que á cantar vuelvo.

Leonor.

¿Qué es esto? ó esta muger *ap.*
es loca, ó yo no la entiendo.

Enrique.

Mi bien, un rato que logro,
me le hurtas con otro objeto.

Leonor.

Segun lo que de él presumo,
mas le logro, que le pierdo.

Florela canta turbada.

Amor, ya tú, mi vida,
iras, venganzas, zelos,
logras, intentas, buscas,
guárdate, corazon, huye.

Leonor.

¿Qué es esto?

Florela.

Que por la escalera sube
gente.

Leonor.

¿Y puede sin recelo
salir don Enrique?

Florela.

No.

Leonor.

Pues á la puerta apelemos
de esotra calle.

Enrique.

¡O que poco
sabe durar un contento! *Vase.*

Leonor.

Quédate á hacer la deshecha
tú, Florela mientras vuelvo.

ESCENA XII.

Florela.

Vé segura, que sí haré.
¡ Válgame Dios! ¿aquel ciego
amante, que tantas veces
rendido, amoroso y tierno,
juró no olvidar jamas
la esclavitud de mi obsequio,
á otra sirve á vista mia?
no puede ser, ó yo sueño.
Por este aleve, este injusto,
este cruel, este fiero,
dejé mi patria; y en ella
el bien por el mal creciendo,
las verdades desprecié
de otro amor, que desde luego
á mi voluntad postrado,
me entró afirmando y diciendo.

ESCENA XIII.

Florela y don Antonio.

Antonio.

Lo que ahora, ingrata bella,
te vuelvo á afirmar de nuevo,
es, que jamas he tenido
vida, corazon, ni aliento
para mirar otros ojos,
que los tuyos, aunque en ellos,
mal vista la adoracion,
se escuse de atrevimiento.

Florela.

¡ Don Antonio, cómo vos

entrais aquí?

Antonio.

De los ecos
de tu dulzura avisado,
como esta casa es mi centro,
desde que tú en ella habitas,
estando en la puerta, y viendo
que está abierta, entré á buscarte.

Florela.

¿Hasta cuando he de hallar, cielos,
lo que adoro desleal,
y fino lo que aborrezco?
Idos, don Antonio.

Antonio.

Antes....

Florela.

Mirad por mi honor.

Antonio.

Pretendo,
que conocas ....

ESCENA XIV.

Dichos y doña Melchora.

Melchora.

Leonorica.
¡Mas ay, Jesus, lo que veo!
Don Antonio de mi alma.

Antonio.

Mal hayas tú, á que mal tiempo
has venido.

Melchora.

Hijito mio.

Florela.

¿Cielos divinos, qué es esto?

Melchora.

Ya sé que es esta venida
á buscarme; pero, necio,
tontirriton, ya que rabias
por verme cada momento,
¿no me hubieras avisado?

Florela.

Tiene razon, caballero,
¿no avisárais á la dama
que buscais, para con eso
no mentir con otra?

Antonio

Yo
solo á tí, Florela, quiero.

Melchora.

Es verdad, para doncella
nuestra, cuando nos casemos.

Antonio.

Quita.

Melchora.

Quita.

Antonio.

Aparta.

Melchora.

Aparta.

Antonio.

Que mi pecho.

Melchora.

Que mi pecho.

Antonio.

Solo á tí, Florela, adora.

Melchora.

¡Ay, que te adora! me huelgo.
Mira que te está adorando,
pero á mí me está queriendo.

Florela.

Como siempre aborrecido
ha sido de mí, no tengo
que sentir menos, ni mas.

ESCENA XV.

Dichos, menos Florela.

Melchora.

¿Qué es esto demas, ni menos
conmigo? Puerca, criada,
¿y habladora demas de eso?

Antonio.

¡Que esto me suceda á mí!

Lucas dentro

¿No conoces, que no vemos
á subir por la escalera?
Cartapacio, aunque sea un dedo,
trae encendido.

Pedro.

¿Ah, muchachos?

Melchora.

¡Jesus! don Lucas, y el viejo:
mira cómo has de escaparte.

Antonio.

¿Y tú dónde vas?

Melchora.

Ya vengo. *Vase.*

Antonio.

¡Que siempre haya de andar yo
en escondites y riesgos!
Pero si á una tonta busco,
esto y mucho mas merezco. *Escóndese.*

ESCENA XVI.

Don Lucas, Cartapacio y don Pedro.

Cartapacio.

Aquí está la luz.

Pedro.

Don Lucas,
mirad que con mucho seso
se ha de hacer la peticion.

Lucas.

Y aun con hígado la haremos:
¿qué nos le hemos de quitar
por el demonio del pleito?

Cartapacio.

Usted lo deje á nosotros,
que acá nos entenderemos.

Pedro.

Hay la parte de la viuda,
el hermano, y el convento:
cuidado.

Lucas.

Ya estoy en todo;
¿piensa usted que no sabremos,
que una demanda está escrita
en llenando medio pliego?

Cartapacio.

Y mas cuando yo aseguro
por tio el demandadero
del santo Cristo de Ribas.

Pedro

Pues en mi estudio te dejo,
cierra las puertas. (1)

---

(1) *Cierra don Lucas por dentro, dejando la lla-*
en la cerradura.

ESCENA XVII.

Don Lucas, Cartapacio y don Antonio al paño.

Antonio.

¡Qué escucho!
vive Dios que yo me quedo
enjaulado, y es preciso,
que adonde estoy entre luego
don Lucas, por ser su alcoba
esta: buena la tenemos.

Lucas.

Sirviente descomulgado,
pon ese bufete enmedio
de esa sala, y para entrar
en la materia, el Digesto
me trae ante todo.

Cartapacio.

¡Toma!
pues si viene á ser el hecho
del convento, y de la viuda
sobre el súbito alimento
de señoría improvisa,
¿qué tiene que hacer con eso
el digesto, ó la matraca?

Lucas.

¿En un negocio, camueso,
para entenderle, no es fuerza
digerirle bien primero?

Cartapacio.

Sí, señor.

Lucas

Pues ves ahí
como el estómago siendo
ese libro de las leyes,

Melchora.

Ya sé que es esta venida
á buscarme; pero, necio,
tontirriton, ya que rabias
por verme cada momento,
¿no me hubieras avisado?

Florela.

Tiene razon, caballero,
¿no avisárais á la dama
que buscais, para con eso
no mentir con otra?

Antonio

Yo
solo á tí, Florela, quiero.

Melchora.

Es verdad, para doncella
nuestra, cuando nos casémos.

Antonio.

Quita.

Melchora.

Quita.

Antonio.

Aparta.

Melchora.

Aparta.

Antonio.

Que mi pecho.

Melchora.

Que mi pecho.

Antonio.

Solo á tí, Florela, adora.

Melchora.

¡Ay, que te adora! me huelgo.
Mira que te está adorando,
pero á mí me está queriendo.

Florela.

Como siempre aborrecido
ha sido de mí, no tengo
que sentir menos, ni mas.

ESCENA XV.

Dichos, menos Florela.

Melchora.

¿Qué es esto demas, ni menos
conmigo? Puerca, criada,
¿y habladora demas de eso?

Antonio.

¡Que esto me suceda á mí!

Lucas dentro

¿No conoces, que no vemos
á subir por la escalera?
Cartapacio, aunque sea un dedo,
trae encendido.

Pedro.

¿Ah, muchachos?

Melchora.

¡Jesus! don Lucas, y el viejo:
mira cómo has de escaparte.

Antonio.

¿Y tú dónde vas?

Melchora.

Ya vengo. *Vase.*

Antonio.

¡Que siempre haya de andar yo
en escondites y riesgos!
Pero si á una tonta busco,
esto y mucho mas merezco. *Escóndese.*

ESCENA XVI.

Don Lucas, Cartapacio y don Pedro.

Cartapacio.

Aquí está la luz.

Pedro.

Don Lucas,
mirad que con mucho seso
se ha de hacer la peticion.

Lucas.

Y aun con hígado la haremos:
¿qué nos le hemos de quitar
por el demonio del pleito?

Cartapacio.

Usted lo deje á nosotros,
que acá nos entenderemos.

Pedro.

Hay la parte de la viuda,
el hermano, y el convento:
cuidado.

Lucas.

Ya estoy en todo;
¿piensa usted que no sabremos,
que una demanda está escrita
en llenando medio pliego?

Cartapacio.

Y mas cuando yo aseguro
por tio el demandadero
del santo Cristo de Ribas.

Pedro

Pues en mi estudio te dejo,
cierra las puertas. (1)

(1) *Cierra don Lucas por dentro, dejando la llave en la cerradura.*

ESCENA XVII.

Don Lucas, Cartapacio y don Antonio al paño.

Antonio.

¡Qué escucho!
vive Dios que yo me quedo
enjaulado, y es preciso,
que adonde estoy entre luego
don Lucas, por ser su alcoba
esta: buena la tenemos.

Lucas.

Sirviente descomulgado,
pon esa bufete enmedio
de esa sala, y para entrar
en la meteria, el Digesto
me trae ante todo.

Cartapacio.

¡Toma!
pues si viene á ser el hecho
del convento, y de la viuda
sobre el súbito alimento
de señoría improvisa,
¿qué tiene que hacer con eso
el digesto, ó la matraca?

Lucas.

¿En un negocio, camueso,
para entenderle, no es fuerza
digerirle bien primero?

Cartapacio.

Sí, señor.

Lucas

Pues ves ahí
como el estómago siendo
ese libro de las leyes,

es necesario en efecto;
pues sin digesto será
todo crudezas un pleito.
Busca á Olea.

Cartapacio.

¿Para qué?

Lucas.

Para que si le perdemos,
vaya, antes que el pleito muera,
con todos sus sacramentos,
y con Olea oleado.

Cartapacio.

¡Justo Dios, cuan grandes fueron *ap.*
mis pecados, pues me tienes
á fucias de este jumento! *Vase.*

Antonio.

¿En qué vendrá esto á parar?

Lucas.

Búrlense con el mozuelo.
Vive Dios, que á juez y audiencia
he de alborotar á testos. (1)

Cartapacio.

Los libros están aquí,
mas yo por otros no entro.

Lucas.

¿Porqué, tonto?

Cartapacio.

Porque está
toda la casa en silencio,
como son mas de las doce;
y si este duende ó infierno
quiere retozar conmigo,
no ha de pillarme el coleto

(1) *Sale Cartapacio con un libro.*

solo.

Lucas.

Pues iremos juntos.

Antonio.

¿Duende dijo? yo aprovecho
la ocasion para escaparme.

Lucas.

Y pues dos haciendas puedo
hacer, mientras yo me voy
desnudando, vé escribiendo.

Cartapacio.

Dios ponga tiento en tu lengua.

Lucas.

Cruz y margen.

Cartapacio.

Ya está hecho.

Lucas, dictando.

Nos la parte de la viuda,
en los autos del Convento,
por mí, y sin mí, como mas
haya lugar en derecho.

Cartapacio.

¿Señor, qué dices?

Lucas.

Escribe.

Cartapacio.

Este empezar es proemio
de carta de escomunion.

Lucas.

¿Qué demanda no es lo mesmo,
pues ya entra descomulgando
cláusula que entra pidiendo?
Prosiga y calle.

Cartapacio.

Me pudro. *ap.*

Lucas, dictando.

En el dicho heredamiento
de la dicha, que hoy el dicho
por el susodicho ha hecho.

Cartapacio.

¿Es taravilla, señor?
¿no reconoces que al verbo
le falta aqui el sustantivo?

Lucas.

Ponérsele.

Cartapacio.

No está á tiempo.

Lucas.

Que lo esté.

Cartapacio.

Falta el pronombre.

Lucas.

¿A donde?

Cartapacio.

Junto al adverbio,
porque la persona que hace
no permite suplemento.

Lucas.

¿Qué apuesta usted que le encajo
en la cabeza el tintero,
porque no me sea hablador?

Cartapacio.

Veráse usted bien en ello,
que esta es sola insinuacion
nacida de un buen afecto.

Lucas.

¿Qué sabe él?

Cartapacio.

Fámulo he sido,
y tuve en todo el colegio

fama...

Lucas.

De gran ladronazo.

Cartapacio.

¡Virgen santa! que me pierdo
con este hombre...

Lucas, dictando.

Escriba, escriba.

Cartapacio.

Por si es polla, Fariseo.

Lucas, dictando.

Y porque en la señoria,
que reproduzco, y pretendo
se me debe la mitad,
que es la ñoría á lo menos.

Cartapacio.

¿La ñoría? ¿qué es ñoría?

Lucas.

Bruto, si para el sustento
del inmediato se debe
dar de la hacienda del dueño
del mayorazgo una parte,
¿quieres que el todo intentemos
de la señoria, y quede
el principal boquiabierto?

Cartapacio.

Sin ver á Lucas de Feudis
no se puede hablar en eso.

Lucas.

Deces bien, ven á buscarle. (1)

---

(1) *Vanse y se llevan la luz, y sale don Antonio con una sábana al hombro, y revuelve todos los papeles.*

Antonio.

Ya que con la luz se fueron,
por que crean que es el duende
quien los trastos ha revuelto
de la mesa, tengo de
barajar, aunque sea á tiento,
libros, tintero y carteras,
para que ya que del miedo
esten ocupados, puesta
está sábana, que al lecho
de don Lucas he quitado,
en la cabeza, corriendo
los haga ir, y pueda abrir
la puerta, en el intermedio,
del cuarto: mas ay, que vuelven,
y ya la entrada no encuentro
de la alcoba: esta es la mesa,
debajo de ella me meto. (1)

Lucas.

In terminis trae el caso
prevenido; ¿mas qué es esto?
¿quién demonios ha esparcido
estos trastos por el suelo?

Cartapacio.

Sino que haya entrado Juana.

Lucas.

Entra, y mira ese aposento.

Cartapacio.

No hay nadie.

Lucas.

¿Qué dices, hombre?

Cartapacio.

Que este debe de ser juego

(1) *Salen los dos.*

de Martinico.

Lucas.

La Virgen
me valga de no me acuerdo:
recoge estos trastos, y
prosigamos.

Cartapacio.

Yo no acierto
á formar letra.

Lucas.

¿Por qué?

Cartapacio.

¿Por qué ha de ser? porque tiemblo.

Antonio.

Si estoy en abreviatura
un instante mas, me muero.

Lucas, dictando.

Y porque....

Cartapacio.

Y porque....

Lucas, dictando.

La dicha
viuda en seco...

Cartapacio.

Viuda en seco...

Lucas, dictando.

Debe...

Cartapacio.

Debe...

Antonio.

Pues que pague.

Lucas.

? Respondieron ?

Cartapacio.

Respondieron.

Lucas.

¿Fuiste tú?

Cartapacio.

Otro acento fue,
que vino de los infiernos.

Lucas.

¿Cómo?

Cartapacio.

Como de debajo
de la tierra salió el eco.

Lucas.

¡Jesus! ya á sudar empiezan
girapliegas mis cabellos.

Cartapacio.

Señor, por amor de Dios,
que acabemos.

Lucas, dictando.

Si, acabemos.
Y porque lo favorable...

Cartapacio.

Favorable...

Lucas, dictando.

Del derecho...

Cartapacio.

Del derecho...

Lucas, dictando.

General...

Antonio.

Y Teniente

Lucas.

¡San Eusebio!
que otra vez sonó la voz.

Antonio.

Si no me estiro, rebiento. (1)

Cartapacio.

Ay, señor, que el suelo se hincha,
que va la mesa creciendo,
que me llevan los demonios.

Lucas.

¿Zancajos, para qué os quiero? *Vanse.*

Antonio.

Echélos; pero mi astucia
me ha salido sin provecho,
pues sin luz la puerta ignoro.

ESCENA XVIII.

Don Antonio, doña Melchora y Florela.

Melchora.

Florela, ven, y veremos
que estruendo es este.

Antonio.

¿Melchora?

Melchora.

¡Jesus! Un hombre de yeso
me traga: tio, favor.

Florela.

¡Valednos, divinos cielos!

Antonio.

Melchora, mira que soy
don Antonio.

Melchora.

No te creo,
que tú eres blanco; y esotro

(1) *Levántase don Antonio con la mesa, y caen todos los papeles, y la luz.*

es entre amusco y trigueño.

Antonio.

Oye, espera.

Melchora.

Madre mia,
padre mio, tio, abuelo;
agua de cerezas, agua,
que he visto al duende, y fallezco
del flato del corazon. *Vase.*

Florela.

¿Don Antonio, pues qué estremo
es este? ¡qué vil disfraz!

Antonio.

No pases, ingrato dueño,
adelante, cuando sabes,
que estoy en tan grande riesgo
solo por tí.

Florela.

Escondete,
que viene hácia aqui don Pedro.

ESCENA XIX.

Florela, don Pedro, Juana, Cartapacio, don Lucas.

Pedro.

¿Qué duende, ó qué patarata
es el que ves, embustero?
¿á donde está?

Cartapacio.

No le llames,
porque vendrá en un momento.

Lucas.

Diera un brazo, por que hiciera
un destrozo con el viejo.

Pedro.

Retiráos todos; ¿Florela?

ESCENA XX.

Don Pedro, Florela y don Antonio al paño.

Florela.

¿Señor?

Antonio.

Escuchar pretendo
desde aquí.

Pedro.

El que propiamente
fantasma de amor y celos
pretende que le conteste
la demanda de un afecto,
que muere por tu desdén...

Antonio.

¿Qué escucho?

Pedro.

Es mi rendimiento.

Florela.

Ya os he dicho cuán inútil
siempre ha de ser vuestro ruego.

Pedro.

Niña, solitos estamos.

Antonio.

Si él porfia, mucho temo,
que ha de ir hácia su cabeza
cuanto trasto hay aquí dentro.

Pedro.

Y asi, una vez declarado,
no he de ceder, no adquiriendo
auto en favor.

Florelo.

¿De qué suerte?

Pedro.

Lograndole en los cinco textos
de esos partidos jazmines
tal alegato mas bello.
¿Qué respondes?

Antonio.

Que un letrado
bastante tiene con eso. (1)

Pedro.

¡Ay, Jesus!

Antonio.

Tome el vejete
enamorado.

ESCENA XXI.

Don Pedro, don Lucas, doña Melchora, doña Leonor, Cartapacio y Juana.

Todos.

¿Qué estruendo
es este?

Pedro.

Nada: ¡ay amigos!
bien decís, el diablo suelto
anda en esta casa.

Todos.

Huyamos.

Lucas.

¿No lo dije yo? me alegro.

---

(1) *Tírale los libros y tintero, y Florelo se va con Inés.*

Pedro.

Los trastos vuelan por sí;
no es natural este cuento.

Lucas.

¿No venera ejecutorias,
y venerará esqueletos? *Vase.*

Juana.

En legua y media no paro. *Vase.*

Cartapacio.

En mis colchones me envuelvo. *Vase.*

Florela.

¿Ah, don Antonio?

Antonio.

¿Ah, Florela?

Florela.

No es tiempo de que apuremos
tus traiciones.

Antonio.

Ni tampoco
de inquirir tus finjimientos.

Florela.

Pues amante de Melchora
finjes que á buscarme has vuelto....

Antonio.

Pues que de don Pedro amante
no sin falta de misterio
en su casa estás. ...

Florela.

Y así,
pues, para otra ocasion dejo
mi queja.....

Antonio.

Pues yo mi agravio
para otra ocasion reservo.....

Florela.

Esa llave tuerce, y vete.

Antonio.

Si haré; mas será diciendo....

Florela.

Que en pesares....

Antonio.

En congojas....

Florela.

En sustos....

Antonio.

En escarmientos....

Los dos.

Lo que calla la razon,
es fuerza que diga el tiempo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON PEDRO.

Don Pedro leyendo un papel.

Música.

En el dicho dia
el dicho se toma
al dicho pasante,
y á la dicha novia.
La dicha se aplaude
de dichas personas
en los dichos versos
de estas dichas coplas.

Lee. *Los papeles os remito*
conforme á lo que nos toca
por acá. En cuanto á madama
Florela, y en lo que toca
á su madre, es en Amberes
de familia generosa:
de su padre el apellido
os dirá, que es española
de las montañas de Burgos.
No hay que leer otra cosa,
que si es montañesa, es fuerza
que le rebose la honra.
No en vano hasta investigar
esta circunstancia heróica,
la rebeldia acusando
mi inclinacion poderosa

á la parte de mi afecto,
que volviese no hubo forma
al oficio del deseo
los autos de la concordia.
Mas ya sabiendo que tiene
esta picarilla hermosa
de sangre de la montaña
la mitad de media onza,
la especial dignidad suma
de montañesa persona,
si por madre no la tañe,
en fin por padre la toca.
Pasado mañana caso
á Lucas, de popa á proa
con Leonor, y á fe que yo
no me he de quedar á solas
con tan perfecta criada,
á que tardando mi boda,
lo que he ganado en diez años,
eche á perder en una hora
el dia propio....

ESCENA II.

Don Pedro; don Lucas y doña Melchora asustados.

Lucas.

Tio.

Melchora.

Padre.

Pedro.

¿Qué es esto, Lucas, Melchora,
qué quereis?

Lucas.

Espumarajos
vengo echando por la boca,

Melchora.

Yo estoy del puro coragé
mas amargo que una alcorza

Lucas.

Y si usted tal porquería
entre dientes no la toma.....

Melchora.

Y si usted en lo que digo,
no va y hace, vuelve y torna....

Lucas.

Vive Dios....

Melchora.

Voto á Fr. Pedro....

Los dos

Qué haré que los sordos me oigan.

Pedro.

¿Qué es esto? ¿en presencia mia
tú me juras? ¿tú me votas?
¿qué ha babido?

Lucas.

¿Usted, señor tio,
le ha parecido hasta ahora
que el que me rapa el vigote
puede hacerme la mamola?

Melchora.

¿Usted, padre, ha imaginado
que yo soy alguna tonta
que no sé que por ahí asa
se moja el pan en la olla?

Lucas.

Vengo á casa, y oigo puesto
ya mi casamiento en solfa;
venga el dicho, torna el dicho,
¿es esto hilvanar alforzas?

dentro del plato una mosca?

Melchora.

¿Qué es esto que me sucede?
¿soy yo misma, ó soy mi sombra?
¿ó soy una conocida,
que me entro á ver á mí propia?

Lucas.

¿Yo casarme con muger
de quien las mañas se ignoran,
cuando á un albeitar se envia
una mula que se compra?

Melchora.

¿Yo quedarme solterica,
y mi hermana á ser señora?
No, señor, esa zanguangna
allá á Marica la tonta.

Lucas.

Melchora, yo sí que cuando...

Melchora.

¿Don Lucas, de qué te ahogas?

Lucas.

De un flato de amor.

Melchora.

Regüelda.

Lucas.

No puedo.

Melchora.

Pues huele estopa.

Lucas.

Es imposible.

Melchora.

¡Ay, don Lucas!
que estás haciendo la sorda.

Lucas.

¡Ay, Melchora, si tú fueses...

Melchora.

¿Quién?

Lucas.

Aquella mi señora......

Melchora.

¿Cuál?

Lucas.

El otro caballero......

Melchora.

¿Para qué?

Lucas.

Para una droga.

Melchora.

¿Qué hicieras?

Lucas.

Yo les vendiera
rábanos por alcachofas.

Melchora.

Declárate.

Lucas.

Estoy en muda.

Melchora.

Habla.

Lucas.

La lengua se embrolla.

Melchora.

¿De qué, Lucas?

Lucas.

Del respeto
que te debe.

Melchora.

Zampatortas,
vamos al remedio.

Lucas.

Es una

soberana angatipeña.

Melchora.

¿Y me puede á mí estar mal?

Lucas.

No es mas que contra tu honra.

Melchora.

¿Pues, tonto, si no es mas de ese
inconveniente, qué importa?

Lucas.

Pues, Melchora, di que eres
tú mi esposo, y yo tu esposa,
yo te daré alhajas mias,
y dí que mi amor te dota,
y dejame á mi el enredo.
Esto, al instante que oigas
que se urde la escarapela.

Melchora.

¿Y con eso, qué se logra?

Lucas.

Una de dos, que nos case
nuestro tio en causa propia,
ó que consigamos verle
en borrico, y con coroza.
Y porque no desconfies,
toma esa diestra, bobota,
y envuélveme en algodon
esas cinco zanahorias.

Melchora.

Tuya soy á todo ruedo.
Y soy terrible chuzona:
si con don Lucas me caso, *ap.*
y don Antonio, dos bodas
á un tiempo pillo, y con eso
seré muger poderosa.

A Dios, Melchora.

Melchora.

A Dios, Lucas.

ESCENA IV.

Don Lucas y Cartapacio.

Cartapacio.

¿Señor?

Lucas.

¿Qué hay?

Cartapacio.

Mas de una hora,
que te esepera don Enrique
sentado en la silla rota
del recibimiento.

Lucas.

Y dime,
¿trae la cara como en forma
de pedirme chocolate?
porque es visita con roncha.

Cartapacio.

Ofrecérselo es preciso,
que es por la mañana.

Lucas.

¡Moscas!
Anda, ve, y dile, que digo
yo, que estoy en la Victoria.

Cartapacio.

¿Y si sabe que te niegas?

Lucas.

Que no lo sepa.

Cartapacio.

Perdona;

que yo no haga indignidad
tan de tu prosapia impropia.

Lucas.

Pues dila que entre, que yo
te descontaré una onza
de tu racion.

Cartapacio

¿Por seis cuartos
te acuitas, y te congojas?

Lucas.

Por menos un primo mio
lleva un garrafon de aloja,
y será un octavo nieto
de la Infanta doña Alfonsa.

ESCENA V.

Dichos, y don Enrique.

Enrique.

Estrañaréis que yo os busque,
don Lucas, á tales horas.

Lucas

Mire si la hora encarece, *ap.*
él viene á pegarla de esa.

Enrique.

Pues sabed, que es un cuidado
el que á venir me ocasiona
á buscaros.

Lucas.

Ya se ve, *ap.*
el de almorzar á mi costa.

Enrique.

Haume dicho, que de un susto
que el duende os pegó en esotra
casa, habeis estado enfermo.

Lucas.

No venís con mala droga,
despues de costarme el cuento
una ayuda y cien ventosas

Enrique.

¿Pues qué hubo?

Lucas.

Estando en mi cuarto
ví salir, como en tramoya,
de la tierra un elefante
de legua y media de cola,
á caballo en un cabrito
con un farol en la trompa;
y asi como iba saliendo,
se iba convirtiendo en mona.

Cartapacio.

Yo le ví, yo, si señor,
mas á Dios se dé la gloria,
desde esta mudanza en casa,
si no es á nuestras personas,
no se ven otras fantasmas.

Enrique.

¿Os parece que son pocas?

Lucas.

¡Ay, don Enrique! ahora que
se me ha venido á la cholla,
cógite, Martin, pesquéte.

Enrique.

¿Qué dices?

Lucas.

Que la forzosa
te hice á las damas, y es fuerza
á que soples, ó que comas,
hijo mio.

Enrique.

¿ De qué suerte?

Lucas.

Cartapacio, á la señora
doña Leonor, callandito,
como de accion misteriosa,
búscala, y dila al oido,
que un hombre que la enamora
está aquí, y si te pregunta
si estoy fuera, dí que ahora
fui á los pañeros.

Cartapacio.

¿Y á qué?

Lucas

A escoger unas pistolas.

Cartapacio.

Voy en un vuelo. *Vase.*

ESCENA VI.

Don Lucas y don Enrique.

Enrique.

¿Qué intentas,
don Lucas?

Lucas.

La gerigonza
apurar, con que me haceis
creer, que está la chicota
enamorada de mí,
y que á vuestras carantoñas
se resiste.

Enrique.

Oid, mirad,

Lucas.

No hay que andarme en ceremonias:

detras de aquella cortina
me escondo, para que á posta
la enamoreis á mi vista,
que quiero ver qué os responda.

Enrique.

Si os he dicho...

Lucas

Cantaleta.

Enrique.

Que solamente...

Lucas.

Zambomba.

Enrique.

Os ama á vos.

Lucas.

Tararira.

Enrique.

¿Qué pretendeis?

Lucas.

Que yo lo oiga.

Enrique

Vive Dios, que hará este necio, *ap.*
que se nos descubra toda
nuestra cautela; no estando,
de su invencion maliciosa,
doña Leonor avisada. (1)

Lucas.

Desde aqui atisbo.

Cartapacio.

El que notas
es.

Leonor.

Pues, Cartapacio, ya

(1) *Al paño doña Leonor y Cartapacio.*

*

que tanto te debo, toma
ese doblon, y si viene
alguien, avisa.

Cartapacio.

Me compras
el silencio: Dios te guarde.
Como yo pille, arda Troya. *ap.*

ESCENA VII.

Don Enrique, doña Leonor y don Lucas al paño.

Enrique.

¡Válgame Dios! si mis señas *ap.*
conseguiré que conozca.
¿Leonor?

Leonor.

Mi Enrique, mi bien,
mi dueño, ¿hasta cuando ansiosa
mi fineza habia tu vista
de suplir con tu memoria?

Lucas.

¡Toma, si lo dije yo!

Enrique.

Leonor, como siempre contra
nosotros en todas partes
hay quien nos mire, y nos oiga,
no estrañes, que temeroso...

Leonor.

¡Ah, ingrato, que no te corras
de acordarme, que hay quien pueda
tenerme de *tí* zelosa!

Enrique.

¿Zelosa de mí?

Leonor.

De tí,

pues á tí solo te adora
mi ceguedad.

Lucas.

Mas clarito
no lo dirá una cotorra.

Enrique.

¡Que no me entienda! repara
en que cuando á ser esposa
de don Lucas te destinas...

Leonor.

¿Ahora ese monstruo me nombras?
¿No sabes que ese incapaz,
ni aun me debe el que le oiga?

Lucas.

Usted viva dos mil años:
¡qué cortesana es la moza!

Enrique

¿Pues no es fuerza que á tu padre
obedezcas, y te pongas
en sus manos?

Leonor.

Yo á un tirano
no me rindo

Lucas.

¡Santa Orosia!
¿asi trata al padre nuestro?
por Jesucristo que es mora.

Leonor.

Y asi, don Enrique amado...

Lucas.

Ya escampa, y llueven carocas

Leonor.

Pues yo no puedo dejar
de ser tuya...

Lucas.

Aprieta, boba.
¡Infeliz mollera mia
en poder de esta bribona,
si ella te hubiera pillado!

Leonor.

Dispon el cómo se rompan
las prisiones, que tiranas
ya mi tolerancia postran.

Lucas.

Yo iré á disponer, supuesto
que está mi tio en su alcoba,
que te venga á ti á romper
lo primero que te coja.

ESCENA VIII.

Don Enrique y doña Leonor.

Enrique.

Ya, don Lucas me parece
que se fue.

Leonor.

¿Qué te alborota?

Enrique.

Nada.

Leonor.

¿Qué miras?

Enrique.

¿Qué quieres,
mi Leonor? que reconozcas
que todo lo hemos perdido.

Leonor.

¿Cómo?

Enrique.

Como desde esotra

parte, oculto en la cortina
de esa puerta, ha estado hasta ahora
don Lucas, siendo testigo
de tus quejas amorosas,
habiéndome antes pedido,
que te hable en cuanto á su boda.

Leonor.

¿Qué dices?

Enrique.

Que por mas señas
que te estuve haciendo, absorta
en tu afecto, nunca propio
las entendiste, y él torna
aqui.

Leonor.

Y con mi padre creo:
forzoso es mudar la hoja
al discurso, y engañarlos.

ESCENA IX.

Dichos y don Pedro, y don Lucas al paño.

Pedro.

Aunque mas fuerza me pongas,
no he de creerte.

Lucas.

Plegue á Cristo,
que mala sarna me coma,
si no es verdad.

Pedro.

¿De tí trata
con voces ignominiosas?

Lucas.

Lo menor era llamarme
el monstruo de Babilonia,

y á usted un perro tirano,
belitre, barbas de estopa.
Pero pues aun todavia
el que me hace la limosna
de sacarla las entrañas,
no se ha ido, usted se enoja,
escuche, calle, y verá.

Pedro.

Está bien.

Enrique.

¿Con qué señora,
la dilacion solamente
es el mal que os acongoja?

Leonor.

Estimo tanto á don Lucas
por sus prendas generosas,
por su ilustre nacimiento,
y porque en todo conforma
conmigo.

Lucas.

Mientes, borracha.

Leonor.

Que hasta lograr ser dichosa
con su mano, estoy sin mí.

Lucas.

¿Han visto tal? esta tronga
se vuelve como vinagré.

Leonor.

A él solamente se postra
la verdad de mi cariño.

Pedro.

Lucas, esto es otra cosa
de lo que tú dices.

Lucas.

Tio,

yo estoy hecho una bazofia,
porque lo que yo escuché
era pan, y estas son tortas.

Enrique.

Y vuestro padre es preciso,
como quien es, corresponda
á tan hidalga obediencia.

Leonor.

Aunque esta accion tan gustosa
no me fuese, es mi cariño
quien tan de humilde blasona,
que por él lo ejecutára.

Lucas.

Miren la zalamerota.

Pedro.

Hija mia, yo lo creo:
caiga sobre tí, paloma,
mi bendicion.

Lucas.

Y una peña
que pese noventa arrobas.

Leonor.

Solo, si es que alguna vez
con don Lucas se desboca
mi pasion....

Lucas.

Atiende aqui,
que ya vuelve la pelota.

Leonor.

Es por que trata á mi padre
con ignominia y deshonra.

Pedro.

¡Qué escucho!

Lucas.

¡Virgen Maria!

Leonor.

De miserable le nota,
de ignorante en sus estudios,
de que en los pleitos le roba
sus derechos.

Pedro.

¡Ah, villano,
pícaro, ruin!

Leonor.

Y en fin toca
en lo que mas siento yo,
que es en decir, que enamora
á una criada de casa.

Lucas.

¿Yo he dicho tal, picarona?

Pedro.

Si, habrás dicho, infame, tonto. (1)

Lucas.

San Blas, San Blas, que me ahoga.

Pedro.

¿Tú desvergüenzas de mí?

Enrique.

Tened, tened, ¿qué os enoja,
señor don Pedro?

Leonor.

¡Ah, bribon!
¿Tú poner las manos osas
en mi padre?

Lucas.

Muger, mira,
que él es el que me acogota,
que yo le no llego.

---

(1) *Sale don Pedro agarrado del gaznate de don Lucas, y Leonor pega con él.*

Leonor.

¡Ah, perro!

Lucas.

¿No hay alguien que me socorra?

ESCENA X.

Dichos y Melchora metiéndose á un lado, y á otro Juana y Cartapacio.

Todos.

¿Quién causa tan gran estruendo

Melchora.

¿Quién fomenta esta peleona?
por cierto que si lo sabe
quien yo me se......

Pedro.

No, no es cosa
de cuidado......

Lucas.

Si es, y mucho,
que entre usted, y esa galfota
me han hecho junto á la nuez
del gaznate una corcoba.

Melchora.

¡Ay Jesus! ¿pues el marido
y el dote con que me otorga
el matrimonio de carta?

Lucas.

Mi ira que es temprano, tonta.

Melchora.

¿Temprano? pues si no avisas,
ya iba á descoserme toda.

Florela.

¡Cielos, aquí don Enrique!

Pedro.

De las prendas generosas,
señor don Enrique, vuestras,
no dudé yo que conozca
don Lucas, cuanto sus partes
haceis en lo que le importa.

Lucas.

Y como que hace, y aun tanto,
que lo que es mio se apropia;
y así.....

Cartapacio.

¿Señor?

Pedro.

¿Cartapacio?

Cartapacio.

Pasando junto á la lonja
de San Felipe, me dió,
con veinte mil ceremonias,
un soldado este papel.

Pedro.

¿Para mí? la nema rompa.
Lee. *Un espíritu, á quien dió
enfado el ver que os desvela
el cariño de Florela,
y os medio descalabró,
proseguir la accion pretende
borrándoos esa quimera;
y así á los dos os espera
detras de San Blas.* = El duende.
¡Válgame Dios!

Lucas.

Tio mio,
¿qué papel ó diablo es ese,
que te ha puesto como un yeso?

Pedro.

Lucas, disimula: ¡fuerte
lance!

Lucas.

¿Pues qué ha sido?

Pedro.

Sabe,
que me desafia en este
papel.....

Lucas.

Cáscaras:

Pedro.

Aquel
espíritu, que rebelde
en la otra casa habitaba.

Lucas.

¿Qué dices? ¡Jesus mil veces!

Pedro.

Que el duende es el que me espera.

Lucas

¿Pues al diablo, quien le mete
en andar buscando ruidos,
teniendo los que se tiene?

Pedro

El caso es, que habemos de ir....

Lucas.

¿Á dónde? ¿á andar á cachetes
con el demonio?

Pedro

¿Si es hombre,
que este disfraz tomar quiere,
se ha de contar que anduvieron
infames dos montañeses?

Lucas.

Eso no, voto á Cristo,

aunque una legion me espere
de dueñas magras, que son
los estoques de la muerte.
Pero, señor, por si acaso
cosa del demonio fuese,
¿no será bueno que vaya
la egecutoria patente,
que no puede cosa mala
llegar donde ella estuviere?

Pedro.

Dices bien, ven, tomaremos
las espadas y broqueles:
y porque no nos estorben,
saldremos mas facilmente
por la puerta falsa.

Lucas.

¡Ay, honra
montañesa, lo que puedes!
pues muerto de miedo voy
á que me casquen las liendres.

Pedro.

Leonor, á un negocio vamos
de importancia, en tanto puedes
prevenir para el ensayo
de esta noche lo que sueles;
que he de ver la serenata
cómo sale.

Lucas.

Que nos rezen
será mejor un rosario,
porque volvamos con dientes. *Vase.*

Pedro.

Y aun prevente tú tambien,
que es bien que esta noche quedes
casada; ya que á don Lucas

amas, estimas y quieres. *Vase.*

Enrique.

¡Qué oigo, cielos!

Leonor.

¡Ay de mí!
que con mis armas me hieren.

Melchora.

No será eso, mientras yo
tenga unos inconvenientes.

Leonor.

¿Cuáles?

Melchora.

Ellos lo dirán.

Leonor.

¿Misterios gastar pretendes?

Melchora.

Esto importa á la maraña:
y ve usted, pues de esta suerte,
como Dios quiera.....

Leonor.

¡Qué necia!

Melchora.

Será lo que Dios quisiere.

ESCENA XI.

Doña Leonor, don Enrique, Florela y Juana.

Juana.

Maldita tú seas, amen,
y que majadera que eres.

Leonor.

¡Ay Enrique!

Florela.

Esto faltaba *ap.*
á mi dolor solamente.

Leonor.

Ya has oido de mi ruina
la sentencia.

Enrique.

¡No me fuerces
á que un despecho egecute.

Florela.

¡Ah, injusto! ¡ah, traidor aleve! *ap.*

Leonor.

Ya estamos en la forzosa
de que el remedio se piense;
esta noche ven, que Juana
te abrirá, y en mi retrete
oculto.....

Florela,

¡Qué escucho, penas! *ap.*

Leonor.

Estarás; y cuando vieres,
que mi padre solicita,
que á Lucas la mano entregue,
sal, y dí, que eres mi esposo.

Enrique.

Tu esclavo soy.

Florela.

Ya no puede *ap.*
tolerarse tal injuria.

Leonor.

Y ahora, don Enrique, vete;
y si puedes inquirir
lo que tan secretamente
á egecutar va mi padre,
mas presto el que se remedie
nuestro pesar lograremos.

Enrique.

Todo, mi bien, lo previene

tu divino entendimiento:
voy volando á obedecerte. *Vase.*

Leonor.

¿Juana?

Juana.

¿Señora?

Leonor.

A tu cargo
pongo el que á la noche entres
en el cuarto, á don Enrique,
de los barros.

Juana.

De viviente
búcaro te le tendré
curado al polvo, y si quieres,
mojado con agua de ámbar.

ESCENA XII.

Doña Leonor y Florela.

Leonor.

¿Florela, qué te parece
de mi mal?

Florela.

Que cierto ingenio
dijo bien discretamente.

Canta.

Enamorado de Siquis.
baja amor á los vergeles,
que en las campañas del aire
fabrican y desvanecen.

Leonor.

Y que enamorado venga
don Enrique, á que se empleen
en mí sus adoraciones,

con mi desgracia, ¿qué tiene
que ver?

Florela.

Pues mejor concepto,
á mi parecer, es este.

Canta.

Ojos eran fugitivos
de un pardo escollo dos fuentes,
humedeciendo pestañas
de jazmines y claveles.

Leonor.

O es manía de cantar
la tuya continuamente,
que venga al caso, ó no venga,
ó de mis penas crueles
te burlas.

Florela.

Escucha, escucha
No has de lograr que conteste *ap.*
con tu gusto, y que del daño,
que tú me haces, me consuele.

Leonor.

Canta hasta que mas no quieras,
que si algun dia sintieres,
puede ser que yo me ria
de ver que tú te lamentes.

ESCENA XIII.

Florela.

No faltaba á mi dolor
mas de que ahora pretendieses
descansar con quien por tí
pena y sufre, llora y muere.
Siente, pues que siento yo,

y mientras buscar emprendes
medios para el fin que anhelas,
para impedírtelos piense
imposibles mi dolor,
ya que el destino inclemente
quiere á costa de mis males
ir fabricando tus bienes.
Y pues esta noche aguardan
para matarme dos veces,
esta noche del acaso,
que la fortuna ofreciere
mas propicia, mi corage
valido, haré que rebiente
este volcan, que oprimido
arde en prisiones de nieve.

ESCENA XIV.

Decoracion de Campo.

Don Antonio y Talaveron.

Antonio.

¿Diste el papel que te dí
á Cartapacio?

Talaveron.

Y le hallé,
como te he dicho, y logré
encajársele.

Antonio.

Si en mí
desafiar á un letrado
pareciere estraño hoy,
esté alguno como estoy
de su dama enamorado,
y empátele su fineza

*

otro, que sea el que se fuere,
verá si aun con Baldo quiere
deshacerse la cabeza.

Talaveron.

Yo creo, que aquellos dos
hombres, que vienen allí,
son tio y sobrino.

Antonio.

Sí;
retírate.

Talaveron.

Vive Dios,
que siendo dos, oportuno
será que yo no me vaya.

Antonio.

No temas que riesgo haya,
que uno és nada, y dos es uno.

ESCENA XV.

Don Antonio, don Lucas y don Pedro con armas y con linternas.

Pedro.

Anda, Lucas.

Lucas.

¡Raro afan!

Pedro.

¿No ves que el honor precisa?

Lucas.

¡Que ni aun siquiera oir misa
pudiese en san Sebastian!

Pedro.

¿Para qué?

Lucas.

Para notorio

sufragio.

Pedro.

¿De quien, bergante?

Lucas.

De quien puede en un instante
ser alma del purgatorio.

Pedro.

¿A eso tu temor te obliga?

Lucas.

¿Pues la del otro está hablada,
para que tenga su espada
atencion con mi barriga?

Pedro.

Un hombre está aqui.

Lucas.

¿No mas?

Pedro.

No es mas que uno.

Lucas.

¡Suerte rara!
pues llega tu cara á cara,
le daré yo por detras.

Pedro.

¿Contra nuestro honor, no ves
que ese es un terrible error?

Lucas.

¡Válgame Dios, por honor
que caramilloso que es!

Pedro.

Estate tú oculto allí,
que mientras que solo sea,
no es bien que á los dos nos vea.

Lucas.

Por Dios que no estoy en mi.
¿Yo á conquistadores puedo

heredar? Cristo me ampare,
pues lo que hoy conquistáre
lo quiero asar en un dedo.

Pedro.

¿Caballero?

Antonio.

¿Qué mandais?

Lucas.

¡Virgen sagrada, qué veo!

Pedro.

Que sois vos quien busco creo.

Antonio.

Yo soy.

Pedro.

¿Pues á qué esperais?

Antonio.

Cuando llegueis á saber
el motivo de este duelo,
á nada.

Lucas.

¡Válgame el cielo!
el duende es ó su muger,
porque yo á este hombre le ví
de mantilla: ¡hay tal historia!
Saco luz y ejecutoria,
pues todo lo traigo aqui. *Vase.*

Antonio. (1)

Valor teneis.

Pedro.

He nacido
caballero, y manejado
libros y armas.

---

(1) *Sacan las espadas y riñen.*

Antonio.

¡Qué abentado
es el viejo!

Pedro.

¡Que atrevido
es el mozo! (1)

Antonio.

¿Qué aguardais,
(cruel estrella) pues me veis
sin espada?

Pedro.

A que la alzeis.

Antonio.

Como caballero obrais;
pero una vez recobrado,
solo á defenderme aspiro.

Pedro.

Pues yo de veras os tiro.

Antonio.

Mirad que habeis tropezado.

Pedro.

Matadme.

Antonio

¿Quien obra bien,
cómo aconseja tan mal?

Sale don Lucas.

Duendecillo tal por cual,
ten esa estocada, ten. (1)

Antonio.

¿Qué es esto?

---

(1) *Cáesele la espada á Antonio.*

(2) *Vuelve con la ejecutoria en el pecho, y dos luces en las manos.*

Lucas.

Cruje los dientes
perro maldito, haz espantos,
huye de los nombres santos
de todos mis ascendientes.

Antonio.

¿Don Pedro?

Lucas.

¿Qué no te humillas?

Antonio.

Vuestro furor me acometa.

Lucas.

¡Santo Dios! que no respeta
las armas de los Chinchillas.

Pedro.

Presto daré testimonio
de que aquel error absuelvo.

Lucas.

Señores, á decir vuelvo
que este es duende ó es demonio.

ESCENA XVI.

Dichos y don Enrique.

Enrique.

¿Qué es esto, amigos?

Lucas.

Esto es
ser este diablo Andaluz,
pues no respeta la cruz
de un despacho montañés.

Enrique.

¿Vos, señor don Pedro, y vos,
don Antonio, en este estado?
motivo de gran cuidado

es el que os mueve, por Dios.
Y pues yéndoos á buscar,
el acaso me ha traido,
yo he de saberle.

Padre.

Este ha sido
haber venido á parar
madama Florela...

Enrique.

? Quién ?

Pedro.

Una Flamenca Española,
á mi casa trisse y sola,
huyendo cierto vaiven
de su fortuna en Amberes,
de donde mi amigo Octavio
me la envió: y siendo agravio
no amparar á las mugeres
en quien nace caballero,
en mi casa la hospedé,
donde la ví y la traté.
Y no siendo yo el primero
á quien una perfeccion
haya en vista condenado,
en revista, y sin traslado
me ganó la inclinacion:
Tanto su beldad promete.

Lucas.

¡Oiga el diantre del borrico
por donde mete el hocico!
¡Con que la casca el vejete!

Pedro.

Por esto ese caballero
hoy un papel me ha enviado,
en que me ha desafiado.

Antonio.

Ya os he contado primero,
que allá en Amberes reñí
por cierta madamusela,
que amé; pues ella es Florela.

Enrique.

Pues ahora me toca á mí
reñir con los dos.

Los dos.

¿Por qué?

Enrique.

Porque el sujeto soy yo,
que en Amberes os hirió,
y que allí á Florela amé.

Antonio.

Ya son mis dudas mayores.

Lucas.

¡Otro la pretende y ama!
¿señores, es esta dama,
ó concurso de acreedores?

Pedro.

Pues Florela ha de ser mia.

Antonio.

Yo he de merecer su amor.

Enrique.

A mi cuenta está su honor..

Lucas.

¡Virgen, y que gregueria!

Antonio.

Pues si hemos de reñir; ya
el tiempo es muy oportuno,
y asi vamos uno á uno.

Lucas.

¿Qué es uno á uno? arre allá.
¿Cómo entendeis esa historia?

Antonio.

Riñendo vos el primero.

Lucas.

¿ Pues quereis un agujero
hacerme en la ejecutoria ?
primero me dejaré
asaetear por un lado,
por detras, por el costado,
que por el pecho os la dé.

Pedro.

Embiste, no temas nada. *Riñen.*

Lucas.

¿ Pues he de esponerme, tio,
á que á un ascendiente mio
le den una cuchillada ?

Enrique.

Parad, tened los aceros,
(Pues nada pierdo en tal trance, *ap.*
enmendar intento el lance.)
y advirtamos, caballeros,
que de una dama la fama
este escándalo atropella;
y pues ha de ser lo que ella
dijere, elija la dama.

Pedro.

Yo me doy á este partido.

Antonio.

Con ese dictamen voy.
Don Enrique, porque soy *ap. á Enrique.*
amante, y tan siempre he sido
vuestro amigo, hallar quisiera
modo que el caso enmendára,
y que á Florela lográra,
sin que yo á vos os perdiera;
pues cuando amais à Leonor...

Enrique.

Dejaos por mí gobernar, *ap. á Antonio:*
que á mí me viene á importar
que consigais vuestro amor.
Y pues esto está ajustado,
señor don Pedro, podeis
iros.

Pedro.

Ya reconoceis
si bien ó mal he quedado. *Vase.*

Enrique.

Nunca vos quedasteis mal.

Lucas.

¿Cómo? ¿ya se han convenido?
de mi ejecutoria ha sido
milagro, por san Pasqual.
Ellos van quietos y buenos;
¡ó papel! ¿esto hay en tí?
no te he de apartar de mí
el dia que hubiere truenos. *Vase.*

Antonio.

¿Don Enrique?

Enrique.

Ahora sabreis
si soy vuestro amigo en todo.

Antonio.

¿De qué suerte?

Enrique.

De este modo,
venid, que allá lo vereis.

ESCENA XVII.

Sala en casa de don Pedro.

Cartapacio, Juana y doña Leonor, y ponen luces en un bufete.

Música.

Ven deseado Himeneo,
ven, y ven muy aprisa,
que tardar esta boda,
es mucha porquería:
ven, ven por tu vida,
á las nupcias del mas fuerte hidalgo,
que bebe, que ronca, que pace en Castilla.

Leonor.

¿Está todo prevenido?

Cartapacio.

Por lo que toca á bebidas,
ya de sorbete y aloja
dejé entregada á Dominga
una garrafa.

Leonor.

¿Y los dulces?

Cartapacio

Son chochos, y peladillas,
y he habido de tener un
cuento en la confiteria.

Leonor.

¿Cómo?

Cartapacio.

Como la cuchara,
que llevé está muy lamida,
y no habia forma en empeño
de darme mas que dos libras.

Y así el tio y el sobrino
habrán de hacer la barriga
con las castañas pilongas,
que como ayer fue vigilia,
sobraron.

Juana.

¿Y te parece,
que en la montaña tendrian
otros dulces de París?

Leonor.

Juana, anda, ve, por tu vida,
á ver si viene mi Enrique,
verás como hago que sirva
á otro intento este aparato.

Juana.

No será mala bolina
la que habrá. *Vase.*

Leonor.

¿Y Melchora?

Cartapacio.

Como
hace una de las ninfas,
que han de llamar á Himeneo,
segun la loa está escrita
de don Pedro mi señor,
se está vistiendo.

ESCENA XVIII.

Dichos, don Lucas y don Pedro.

Pedro.

¿Hija mia?

Leonor.

¿Padre y señor?

Pedro.

Hoy se enlazan
los pesares y las dichas.
A casa desazonado
de un disgustillo venia,
y me han dado en el camino
la prodigiosa noticia,
de que el título que compro
está ya en cabeza mia.
Vueseñoría lo sepa,
para que reconocida
á los favores del cielo,
desde hoy los criados riña,
á todas horas enfade
amigos y conocidas,
pida el almuerzo á las once,
y suba al desvan en silla.

Lucas.

¿Oye usted, y yo no tengo
de tener mis piececillas
de sobrino de marqués?

Pedro.

En casando con mi hija,
que entonces os cae el chorro
de este honor por recta línea.
¿Ah, Cartapacio? el tintero.

Cartapacio.

Aquí está.

Pedro.

Esta seguidilla
déle á Juana ó á Melchora,
que al nuevo asunto va escrita
de la señoría nuestra;
que la encajen por su vida
en la dicha pastorela.

Lucas.

¿ Habrá invencion mas maldita
de fiesta , que esta que hacen ,
pudiendo llenar la tripa ,
con lo que en ella se gasta ,
de pabos y de gallinas ?

Pedro.

Mis amigos vienen ya.

ESCENA XIX.

Dichos , un Letrado y un Golilla.

Letrado.

Para que la rebeldía
no se me acuse , señor
don Pedro , de que á tan digna
funcion vengo tarde , el gusto
mi concurrencia anticipa.

Golilla.

Cosa que habeis hecho vos ,
es fuerza ser peregrina.

Pedro.

Señores , muy bien venidos.
Ah , Cartapacio , trae sillas ;
Leonor , siéntate.

Cartapacio.

Aquí están.

ESCENA XX.

Dichos , y al paño Juana , don Enrique y don Antonio.

Juana.

Quédate aquí , y solo atisba ,
sin que te vean.

Enrique.

Está bien.

Antonio.

¿A qué será esta traida?

Enrique

Presto de dudas saldreis.

Sale Juana.

Señora, como pedias,
aquel negocio está hecho,
pero el diablo de la fria
de la Flamenca los vió.

Leonor.

No es tiempo de que nos sirva
eso de estorbo.

Cartapacio.

Señor,
la cera está ya encendida,
y como es poca, ya ves,
que es fuerza que se derrita.
¿Empezarán?

Pedro.

Di que empiecen.

Lucas.

Yo en estas majaderías
me duermo luego. ¡Ah, vergante!
¿tú apuntas?

Cartapacio.

De maravilla.

Lucas.

¡No te viera yo apuntado
de un tiro de artillería!

Pedro.

Señores, callad, que empiezan.

Golilla y Letrado.

¿Cuánto va que para en risa?

Música.

Ven, deseado Himeneo, &c.

ESCENA XXI.

Dichos, y doña Melchora que canta.

Melchora.

Ven, que no es quien espera
ningun hombre de ansina:
sino una hembra que casa
con un varon Chinchilla.

Canta Juana.

Ven, que con montañeses
no se hacen groserías,
porque á ninguno esperan
los de aquesta familia.

Melchora.

Su señoría ordena,
que con tu antorcha asistas,
y basta que lo mande
su señor señoría.

Pedro.

Aquella postrera copla
es la de nuevo añadida.

Golilla.

Es un pasmo.

Todos.

Es un prodigio.

Pedro.

Que prosiga.

Todos.

Que prosiga.

Música.

Ven, ven por tu vida, &c.

Canta Florela.

No solo á tanto asunto
esta antorcha encendida,
ascua del sol, abrasa
todo lo que ilumina;
sino á descubrir vengo,
don Pedro, los enigmas,
que tu honor obscurecen,
y tu fama marchitan.
Oculto hay en tu casa
quien troncar solicita
de tus nobles ideas
las generosas líneas.
Y quien del honor mio
á destruir aspira
la opinion generosa
hoy por ti defendida;
tu venganza y mi enojo,
su traicion y mi ira,
alumbre aquesta antorcha,
y siguiéndome digan:
Traicion, traicion. *Se entra.*

Leonor.

¡Ah, villana!

Pedro.

¿Qué es esto? todos me sigan. *Vase.*

Juana.

¡Ay, que todo lo descubre!

Galilla y Letrado.

A don Pedro es bien que asista.

Lucas.

¿Qué embrolla de los demonios
es esta, Melchora mia?
Ahora es ocasion que se haga
nuestra traza discurrida.

*

Melchora.

Pues verás que presto vengo
cargada con su balija. *Vase.*

Leonor.

¡Cielos santos, yo estoy muerta!

Pedro.

Mueran los que así amancillan
mi honor. (1)

Enrique.

Don Pedro, tened,
que siendo ya vuestra hija
doña Leonor, mi muger,
en mí vuestro honor habita.

Pedro

¿Cómo esposo de Leonor?

Lucas.

¿Señor, no te lo decia
yo, que esta pícara infame
la habia deshacer?

Florela

Como viva
yo, siendo Enrique (don Pedro)
la causa de mis desdichas,
no es facil que de otra sea.

Antonio.

Ni que yo á otro hombre permita,
que sea dichoso contigo.

Pedro.

¿Estoy yo acaso en las Indias,
para que á doña Florela
de Guzman, solo por hija
de don Andrés de Guzman,
no la elevé á señoría?

(1) *Salen don Pedro, don Enrique y don Antonio.*

Enrique.

¿Don Andrés de Guzman? ved
lo que decis.

Florela.

¡Suerte esquiva!
que aquese mi padre fue.

Pedro.

Pues esos papeles digan
como gobernando á Amberes,
al tiempo que ya os tenia
á vos, casó de secreto
con madama Catalina
de Orbesi, ilustre y hermosa,
y prenda de esta caricia
fue Florela, á quien dejó
declarada.

Enrique.

¡Hermana mia!
¿cómo avarienta hasta aquí
me ha negado esta noticia
mi suerte?

Florela.

No en vano yo
tanto, Enrique, te queria.

Antonio.

Ahora sin este embarazo,
que mi rendimiento admita
espero......

Enrique.

Tuya es Florela.

Florela.

Premiar es deuda precisa
vuestra constancia.

Pedro.

Tened,

que yo......

Dentro Melchora.

Tanta gritería
hay, que á quien hoy se casa
la aturde, y la martiriza.

ESCENA XXII.

Dichos y doña Melchora con un bulto debajo del brazo.

Pedro.

¿Melchora, que es esto?

Melchora.

¡Ay, padre!
¿no ve aquesta bolsa en cinta?
pues prendas son de don Lucas
cuantas traigo aquí metidas.

Pedro.

¡Solo faltaba esta afrenta
á mi casa y mi familia!
¿Qué dices, perra?

Lucas.

Que ya
que ha perdido Leonorilla
la fortuna de mi mano
por sus muchas picardias,
con Melchora me recaso,
que mi conciencia me aguizga;
pues dice bien, pues mias son
esas prendas que publica
ese bulto.

Pedro.

¿Cómo, infame?

Melchora.

Como es esta su ropilla,

su manteo, su sotana, *la saca toda.*
sus calcetas, sus camisas:
miren si son estas prendas
suyas, ó de la vecina.

Pedro.

Si estás contenta, Leonor,
yo no violento á mis hijas:
da la mano á don Enrique,
y dásela tú, Luquillas,
á Melchora.

Lucas.

Ven acá,
daca la mano, borrica.

Melchora.

Toma, animal.

Cartapacio.

Cada oveja
con su pareja, Juanilla.

Juana.

Pues toma esos cinco dedos.

Enrique.

Hermosa Leonor, mi vida
es tuya.

Leonor.

Felice soy.

Antonio.

Ya son todas mis fatigas
venturosas con tal suerte.

Florela.

Tus finezas me conquistan.

Pedro.

Y yo que quedo soltero,
no sé, señores, si diga,
que quedo mejor.

Enrique.

Y aquí
una obediencia rendida,
da fin al Dómine Lucas:
reconociéndose indigna
de aplauso, ni admiracion,
se contenta con la risa.

El Dómine Lúcas.

El movimiento dramático de esta pieza, las situaciones cómicas y las sales en que abunda la han adquirido la estimacion del público, desde que su autor la dió al teatro. Efectivamente es una de las mas graciosas que compuso Cañizares en el género de las comedias de carácter, llamadas entre nosotros de *figuron*; cuyo título está muy bien aplicado, porque pinta la exageracion del personage principal que se propuso ridiculizar el poeta. Aunque este género es el que mas se acerca á la verdadera comedia antigua, nuestros autores recargaron de tal modo el carácter que describian, que por lo general le trasformaron en una caricatura. Este defecto se advierte en muchas de las composiciones de esta clase, á que se dedicaron varios poetas dramáticos del siglo 17, y algunas de ellas en tanto estremo que pueden mas bien considerarse como unos entremeses ó sainetes en tres actos, que como verdaderas comedias La presente es una de las menos defectuosas en esta parte, pues el carácter de don Lucas, tiene toda la verosimilitud que puede pedirse en buena dramática. Es un hombre de muy corto talento, es malicioso é interesado; ha recibido una educacion poco esmerada, y se halla poseido del orgullo ridículo que les inspiraba á algunos nobles en aquel tiempo la posesion de una ejecutoria, aunque se hallasen sumidos en la indigencia.

Cañizares presenta á don Lucas en la escena V. del primer acto y manifiesta su carácter en muy pocos versos. Celoso al ver á Leonor y á Melchora acompañadas de dos hombres que no conoce, quiere saber de Cartapacio si las han tocado al ayudarlas á salir del coche.

Cartapacio.

Abrazáronlas por fuerza
para sacarlas.

Lucas.

¿Qué dices?

Cartapacio.

Fue indispensable indecencia.

Lucas.

¡Caiga sobre mí un Vizconde
con toda su parentela!
Melchora, á quien entre dientes
tengo una aficion horrenda;
Leonor, en quien la pecunia
me tira que me desuella;
la una, haciendo de mi amor,
y la otra, amor de su hacienda,
¿maniestiradas de hombres?
¿Qué dirá el valle de Ruesga
adonde se trae la honra
colgada como venera?

Este sentimiento es el que domina principalmente en don Lucas, y le inspira la idea, tomada sin duda de la novela del curioso impertinente, de rogar á don Enrique que enamore á su futura esposa.

Enrique.

¿No es doña Leonor Chinchilla?

Lucas.

Esa propia, y desde aquesta
mismísima hora, usted
la ha de galantear.

Enrique.

¿Qué intentas,
hombre?

Lucas.

Saber, señor mio,
de la pata que cojea.
Si ella al continuo combate
se tiene tiesa que tiesa,
merece en mí un montañés
con todas las incidencias
de ejecutoria y de sangre;
si se ablanda como breva
con un escudero mio
la sobra mucho á la puerca.

Resalta mas todavía la fatuidad de este personage, cuando refiere la aparicion del duende á don Enrique, y este le pregunta:

¿Pues es posible, don Lucas,
que remedio no se ha hallado
por conjuro, ó por precepto
contra ese espíritu?

Lucas.

Hermano,
un demonio que porfia
es demonio por dos lados:
todo está pasado en cuentas,
y no habiendo aprovechado
nada, al último remedio,
como se dice, apelamos:
con dos velas encendidas,
. . . .
sacamos don Pedro y yo
de un cofre de felpa y raso,
la mas horrible reliquia,
que tiene el género humano.

Enrique.

¿Y cual es?

las siguientes son sumamente interesantes; están perfectamente imaginadas y bien desenvueltas. La primera pudo tal vez inspirar á nuestro célebre Inarco la del acto tercero en el Viejo y la niña.

El lenguage es castizo, y el estilo sencillo y natural. Peca sin embargo algunas veces en hinchado, como se observa en varios trozos de la relacion de Enrique en la escena I, y otras en bufon y chocarrero. Pero estos defectos y otros, originados por el deseo de aumentar la ridiculez del protagonista, no rebajan el mérito esencial de esta comedia, que á nuestro parecer es la mejor de Cañizares, á pesar de que no puede ahora inspirarnos todo el interés que á los espectadores de su tiempo, porque el vicio que castiga ha desaparecido casi enteramente de entre nosotros.

EL HONOR
DA ENTENDIMIENTO,
Y EL MAS BOBO
SABE MAS.

PERSONAS.

Don Enrique de Gucvara, galan.

Don Lorenzo dc Maqueda.

Don Felix dc Toledo.

Don Sancho de Maqueda, primer barba.

Don Pedro de Utrera, segundo barba.

Doña Leonor de Utrera.

Doña Isabel de Utrera.

Doña Inés de Guevara.

Martin, gracioso primero.

Esparaban, gracioso segundo.

Juona, criada.

Un Maesiro de leer.

Un Maestro de esgrima.

Tres hombres.

Músiea.

La escena es en Granada.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON PEDRO.

Doña Leonor, doña Isabel y Juana.

Leonor.
¿Qué dices, Juana?
Juana.
Que es él.
Leonor.
¿Don Enrique?
Isabel
Yo le ví,
que á la ventana salí.
Leonor.
¡Fuerte mal! ¡traza cruel!
anda detenle, anda aprisa.
Juana.
Yo no le podré la puerta
cerrar; pues viéndola abierta,
querer que no se entre, es risa.
Leonor.
Pues yo podré huir, que no
tengo ánimo de hablarle.
Isabel.
Tente, yo saldré á encontrarle.

ESCENA II.

Dichas, don Enrique, y Martin de camino.

Enrique.

Felíz mil veces quien vió,
del Alcazar celestial,
adonde habita su bien,
franca la entrada.

Isabel.

Por quien
el que entrare entrará mal;
y así, no paseis de aquí.

Martin.

A Dios mudanza invencible.

Enrique.

¿Bella Isabel, es posible,
que eso se me dice á mí?
¿Cuando á mí se me negó
la dicha que hallo, y que dudo?
¿Quién dar un precepto pudo
tan contra mi vida?

Leonor.

Yo.

Enrique.

¿Vos? No me espanto de ver
desairada mi esperanza,
que en mí ausencia, en vos mudanza,
es cumplir, siendo muger.
Yo me engañé; perdonad,
que pues muerto en vos estoy,
á morir á todos voy;
dadme licencia.

Leonor.

Esperad.

Martin.

No has de esperar, ni es razon:
despues de vernos hundidos,
venidos, y aun revenidos,
mas que en setiembre el turron,
salir con una quimera
es muy grande porquería.
¿Y tú, hermosa Juana mia?

Juana.

Hermano, por la otra acera.

Martin.

¿Tambien estás de mudanza?

Juana.

No estraña, pero indecisa.

Martin.

Así fuera de camisa,
y aun de pellejo, taimada.

Leonor.

Quien os oyere, señor
don Enrique de Guevara
(disculpando vuestra ausencia)
encarecer mi mudanza,
á vos os tendrá por fino,
y á mí me culpará ingrata.
Seis años me habeis servido,
si con espresiones raras
de sencilla fe, las voces,
los billetes, y las ansias
de vuestro encarecimiento
lo digeran, si no halláran,
que con sus obras, de infieles
su mismo dueño las tacha.
Yo, que nací roca espuesta
de amor á las asechanzas,
os ví, os oí, y me rendí;

culpa fue, pero engañada,
es culpa, en que hoy en el mundo
hay muy pocas que no caigan.
Dígalo yo, que despues
de franquearos la esperanza,
que á nadie dí, continué
las veras con que os amaba,
hasta, que sin saber como,
por qué razon, ó qué causa,
sin despediros de mí,
faltasteis de vuestra casa.
No es eso lo mas, sino es,
que esta, ó locura, ó mudanza,
continuada en vos dos años,
ni un aviso, ni una carta
os debió mi amor; y cuando
triste, sola, y despechada,
por los vuestros saber quise
qué haciais, y adónde estabais,
supe, que andabais en busca
de una bellísima dama.
Y así, porque no es razon,
despues de ausencia tan larga,
que sobras de otras finezas
querais conmigo gastarlas;
idos con Dios, don Enrique,
que no quiero os hagan falta,
para cartas amorosas,
que os merecerá esa dama,
y que yo no os merecí
las frases estraordinarias,
las voces encarecidas,
y las ardientes palabras,
que gastais en persuadirme
lo que ya sé: vamos, Juana.

Enrique.

Oye, espera.

Leonor.

No hay que espere.

Enrique.

Darásme motivo á que haga
un desatino, si no oyes
mi disculpa.

Leonor.

Aunque la halláras,
viene tarde, don Enrique.

Enrique.

Aunque sea tarde, si yo
tu juicio desengañára,
vieras mi razon, y vieras,
que no es culpa, y es desgracia
la que me ha hecho padecer
tu enojo.

Leonor.

Y aun no bastára.

Enrique.

¿Por qué?

Leonor.

Porque soy quien soy
sufrí, esperé contrastada
de mi padre y mis parientes;
y como dió tu tardanza
motivo á que se creyese
tu muerte, buscaron traza
de darme esposo mis padres;
he dado mi fé, y palabra
de obedecer á los mios;
no es posible quebrantarla;
si tú has tenido la culpa,
tú allá contigo te habla,

Lucas.

La ejecutoria
de los Chinchillas hidalgos.

Finalmente, ya sea cuando enamora á Melchora y dispone el medio de casarse con ella, cuando dicta la demanda á Cartapacio, ó cuando asiste al desafio, siempre escita la risa del auditorio.

En el carácter de don Pedro, que tiene tambien bastante mérito, ridiculiza el poeta con mucha propiedad, el lengüage pedantesco de algunos letrados tarraguistas de su tiempo; y en el de Melchora pinta una boba á quien aguija el deseo de casarse con el primero que se presente.

Los demas personages son buenos y forman el contraste con los anteriores.

La accion está bien combinada, y las escenas bien enlazadas: hay muchas muy cómicas y sembradas de gracias y donaires.

Veanse particularmente la XIX del primer acto, en que Melchora sale corriendo tras las gallinas; la XVII y siguientes hasta el fin del segundo acto, y la VIII. IX. y X del tercero.

Los diálogos tienen generalmente viveza y gracia; pudiéramos citar algunos; pero, en obsequio de la brevedad, nos limitaremos al siguiente.

Cartapacio.

¿Señor?

Lucas.

¿Qué hay?

Cartapacio.

Mas de una hora
que te espera don Enrique
sentado en la silla rota.

del recibimiento.

Lucas.

¿Y dime,
trae la cara como en forma
de pedirme chocolate?

Cartapacio.

Ofrecérselo es preciso,
que es por la mañana.

Lucas.

¡Moscas!
Anda, ve y dile, que digo
yo, que estoy en la Vitoria.

Cartapacio.

¿Y si sabe que te niegas?

Lucas.

Que no lo sepa.

Cartapacio.

Perdona,
que yo no hago indignidad
tan de tu prosapia impropia.

Lucas.

Pues dile que entre, que yo
te descontaré una onza
de tu racion.

Cartapacio.

¿Por seis cuartos
te acuitas y te acongojas?

Lucas.

Por menos un primo mio
lleva un garrafon de aloja,
y será un octavo nieto
de la Infanta doña Alfonsa.

La escena siguiente en que obliga á Enrique á enamorar á doña Leonor, y se esconde á escucharlos, y

persona, dándole en casa
toda la doctrina inútil,
que no le sirve, y le cansa:
esto os puede consolar
en vuestra pena.

Dentro don Pedro.

Abre, Juana.

Juana.

¡Ay Jesus! este es mi amo.

Isabel.

¡Mi tio! en aquella cuadra
os retirad, que en pasando,
podeis, aunque esté cerrada,
abrir la puerta y salir. *Vase.*

Enrique.

Que estos sustos se pasáran
para ser favorecido,
ya fuera dicha; mas para
ser infeliz, solo yo
lo esperimento.

Juana.

Entra, y calla.

Martin.

Despues de desprecios, palos
es solo lo que nos falta. *Vase.*

ESCENA III.

Don Pedro, y doña Inés tapada.

Pedro.

Mientras yo, señora, entro
á aquesta pieza, no salgan
mi hija, y sobrina, pues no es
razon que vean que haya
muger, que les dé otro ejemplo;

que el del recato que guardan;
esperad un rato.

Inés.

Penas,
¿cuando tendrán mis desgracias
satisfecha la crueldad
de mi fortuna inhumana?

Pedro.

Juana, ven.

ESCENA IV.

Inés.

¡Qué venerable
anciano! ¡qué noble casa!
¡que sumptuosa y compuesta!
ya agradezco que encontrára
Fabio, amigo que parece
de suposicion, en que haya,
pues ha de ser en quien tome
puerto mi incierta borrasca,
respeto y autoridad;
¡qué superiores alhajas!
Por cuanto fuese un cristal, (1)
que sin temor desengaña,
el primero que á mí misma
me acuse mi semejanza,
pues...

---

(1) *Encárase á un espejo, que ha de estar en el paño.*

ESCENA V.

Doña Inés, don Enrique y Martin.

Martin.

Ya es tiempo que nos vamos.

Enrique.

Mira que ruido no hagas.

Inés.

Mas ¡ay infeliz de mí! (1)
sombra injusta, ilusion vaga,
que á Enrique me representas,
no me adelantes (aguarda)
mi muerte, que...

ESCENA VI.

Doña Inés y don Pedro.

Pedro.

Ya segura
estad, hablad confiada
de que nadie oye.

Inés.

¡Ay de mi!

Pedro.

¿Qué es eso que os sobresalta?

Inés.

Nada, y mucho, pues...

Pedro

Hablad.

Inés.

Mirando á ese espejo estaba,
y ví en él á mi enemigo,

---

(1) *Cruzan el teatro por detras de doña Inés.*

que acechando á mis espaldas,
mi ruina...

Pedro.

Eso es fantasía,
yo veré toda la cuadra;
solo está todo.

Inés.

¡Mis propias
aprehensiones me arrebatan!
Yo, señor don Pedro, (¡ay triste,)
como habrán dicho las cartas,
que para vos me dió Fabio,
soy de Enrique de Guevara
hermana.

Pedro.

¿Qué me decís?
no le conocí; mas tanta
su fama fue...

Inés.

Como hoy es.

Pedro.

¿Qué aun vive?

Inés.

Si señor.

Pedro.

Falsas
las noticias de su muerte
fueron, sin duda, en Granada.

Inés.

Hizo él echar esas voces
en Madrid, en donde estaba,
por lograr con mi cuidado
perficionar su venganza;
pero pues de todo es fuerza
daros cuenta, una mañana

vi á don Felix de Toledo.

Dentro Leonor.

Traenos las labores, Juana.

Pedro.

Esperad; que ya discurro
en solo cuatro palabras
de hermano, ausencia, y agravio,
que es lo que os trae á mi casa
caso de honor; esta pieza
es paso de las criadas,
y todo el tráfago; entrad
en mi despacho; que en arduas
materias, solo las logra
el que mejor las recata.

Inés.

Vuestro amparo...

Pedro.

Andad, señora;
¿ahora quereis que faltára
á muger de obligaciones,
que se vale de estas canas?
Posada, auxilio, y socorro
teneis.

Inés.

Besó vuestras plantas.

Pedro.

¡Ah, si! ¿vos cómo os llamais?

Inés.

¿Yo? Doña Inés de Guevara.

Pedro.

Pues no ha de ser ese nombre
el que tengais, que no es chanza
hermano noble ofendido,
y otras dos mil circunstancias,
que habrá sin duda en el cuento,

para no andar recatada.
Venid, donde con mi hija
vivais segura, estimada,
y querida.

Inés.

Con el nombre
me contento de criada
suya, y vuestra.

Pedro.

No lloreis. *Entrase doña Inés.*
Estraños sucesos pasan
por las gentes; á bien, que
Leonor ha de estar casada
presto, y estaré sin sustos;
que hijas bellas son alhajas,
que el medio de no perderlas
es ser breve en despacharlas.

ESCENA VII.

SALA EN CASA DE DON SANCHO.

Don Sancho, el Maestro de leer, Esparaban, y despues don Lorenzo á medio vestir, con chupa y valona.

Sancho.

¿Ha tomado ya leccion
don Lorenzo?

Esparaban.

Está aun roncando.

Maestro.

Y yo habrá una hora esperando.

Lorenzo.

Padre, la bendicion.

Sancho.

Hijo, hoy has tardado á fe
en levantarte.

Lorenzo.

Si fuera
por mí, presto me vistiera;
no hubiera sido porque
esta pierna no quería,
hasta que estotra riñó
con ella, y fuera la echó,
y ella, despues no salía.
Calzáronse, y demas de esto
tuvieron pendencia un rato,
porque se perdió un zapato;
y es, que el uno estaba puesto,
y otro que me iba á poner,
y otro zapato faltaba,
y la pierna regañaba.
¡Jesus lo que hubo de ver!
Despues de tanto reñir,
yo las dige á sus mercedes:
dénse por esas paredes,
que yo no me he de podrir.

Maestro.

¡Vióse tal majadería!

Esparaban.

Es un bruto mi señor.

Sancho.

Este es invencible error
candidez de fantasía;
y siendo sinceridad,
espero que nos dé indicio
de vencerla el egercicio
del estudio: á Dios quedad,
y dad leccion de leer.

ESCENA VIII.

Dichos menos don Sancho.

Lorenzo.

Sí, que ya quiero almorzar.

Maestro.

Vamos á deletrear.

Lorenzo.

Mejor es délecomer.

Maestro.

¿Qué es esta?

Lorenzo.

Letra.

Esparaban

Penetra
como un bruto.

Maestro.

¿Y esta aquí?

Lorenzo.

Letra.

Maestro.

Que es letra, es así;
¿pero cuál letra?

Lorenzo.

Esta es letra.

Maestro.

¿Ahora con Bercebú
estamos ahí? Dí, pues,
¿es a, e, i, o, u? ¿ó que es?

Lorenzo.

Esta es, a, e, i, o, u.

Maestro.

Todo lo de ayer se fue:
decid conmigo be a ba.

Lorenzo.

¿Qué es eso de que se vá? *Agarrale.*
¿pues á dónde se va usté?

Maestro.

Son letras; yo estoy perdido.
Dí, be a ba, aquí bruto.

Lorenzo.

Calle,
¿cómo quiere que las halle,
si dice usted, que se han ido?

Maestro.

Esto es inútil; segun
su chola, él no dará en ello.

Lorenzo.

Mucho mejor es aquello.

Maestro.

¿Cuál?

Lorenzo.

El chan, chen, chin, chon, chun.

Esparaban.

Como es medio rebuznar,
le ha agradado.

Maestro.

Vuestro padre
quiere que el estudio os cuadre,
y es en vano el porfiar;
pues la primer juventud
pasada, y el genio vuestro
lo impiden.

Lorenzo.

Señor Maestro,
yo todo soy jumentud;
¿mas si no me castigais
cómo tengo de aprender?

Maestro.

¿Castigado quereis ser?

Lorenzo.

¿Por qué no?

Maestro.

¿Vos lo mandais?
dadme la mano.

Lorenzo.

¿Qué son
amistades?

Maestro.

Yo soy juez,
tomad, para que otra vez
estudieis bien la leccion. (1)

ESCENA IX.

Don Lorenzo y Esparaban.

Lorenzo.

¡Ah perro!

Esparaban.

A escapar se aplica.

Lorenzo.

Que me muero.

Esparaban.

¿Qué te ha dado?

Lorenzo.

En la mano me ha pegado
una cosa, que me pica.

Esparaban.

Este palo es.

---

(1) *Dale con una palmeta, corre don Lorenzo tras él, y él la deja caer en el suelo y se va.*

Lorenzo.

Ve con tiento,
no le llegues.

Esparaban.

Es quimera,
que es madera.

Lorenzo.

Si es madera,
es madera de pimiento:
mas daca, sea lo que fuere.

Esparaban.

¿Dónde la quieres echar?

Lorenzo.

Por Dios, que la ha de probar
el primero que viniere.

Esparaban.

Aquí está el Maestro de Esgrima.

ESCENA X.

Dichos y el Maestro de esgrima á lo maton.

Maestro.

Buos dias nos dé Dios.

Lorenzo.

¿Sabeis bien la leccion vos?

Maestro.

Por diestro el lugar me estima,
aunque ver perdido siento
el tiempo en que no aprendeis.

Lorenzo.

Es que, si no la sabeis,
habrá para vos pimiento.

Maestro.

Poneos recto. *Toman las espadas negras.*

Lorenzo.

¿Cómo?

Maestro.

Así;
ese es ángulo.

Lorenzo.

Me rio:
¿angúlo? ese era mi tio.

Maestro.

Dad ahora un paso hácia mí.

Lorenzo.

No solo uno, sino tres.

Maestro.

¿Y la espada?

Esparaban.

Es bestia ruda. *ap.*

Lorenzo.

¿Qué quieres, que á un tiempo acuda
á las manos, y á los pies?

Maestro.

Son dos acciones forzosas.

Lorenzo.

Ya es vuestra tema importuna.
¿Bueno es, no sabiendo una,
pretender que haga dos cosas?

Maestro.

Pues todo lo erramos.

Lorenzo.

¿Qué?
¿que lo erramos?

Maestro.

Claro está.

Lorenzo.

Pues dadme la mano.

Esparaban.

Ta.

Lorenzo.

Dad la mano.

Maestro.

¿Para qué?

Lorenzo.

Aquí para entre los dos, (1)
para siempre que se os pida,
traed la leccion sabida.

Esparaban.

¿No os avisé?

Maestro.

Vive Dios,
que es un grande atrevimiento,
y le tengo de matar.

Lorenzo.

Aprender para enseñar.

Maestro.

¿Yo tal afrenta consiento?
por vida.......

ESCENA XI.

Dichos y don Sancho.

Sancho.

¿Qué ha habido aquí?

Lorenzo.

Nada, señor, que le he dado
pimiento para que aprenda,
pues ha de enseñar á tantos.

Esparaban.

El Maestro de leer,

---

(1) *Dale con la palmeta.*

que le pegó un palmetazo,
él le quitó la palmeta,
y vá á los demas cascando.

Sancho.

Ya veis cuan infelíz soy
en tener un insensato
por hijo, perdon os pido
de un error tan temerario;
y admitid esa cadená,
en recompensa del daño.

Maestro.

Bien os puede agradecer,
que hayais á tiempo llegado
de que no le escarmentase;
y con un aviso os pago
vuestra bizarría; tratad
de no intentar apuraros
vida, y hacienda, porque
aunque viva cien mil años,
es incapaz vuestro hijo,
sin mas que ser un gran asno,
y nó teneis que aguardarme
mas.

ESCENA XII.

Don Lorenzo, don Sancho y Esparaban.

Lorenzo.

¡Oygan y cual se ha picado!
mas es verdad que el pimiento
escuece como los diablos.

Sancho.

Hasta aquí juzgué, Lorenzo,
que poniendo mi conato
en vencer vuestra rudeza,

se lográran los trabajos;
que en adquiriros los bienes
de mas de cien mil ducados,
de quien único heredero
sois, he sufrido, y pasado.
Vuestra sangre es tan ilustre
como vuestro juicio falto
de sentido natural;
achaque de los humanos
placeres, que hayan de dar
las riquezas, y los faustos
del rico en manos del necio,
para solo disiparlos:
mas ya confieso, que en nada
acierto, sino en llorarlo.

Lorenzo.

¿En nada acierto? pues mire,
que habrá pimiento de palo
para usted, como le ha habido
para el otro, que era guapo.

Sancho.

Pero no tiene remedio;
aunque sea señalándoos
un Curador, que os gobierne,
es fuerza daros estado,
para dilatar mi prole.

Lorenzo.

Pues déme usté al cirujano,
si me ha de dar curador,
porque el doctor es un asno.

Esparaban.

Para tí sobra el Albeitar.

Sancho.

Hijo, yo he determinado
con doña Leonor de Utrera

unirte, un bello milagro
de perfeccion y virtud;
vesla aqui, este es su retrato, (1)
esta es tu esposa.

Lorenzo.

¿Esta es?

Sancho.

Si.

Lorenzo.

No la quiero.

Sancho.

¿Has hallado
alguna falta en su rostro?

Lorenzo.

Y mucha: ¿he de estar casado
yo con muger tan chiquita,
que aun no tiene medio palmo?

Sancho.

Esta es la pintura solo
del medio cuerpo.

Lorenzo.

¡Oyga el diablo!
¿pues donde está el otro medio?

Sancho.

Ese no se le pintaron.

Lorenzo.

¿Pues digame usted, si es coja,
ó tiene los pies con callos,
cómo se ha de averiguar?
No, mi padre, no me caso
con muger que está sin piernas,
que parirá hijos enanos.

---

(1) *Saca un retrato pequeño.*

Sancho.

Tú irás á verla conmigo
hoy.

Lorenzo.

¿ Pues está en otro cabo ?

Sancho.

Pues claro está, que esta es copia.

Lorenzo.

Luego es dos

Sancho.

La ha duplicado
el pincel.

Lorenzo.

Pues dos mugeres
se rebañarán á taraños.

Sancho.

Es que las dos y una sola
son.

Lorenzo.

Será como el cuarto,
que es uno grande el que es dos;
y siendo asi, me ha gustado,
porque la podré trocar,
en haciéndome embarazo,
por dos mugeres sencillas.

Esparaban.

El que las haya es el caso.

Sancho.

Hablados ya los parientes,
solo falta... ¿ Mas llamaron ? *Llaman.*

Esparaban.

Si señor.

Sancho.

Mira quien es.

ESCENA XIII.

Dichos y don Felix.

Felix.

Decid al señor don Sancho;
mas nada le digais, pues
pueden hablarle mis brazos.

Sancho.

Amigo, y señor don Felix
de Toledo, ¿pues qué acaso
os trae á Granada? ¿cómo
tanta dicha y gozo tanto,
tan sin pensarlo en mi casa?

Lorenzo.

¡Tanta suerte, tal fracaso,
tal ventura, tal desdicha!
abrazadme, primo hermano.

Felix.

Caballero, nō os conozco,
y asi...

Lorenzo.

Que todos estamos
á esa fecha; pero es fuerza
quereros, y apretujaros
con mucho afecto, porque
me pareceis gran pedazo
de amigo nuestro.

Sancho.

Es mi hijo,
(don Felix) Lorenzo, es sano
de natural, y se esplica
sin cultura, y sin ornato,
pero con buen corazon.

Felix.

Yo os beso, señor, las manos.

Inés.

Gracias doy á mi estrella venturosa.

Leonor.

¿Isabel, no es honesta? ¿no es hermosa?
¡Mira qué aseada está! ¡qué bien prendida!

Isabel.

Juana, ¿has visto muger mas presumida?
¡Que esto guste á Leonor! *ap.*

Juana.

Lo nuevo aplace.

Inés.

Vuestra vista, señora, es la que hace,
con su perpeccion propia,
fingir en mi semblante vuestra copia.

Leonor.

Discreta tambien es. ¡Cuanto he debido
á mi padre, en haberos admitido
en su casa á mi lado!
No es decible el contento que me ha dado
con vos.

Inés.

Efectos son de sus piedades.

Leonor.

Fuerza es tengais dos mil habilidades.

Isabel.

A risa me provoca. *ap.*

Juana.

¿Ya nó sabes que mi ama es medio loca? *ap.*

Inés.

Alguna vez solia,
cuando era menos mi melancolía,
cantar alguna cosa; mas ya ignoro
cuanto aprendí, pues gimo, siento y lloro.

Isabel.

Pues, Leonor, haz que cante.

Leonor.

Lo que quiero
es, que descanse, que eso es lo primero;
que luego habrá lugar para escucharla.

Isabel.

Lo que gustarés.

Leonor.

Tú has de acompañarla,
Juana, á mi cuarto, y haz que allí se ponga
una cama.

Juana.

Con plaza de mondonga *ap.*
entra esta señorita.

Inés.

Dadme, los pies.

Leonor.

A Dios.

Juana.

Si es que hay visita,
trata de no llamarme
que no puedo en dos cosas emplearme,
y es lo primero..

Leonor.

¿Qué?

Juana.

Que servir sea
á mi señora doña Dorotea. *Vase.*

Isabel.

De verte tan divertida
con tu huéspeda me alegro,
pues de don Enrique....

Leonor.

¡Ay prima!

¿irás á decir que puedo
olvidarle? ¡como es fácil,
si despues de amor hay zelos!
y en igual de......

ESCENA XV.

Dichas, don Pedro y despues Juana.

Pedro.

¿Leonor mia?
¿Isabel? entraos dentro
á poneros muy bizarras.
¿Juana?

Juana.

Señor.

Pedro.

Anda presto,
viste á tus amas, preven
dulces, bebidas;.... ¡que veo!
¿en qué te paras?

Juana.

Señor,
que trescientas amas tengo;
parezco Inclusa, y no sé
á cual acuda primero.

Leonor.

¿Pues, padre, qué novedad
es esta?

Isabel.

¿Qué cumplimiento
es este tan repentino?

Pedro.

Sabe, que con don Lorenzo,
tu esposo, salió don Sancho
su padre de casa; entiendo,

segun su criado ha dicho,
que con no sé que pretesto
vienen, por ver si consiguen
verte; y estando el concierto
de tu boda en el parage
que está, escrúpulo no advierto
en que los deges entrar
á tu presencia; pues creo,
que no vendrán tan curiosos,
como saldrán satisfechos;
aunque esta es pasion en mí:
mas soy tu padre, y te quiero.
Adórnate por tu vida,
que á salirles al encuentro
voy. Don Lorenzo es buen mozo,
y en sus riquezas tendremos
descanso: á Dios, hijas mias.
Llorando voy de contento. *Vase.*

Juana.

¡Ah vejete codicioso!

Isabel.

¿Lloras, señora?

Leonor.

Hacer debo
las exequias á un cariño
tan en sus verdores muerto.

ESCENA XVI.

Doña Leonor, doña Isabel, Juana, don Enrique y Martin.

Enrique.

Por ver, bellísima ingrata,
si aquel enojo primero
pasado, oir mis disculpas

mitiga tus iras, vuelvo;
¿mas qué es esto?

Martin.

Ya nos lloran,
ténganos Dios en el cielo.

Leonor.

Isabel, ponte á la puerta.

Isabel.

¡Qué esto vean mis sentimientos,
y no me maten!

Enrique.

Señora,
como.....

Leonor.

No estamos en tiempo
de gastar muchas razones;
satisfáceme, y sea presto,
pues si tardas..... ¡ay de mí!

Enrique.

¿Qué?

Leonor.

No podré lo que hoy puedo:
¿dime, que muger seguiste
en Madrid, y con que intento?

Enrique.

¡Ay infelice de mí! *ap.*
¿cómo á nadie he de hacer dueño
de mi afrenta? ¡O vil hermana!

Leonor.

¿No respondes?

Enrique.

Solo tengo
que decirte, que es verdad,
que una muger (yo no acierto *ap.*
con la voz) seguí, y busqué;

mas para tan otro efecto,
que amarla.....

Leonor.

¿Que era á no amarla?
Sin duda que te dió zelos.

Enrique.

Zelos fueron, pero de otra
especie.

Leonor.

¡Ah ingrato! ¿qué es esto?
voy buscando las verdades,
y responden los misterios;
¿quien era?

Enrique.

No sé.

Leonor.

¿Por qué
la buscabas?

Enrique.

No sé.

Leonor.

¿A efecto
de qué cuidado?

Enrique.

No sé.

Leonor.

¿Era ofensa, ó era empleo?

Enrique.

No sé.

Leonor.

Pues si nada sabes,
¿quién lo ha de decir?

Enrique.

El tiempo.

Leonor.

Oráculo es perezoso,
y así, antes que corra el velo
á ese enigma, lo que callas
has de decir, porque luego
llega tarde.

Enrique.

¿Por qué?

Leonor.

Porque
hoy me pierdes, y te pierdo.

Enrique.

Pues, Leonor, mi bien, mi gloria,
mi amor, mi hechizo, mi cielo,
creeme sin que lo diga;
porque soy etna tan nuevo
de pesares, de congojas,
que al reves del Mongibelo,
si el muere por rebentar,
yo por no exalar rebiento:
jamás te ofendí.

Leonor.

Es mentira.
No hay confianza en un pecho,
que de quien ama no fia.

Enrique.

Pues con tal cruel tormento
callo, y me dejo matar;
no puedo hablar, que no puedo.

Leonor.

Pues yo puedo conocer,
que ha sido en tí fingimiento
tu amor, tu fe, tu lealtad;
con virte he satisfecho
mi duda: á Dios, don Enrique.

Enrique.

¡Qué desdicha!

Leonor.

¡Qué despecho!

Martin.

A Dios Juana.

Juana.

¿Te despides?

Martin.

¿No ves que llorau aquellos?
recibe en último culto
estos.....

Juana.

¿Qué?

Martin.

Mocos espesos,
de quien es mi inclinacion
mental reverente lienzo.

Juana.

¡Ay que asco de lacayon!

Isabel.

Mi tio viene subiendo
la escalera.

Leonor.

Don Enrique,
idos.

Juana.

No puede sin verlo
los que suben.

Isabel

Esta cuadra
los esconda.

Enrique.

¿En qué, mi dueño,
quedamos?

Leonor.

En que si atiendes

verás......

Enrique.

¿Qué?

Leonor.

Como me vengo,

y la ruina, que en los dos

ha causado tu silencio.

ESCENA XVII.

Doña Leonor, doña Isabel, Juana, don Pedro, don Sancho, don Lorenzo y Esparaban; don Enrique y Martin escondidos.

Pedro.

Estas mi hija, y mi sobrina

son, señor don Sancho.

Sancho.

Centro

de perfecciones dirás.

Lorenzo.

¿Adónde está el medio cuerpo

de mi novia?

Esparaban.

¿Estás en tí?

Lorenzo.

¿Qué me gobiernas, camueso?

Leonor.

Vengais muy en feliz hora,

señor don Sancho.

Isabel.

A tenernos

por muy vuestras.

Sancho.

¡Cuántas honras
á un solo instante le debo!

Lorenzo.

¿Padre, llego yo?

Sancho.

Si, hijo;
pero muéstrate muy cuerdo,
y muy fiel.

Lorenzo.

¿Fiel? Pues embisto:
señoras, si para veros,
siendo preciso el miraros,
es lo propio, que lo mesmo,
alabado sea el
Santísimo Sacramento.

Isabel.

¡Qué necedad!

Leonor.

¡Ay de mí!

Sancho.

¿Bárbaro, bruto, qué has hecho?

Lorenzo.

Si dice usted que me muestre
fiel, como he de parecerlo
sin decir el Alabado?
Ahore diré el Padre nuestro.

Sancho.

No, que mejor es que calles. (1)

Enrique.

¿Lo oyes, Martin?

Martin.

Yo no atiendo

---

(1) *Hablan aparte don Sancho y don Pedro.*

sino es á lo que me importa.
¿No vés como le hace gestos
Juana al fantasmon?

Esparaban.

Responde.

Juana.

Callandito ha de ser esto.

Pedro.

Si esa dspendencia os trae
aquí, los papeles tengo,
de que podeis informaros.

Sancho.

Venid al despacho, entremos.

ESCENA XVIII.

Dichos menos don Pedro y don Sancho.

Lorenzo.

¿Ya que hemos quedado solos
noviezuela, qué os parezco?
¿Soy cosa?

Leonor.

¿Qué me quereis
decir?

Lorenzo.

Lo que tenemos.
Mas ya sé, que no sabreis,
que venimos solo á veros
mi padre, y yo, porque está
entre los dos el secreto,
y si otro no os lo digere,
por mí seguro está el cuento;
mas eso aparte sabed,
que yo, hija mia, á lo menos
tengo piernas.

Isabel.

¡Ay Leonor!
¡qué necísimo es tu dueño!

Leonor.

¿Y que las tengais, qué importa?

Lorenzo.

Dios me entiende, y yo me entiendo.
¿Pensais que ya no os he visto?
Pero estoy pasmado de ello,
porque apenas habrá un hora,
que os ví de unos ocho dedos
de altura, y habeis crecido
en tan poquísimo tiempo
mas de dos varas. ¿Dos varas?
bobas. ¡Ah, veamos si miento.

Leonor.

¿Qué haceis? *Va á mirarla.*

Lorenzo.

Os quiero medir.

Enrique.

Ya me falta el sufrimiento.

Isabel.

Mirad......

Leonor.

Sois un ignorante,
un atrevido, un grosero,
un.....

Lorenzo.

¡Ay, padre, que me riñe!
vente, Esparaban; ¡qué miedo!
Que me pega esta muger.

ESCENA XIX.

Doña Leonor, doña Isabel, Juana, don Enrique y Martin.

Enrique.

Martin, salgamos de presto.

Isabel.

¿Donde vas?

Enrique.

A dar lugar
á que se logre un empleo
tan feliz, por esa ingrata.

Leonor.

Tú lo quieres.

Enrique.

¿Yo lo quiero?

Leonor.

¿Quién lo duda?

Enrique.

¿Cómo, aleve?

Leonor.

Traidor, no satisfaciendo
mis dudas.

Enrique.

¿Y á una sospecha
no la castiga un desprecio?
¿es forzoso un precipicio?

Leonor.

Con eso estarás mas cierto
de que me casa la ira,
no el amor.

Dentro don Felix.

Un caballero,
que es don Sancho de Maqueda....

Isabel.

Que viene gente, escondeos. (1)

Felix.

¿Está aquí?

Juana.

Aqui está.

Felix.

Decidle,
que le espera aqui un sujeto.

Juana.

Está bien.

Leonor.

Echa la llave
á esa puerta, no otro estremo
salir haga á don Enrique.

Juana.

Ya está segurito y bueno: (2)

ESCENA XX.

Dichos, don Felix y doña Inés.

Inés.

Señora, en el tocador
te dejastes este lienzo.

Leonor.

Damele, y dile á aquel hombre,
Dorotea, que este puesto
no es para esperar á nadie:
que salga al recibimiento,
ó que espere en la escalera.

Inés.

Hados, ya á servir empiezo. *ap.*

---

(1) *Se esconden don Enrique y Martin.*
(2) *Vase cerrando la puerta donde están los dos.*

Caballero... ¿Mas qué miro?

Felix.

Señora... ¡Pero que veo!

Inés.

¿Es ilusion?

Felix.

¿Es fantasma?

Inés.

¿Felix?

Felix.

¿Inés?

Inés.

No podemos
hablar: Leonor, mi señora...

Felix.

¡Mi señora! ¿Pues qué es esto?
?Quien lo es de mi corazon
llama á otra señora?

Inés.

El cielo
lo quiere así, que espereis
abajo me ordena.

Felix.

Harélo
con gran gusto, pues no pudo
lograr mi amante deseo
diligencia mas feliz,
que saber donde es el centro
de la que me trae.

Inés.

A Dios,
que detenerme no puedo.

ESCENA XXI.

Dichos menos don Felix.

Leonor.

¿Qué te decia ese hombre?

Inés.

Cortesanías.

Leonor.

Y advierto
tu rostro alegre.

Inés.

Me has dado,
señora, un grande contento
con eso que me mandaste.

Leonor.

¿Cómo? (1)

Inés.

Como considero,
que ya empiezo á ser tu esclava. *Vase.*

Leonor.

Véte: ¿que gólpes son estos?

Isabel.

Loco está, Leonor, Enrique.

Leonor.

Abre, que él quiere perdernos.

Sale Enrique

Vive Dios; que he de mirar
toda la casa,

Leonor.

¿Qué esceso
es este?

(1) *Dá golpes don Enrique, y luego abren.*

Enrique.

¡Ay de mí infeliz!
es una rábia, un despecho,
un basilisco, un volcan,
una furia, un mongibelo.

Leonor.

¿Pues qué has visto?

Enrique.

Una fantasma,
una sombra, un devaneo
de quien causa mis desdichas:
que aunque de la llave el hueco
me la ofreció mal distinta,
basta juzgar...

Leonor.

Tú te has vuelto
el juicio.

Martin.

Está endemoniado.

Leonor.

Ténle tú, mientras yo veo
si salen. ¡Ah Doroteá!

Inés.

Señora.

Leonor.

Pasa corriendo;
cierra la puerta á esa sala.

Inés.

¡Ay señora, que no puedo! (1)

Leonor.

¿Por qué?

Inés.

Porque ese hombre, ¡ay triste!

---

(1) *Ve á dan Enriqne y se asusta.*

que está hay es de quien huyendo
vivo, y quen de mí zeloso,
(decoro, disimulemos) *ap.*
me sigue para matarme;
y no hay duda; que á ese efecto
me busca en tu casa.

Leonor.

¿Pues
le debes algo?

Inés.

Le tengo
y me tiene obligaciones
tales.., pero yo no acierto
de temor á hablar. A Dios;
que aun en mi sombra tropiezo.

ESCENA XXII.

Dichos, menos Inés.

Leonor.

¡Válgame Dios! Ya está todo
este enigma descubierto;
esta es la dama, no hay duda
de este traidor: ¿á qué espero?

Dentro don Sancho.

Ya oí.

Leonor.

Advertid que salen.

Enrique.

¡O pesie á mí!

Martin.

parecemos
lanzaderas. (1)

(1) *Vuelven á esconderse.*

ESCENA XXIII.

Dichos, don Sancho, don Pedro, don Lorenzo y Esparaban.

Sancho.

Que me estan
esperando.

Pedro.

No os deseo
hacer mala obra.

Lorenzo.

¡Ay, padre,
que de solo verla tiemblo!
¿Y si me caso y me azota?

Esparaban.

No es el marido primero
á quien le sucede.

Pedro.

Hija,
ya se van, dame un consuelo:
¿qué te ha parecido?

Leonor.

Padre,
obedecerte resuelvo.

Pedro.

No esperaba yo otra cosa
de tí.

Isabel.

Albricias, pensamiento. *ap.*

Sancho.

Señoras, á Dios.

Leonor.

Señor,
vuestra soy.

Isabel.

Guardeos el cielo.

Lorenzo.

Oye ella, déjese estar,
que en casándonos, veremos
quien puede mas á moquetes.

Isabel.

¡Qué cortesano!

Juana.

¡Qué atento!

Esparaban.

Agur.

Sancho.

Todos somos unos;
no hay que andar en cumplimiento.

ESCENA XXIV.

Doña Isabel, doña Leonor, Don Enrique y Martin.

Leonor.

Ea, señor don Enrique,
id con Dios, que ya yo quedo
de todo enterada.

Enrique.

¿Cómo?

Leonor.

Como sé quien es objeto
de vuestro amor.

Enrique.

Oye, espera.

Leonor.

Si haré, por deciros esto:
quedaos á Dios para siempre. *Vase.*

Enrique.

¡Ah mal haya mi tremendo

destino!

Isabel.

A Dios don Enrique;
mas para siempre atenderos,
y estimaros. *Vase.*

Enrique.

¡Ay de mí!
de qué me sirve...

Martin.

¿Qué hacemos?
vamos.

Enrique.

Si Leonor perdida,
todo de una vez lo pierdo.
Pero hasta inquirir si fue
sombra, vanidad ó sueño,
lo que vi, honor, y amor dadme
paciencia, ó matadme presto.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON SANCHO.

Don Sancho, don Lorenzo y Esparaban.

Sancho.
¡Cuanto me alegro, hijo mio,
de oirte hablar de esa suerte!
Lorenzo.
Padre, yo la quiero mucho;
bien sé que soy un zoquete,
y en la lengua que la hablo
la pudro, pero me entiende.
Esparaban.
A cualquiera que te trata
eso mismo le sucede.
Lorenzo.
Ella, en cuanto á la comida,
me hinche hasta tente bonete;
me deja dormir diez horas;
y aunque ella dice, que suele
guardarme el sueño, no sé
en que escritorio le mete,
que yo, sin quererle hurtar,
le pillo, y aun el que tiene
para sí; yo ambos los ronco,
mientras ella sutilmente
en el monte de la caspa
me anda buscando las liendres.

Sancho.

Es honesta, es virtuosa,
y es mas de lo que mereces
Leonor; el saber servirla,
es lo que mas te conviene;
y puesto que en una casa
vivimos, como parientes,
amantes y bien unidos,
solo falta.... Pero vete
allá fuera, Esparaban.

Esparaban.

Voyme á ver si hablar pudiese
con Juanilla, de quien tengo
el cariño medio en cierne.

ESCENA II.

Dichos, menos Esparaban.

Sancho.

¿Dime, Lorenzo, qué fue
lo de á noche?

Lorenzo.

Que al quererme
entrar en casa, encontré,
con espadas y broqueles,
dos fantasmas á la puerta.

Sancho.

¿Y de eso, qué juicio puedes
hacer?

Lorenzo.

Padre, usté está chocho:
¿qué juicio quereis que hiciese,
que no fuese hacer locura,
mas que juicio?

Sancho.

Eres prudente:
mugeres mozas en casa
hay, y dos mil accidentes,
sin eso, tener pudieron
á nuestra puerta esa gente;
no juzgues......

Lorenzo.

¿Qué he de juzgar?

Sancho.

Es, que es bien que se recele
quien tiene muger, y honor.

Lorenzo.

Dígole á usted, que usted tiene
mas malicias, padre mio,
que los niños inocentes.
¡Jesus! usted me abre ahora
los ojos á que yo piense
desatinos, con que usted
lo que es casual, lo hace adrede.
¿Diga, viejo de mi vida,
las mugeres propias pueden
querer á otro, que á su esposo?

Sancho.

No, porque su punto pierden,
y el respeto á Dios.

Lorenzo.

No es nada:
¿y si usté un hijo tuviese,
le trocára por el hijo
del vecino, que está enfrente?

Sancho.

Tampoco.

Lorenzo.

Pues si me dice

mi paloma cien mil veces,
que soy su hijo, y su honor
aventura si me pierde;
¿cómo es facil, que hijo, y honra
por otras cosas las trueque?
Ande, señor, que aunque tonto,
no soy tan impertinente
como usted.

Sancho.

Tienes razon:
pídote, que te conserves
en esa opinion: á Dios.

Lorenzo.

A Dios; pero allá se lleve
este consejo......

Sancho.

¿Cuál es?

Lorenzo.

No despertar á quien duerme.

Sancho.

Discreto te vas haciendo;
mas no tanto, que no llegues
á ignorar, que otro dilema
está lidiando con ese;
pues el que es interesado
en lo que le toca, debe
enseñar al que no sabe.

ESCENA III.

Don Lorenzo.

¡Hay demonio de vejete!
¡que por último el ser suegro,
le ha de convertir en sierpe!
Yo apuesto, que mas de cuatro

pasan inocentemente
por cosas, que no son cosas,
hasta que hay quien las aceche,
y aquellos las dán lo malo,
que ellas por sí no se tienen;
que yo, por Leonor......

ESCENA IV.

Don Lorenzo y doña Leonor.

Leonor.

Me alegro,
que de mi nombre te acuerdes.

Lorenzo.

¿Cuando me olvido yo de él?

Leonor.

Ya yo sé lo que te debe
mi amor.

Lorenzo.

El se lo sabrá,
que yo no sé cuanto fuese
lo que hasta ahora le he prestado,
qué es lo que podrá deberme.
Pero en conclusion, bobilla,
díme una verdad, si quieres.

Leonor.

Si haré.

Lorenzo.

¿Tu prima Isabel,
Dorotea, ó Juana, tienen
algunos atisbadores?

Leonor.

¿Qué dices? ¡Jesus mil veces!
toda es gente honrada en casa.

Lorenzo.

Y mi capa no parece;
¿no es eso?

Leonor.

¿Por qué lo dices?

Lorenzo.

Hija, ya yo empiezo á hacerme
malicioso.

Leonor.

No hagas tal,
que eso es ser necio dos veces.

Lorenzo.

Si mi padre me lo enseña,
y ello tan facil se aprende,
¿que he de hacer? En fin, dos hombres
ví á noche de perendengues
de los postes de la puerta.

Leonor.

Estarian por accidente
aguardando alguien.

Lorenzo.

El alguien
es el diablo que los lleve.
Tú, pues no habrás menester
que á maliciosa te enseñen,
procura saber si hay algo,
que toque á nuestras paredes,
y verás como las pongo
á todas como un rebenque.

Leonor.

Si haré; yo te informaré,
si algo descubrir pudiere.

Lorenzo.

En esto quedamos, hija;
y yo me voy á traerte

una..... ¡válgame Dios!..... una. ...

Leonor.

¿Qué es?

Lorenso.

Una ;..... Dios me lo acuerde:
Marta con sus pollos, Marta.

Leonor.

Estufilla será.

Lorenso,

Tienes
razon, así la llamaron,
una escudilla de pieles:
¡verás qué hermosa! ya vuelvo.

ESCENA V.

Doña Leonor.

Déjame, no me atormentes,
pensamiento, ¿qué te importa,
que Enrique rondando vele
la beldad de Dorotea?
si ya tú no has de tenerle
mas que por un enemigo,
tan conforme con su suerte,
como disgustada, puesto,
que aunque necio, aunque imprudente
tú esposo, es al fin tu esposo;
y esto baste, á que ni aun quede
memoria en tí, de que pudo
hacer quien te mereciese
inclinacion, que los zelos
en odio, y rencor convierten,
cuando......

ESCENA VI.

Doña Leonor, doña Inés y doña Isabel.

Inés.

¿Señora, tan sola?

Isabel.

Prima; no hay quien logre verte.

Leonor.

Quien está con sus pesares,
acompañada está siempre,
y plugiese á Dios no fueran
los que otras darla pretenden.

Isabel.

Pues quien, Leonor......

Inés.

¿Quién, señora?....

Isabel.

¿Es causa de que te quejes?

Inés.

¿Puede darte á tí disgustos?

Leonor.

Quien atrevida, y aleve,
tiene galan que la ronde,
y amante que la festeje,
para que al entrar en casa
mi esposo, sombras encuentre,
que le impidan, y aun le avisen.

Isabel.

Yo..... cuando.... si....

Leonor.

¿Tú enmudeces?

Inés.

¡infeliz! *Llora.*

Leonor.

¿lloras? No sé

en cual de las dos sospeche,
viendo nacer de una causa
estremos tan diferentes!

Isabel.

No es mucho ¡ay de mí! turbarme: *ap.*
bien que hay pasion que me fuerce
al engaño, con que logro
contrastar las esquiveces
de Enrique, pues le he ganado
con recados y billetes
mios, á que todavía
del todo no le aborrece
Leonor, por tenerle así
suspenso, mientras hacerle
mio consigo.

Leonor.

¿No hablas?

Isabel.

¿Por quién he de responderte?
Por mi parte, ya tú sabes
que jamas hubo quien feria
sus desvelos á quien nunca
beldad tan sobresaliente
como tú quien ha logrado
que todos amarla lleguen,
eres tú: si aun todavia
hay quien intentar se, aunque
temerarios imposibles,
tú lo sabrás; y tú puedes
á tí misma preguntarte,
y á tí propia responderte.

ESCENA VII.

Dichas, menos doña Isabel.

Leonor.

¡Viven los cielos, villana!......

Inés.

No, señora, no te empeñes
en culpar á quien es fuerza
que esté de todo inocente.

Leonor.

¿Inocente? ¿Cómo?

Inés.

Como
todo lo que sucediere
de desdichas, de pesares, *llora.*
de sustos, de inconvenientes
en tu casa, estando en ella
yo, por mí sola acontecen.

Leonor.

Pues fiate, Dorotea,
de mí, si amante tuvieres,
que te merezca: ¡qué enfado! *ap.*
¿Mas de qué pueda tenerle
qué se me dá á mí? Para eso
remedio hay, no te avergüences.

Inés.

Si señora, amante tengo,
que me sirve, y me pretende.

Leonor.

¡Ah injusto Enrique, qué bien *ap.*
hice yo en satisfacerme!

Inés.

Pero no es ese mi mal.

Leonor.

¿Pues cuál es?

Inés.

Tener presente
un hermano con honor,
que intenta darme la muerte,
y buscarme á ese fin.

Leonor.

Cosas
estraordinarias refieres.

Inés.

Señora, pues fuera ingrata
á lo que el alma te debe,
si mis desdichas no hiciera
á tu clemencia patentes;
no es tiempo ya de callar.

Leonor.

Dí, que en todo he de atenderte.

Inés.

¿Conoces á don Enrique
de Guevara?

Leonor.

Sí.

Inés.

Pues ese....

Leonor.

¿Es tu amante?

Inés.

No señora;
el que me sirve es don Felix
de Toledo; don Enrique
es mi hermano.

Leonor.

Espera, tente:
¿don Enrique de Guevara
es tu hermano?

Inés.

¡A Dios pluguiese
no fuera asi! Leonor bella;
la que aun tus pies no merece
es doña Inés de Guevara,
á quien sus hados crueles
pusieron...

Leonor.

¡Ay desengaño *ap.*
á que mal tiempo que vienes!
Y pues ya no hay en mi pecho
lugar, bien puedes volverte.

Inés

En el estado que ves....

Leonor.

No es mucho que enmudeciese, *ap.*
por no declarar su injuria.
Yo me arrojé facilmente:
hice mal, pero hice bien,
que aun no es lícito el ponerme
á disputar lo que ha sido,
siendo lo que es.

Inés.

¿Te diviertes
por no oirme?

Leonor.

No, Inés mia;
una fantasma aparente,
que acudió á mi pensamiento,
ya el aire la desvanece,
y yo haré porque no vuelva;
dime cuanto tú quisieres.

Inés

Diré, que en Madrid estaba,
y Enrique en Milan; que ausente

mi hermano, á don Felix ví;
que sin saber que viniese
de la campaña, una noche
entró don Felix á verme,
desde un patio, hasta un balcon,
donde le escuché otras veces.
Que entró mi hermano embozado:
que al oirnos, acomete
á don Felix, que le sigue,
sin lograr reconocerle.
Que yo asustada y sin tino,
informada de que fuese
mi hermano, por sus criados,
salí á la calle, y entréme
en casa de Fabio: que es
antiguo correspondiente
de tu padre; y quien me embia,
á que su piedad me alvergue.
Esta es mi historia contada,
Leonor, tan sucintamente;
porque mientras menos tiempo
dure, menos me avergüence,
á vista de quien es fuerza,
que mal una accion le suene:
tan....

Leonor.

No pases adelante;
¿pues soy yo de las mugeres,
á quien espanten del mundo
los estraños accidentes?
Antes me dá tu tragedia
medio, de que me consuele.

Inés.

¿Cómo?

Leonor.

Yo lo sé. Bien digo, *ap.*
pues ya que pagar no puede
en amor, mi honor, á Enrique;
para que se desempeñe
el afecto que le tuve,
es bien que en honra le premie.
Yo, Inés, tengo de saber
quien es aquese don Felix;
te he de ayudar en tu amor;
he de hablarle, y he de hacerle,
que casándose contigo,
todo el caso se remedie.

Inés.

El está en Granada, y si
tú, señora, le escribieses
que venga á verte, no hay duda,
que consiga convencerle
tu divino entendimiento,
á que en bonanza se truequen
las tormentas de mi vida.

Leonor.

Mira, no sé yo que hacerme:
yo le escribiera á ese amante,
que hablar conmigo viniese.

ESCENA VIII.

Dichos y don Pedro, que oyendo á Leonor se detiene al paño.

Pedro.

¿Yo le escribiera á ese amante,
que hablar conmigo viniese?

Leonor.

Pero entre tantos testigos,

y tantos inconvenientes
como hay en casa...

Pedro.

¡Qué escucho!

Leonor.

No he de poder resolverme,
que tengo honor.

Pedro.

¡Ah hija vil!
Si tal haces no lo tienes.

Leonor.

Y mas... A mi padre he visto,
disimulemos.

Pedro.

¡O aleve!
No piensa bien quien hacer
públicos sus juicios teme.
¡Es posible que esto escucho!
¡En Leonor pudo otra especie
quedar despues de casada,
mas del amor que le debe
á su esposo! ¿Mas qué estraño,
cuando fui tan imprudente,
que casi contra su gusto,
por civiles intereses
la entregué?

Leonor.

¡Qué enagenado
va!

Inés.

Algun cuidado vehemente
le lleva tan discursivo,
que sin que nos advirtiese
pasa á su cuarto.

Pedro.

¡Ay recelo,
cuanto me das en que piense!
Y pues el hablar, y darme
por entendido del fuerte
dolor, que me oprime, ni es
posible, ni conveniente,
disimulemos, y demos
tiempo al tiempo. Abre el retrete
de mi despacho, Juanilla.

ESCENA IX.

Leonor é Inés.

Leonor.

Sin duda las cartas deben
del correo haber traido
algun cuidado, y aprende
con tal vehemencia mi padre,
que cuando algo que hacer tiene
no está en sí.

Inés.

¿Pues Leonor bella,
qué me dices? ¿qué resuelves?

Leonor.

Que escribas tú.

Inés.

¡Ay, Leonor mia!
ójala que yo tuviese
esa habilidad.

Leonor.

¿No sabes
escribir?

Inés.

Tuve parientes

de aquella errada opinion,
de que enseñar las mugeres
á escribir, es arriesgado.

Leonor.

Necio dictamen es ese:
¿pues es mejor que se fien
de otro en lo que se ofreciere
de amor y honor, sin que puedan
zelar los inconvenientes?
Nota tú, escribiré yo;
y que esta es fineza advierte,
que solo por tí la hiciera,
y que solo me la debe
la compasion hácia Enrique.

Inés.

El cielo tu piedad premie.

Leonor.

Dí.

Inés.

¿Pues ha de ir de mi parte?

Leonor.

Claro está.

Inés, dictando.

Señor don Felix,
porque vuestra pasion vea,
cuanto á mi afecto merece...

Leonor, escribiendo.

Merece...

Inés.

Hoy nos dá ocasion
de poder vernos la suerte.
Y asi...

Dentro don Pedro.

¿Dorotea?

Inès.

¿Señor?
voy á ver lo que me quiere
tu padre: vuelvo.

ESCENA X.

Doña Leonor y don Lorenzo al paño con la estufilla haciendo cocos.

Lorenzo

Escelente
escudilla de pellejo
la traigo; pero no huele,
aunque me dijeron que era
cebollina.

Leonor.

Como lleven
el billete con cuidado,
no conociendo don Felix
mi letra...

Lorenzo.

Tengo de entrar
haciendo con ella un dengue;
coco.

Leonor.

¿Qué importa que la haga
este gusto?

Lorenzo.

No me entiende:
coco.

Dentro don Pedro.

¿Leonor?

Leonor.

¡Ay de mí!

No es bien que el papel me deje
adonde está.

Sale don Lorenzo.

La escudilla
bien cerca de tí la tienes,
adivina, adivinajo.

Leonor.

Aparta.

Lorenzo.

¿Qué buscas?

Leonor.

¡Puede *ap.*
haber desgracia mayor!

Lorenzo.

¿Qué andas tentando papeles?

Leonor.

Son unas coplas de un tono,
que ahora acaban de traerme.

Lorenzo.

¿Son unas de Valdovinos,
que las mas noches me lee?
¿Esparaban, para estar
compungido cuando rece?
yo las tengo.

ESCENA XI.

Dichos é Inés

Inés.

Mi señor
te está aguardando impaciente.

Leonor.

Oyes, pues aquel papel
se queda en ese bufete,
coje cuantos hay en él,

y rásgalos, no le lleguen
á leer.

ESCENA XII.

Lorenzo é Inés.

Lorenzo.

Leonor, Leonor,
toma, que te traigo.. Fuese.
Pues maldita sea mi alma,
si la escudilla la diere.

Inés.

A bien que entre estos está.

Lorenzo.

¿Oyes, qué corage es ese?
¿que hacen los papeles, para
que así con ellos te emperres?

Inés.

¿Y qué importa que los rasgue?

Lorenzo.

¿Pues diga, tan facilmente
se ganan tres cuartos para
un cuadernillo?

Inés.

Yo.....

Lorenzo.

Pesie
al alma que lo crió,
así la procesion crece
de la cuenta, y no hay Rosario,
que alcance con quince dieces.

Inés.

Perdonad.

ESCENA XIII.

Don Lorenzo.

¿Qué la perdone?
para que yo me condene.
Bien se ve que no ha tomado
la cuenta del gasto un viernes.
Válgate el diablo las coplas,
en qué cuidado las mete,
que aun trayéndole á Leonor
un regalo tan solemne,
no hace caso: ¿si estarán
por aquí? Pero pardieces,
que dí con ellas: caidas
estaban adredemente
detras de la mesa: á bien,
que á deletrear pocos pueden
apostarme: irélas yo
mascando despacio: ese,
y, si, efe, y, fi, de, ó, ese, dos,
fideos. Gran tono es este,
como azucar, y canela
por estrivillo se le eche.
Pe, ó, ere, por, que, c, re, i, ria,
porquería. El tono miente:
¿fideos son porquería,
y mas cocidos con leche?
se engaña quien tal presume.
¡Válgame Dios lo que puede
un buen discurso! Ya he dado
en lo que es, ó que me tuesten:
como estas son tan golosas,
este es algun ingrediente
de golosina, que á solas

hacer á mi costa emprenden,
y no dármele á probar?
Pues al primero que encuentre
he de hacer que me le lea.
¿Merenditas ¡ah insolentes!
sin mí? Pues aquesta tarde,
yo solo, porque me vengue,
sin darlas una migaja,
me he de atestar de pasteles.

ESCENA XIV.

Decoracion de Calle.

Don Enrique, don Felix y Martin.

Felix.

¿Aquí siempre os he de hallar?

Enrique.

Donde os consigo traer,
segun decís, un placer,
me conduce á mí un pesar.

Felix.

Ya que haberos conocido
la casualidad lo ha dado
de sí, pues vuestro cuidado,
á mi intento parecido,
á una calle con un fin
(cautela disimulemos) *ap.*
venimos, aunque nos vemos,
yo con venturas, y sin
dichas vos, y tan distantes
en los objetos amados,
hasta ser nuestros cuidados
en lo demas semejantes;
para ayudaros en todo,

no tengais de mí embarazo.

Martin.

El hombre es fiero pelmazo.

Enrique.

Son mis pesares de modo,
don Felix, que aun yo quisiera,
que el pecho los ignorára,
porque una empresa tan rara
en un hombre no se viera
estrenar; como querer
ver lo que le ha de matar,
y á otro semblante buscar
lo que es fuerza aborrecer:
tan ciega complicacion
á nadie ha de ser fiada.

Felix.

Dices bien: ¡O que engañada *ap.*
vive su imaginacion!
Pues viendo que don Enrique
no me conoce, intenté
la introduccion que logré,
para que á cuanto se aplique
contra doña Inés su ardor
vengativo, le embarace
mi advertencia. Pues no hace
compañia en un amor,
quien en él no puede hablar;
quedad con Dios, y sabed,
que haciéndome vos merced,
tengo de solicitar
ocasion, si es que los dias
lo vencen todo, y el cielo,....

Enrique.

¿De qué?

Felix.

De que hallen consuelo
vuestras ansias, y las mias.

Enrique.

¿Pues si distantes los dos
caminamos, como puede
ser eso?

Felix.

A un tiempo sucede
otro tiempo: á Dios.

ESCENA XV.

Don Enrique y Martin.

Enrique.

A Dios.
¡Ay, Martin, quién me digera,
que yo ésta calle pisára,
y que Leonór se casára,
y yo su casa no huyera!
En fin ¡ay dolor profundo!
que donde me trajo amor,
me traiga pesar, y honor.

Martin.

Potages son de este mundo.

Enrique.

¿Si lo que ví fue verdad?

Martin.

Yo que fue mentira infiero.

Enrique.

¿Por qué?

Martin.

Tan corto agujero
no tiene capacidad
para saber distinguir.

Enrique.

Bien dices, de mi dolor
la sombra abultó mi error.

Martin.

Pues no nos deja dormir,
ni comer, no hay que dudar,
que es espantajo.

Enrique.

¿Es posible,
que un necio tan insufrible
pueda Leonor tolerar?
Sí bien, que me dá Isabel
esperanza de vencella:
señal de que aun dura en ella
aquel ¡ay cielos! aquel
aprecio que la debí;
mas soy tan amante yo,
que siendo contra ella, no
quiero alivios para mí.
Consolado viviré
con que sin suposicion,
merezca en su corazon
algun lugar.

ESCENA XVI.

Dichos y don Lorenzo.

Lorenzo.

Ya la hallé.
Con este quiero pegar,
que en lo malcarado, y tieso,
tiene cara de proceso.

Enrique.

No me deja sosegar
mi pena.

Lorenzo.

¿Chis, ah señor?

Martin.

No me mates.

Enrique.

Estoy ciego.

Lorenzo.

Mas que he dado con un lego,
yendo á buscar á un lector.
Chis.

Enrique.

¡Qué estrella tan fatal!

Lorenzo.

Chi, y treinta veces chi.

Enrique.

¿Es á mí?

Lorenzo.

No, sino á mí:
¡vióse mayor animal! *ap.*
¿Sabeis leer?

Martin.

Este es él.

Enrique.

Ya sé leer bastantemente.

Lorenzo.

Pues si leis facilmente,
leedme en este cartel;
ahi vereis como le va
á mi hecienda, aunque es donosa,
con una muger golosa.

Enrique.

Dadme.

Lorenzo.

No; acercaos acá.

Enrique.

¡Cielos, qué miro! *ap.*

Lorenzo.

Fatales *ap.*
gestos.

Enrique.

Letra es de Leonor. *ap.*

Lorenzo.

¿Mas que quiere coliflor, *ap.*
y está la libra á dos reales?

Enrique.

Lee. *Señor don Felix, porque* *ap.*
vuestra pasion vea, cuanto
debe á mi afecto .... ¡qué espanto!

Lorenzo.

¡Vive Cristo que acerté! *ap.*

Enrique.

Lee. *Hoy nos da ocasion la suerte* *ap.*
de poder vernos.

Lorenzo,

¿Cochinos?
Aun si quisiera pepinos.

Enrique.

Penas, ya he visto mi muerte. *ap.*

Lorenzo.

¿No dices lo que propone
esta receta?

Enrique.

¡Ah cruel! *ap.*
¿á tu amor, y honor infiel?

Lorenzo.

¡Oigan la cara que pone! *ap.*

Enrique.

¿Sabeis, don Lorenzo, acaso
lo que este papel declara?

Lorenzo.

A saber leer, no buscára
yo á vos.

Enrique.

¿Qué haré? ¡fuerte caso! *ap.*
si se le dejo, otro puede
declarársele; y la vida
de Leonor miro perdida.

Lorenzo.

¿Qué es esto que me sucede? *ap.*

Enrique.

Si se le intento quitar, *ap.*
es darle que presumir.

Lorenzo.

Leonor me quiere engullir *ap.*
mi hacienda á medio mascar.

ESCENA XVII.

Dichos y Juana tapada.

Enrique.

¿Qué haré? *ap.*

Juana.

Señor don Enrique;
una palabra.

Enrique.

Ya voy.

Juana.

Aquí esperandoos estoy.

Enrique.

Ya es fuerza que no publique *ap.*
este accidente.

Lorenzo.

Yo quedo
hecho un tonto.

Enrique.

Hoy buscaré *ap.*
á este infiel, hoy perderé
(pues que zeloso no puedo
disimular mi importuno
dolor) cuanto reprimí.
¡Cielos, no me quiera á mi,
pero no estime á ninguno!

ESCENA XVIII.

Lorenzo y Martin.

Lorenzo.

La muger se lo llevó:
ois, ¿sois vos su criado?

Martin.

Un poco.

Lorenzo.

¿Pues qué habrá hallado,
que tanto se sofocó,
en este papel maldito,
vuestro amo?

Martin.

Zumbarle quiero. *ap.*
¿Qué quereis, siendo tan fiero
bodrio, el que en él está escrito?

Lorenzo.

¿Pues qué pide en los asuntos
de estos renglones malvados?

Martin.

Pide munfuntos asados.

Lorenzo.

¡Munfuntos! ¿qué son munfuntos?

Martin.

Fruta, que para que cueste,

viene desde Tetuan,
y la come el Preste Juan.

Lorenzo.

¿Habrá algun Juan que la preste?

Martin.

¿Qué es prestar? medio siquiera
seis doblones no pagáran.

Lorenzo

Pues dos munfuntos dejáran
difunta la faltriquera.

Martin.

De esto yo os doy testimonio,
lo demas no es mi disputa.

ESCENA XIX.

Don Lorenzo.

Lorenzo

¡Válgate el diablo la fruta
del Preste Juan, ó el demonio!
¿Munfuntos? ¡raro misterio!
Muger que quiere por puntos
merendarse unos difuntos,
se almolzará un cimenterio.
Mas no lo quiero creer;
estos me quieren zumbar,
y este lo ha de declarar,
si acaso sabe leer.

ESCENA XX.

Dichos y don Felix.

Felix.

De continua centinela
de don Enrique...

Lorenzo.

Allá voy.

Felix.

Siempre en esta calle estoy.

Lorenzo.

Si usted lee que se las pela,
lea este papel por Cristo.

Lee don Felix.

Cielos, yo soy venturoso. *ap.*

Lorenzo.

Este no está tan furioso. *ap.*

Felix.

¿Quién igual traza habrá visto? *ap.*
Sin duda pretende Inés
avisarme de este modo
de que...

Lorenzo.

¿Le leyó usted todo?

Felix.

Puedo ir á verla despues. *ap.*

Lorenzo.

¿Es algo eso de pedir?

Felix.

No es síno, amigo, de dar
gracias de un bien singular.

Lorenzo.

Esto es cosa de aturdir. *ap.*

Felix.

Hacer que él mismo me dé *ap.*
el aviso ¡hay tal primor!

Lorenzo.

¿Qué dice el papel, señor?

Felix.

Eso es lo que yo no sé.

Lorenzo.

¿ Pues cómo ?

Felix.

Iré tras mi *ap.*
ventura al gozo anhelado. *Vase.*

Lorenzo.

Este sin duda ha encontrado
el munfunto para sí;
pero maldito sea él,
ya que el papel ha leido,
¿porqué este hombre no ha querido
decir, qué dice el papel?

ESCENA XXI.

Don Lorenzo y Esparaban.

Esparaban.

¿Señor?

Lorenzo.

Hijo Esparaban,
sacame de una quimera;
¿sabes deletrear siquiera?

Esparaban.

Tres años fui sacristan,
mira si sabré.

Lorenzo.

Pues dí;
¿qué dice aqui?

Esparaban.

Esto es muy malo;
letra es de tu esposa.

Lorenzo.

Palo:
¿y qué pide?

Esparaban.

Dice así:
»Señor don Felix, porque
»vuestra pasion vea cuanto
»debe á mi afecto...

Lorenzo.

¿Es encanto?
Bellas voces de Minué.

Esparaban.

»Hoy la suerte ocasion dá
»de poder vernos.

Lorenzo.

Tonton,
(vá de disimulacion) *ap.*
¿burlas conmigo?

Esparaban.

Aqui está.

Lorenzo.

¿Qué ha de estar?

Esparaban.

Lo que te digo.

Lorenzo.

Lo que escribe mi muger,
¿á otro que á mí habia de ser?

Esparaban.

¿Por qué te enojas conmigo?

ESCENA XXII.

Dichos y don Sancho.

Sancho.

¿Qué es esto?

Lorenzo.

Ese borrachuelo,
embustero, que ha fraguado

16

un enredo. Yo he pensado, *ap.*
si es verdad lo que ya huelo,
que me esta bien encubrillo.

Esparaban.

Soy un hombre muy de bien;
con otro hombre habla, y de quien
es la letra he de decillo:
es de mi ama; y vive Dios...

Lorenzo.

Que es un puro enredo todo,
que castigo de este modo. *Dala*

Esparaban.

¡Ay, ay!

ESCENA XXIII.

Don Lorenzo y don Sancho.

Sancho.

Para entre los dos,
¿qué es esto de hombre y de letra?

Lorenzo.

Un papel.

Sancho.

¿De Leonor?

Lorenzo.

Si.

Sancho.

¿A verle?

Lorenzo.

Ya lo rompí.

Sancho.

Pues algo en él se penetra,
Lorenzo, cuando un lacayo
puede con su necedad...

Lorenzo.

Señor, que es toda maldad.

Sancho

El trueno avisa del rayo,
tú sabrás si acierto, (pues
que no lo será es mas cierto,) *ap.*
pero....

Lorenzo.

¡Por Dios que estoy muerto!

Sancho.

¡Ay de tu honor, si lo es!

ESCENA XXIV.

Don Lorenzo.

¡Ay de mi honor! ¿luego estriba
mi honor, en que obre bien ella?
¿pues está en mí el disparate
para que esté en mí la enmienda?
¡Válgate el diablo el papel!
todas las tripas revueltas
me ha dejado. Ya aborrezco
á Leonor; ¿pero que señas
he visto yo, para que
papel y tinta no mientan:
y aun Mundo, Demonio y Carne?
¿sin oirla, echarla acuestas
el sentencion? Tá, que el diablo
es sutíl, engaña y tienta.
Yo he de gobernar el caso,
con toda cuanta imprudencia
cupiere; y pues es de noche,
y está mi casa tan cerca,
yo, y Leonor....

*

ESCENA XXV.

Don Lorenzo, don Enrique y Juana

Juana.

Entra conmigo,
y anda aprisa no te vean.

Enrique.

¡Ay Juana!

Lorenzo.

¿Qué es lo que miro?

Enrique.

Si yo á Leonor mereciera...

Lorenzo.

¿Leonor dijo?

Juana.

Entra, que apuesto,
que mi ama está hecha una perra
con lo que he tardado. *Vanse.*

Lorenzo.

¡Moscas!
esta ya es solfa, que suena
de otro modo; pero á bien,
que tengo franca la puerta:
tras ellos entro.

ESCENA XXVI.

Sala en casa de don Sancho.

Don Enrique, Juana, doña Isabel, y don Lorenzo que se esconde.

Isabel.

Un instante
tengo no mas, en que pueda

decirte...

Lorenzo.

Desde aqui puedo
escuchar sin que me sientan.

Isabel.

Cuan agradecida está
Leonor á tanta fineza
como os debe.

Enrique.

Isabel,
no me engañes, no me mientas.
¿Cómo me puede estimar,
quien papeles de su letra
envia á un don Felix, diciendo
que hay ocasion que le vea?

Lorenzo.

Primero, segundo, y yo
el sayo de la comedia;
¡buena está mi honra! si puede
ser cierto esto

ESCENA XXVII.

Dichos y doña Leonor.

Leonor.

Dorotea,
trae á esta pieza una luz.

Juana.

¡Ay desdichada!

Isabel.

Entra, entra
tras mi.

Enrique.

No, que he de ver,
á esta ingrata, y convencerla.

Isabel.

Que me pierdes, entra. (1)

Lorenzo.

Aun bien,
que por sus pisadas mesmas
he de seguir este enredo.

Leonor.

? No me oyen?

ESCENA XXVIII.

Doña Leonor y don Felix

Felix.

La contingencia
de estar la puerta entornada,
no es posible que no sea
(si el aviso del papel
atiendo) hacer la desecha,
para que yo logre entrar.

Leonor.

En el centro de la tierra
deben de haberse metido:
yo voy: ¿ mas quien va?

Felix.

Inés bella,
don Felix soy.

Leonor.

¡ Cielos qué oigo!

Felix.

Yo soy, mi bien, el que esperas,
si el miedo atiendo, con que
consiguió tu sutileza
avisarme.

---

(1) *Entranse, y don Lorenzo tras ellos.*

Leonor.

Caballero,
no soy doña Inés; mas esta
ocasion tener estimo,
para que sepais, que ella
está en mi casa, y que soy
una muger, que se empeña
en su honor, y vuestro amor.

ESCENA XXIX.

Dichos y don Sancho.

Sancho.

¿Cómo tendran estas puertas
en el cuarto de don Pedro
con tal descuido? ¿Aun no hubiera
una luz?

Leonor.

Y asi, señor
don Felix......

Sancho.

¡Qué escucho, penas!
¿no es esta voz de Leonor?

Leonor.

Bien podeis vuestras finezas
proseguir.

Felix.

En vuestra mano
pongo, señora, mi estrella.

Sancho.

¡Hay mas terrible osadía!

Leonor.

Pues idos, con la advertencia,
de que á mi casa otra vez
no os arrojeis, porque en ella

tenemos muchos testigos.

Sancho.

Con uno basta, que venga
tanta injuria.

Leonor.

¡Ay de mí triste!

Sancho.

Hombre, cualquiera que seas,
que al decoro de esta casa
te atreves, de mi sangrienta
ira no te escaparás. *Riñen.*

Felix.

Engáñase el que sospecha
tal accion de mí.

Leonor.

Turbada,
solo elijo en mi defensa
mi fuga.

ESCENA XXX.

Don Sancho, don Felix y don Pedro.

Pedro.

¡Ruido de espadas,
y sin luces estas piezas;
¿quién vá?

Felix.

Quien á cuchilladas
abrirá el paso, que cierra
vuestro arrojo.

Sancho.

Mal podreis.

Pedro.

¿Cómo mi cuarto palestra
de armas? ¿Vos no conoceis

al que osado no respeta
mi casa......

Felix.

Dichoso he sido,
pues ya he encontrado la puerta.

ESCENA XXXI.

Don Pedro y don Sancho.

Pedro.

¿Quien es su dueño?

Sancho.

Don Pedro,
detenedle, que no pueda
escapar.

Pedro.

No pasará
nadie, que no le convierta
mi ardor en ceniza.

Sancho.

Eso es
lo mejor: muera.

Pedro.

Pues muera.

ESCENA XXXII.

Dichos, y doña Inés con luz.

Inés.

¿Quién ha de morir, señor?

Sancho

Viva estatua soy de piedra.

Pedro.

¿Don Sancho, dónde está el hombre
con quien reñiais?

Sancho.

La misma
pregunta os iba yo á hacer.

Pedro.

Por Dios que es buena la flema.

Sancho.

Mejor es la vuestra, viendo
que se escapa.

Pedro.

La escalera
saltaré de un brinco, en alas
de mi cólera, aunque quiera
mi edad lo contrario.

Dentro don Lorenzo.

Así
se castigan insolencias.

Dentro don Enrique.

¡Válgame el cielo!

Dentro don Lorenzo.

A mí, y todo.

ESCENA XXXIII.

Dichos y doña Isabel.

Isabel.

¡Hay mas infeliz tragedia!

Los dos.

¿Qué es eso?

Isabel.

Acudid aprisa,
que don Lorenzo ¡qué pena!
habiendo encontrado un hombre
(claro está que ladron era)
en esa cuadra de adentro,
con él á estocadas cierra:

y él por no ser conocido,
eligiendo por defensa
un precipicio, se arroja
por el balcon, y la mesma
accion hizo don Lorenzo;
y no es posible, ¡estoy muerta!
que no se hayan ambos hecho
pedazos.

Pedro.

¡Ah infames prendas!
¡ah mugeres! ¡desdichado
del que os tuviere á su cuenta!

Sancho.

Ayudadle, y socorredle:
vamos.

Pedro.

Vamos.

ESCENA XXXIV.

Don Sancho, don Pedro, y don Lorenzo embainando la espada.

Lorenzo.

¡Linda flema!
ya yo pudiera estar hecho
mazamorra, y jarcia vieja.

Pedro.

¿Pues qué es esto, don Lorenzo?

Lorenzo.

¿Y qué es esotro? ¿con esas
espadas ambos caducos?

Sancho.

Una osadía tan nueva....

Pedro.

Un atrevimiento tal....

pero el apurarlo es fuerza.
¿Leonor?

Lorenzo.

Quedo con Leonor.

Sancho.

¿Dorotea?

Lorenzo.

Dorotea
no tiene aquí que hacer nada.

Pedro.

¿Cómo que no? ¿una sospecha,
tan contra mi punto, tengo
de disimular?

Lorenzo.

Con flema,
que quien debe aquí tener
el punto, aun hasta en las medias,
soy yo; y pues disimulo,
nadie en el cuento se meta.

Sancho.

Necio, y encontrar un hombre
yo (no hay que andar en cautelas,
tocando á todos el todo)
hablando.....

Pedro.

¡Infeliz estrella!

Sancho.

¿Con tu esposa?

Lorenzo.

Puede ser
contingencia.

Pedro.

¿Contingencia?
vive Cristo he de matarla.

Lorenzo.

En sacando la despensa,
y siendo vuestra muger.

Pedro.

Pues es mi hija.

Lorenzo.

Aunque sea,
ya la disteis al marido,
y siendo suya, no es vuestra.

Sancho.

Eres un necio, y no sabes,
que en tal caso es la prudencia
infamia.

Lorenzo.

¿Y la tropelía,
dígame usted, qué remedia?

Sancho.

¿Y tú Lorenzo, que viste?

Lorenzo.

Un hombre, que en casa se entra,
que le sigo, y que se arroja
de un balcon, sin que pudiera
por la ventana alcanzarle
mi rabia.

Sancho.

¿Y eso te deja
tan sosegado?

Lorenzo

Señores,
en mí no hay las esperiencias,
ni el discurso, que en ustedes;
pero yo en estas materias
hiciera la bobería.....

Los dos.

¿De qué?

Lorenzo.

De tener prudencia;
que puesto que están en casa
las que (si acaso es por ellas)
cometen este delito,
industria, maña, cautela,
han de decir la verdad,
sin darlas lugar que mientan;
y yo siempre he de creer......

Los dos.

¿Qué?

Lorenzo.

Que mi muger es buena.

Sancho.

¿Quién os lo asegura?

Lorenzo.

El ver,
que están las puertas abiertas,
y pues no escapa su bulto,
segura está su conciencia.

Pedro.

Siga la necedad tuya,
tu poco punto esa senda,
que yo haré lo que me toca.
¡Válgame Dios! si esto enreda
doña Inés; ¡qué bien me paga
el alvergue, y la asistencia! *Vase.*

Sancho.

Corrido estoy de mirar
cuán poco tu honor te empeña;
pero lo que á tí te falta,
sobra en mí. ¿Si es que viniera *ap.*
don Felix hasta Granada
por Leonor? si así me premia
mi amistad, bueno estoy yo. *Vase.*

Lorenzo.

Haga lo que le convenga
cada uno, como conmigo,
ni mi muger no se metan,
que el mas Bobo sabe mas
en su casa; y ya se empieza
á adelgazar mi calletre,
con que puede ser que vean,
que el Honor da entendimiento,
y hemos de ver el que acierta.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON PEDRO.

Don Sancho y Esparaban.

Sancho.
No sabes, Esparaban,
con cuanta interior fatiga
te he estado esperando.
Esparaban.
A bien,
que de ella has salido aprisa.
Estos los papeles son,
que en el escritorio habia.
Sancho.
Yo bien conozco la letra
de Leonor, y ya mi dicha
dió con lo que deseaba.
Toma, y con la traza misma
aquestos papeles vuelve
á su lugar.
Esparaban.
Por tu vida,
señor, que no se te escape,
que yo te dí la noticia
de donde el papel estaba,
y lo que en sí contenía;
que me pondrá mi señor
de vuelta, y media.

Sancho.

¡Que digas

tal! ¿pues era fácil eso?

Esparaban.

A mí solo me motivá

la lástima de saber,

como la gran bobería

de mi amo trata su honor.

ESCENA II.

Sancho.

Hasta en esta gente indigna

se estraña la ceguedad

torpe, la mal advertida

tolerancia de este necio,

ultrage de mi familia. *Mira el papel.*

¡Válgame el cielo, qué miro!

letra es suya, y muerte mia;

y si cotejo el papel

con lo que oí que decian,

cuando á Leonor y don Felix

escuché, uno confirma

lo otro; y tantas circunstancias

no pueden ser sin malicia.

Ahora bien, ya la sumaria

hecha en escrito, y de oidas

está, solo falta ver

si la confesion esplica

del reo el delito, para

que obre en razon la justicia;

y puesto que es tan temprano,

y solo Leonor vestida

está, en fuerza del desvelo

con que el temor la malquista

el sueño, hagamos lo mas
que podemos, que es oirla.
Leonor.

ESCENA III.

Don Sancho y doña Leonor.

Leonor.

¿Padre?

Sancho.

¿Cómo ahora
nombre de tanta caricia
me das, Leonor?

Leonor.

¿Como quien
tanto á su marido estima,
debe al padre de su esposo
duplicado amor, á vista
de que es pariente del alma,
y el padre lo es de la vida;
¿qué me mandas?

Sancho.

Que parezcas
lo que dices, y no finjas.
¿Quien era un hombre con quien
hablando estabas con finas
espresiones la otra noche
(que acaso al cuarto subia
de tu padre yo), en aquesta
propia pieza, á quien retira
la luz?

Leonor.

Uno que se entró
casualmente.

Sancho.

Eso es mentira;
y para que no lo niegues,
dime: ¿cómo ya sabias,
que se llamaba don Felix?
pues así tu alevosía
le nombró: saber su nombre,
y entrar acaso, ¿no implica?

Leonor.

No señor, que es consecuencia
la vuestra errada, é indigna;
porque como al propio tiempo
que entró en la cuadra, salia
yo preguntando quien era,
dió de su nombre noticia,
y asi lo supimos ambos
á un tiempo.

Sancho.

Estás convencida
por dos partes: la primera
es, porque sino sabias
quien era, lo natural
era, que del miedo herida,
juzgando fuese ladron,
convocases la familia
á voces, huyendo dél;
mas tan al contrario hacias,
que....

Leonor.

Le hablaba en un empeño
de otra muger, que se fia
de mí.

Sancho.

Leonor, ¿quien te ha hecho
agenta de tus amigas?

[illegible]
ala
[illegible]

iran?
[illegible]
op.
la!
[illegible]

este billete vendria
á las manos de don Sancho?

Sancho.

¿Ves como cuanto fabricas
son suposiciones falsas?

Leonor.

Negar que la letra es mia
no puedo; pero la nota
no lo es, y eso califica
que hubo necedad, no culpa,
en que yo por otra escriba,
cuando....

Sancho.

¿Con tan poco miedo
confirmas una ignominia
semejante? vive Dios,
que detiene acero á la ira,
infame muger.....

ESCENA IV.

Dichos y don Lorenzo.

Lorenzo.

¿Qué es esto?

Sancho.

Hacer lo que tú debias
teniendo honra.

Lorenzo.

¿Cómo, como?
¿en mi casa alicantinas?
¿á mi muger amenazas?
Meta la daga en la cinta,
señor; que como está chocho,
parece que desvaría.

Leonor.

Si tú, Lorenzo, me oyeras...

Lorenzo

Gastáramos la saliva
en valde; pues cuanto hay bueno
creo de tí, sin que lo digas.

Leonor.

Es que yo...

Lorenzo.

¿Qué es lo que intentas?

Leonor.

Disculparme.

Lorenzo.

Es bobería:
la verdadera disculpa,
y la que tú necesitas,
es, que yo no la pretenda,
pues que no hay para que sirva;
y asi, vive Dios...

Sancho.

Ya en él
la locura resucita.

Lorenzo.

Que si sé que no te vas
al paseo, á las visitas,
y que no estás muy alegre,
me lo has de pagar: y mira,
que he de ver en tu semblante
lo que tu interior me esplica.

Leonor

Como á mí nada me acusa,
verás tan obedecidas
tus órdenes, que ahora voy
á ordenar mil alegrías;
que estando tú satisfecho,

todo lo demas no implica.

ESCENA V.

Don Lorenzo y don Sancho.

Sancho.

Cuando en tí, ni entendimiento
hay, ni punto en tan no vista
maldad..

Lorenzo.

Hay en usté voces
que alborotan, y no avisan;
y hay....

Sancho.

¿Qué ha de haber?

Lorenzo.

Imprudencias,
que agenas pendencias riñan.

Sancho.

A mi me toca.

Lorenzo.

¿Qué toca,
ni que tañe, ni que chifla,
sino es rezar, y comer,
sin intrometerse en vidas
agenas?

Sancho.

¿Agenas?

Lorenzo.

Si,
que ya os dije el otro dia,
que Leonor es mi muger.

Sancho.

¿Cómo asi te precipita
tu necedad con tu padre?

Lorenzo.

A ese nombre de rodillas,
obedezco; pero como
hallo en vos quien me lastima
en lo que adoro, y es mio,
el defenderlo es precisa
accion; ¿y si lo unís vos
quien quereis que la divida?

Sancho.

Lorenzo...

Lorenzo.

No me moleis.

Sancho.

Advierte...

Lorenzo.

En vano porfia;
y eso de sermon es bueno
para la Iglesia ó esquina.

Sancho.

Pues quédate con tu necia
estravagante manía,
y aun no sé si diga infame,
mientras mi maña averigua
(pues que conozco á don Felix, *ap.*
y el papel que le escribia
Leonor tengo en mi poder)
¿en qué se funda, en qué estriba
esta confusion?

ESCENA VI.

Don Lorenzo.

Señores,
¿ que digan que hay una pieza
de entendimiento en el mundo?

cuando en quien mas se fatiga
en hacer que sabe, se hallan
dos ó tres bachillerias,
y en llegando á las acciones,
con mil tiznones las pringa?
Confieso que en este caso
hay sospechas infinitas,
que me tienen desvelado;
y han hecho en mi fantasía
tal impresion al impulso
del honor, que en mis dormidas
potencias despierta cuantos
vagos discursos vacila;
que lo que estudio y desvelo,
y aun naturaleza misma
no quiso hacer, han logrado
y hecho en mi imaginativa,
de la honra el sentimiento,
y del temor la ignominia,
otro yo.... En pensando en esto,
¡ay de mí! y cuando desvia
mi discurso estas especies,
vuelvo á mi rudeza antigua.
En fuerza de este discurso,
yo de Leonor bien podria
saber la verdad: ¿ pues cómo
he de mostrar una indigna
desconfianza á quien ha de
vivir en mi compañía?
¿Si está inocente, que es cierto,
cómo viviré á su vista?
¿ni cómo á un hombre querrá,
que sabe que desconfia
de ella? ¿No es darle permiso
á la culpa, el descubrirla,

que pudo ser capaz de ella?
Esta es consecuencia fija:
demas de esto su quietud,
el ver que no solicita
su disculpa, haber en casa
dos criadas, una prima;
y aunque ella escriba el papel,
ver que en él un hombre avisa,
sin espresar á qué efecto,
¿no puede, si bien se mira,
ser accion indiferente?
Y cuando algo se permita
al recelo, á una ignorancia,
una reprension castiga;
¿pues cómo me he de arrojar
á maltratarla, á reñirla,
labrándome yo la ofensa,
que ella quizás no imagina?
No señor: maña, cautela,
invencion, marragería,
han de inquirir la verdad;
y si el daño se confirma,
hay un veneno que calla,
y no un puñal que publica.
Y pues sé, que es aquel hombre,
que me costó la caida
del balcon, el mismo que
está siempre de estantigua
de esta calle, con el otro
que siempre está en las esquinas
con él hablando, yo haré....
pero esto el tiempo lo diga.

ESCENA VII.

DECORACION DE CALLE.

Doña Isabel y Juana con mantos, y con ellas don Enrique y Martin.

Enrique.

¿Con qué, Isabel, hermosa,
pagaré lo que deba á tu belleza?

Isabel.

Aun ignoras, Enrique, mi fineza,
pues viendo la forzosa
accion, de verte entonces arrojado
por el balcon, fue tanto mi cuidado,
que no bastando el verte
despues sin daño alguno, de esta suerte
á la calle me arrojo,
á pesar de la guardia, que el enojo
ha puesto de mi tio
en su casa, buscando el amor mio
ocasion, que se hallen descuidados
don Lorenzo, don Pedro, y los criados.

Enrique.

¡Ay, divina Isabel, si yo debiera
tanto á esa ingrata, á esa enemiga fiera,
como te debo á tí, cuanta sería
mi gloria, mi consuelo, mi alegria!
Pero quieren los hados,
que añadan su traicion á mis cuidados,
despues de mis desvelos,
el dolor insufrible de unos zelos.

Isabel.

¿Zelos? ¿de quién?

Enrique.

De un hombre, que ignorado

vive de mí; un don Felix, que ha logrado
que le escriba Leonor, y que la vea:
yo mismo vi el papel.

Isabel.

No sé quien sea;
mas si todo eso ves......

Martin.

¡Ah reina mia,
¿no quiere usted hacerme compañía?

Juana.

No señor, que me llama
mi inclinacion.....

Martin.

¿A qué?

Juana.

A primera dama;
y es usted muy bufon, y no quisiera
me hiciese su segunda, ó su tercera.

Martin.

Para eso de tercera era donosa.

Juana.

¿Porqué?

Martin.

Porque es su cara muy graciosa.

Juana.

¿Graciosa solamente?
mírela sin pasion, póngase enfrente.

Martin.

Pase.

Juana.

¿No mas que pase?

Enrique.

¿Cuando mi pecho en zelos no se abrase,
me podrás persuadir á que la olvide?
No, cuando sé que aleve no se mide

al amor de su esposo,
á quien no le disputo lo dichoso;
pues se lo dió la suerte.
mas á otro, y no ser yo (¡tormento fuerte!)
ver que Leonor conceda una esperanza;
yo ensayaré su olvido en mi venganza.

Juana.

Vamos, que ya es tarde.

ESCENA VIII.

Dichos y don Pedro.

Pedro.

¿Cielos,
no es Juana aquella que miro?

Enrique.

Permitid que os acompañe,
hasta quedar sin peligro
de que os vean.

Isabel.

Vete tú,
que nosotras de improviso,
como está cerca, podremos
entrarnos en casa.

Pedro.

Es fijo,
que es ella, y quien la acompaña
(¡ó sospechoso martirio!
que es fuerza, que en tu veneno
conviertas aun los indicios)
¿quién duda que sea Leonor?
arrojaréme atrevido.....

Enrique.

El cielo te guarde.

Isabel.

A Dios. *Vanse.*

Juana.

Servidor, seo Martinillo.

Martin.

A Dios chusca. *Vanse.*

Pedro.

Ya no sé
qué hacerme, pues si á él le sigo,
pierdo convencerla á ella
de que la hallé en el delito;
si á ella me acerco, él se escapa,
y aunque le alcance, es preciso
niegue el hecho; esto resuelvo,
acabar de descubrirlo
alcanzándola. Este hombre
es el que á la esquina he visto,
y á mis puertas; ¡ó pesares!
¡ó como sois discursivos!

ESCENA IX.

Sala en casa de don Sancho.

Doña Leonor poniéndose el manto, y doña Isabel que se entra, y Juana se queda con doña Leonor.

Leonor

¿No despachas, Dorotea?

Dentro doña Inés.

Ya voy, señora.

Isabel.

Hemos sido
dichosas, que está de espaldas;
mientras el manto me quito
llega, y diviértela.

Juana.

Ama,
ya el cernícalo prendido
traigo.

Leonor.

Yo no te he mandado
que vengas, que quien conmigo
ha de ir es otra.

ESCENA X.

Dichos y don Pedro.

Pedro

Infame,
ya dí, á pesar de tu indigno
recato, con la evidencia
de tu loco desvarío.
¿De dónde vienes, traidora?
¿quien es ¡volcanes respiro!
el hombre con quien hablabas?

Leonor.

¿Señor, pretendeis el juicio
volverme? ¿ó despues de tantos
pesares como resisto,
inventarme otros tormentos?
¿cuándo de casa he salido
yo? ¿cuándo he hablado con nadie?

Pedro.

¡Qué aun pretendes, basilisco
de mi honor, negar lo propio
que acabo de ver! testigos
eso manto, ésa criada,
á quien un descuido hizo,
que viese el rostro.

Juana.

¡Jesus!
¿yo con manto? ¿á mí el hocico?
¿yo fuera de casa?

Leonor.

Advierte,
que ahora estamos, para irnos,
prendiéndonos estos mantos.

Pedro

Ya tus engaños confirmo,
pues negando la evidencia,
con la duda haces lo mismo;
y vive el cielo......

ESCENA XI.

Dichos, doña Inés con manto, y despues Esparaban.

Inés.

¿Señora,
vamos?

Pedro.

¿Qué es vamos?

Leonor.

Vestirnos
para ir á Misa.

Juana.

Aun se está
sin la carlanca Longinos:
¿Esparaban?

Esparaban.

Aquí estoy.

Pedro.

Yo he de perder el sentido;
ven acá, aleve.

Juana.

¡Ay señor!

tíreme usted mas quedito,
que me desmenuja.

Pedro.

Cuando supo
ese infame....

Juana.

¡Jesucristo!

Pedro.

Hablaba con aquel hombre,
que en la esquina contiguo
de esta calle, no volvisteis
el rostro diciendo á gritos
¿vamos, que es tarde?

Juana.

¡Justicia
de Dios! ¡que no haya un ministro,
que me oiga! que me deshonran.

Pedro.

No es eso lo que te digo
has de confesar, villana.

ESCENA XII.

Dichos y doña Isabel.

Isabel.

Señor, pues con qué motivo....

Inés.

Pues con qué causa, señor....

Isabel.

¿Ocasionas este ruido?

Inés.

¿Nos pones en confusion?

Pedro.

Ven acá, Isabel (sin tino
me tiene el dolor) ¿salistes

hoy de casa?

Isabel.

¿Cuando has visto
que salga yo sin mi prima,
y sin que lleve conmigo
los criados?

Pedro.

Dices bien;
y si con la accion confirmo
la sospecha ¿en que me paro,
sino en volver al principio
de mi recelo? Isabel,
entrate allá en tu retiro.
Esparaban, vete, y busca
á don Lorenzo.

Esparaban.

De un brinco
daré con él, sino está
paciendo entre los borricos.

ESCENA XIII.

Don Pedro, doña Leonor é Inés.

Pedro.

Espérate, Dorotea:
y tú, ingrato cocodrilo,
que para matar adulas
con tiernos llantos finjidos,
entra en esa cuadra, en donde
negada al menor resquicio
de la luz del Sol, esperes
el mas terrible castigo,
que pueda inventar la ira;
pues en estremos distintos,
el sér del alma le borras.

al que ¡ó no hubieras nacido!
el sér te dió de la vida,
con excesos tan indignos;
que ya es tanta tolerancia
vilipendio.

Leonor.

padre mio,
pues para tanta crueldad,
¿qué es lo que yo he cometido?

Pedro.

Tú lo sabes.

Leonor.

¿Yo? ¿era facil
diese lugar, que un indicio
tuviese el menor reglado
al sér que de vos recibo,
sin que yo misma en mi propia
no hiciese...?

Pedro.

Deja artificios,
que no han de valerte.

Leonor.

Mira,
que para ojos, para oidos
hay engaños.

Pedro.

Y evidencias.

Leonor.

Señor, que oigas te suplico:
don Sancho me hizo hoy un cargo,
tú vienes con un capricho.

Inés.

¡Ay de mí! si aquel papel
causa tantos laberintos.

Leonor.

Y no es justo que yo sufra
culpar mi honor terso y limpio,
por razon alguna.

Pedro.

A todo
te respondo, si te digo...

Leonor.

¿Qué?

Pedro.

Que nada he de creerte.

Leonor.

Padre, válgame este mismo
nombre para enternecerte,
si un instante te suplico
me oigas, que harto tiempo tienes
de ser despues mi enemigo.

Dorotea.

Inés.

Oye, señor,
á tu hija, no compasivo,
sino justo; y sino quieres
escucharla, yo te afirmo,
que está inocente, y quizas
yo tengo de su delito
la culpa.

Pedro.

Á no enternecerme,
marmol fuera y bronce frio.

Inés.

Oyela, y oyeme á mí.

Pedro.

Tú eres parte, y tú testigo,
(aunque ambos apasionados)
quiero conceder mi oido.

á tí que estoy obligada
tambien á tus beneficios,
pero no delante de ella.

Leonor.

Pues ahora si que te pido,
que me asegures y encierres;
mira de mí cuánto fio,
que me voy á la prision:
y pues del que era preciso
huir, estando culpada,
mi Alcayde hago, no te digo
mas en mi abono.

Pedro.

Leonor,
ni yo en razon de tu alivio,
mas á tí, de que tu gozo
no será mayor que el mio,
como estés sin culpa. *Entrala.*

ESCENA XIV.

Don Pedro, é Inés

Inés.

¡Cielos
ya el último estremo vino
de pagarle la fineza
á Leonor, que por mí hizo.

Pedro.

Inés, pues que sabeis cuanto
á mi casa habeis debido,
que os he hospedado, y que en nada
os distingué mi cariño
de mi hija, y sobrina, hablad;
pero tened entendido,
que respondiéndome solo

á lo que en fe os participo,
de que diréis la verdad.

Inés.

Fálteme el cielo divino
si os la recatare.

ESCENA XV.

Dichos y don Lorenzo al paño.

Lorenzo.

Ya
dejo hablados tres amigos,
y todo en gerga; mas ola,
¿mi suegro aqui divertido
con Dorotea? ¿si el viejo
tendrá resabios de niño?
He de atisbarlos.

Pedro.

¿Don Felix,
alguna vez ha venido
á veros de noche?

Inés.

Estraño
que hagais en mi tan mal juicio.

Pedro.

¿Sabeis quien es cierto hombre,
que la noche de aquel ruido
se halló hablando con Leonor?

Inés.

Ella á mí nada me dijo.

Pedro.

¿Habeis salido con ella
esta mañana?

Inés.

Ahora mismo

íbamos fuera.

Pedro.

Quien era...

Lorenzo.

¡Haya suegro mas maldito!
¡Que rabien todos los viejos
por andar en cuentecillos!

Pedro.

¿La que salió esta mañana
con Juana?

Inés.

Yo á nadie he visto
salir de casa, señor.

Pedro.

Si yo la ví; si he venido
siguiéndola; si la hallé
con Leonor; si la accion miro
de estarse quitando el manto,
y á vos con él, ¿no es preciso
venga con ella, ó con vos?

Inés.

Con ella sé que no vino.

Pedro.

Pues vino con vos.

Inés.

Tampoco.

Pedro.

¿Pues es encanto? ¿es hechizo?
¿ó qué es esto?

Lorenzo.

Es el demonio,
que está en los suegros metido.

Pedro.

Pues vive Dios, que ha de estar,
mientras todo lo averiguo,

esa infiel hija encerrada
en esa cuadra.

Lorenzo.

¡Qué he oido!

Pedro.

Ya que un enredo tras otro,
hidra de cuellos distintos
sucede.....

Inés.

Pues del papel
no dice nada, ello es fijo,
que no sabe nada.

Pedro.

Allí
ha de morir.

Sale don Lorenzo.

¿Suegrecillo,
quien ha de morir?

Pedro.

Un aspid,
que engendré, para que impio
me diese muerte.

Lorenzo.

¿Y Leonor?

Inés.

No sé

ESCENA XVI.

Don Pedro y don Lorenzo.

Lorenzo.

Mas que me aspo á gritos:
¿Leonor, Leonor, Leonor? á gritos
suegro, fundo en pergamino...

Pedro.

En esa cuadra, Lorenzo,
está, donde determino
no darla la libertad,
hasta averiguar....

Lorenzo.

Quedito:
¿qué es eso de averiguar
á mi muger? ¡voto á Cristo!
con la muger solo puede
averiguarse el marido:
venga la llave.

Pedro.

Esta es;
pero dártela resisto,
hasta hacer una esperiencia.

Lorenzo.

¿Esperiencia? ¿somos Chinos?
Esperiencias con mugeres,
es zapatear sobre vidrio.
Suelte la llave.

Pedro.

Lorenzo....

Lorenzo.

Suelta, vejete, ó te quito
la cofaina de los sesos.

Pedro.

Toma, que tu desvarío
no distingue, que á saber,
fuera dándote un aviso.

Lorenzo.

¿De qué?

Pedro.

De que ya casada
Leonor, no tengo dominio

sobre ella, tuya es la accion,
y en tí recae el peligro. (1)

ESCENA XVII.

Don Lorenzo.

De oráculos de ceniza,
con espantajos de mico,
estos viejos me marean
á sentencias los sentidos.
Mas del papel que perdí,
pues alguno del bolsillo
me lo sacó, yo ya tengo
alguna seña, pues dijo
á Dorotea, mi suegro
si habia don Felix venido
ayer; ¿qué fuera, que yo
descubriese este embolismo?
Mas vamos á lo que importa:
amoroso dueño mio,
sal aquí. *Abre.*

ESCENA XVIII.

Don Lorenzo y doña Leonor.

Leonor.

Padre ¿estás ya
satisfecho y convencido
de mi inocencia?

Lorenzo.

¿Qué padre?
Hija, es un perro judío
el que tienes; y tu padre,
tu madre, y aun tu sobrino

---

(1) *Dale la llave, y vase.*

soy yo, porque yo soy solo
quien no hace de tí mal juicio.

Leonor.

¿Esposo?

Lorenzo.

Daca los brazos,
y maldito sea quien te hizo,
y el que me hizo á mí tambien.

Leonor.

¿Qué dices?

Lorenzo.

Que confundido
va el viejo, y desengañado.

Leonor.

Claro es, pues vió....

Lorenzo.

Nada ha visto,
que tiene los ojos hueros,
y aun con otros dos postizos,
no vé siete sobre un asno.

Leonor.

¿Pues dime, qué ha sucedido?

Lorenzo

Yo te lo diré despacio;
que te vayas te suplico,
y échame acá á Dorotea.

Leonor.

¿Pues qué misterio esquisito
hay ahora?

Lorenzo.

No me replique:
¿no vé que me encolerizo?
écheme acá á Dorotea.

esa infiel hija encerrada
en esa cuadra.

Lorenzo.

¡Qué he oido!

Pedro.

Ya que un enredo tras otro,
hidra de cuellos distintos
sucede.....

Inés.

Pues del papel
no dice nada, ello es fijo,
que no sabe nada.

Pedro.

Allí
ha de morir.

Sale don Lorenzo.

¿Suegrecillo,
quien ha de morir?

Pedro.

Un áspid,
que engendré, para que impio
me diese muerte.

Lorenzo.

¿Y Leonor?

Inés.

No sé

ESCENA XVI.

Don Pedro y don Lorenzo.

Lorenzo.

Mas que me aspo á gritos:
¡Leonor, Leonor, Leonor? *á gritos*
suegro, fundo en pergamino...

Pedro.

En esa cuadra, Lorenzo,
está, donde determino
no darla la libertad,
hasta averiguar....

Lorenzo.

Quedito:
¿qué es eso de averiguar
á mi muger? ¡voto á Cristo!
con la muger solo puede
averiguarse el marido:
venga la llave.

Pedro.

Esta es;
pero dártela resisto,
hasta hacer una esperiencia.

Lorenzo.

¿Esperiencia? ¿somos Chinos?
Esperiencias con mugeres,
es zapatear sobre vidrio.
Suelte la llave.

Pedro.

Lorenzo....

Lorenzo.

Suelta, vejete, ó te quito
la cofaina de los sesos.

Pedro.

Toma, que tu desvarío
no distingue; que á saber,
fuera dándote un aviso.

Lorenzo.

¿De qué?

Pedro.

De que ya casada
Leonor, no tenga dominio

sobre ella, tu ya te la accion,
y en tí recae el peligro. (1)

ESCENA XVII.

Don Lorenzo.

De oráculos de ceniza,
con espantajos de mico,
estos viejos me marean
á sentencias los sentidos.
Mas del papel que perdí,
pues alguno del bolsillo
me lo sacó, yo ya tengo
alguna seña, pues dijo
á Dorotea, mi suegro
si habia don Felix venido
ayer; ¿qué fuera, que yo
descubriese este embolismo?
Mas vamos á lo que importa;
amoroso dueño mio,
sal aquí. *Abre.*

ESCENA XVIII.

Don Lorenzo y doña Leonor.

Leonor.

Padre, ¿estás ya
satisfecho y convencido
de mi inocencia?

Lorenzo.

¿Qué padre?
Hija, es un perro judio
el que tienes; y tu padre
tu madre, y aun tu sobrino

(1) *Dale la llave, y vase.*

soy yo, porque yo soy solo
quien no hace de ti mal juicio.

Leonor.

¿ Esposo ?

Lorenzo.

Daca los brazos,
y maldito sea quien te hizo,
y el que me hizo á mí tambien.

Leonor.

¿ Qué dices ?

Lorenzo.

Que confundido
va el viejo, y desengañado.

Leonor.

Claro es, pues vió.....

Lorenzo.

Nada ha visto,
que tiene los ojos hueros,
y aun con otros dos postizos,
no vé siete sobre un asno.

Leonor.

¿ Pues dime, qué ha sucedido ?

Lorenzo.

Yo te lo diré despacio;
que te vayas te suplico,
y échame acá á Dorotea.

Leonor.

¿ Pues qué misterio esquisíto
hay ahora ?

Lorenzo.

No me replique:
¿ no vé que me encolerizo ?
écheme acá á Dorotea.

Lorenzo.

Estar abrazando.

Leonor.

¿Pues cómo tan atrevido
donde pueda verlo?....

Lorenzo.

Calle,
y métase en su escondrijo,
que si lo supiera bien,
á cien reales el cuartillo
me pagára de este abrazo. *Abrázala.*

Leonor.

¿Dorotea?

Lorenzo.

Bueno, lindo;
¿Qué Dorotea, ó qué diablo?
vaya allá dentro la digo.

Leonor.

¿Cómo?

Lorenzo

Vaya, que la tengo
de cortar esos deditos.

Leonor.

Yo he de saber.....

Lorenzo

Arre allá. *entrala.*

ESCENA XXI.

Don Lorenzo y doña Inés.

Lorenzo.

Tú, Inés, ven, que vive Cristo,
que hoy te has de casar con ese
don Felix advenedizo.

Inés.

¿Qué dices?

Lorenzo.

Que tu esposo
vén, que esta llave su oficio
ha de hacer; y tú, pues es
por tu bien, y por el mio,
has de ayudar cierto enredo.

Inés.

Si es á ese fin, no replico.

Lorenzo.

Y aun Leonor, cierta engañifa
con que han de ver si consigo
acreditar que en su casa
mas el mas necio ha sabido,
y vengarme de canalla
maliciosa: y pues los niños
viene espantando la noche,
con su rostro guarnecido
en holandillas de nubes
pardas, y negras, quedito
seguirme, y obedecerme,
que ello dirá.

Inés.

Ya te sigo.

ESCENA XXII.

DECORACION DE CALLE.

Don Felix por un lado, y por el otro don Enrique y Martin.

Felix.

Noche de temores llena,

Enrique.

Madre de sustos, y horror.

Felix.

Pues copiando mi dolor......

Enrique.

Pues retratando mis penas.

Felix.

Me hace espantos tu piedad.

Enrique.

Tu confusion me desmiente.

Felix.

Permite que estar intente.

Enrique.

Deja inquirir la verdad.

Felix.

Donde logre un desengaño.

Enrique.

De una ciega fantasía.

Los dos.

Y mas que no salga el dia
si ha de salir por mi daño.

Felix.

Pues hácia alli un bulto veo,
¿si es don Enrique? No hay duda.

Martin.

¡Que haya hombre, que á ver acuda
de noche lo que el deseo
de dia no ve!

Enrique.

No, Martin,
culpes en mi accion alguna,
culpa mi adversa fortuna,
que pudiendo ser el fin
de estar aqui, el de lograr
un amoroso placer,

un pesar hubo de ser.

Martin.

Y aun pesar puede el pesar
algo mas, si porfiado
aguardas hasta las nueve.

Enrique.

¿Qué?

Martin.

La tormenta, que llueve
el nubarron de vidriado.
Mira, hombre de satanás,
que estás en riesgo evidente.

ESCENA XXIII.

Dichos, don Lorenzo, y doña Inés con manto.

Inés.

¿Suele ponerse allí enfrente?

Lorenzo.

Sí, y tú le llamarás:
llega.

Inés.

Cé.

Enrique.

¿A mí?

Inés.

A vos: seguidme,
que os llama aquella persona,
que está en casa de Leonor.

Enrique.

Isabel es, ¿quién lo ignora?
Sígueme, Martin.

Lorenzo.

Ya tienes
quien te vaya haciendo escolta.

Inés.

Dos vienen.

Lorenzo.

Vengan doscientos:
sin que te vean, ni te oigan,
enciérralos donde dige,
y aguárdame.

ESCENA XXIV.

Don Felix, don Lorenzo y don Sancho.

Sancho.

Aquien importan
vida, y honor sus sospechas,
¡qué poco un sosiego logra!
No he podido descubrir
á este don Felix, que nombra
el papel: ¡pero qué miro!
en la esquina está una sombra,
¿quién duda que es él? pues siempre
en ella las noches todas
veo, que embozado......

Felix.

Hácia mí
con solicitud curiosa
se llega un hombre.

Lorenzo.

¿Qué fuera, *ap.*
que embarazase una droga
mi intencion? ¡Ah caballeros!

ESCENA XXV.

Dichos, y tres hombres al paño.

Los dos.

¿Qué mandais?

Lorenzo.

Puntico en boca,
y prontos á la ocasion.

Los tres.

Uced el caso disponga,
y se engergará.

Lorenzo.

¡Qué hermosos *ap.*
plumages para la horca!

Sancho.

¿Señor don Felix?

Felix.

¿Quién es?

Sancho.

Quien ya que el nombre le importa,
quiere de vos inquirir,
qué es lo que os trae á estas horas
á este sitio, y á qué acciones
os conmueve indecorosas
hácia un respeto el mas grande.

Felix.

A proposiciones locas,
respondo yo de esta suerte. *Rinen.*

Sancho.

Y yo concluyo de estotra.

Lorenzo.

Ahora es ocasion, llegad.

Uno.

La justicia.

Felix.

¿Yo?

Lorenzo.

La boca
le tapad: vaya.

Los tres.

Venid. *Llévanle.*

ESCENA XXVI.

Sancho.

Malogré la accion heróica
que intentaba; recatarme
(pues que no advirtió la Ronda
en mí) es fuerza, y pues le llevan
á la carcel, poco estorba;
qui allí podré dar con él.
Por no encontrarlos, que coja
esta calle, y entrarme en casa,
es mejor.

ESCENA XXVII.

SALA EN CASA DE DON PEDRO.

Don Lorenzo, los tres hombres, y don Felix cubierto el rostro.

Lorenzo.

Aqui se ahorman
los guapos.

Felix.

¿Tanto rigor
por casualidad tan corta?

Lorenzo.

Entre, y calle. A Dios amigos,

Ellos.

Ved si mandáis otra cosa.

ESCENA XXVIII.

Dichos é Inés.

Lorenzo.

¿Doña Inés?

Inés.

¿Qué es lo que quieres?

Lorenzo.

¿Y don Felix?

Inés.

En esotra
pieza astá.

Lorenzo.

Dame la llave:
¿él no te vió?

Inés.

Y aun de forma
mentí la voz, que ni el eco
pudo conocer.

Lorenzo.

Ahora
llama á Leonor, y trae luces.

Inés.

Aqui te las tengo prontas;
y ella está aqui. *Saca dos luces.*

ESCENA XXIX.

Don Lorenzo y doña Leonor.

Leonor.

¿Qué me ordenas?

Lorenzo.

Que tus contrarios conozcas,
y que sepas que tu esposo,
siendo un pobre zanpatortas,
ha sabido hacer sin ruido,
lo que otros gritando no obran.

Leonor.

¿ Pues porqué me dices eso ?

Lorenzo.

Porque has estado sin honra
hasta aqui, por un papel,
que de Marta la piadosa
has escrito por Inés ;
mira que nada se ignora,
y que es tiempo de hablar claro.

Leonor.

Ya Inés me informó de toda
la máquina que dispones,
y tú verás como logras
mi bien y el tuyo ; y desde hoy
con mayor deuda te adora
mi obligacion.

Lorenzo.

Pues oculta
está aqui, y de lastimosas
voces embute los aires ; *Escondela.*
cuando yo te avise. Toma
tú esa luz, y abre á don Felix.

Inés.

¡ Cielos, yo he sido dichosa! *ap.*
¿ Don Felix ? ¿ mi bien ?

ESCENA XXX.

Dichos, don Enrique y Martin.

Enrique.

¿Quien llama?
¡Pero qué miro! ¡Ah traidora!
muere. *Va á darla.*

Inés.

¡Infelice de mí!

Lorenzo.

Esta es otra gerigonza:
¿qué es esto?

Enrique.

Ver una infame,
motivo de mi deshonra.

Martin.

¿Adonde estoy?

Enrique.

No impidais,
que dé muerte á una alevosa.

Lorenzo.

¿No dices que este es tu amante
muger, ó diablo?

Inés.

Pues pronta
la llave encuentro en la puerta,
aquesta cuadra me esconda. (1)

ESCENA XXXI.

Dichos y don Felix.

Felix.

¿Quien va? ¡mas qué es lo que miro!

---

(1) *Va á entrar por la puerta izquierda donde está don Felix.*

¿Inés, quien es quien te enoja?
que yo moriré á tu lado.

Lorenzo.

Buena va la trapisonda.

Enrique.

Don Juan, como amparais vos
á quien...

Felix.

Suspended la heroica
cuchilla, que soy don Felix,
y es vuestra hermana mi esposa.

Enrique.

¿Como?

Felix.

Como de aquel lance,
que fugitiva hasta ahora
la ha traido, soy el dueño.
Es mi nobleza notoria;
Don Felix soy de Toledo,
si por muger me la otorgas,
todo lo remedias.

Lorenzo.

¿Esta
es comedia, ó Babilonia?

Martin.

¿No dije yo, que estos cuentos
habian de parar en solfa?

Enrique.

Fuerza es abrazar el medio,
que el pundonor me recobra.

Lorenzo.

Ya todo está descubierto:
grita, Leonor, que ya es hora.

Dentro Leonor.

¡Ay infelice de mí!

ESCENA XXXII.

Dichos, don Pedro, despues don Sancho, doña Isabel, Juana y Esparaban.

Pedro.

¿Quien mi sosiego alborota
con quejas?

Sancho.

¿Qué tristes ecos
son estos?

Isabel.

¿Qué pavorosas
voces alteran el aire?

Juana y Esparaban.

¿Quién maltrata á mi señora?

Lorenzo.

Quien ha vuelto por su honor
haciendo lo que le toca:
ya Leonor con esta daga
queda hecha pepitoria.

Sancho.

¿Qué es lo que dices?

Pedro.

¿Qué has hecho?

Lorenzo.

Lo que vuestras ceremonias,
vuestras malicias, y vuestras
imprudencias me provocan.
¿Donde está un papel escrito
á un don Felix, don Alforja,
ó don demonio?

Sancho.

Aqui está.

Inés.

De ese papel es la nota

mia, y le escribí á don Felix;
y aunque es de la mano propia,
de Leonor, de lastimada
de mi honor, puso ella sola
la pluma, no la intencion.

Pedro.

Ese desengaño sobra;
¿mas el hombre que seguistes,
y que de un balcon se arroja?

Isabel.

Fue don Enrique, señor,
á quien engañada, y loca
mantuve en otra creencia,
siendo yo la que amorosa
quise atraerle á mi afecto,
sin que nada vea ni oiga
Leonor: págnelo mi vida,
pues temeraria y traidora
he causado yo esta ruina.

Los dos.

¿Pues cómo, infame?....

Enrique.

Deponga
vuestra razon el enojo,
que es bien que yo reconozca
yerro y enmienda: mi mano
es de Isabel. *Dánse las manos.*

Sancho.

¿Y una sombra,
que vi hablando con Leonor?

Inés.

Es, que sabida mi historia,
porque mi honor restaurase,
de hablar á su cargo toma
á don Felix.

Lorenzo.

¡Jesucristo,
como andaba la pelota!
la honra de un hombre de bien
entre vejetes, y mozas.

Pedro.

Mira necio lo que has hecho....

Sancho.

Mira cuan ciego te arrojas..

Los dos.

A dar muerte á la inocente,

Lorenzo.

¿Ahora salis con la droga
de inocente, y me metiais
una daga por la cola
con cada palabra? Perros,
quien me deshonraba, á costa
de mi paciencia, eran cuantos
juzgaban mal de mi esposa,
que yo nunca lo juzgué;
la manga de la Parroquia
traigan, que han de morir. (1)

ESCENA XXXIII.

Dichos y doña Leonor.

Todos y doña Leonr....

Tente.

Lorenzo.

Tú solamente, paloma
de mi vida, y de mi alma,
suspenderás la ponzoña
de mi venganza. Todo esto

---

(1) *Acuchillalos.*

ha parado en que eres boba
en escribir por ninguna;
si otra vez la pluma tomas,
con un trinchete te tengo
de rebanar ambas corbas.

Todos.

¿Leonor?

Lorenzo.

Vayan noramala;
cásese él con este moza.

Martin.

Daca, puesca.

Juana.

Toma bruto.

Lorenzo.

Vayanse todos, y todas,
no quiero mas enemigos:
que suegros, padres, fregonas,
y criados, son en las casas,
para consumir, las gomias;
para enredar los demonios

Isabel.

¡Dulce fin!

Enrique.

¡Suerte dichosa!

Inés.

¡Gran ventura!

Felix.

¡Estraño gozo!

Los dos.

Mis desaciertos perdona.

Leonor.

Lorenzo, mi ser es tuyo.

Lorenzo.

Abrázame, fanfarrona

de mi vida : y sepan todos
que la prudencia es gran cosa,
que el mas necio sabe mas
en lo que á su asunto toca;
que la Honra da Entendimiento.

Todos.

Y con dos palmadas solas
quedan premiados, y alegres
nosotros, Ingenio y Obra.

El honor dá entendimiento.

Seria esta comedia una de las mejores de Cañizares, por la novedad del pensamiento y otras buenas prendas que la adornan, si no tuviese un defecto muy esencial. En el primer acto recae todo el interés en don Enrique y Leonor, y en el segundo y tercero es don Lorenzo el que cautiva esclusivamente la atencion de los espectadores. Nace á nuestro parecer este defecto del carácter desigual del protagonista, que segun le pinta el poeta en el primer acto, es tan imbécil é incapáz, que parece distinto del que se presenta despues en el resto de la pieza. Es verdad que para justificar el título de ella era preciso que en el entendimiento de don Lorenzo se verificase una mudanza tan estraordinaria; pero ésta es inverosimil no suponiendo á lo menos que entre el primero y segundo acto pase una série de tiempo infinitamente mayor que la indicada en la comedia. Don Lorenzo, segun le pinta Cañizares en todas las escenas del primer acto, es un verdadero estúpido, á quien por su incapacidad moral debe negarse el sacramento del matrimonio. En el segundo acto es un personage diferente: es un ignorante que carece aun de la primera instruccion que recibe la niñéz; pero el uso de su razon está espedito y discurre con acierto: es recatado é ingenioso para indagar la conducta de su esposa, y aunque su padre y su suegro, estimulados del pundonor, le ponen en una situacion peligrosa, y le escitan á la venganza, no solo no se precipita ni maltrata á Leonor, sino que tampoco duda jamás de su honradéz. Esta cordura supone por lo menos un talento reflexivo é ilustrado por la esperiencia; y es im-

posible que en el estado en que se halla el protagonista antes de casarse, pueda llegar á adquirirle solo por conservar su honor, de cuyo sentimiento es incapáz un bobo de aquella especie. Si Cañizares hubiera principiado la accion en el segundo acto, su obra hubiera tenido la unidad de interés que necesitaba, y sería quizá la mejor de sus comedias. Suficientes materiales tenia en los dos últimos actos para haber llenado los tres de la pieza, distribuyendo los antecedentes necesarios del primero. Don Enrique no se apoderaria del interés principal, como sucede ahora en el primer acto, y Leonor tendria el mismo que por su dulzura, por su pundonor, y por la honradéz de sus sentimientos adquiere en los dos últimos. Don Lorenzo seria siempre el personage principal, la atencion del espectador se fijaria en un solo objeto, y se conservaria perfectamente la unidad de accion. Es verdad que entonces el título no convendria con tanta exactitud al argumento; pero ¿qué importa, si aun en el caso presente es defectuoso? *El honor dá entendimiento* en su riguroso sentido espresa una asercion falsa: el honor ofendido, los zelos, la ambicion y otras pasiones pueden muy bien poner en accion aquella potencia intelectual, desenvolverla y perfeccionarla con el ejercicio; pero no podrán dársela jamás al que absolutamente carece de ella, en cuyo caso pinta el poeta á Don Lorenzo en el primer acto. Al esponer estas breves reflexiones no ha sido nuestro ánimo rebajar de ningun modo el mérito de Cañizares, sino el indicar el medio de refundir esta pieza, que seria entonces una de las mas bellas de nuestro teatro nacional, si una mano diestra se dedicase á este trabajo.

Por lo demas, el carácter original del protagonista es una creacion felíz, que acredita el ingénio del

poeta, y las situaciones en que le coloca; particularmente desde el segundo acto hasta el desenlace, estan bien imaginadas. El carácter malicioso de los dos viejos contrasta perfectamente con el de Don Lorenzo; el de Leonor es amable y pundonoroso; y el de doña Isabel se parece bastante al de doña Clara en la comedia de Matos Fragoso, titulada *el Galan de su Muger*; los amores de don Feliz é Isabel, y la pasion de don Enrique á Leonor forman la intriga, y estan bien enlazados al asunto principal; finalmente las escenas estan bien dialogadas, el lenguage es á veces gracioso y siempre castizo y propio, y la versificacion fácil y natural.

EL PICARILLO EN ESPAÑA.

PERSONAS.

El Rey Don Juan el Segundo.
El Infante Don Enrique.
Federico dè Bracamonte, Galan.
Don Pedro Carrillo, Cardenal.
Don Alvaro de Luna.
Don Yañez Fajardo.
La Reina
Doña Leonor de Urrea.
Inés, Graciosa.
Nise, Criada.
Cloris, Criada.
Bombute, Gracioso.
Don Gomez Herrera.
Don Pedro Manrique.
Criados.
Soldados.
Música.
Acompañamiento.

La Escena es en Olmedo.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Campo.

Tocan cajas y clarines, y salen dándose batalla, de la una parte el Rey Don Juan, Don Alvaro de Luna Federico mal vestido, Bambute roto y tiznado, y Don Yañez Fajardo; y de la otra el Infante Don Enrique, Don Gomez de Herrera, Don Pedro Manrique y soldados.

Unos.

Viva el Rey.

Otros.

La libertad
viva del Rey y la Patria.

Todos.

Arma. (1)

Infante.

¿Hombre derrotado,
cuyas señas mal declaran
ser hijo-dalgo, de tantos
como hoy huellan la Campaña,
pues tus míseros adornos
y tus mal pulidas armas,
tu valor desacreditan
y deslucen tu arrogancia,
quién eres? ¿Y cómo cabe

(1) *Vanse todos, y quedan el Infante y Federico.*

en persona humilde y baja
tan temeraria osadia,
tan increible pujanza,
que despues de penetrar
el escuadron de mis guardias,
á pesar de tantas vidas
vencer piensas cara á cara
á un Infante de Castilla?

Federico.

¡O cuánto; Enrique, te engañas,
parándote en los adornos,
y estás viendo las hazañas!
Tan noble soy como tú,
pues desde mi tierna infancia
fué mi padre el Cielo, y fué
la fortuna mi madrastra;
con que su aborrecimiento,
y la influencia tirana
de mi estrella, me formaron
monstruo de especies tan varias,
que gozo de heróica estirpe
allá en los dotes del alma,
siendo el desprecio del mundo,
el olvido y la venganza.
Y pues para ver quien soy
esta noticia lejana
te sirve, vuelve á la lid:
no cuando ardiente y trabada
tantos generosos pechos
compran con sangre su fama,
digan que el tiempo gastamos
ociosamente en palabras.

Infante.

Tu valor, tu entendimiento,
me han obligado, y gustara

de no ver tu muerte, pues
aquella tropa cercana
viene en mi socorro.

Federico.

Venga;
á mas triunfos mas ganancias.

Dentro voces.

Socorramos al Infante.

Infante.

Amigo, vuelve la espalda,
mira que á librarte anhelo.

Federico.

No dices bien, si reparas
que no me evita la muerte,
quien me deja con la infamia.

ESCENA II.

Dichos y Don Gomez Herrera, Don Pedro Manrique y soldados.

Manrique.

Señor, nuestra es la victoria.

Gomez.

El campo de la batalla
se ha penetrado, rompiendo
el escuadron de las lanzas.

Infante.

¿Y el Rey?

Manrique.

Ya á la hora de esta
será prisionero.

Infante.

En nada,
segun veo, hombre animoso,
puedes fundar tu esperanza,

sino en quedar prisionero.

Gomez y Manrique.

Rinde la espada.

Federico.

¿La espada?
tiene antes mucho que hacer,
pues á sus filos les falta
bruñirse con vuestra sangre.

Infante.

Dadle muerte.

Gomez.

Abanza.

Manrique.

Abanza.

Infante.

¡No ví valor semejante! *Riñen.*

Federico.

¿Cómo así se desampara
vuestro Rey? ¡Ah Castellanos!
volved, volved á las armas. (1)

ESCENA III.

El Rey y el Cardenal.

Rey.

Cardenal ¿qué hemos de hacer,
que la suerte declarada
por los contrarios está?

Cardenal.

Gozar, señor, la ventaja
que os concede la fortuna;
y mientras unos desmayan
y otros vencen, retiraos

(1) *Vanse acuchillando.*

donde, ya que de mis canas
no atendisteis los consejos,
lamenteis vuestra desgracia.

Rey

De Don Alvaro de Luna
siento el riesgo; mientras no haya
razon de él, no he de ausentarme.

Cardenal.

¡O nunca tanto os costára
defender del Condestable,
contra todos, la privanza!

Rey.

Sé que me sirve leal.

Cardenal.

Si señor; pero no basta
para que el amor de uno
por ódio de muchos valga.

Dentro voces.

A ellos, que huyen.

Dentro Federico.

Gran señor,
muera esta infame canalla:
yo os grito

Dentro Alvaro

Heróico soldado,
hoy á Castilla restáuras

Dentro.

Viva el Rey Don Juan y victoria.

Rey.

¿Véis en qué momento pasan
á ser glorias los temores,
y triunfos las amenazas?
Ese mismo contra quien
Castilla está declarada
(porque es mi segunda vida)

esta victoria me alcanza.
¿Quién no se ha de enamorar
de verle blandir la lanza,
cubierto el arnés de sangre,
y entre las huestes contrarias,
Hector segundo, romper
filas, deshacer escuadras?
¡O insigne varon!

Cardenal.

¡O ciega *ap.*
pasion, con que de él te arrastras!
¿Pues no ves aquel soldado,
que sin mas blason ni gala
que su espada y su rodela,
rompe, hiende y desbarata
los enemigos?

Rey.

¿Qué importa,
si el Condestable se halla
en mis tropas?

ESCENA IV.

Dichos, Federico y Don Alvaro con Habito de Santiago, con las espadas desnudas. y Bambute.

Federico

Gran señor,
ya estás seguro, descansa.

Dentro.

Victoria, Castilla viva. *cajas.*

Alvaro.

Ea señor, pues hoy ganas
los Reales al enemigo,
y de sus Tiendas armadas
y despojos eres dueño,

vén donde huellen tus plantas
las alistadas Banderas
de Aragon y de Navarra.

Bambute.

Si señor, pues don Pilfarro,
ropa sócia, muger rancia,
mi amo, os ha dado un gran dia:

Federico

Calla, loco.

Rey.

¿Quien lograra, *A Don Alvaro:*
sino es vos, ser de Castilla
gloria, honor, aplauso y fama?
dadme los brazos, Maestre.

Alvaro

Hoy al Cielo me levantas.

Bambute.

Este Rey esta borracho, *ap.*
pues á otro le dá las gracias
de lo que ambos hemos hecho.

Federico

Vive Dios, que si no callas:

Cardenal

Señor, no olvideis, que de ese
soldado ::

Alvaro.

Eso le rogaba
á su Alteza, pues no he visto
resolucion más gallarda.
Este joven, Rey Don Juan,
es quien, viendo que arrojadas
las armas, al primer choque
tus Infantes....

Dentro.

Pára, pára:

¡viva la Reyna!

Bumbute.

A Dios, esto
se ha vuelto agua de cerrajas:
¡maldita sea tu fortuna!

Federico.

Contra mí está declarada:
¿qué hemos de hacer?

ESCENA V.

Dichos, la Reyna y Doña Leonor, Ines, Nise y Cloris, damas, con tragecillos y sombreros.

Rey.

Gran señora,
¿con qué motivo ó qué causa,
sin avisarme?

Reyna.

Señor,
ántes que el cargo me haga
vuestra Alteza, mi razon
me dejará disculpada.
Soy portuguesa y os amo;
aunque la suerte contraria,
segun me avisó un soldado,
que al empezar la batalla
vió vuestras huestes vencidas,
el laurel os arrebata,
no quise perderlo todo,
pareciéndome bastaba
mi presencia á suspender
la vencedora arrogancia
de quien, vertiendo sangre vuestra,
su propio origen ultraja.
De Valladolid salí,
á que con vos me llevára

prisionera, pues el cuerpo
no puede estar sin el alma;
vamos, ya que la fortuna,
injustamente tirana,
y el teson de defender,
de quien no debeis, la causa, *Llora.*
así lo disponen.

Rey.

Vos
estais, señora, engañada;
ántes á cantar mi triunfo
mejor dijera la hazaña;
del Condestable venís.

Bambute.

El santo varon es maza: *ap.*
sobre que ha de ser el otro
dueño de la cuchipanda.

Reyna.

¿Qué decís? ¿que es la victoria
vuestra?

Rey.

Ved esas campañas
ocupadas de mis gentes.

Reyna.

¿El Condestable os la gana?

Rey.

Si señora.

Reyna.

Solamente *ap.*
á mi rencor le faltaba
que estableciese la dicha
de mi enemigo la gracia
con el Rey.

Sale Yañez.

Ya está la Villa

de Olmedo desocupada;
y fugitivo el infante,
con pocos que le acompañan
marchando vá.

Alvaro.

Y ya podeis
no dar por mal empleada,
señora, la accion del Rey.

Reyna

¿Cual?

Alvaro.

La de vér como ampara
á quien por servirle bien,
está en la comun desgracia.

Cardenal.

¿Señora, qué hemos de hacer,
si así la suerte lo traza?

Bambute.

¿Qué haces callando?

Federico.

Bambute,
ó es de mi dicha fantasma,
ó el rostro de aquel retrato
el propio es de aquella dama.

Ines

Con rara atencion te mira
el Rey.

Leonor.

Mal empleada
será toda su porfia;
que aunque de cruel y vana
me acredite, siempre, Ines,
lo que me cansa me causa.

Rey.

Antes que entremos, señora,

en la Ciudad, deseára
no ser ingrato á los que
nuestra fortuna restauran.
Aquel Soldado abatido
que ves, ha sido gran causa
de mejorar el suceso.

Bambute.

¡Jesu-Cristo, que te habla!
y segun son tus adornos,
hoy el titulo te encaja
de Conde del Calandrajo.

Reyna.

¿Qué premios, gran señor, bastan
á tanta accion?

Rey.

¿Dí Soldado,
quién eres, cuál es tu patria,
y qué tiempo ha que me sirves?

Federico.

Pues mi fortuna inhumana, *ap.*
que encubra quiere mi sér,
cumplamos con lo que manda.
Señor, hoy por estos campos;
por casualidad pasaba
á solo buscar mi vida;
tan obscura es mi prosapia,
que ni sé quien soy, ni quien
me dió aun el ser que me falta:
tan hijo de la fortuna,
que por donde ella me arrastra,
camino sin eleccion;
que ni es pequeña ventaja
para quien lo teme todo
no tener anhelo en nada.
Nada me debeis, pues fué

capricho el que me mezclára
entre los vuestros; y en fin,
no sé, señor, que en mí haya
mas principio, mas blason,
mas lustre, mas circunstancia,
que ser mozo de fortuna
yo, y que la he de hacer mi Patria;
tomando nombre desde hoy,
soy el Pícaro en España.
Ya estais informado, pues
quiere mi ventura escasa
que no haya sugeto en mí
en quien los premios recaigan:
guárdalos para quien tenga
estrella menos infausta;
qué no trocára la vida,
que tengo, sin asechanzas,
sin envidias y sin riesgos,
por la del mayor Monarca:
á ser un Pícaro aspiro.

Rey.

Notando la estravagancia
de vuestras voces, y viendo
el valor, que os acompaña,
no sé qué juicio hacer deba
de vos; pero si os agrada
ser despreciable sugeto;
Condestable, en mi Real Casa
lo ocupareis en empleo
de estimacion ordinaria:
vos por premio le admitid,
que para un Pícaro basta.
Vamos. *Vase.*

Alvaro.

Yo mi norte sigo. *Vase.*

Bambute.

¡Bien haya la ciricata!

Reina.

Que vos trateis de abatiros
no impide á que accion tan alta
se os premie y estime: vedme
cuando gustéis

Inés.

Ya, á Dios gracias,
hay pieza nueva en Palacio.

Cardenal.

Señora, la suerte echada
está.

Reina.

El Condestable es hoy
quien al Rey y al Reino manda;
pero Cardenal...

Cardenal.

¿Señora?

Reina.

No es lo mismo hoy que mañana.

ESCENA VI.

Dichos menos el Cardenal, la Reina y damas.

Leonor.

He oido vuestra manía,
y mi condicion me llama
á gustar mucho...

Federico.

¿De qué?

Leonor.

De gentes estraordinarias.

Federico.

Pues nadie lo es señora,

mas que yo.

Leonor.

¡Que libre que habla!

Ines.

Si señora.

Leonor.

¿Y tienes muchas habilidades?

Federico.

No faltan.

Leonor.

¿Cantar, danzar y tañer?

Federico.

La voz hoy, señora, es mala;
pero muchas malas voces,
andando el tiempo, se aclaran.

Leonor.

Ya empezais, como en misterio,
á esplicaros.

Federico.

Buena gracia:
¿pues si entro desde hoy á andar
en terreros y antesalas,
no quereis gaste conceptos,
preludios y estravagancias?

Leonor.

¡Jesus! gustaré de vos
muchisimo yo.

Federico.

Pues vaya:
(ya no se ha perdido todo) *ap.*
y desde ahora se entabla
nuestra gran conversacion;
mas cuidado, que es de chanza.

Leonor.

Aun las de veras, en quien
fuera persona mas alta,
las trato de burla, ó
no las trato.

Bambute.

Linda alhaja
debe de ser la chiquilla.

Federico.

Pues haciendo lienzo el alma,
desde hoy os retrataré
del corazon en la estampa;
porque no digais, señora,
que ya que mi suerte escasa
no os pudo venerar viva,
aun no os pudo vér pintada.

Leonor.

¿Qué es eso?

Federico.

Empezar la zumba.

Leonor.

Mirad lo que muchos ganan
por ser, como vos, sugetos
de poquísima importancia.

Bambute.

Usted viva muchos años.

Leonor.

Otro, ni aun un noramala
mereciera; pero á vos,
ya que la Reina se alarga,
yo os responderé en Palacio.

Federico.

Yo os seguiré salamandra.

Leonor.

¿Qué decís?

Federico.

De vuestras luces.

Leonor.

¿Luces yo?

Federico.

Rayos y llamas.

Leonor.

¿Seré Infierno?

Federico

Sois el sol.

Leonor.

Algo ménos.

Federico.

Mas que el Alba.

Leonor.

Proseguid.

Federico.

Muero por vos.

Leonor.

¡Que graciosa bufonada!
A Dios: ¿cómo es vuestro nombre?

Federico.

El Picarillo en España.

Leonor.

Pues á Dios, y hablad, que todo
á un picaro se le pasa. *vase.*

Ines.

Servidor, Don Peranzules *vase.*

Bambute.

Reberisco, Doña Urraca.
Señor mio; aquí acabó... *A Federico.*

ESCENA VII.

Federico y Bambute.

Federico.

¿El qué?

Bambute.

Nuestra concomitancia:
usted busque desde hoy
amigo, criado ó aca,
que yo echo por otro lado.

Federico.

¿Dime, necio, y por qué causa?

Bambute.

Porque usted con ese genio
á Gracioso se me encaja,
y yo no he de consentir,
que se me usurpe mí plaza.

Federico.

Si la éstrella infausta quiere,
que viva siempre ignorada
mi persona, si mi honor
y mi vida se afianzan
¿en mi silencio que quieres
que ejecute?

Bambute.

Que se valga
de la ocasion, y se finja
un sugeto de importancia;
pero un Pícaro ordinario,
¿á que fin?

Federico.

A que la estraña
historia de mis fortunas
así lo trae.

Bambute.

Que lo traiga
muy en buen hora: usted sea
el Gracioso, y Santas Pascuas;
mas no donde yo lo vea,
que he de andar á gaznatadas
sobre los versos de zumba.

Federico

¿Cómo quieres que lográra
ser Familiar en Palacio,
entre la Reina y las Damas?
¿y mas á vista de aquella,
de quien, por tan nunca usada
senda, el retrato adquiri,
cuya beldad me arrebata;
sino es siendo una persona
de aquellas que no embarazan
por inutiles, de quienes,
porque en ellas no reparan,
ningun aprecio se hace,
ninguna accion se recata,
siendo este el medio de estar
á la vista, por si halla
mi industria ocasion de que
se enmiende mi estraordinaria
fortuna cruel?

Bambute.

Todo eso
es pamplina y es soflama;
y despues de estar tambien
yo con la misma ignorancia
de no saber á quien sirvo,
cómo ese retrato se haya
adquirido, y mantenerme
de todas formas en babia;

sí he de servirle ha de ser
no hablándome usted palabra,
que toque á graciosidad;
porque andáré á puñaladas
con usted y apuntador,
si en llegando á usted no calla;
con el segundo galan,
y con la tercera dama,
y con el...

Federico.

Calla, ignorante.

ESCENA VIII.

Dichos y Alvaro.

Alvaro.

Echando ménos la falta
de vuestra persona, á quien
tengo obligacion tan rara,
buscandoos vengo.

Federico.

Señor.

Bambute.

De veras, ó habrá puñada.

Alvaro.

Ya veis que he de obedecer
lo que mi dueño me manda;
y para daros empleo,
que os corresponda, estimára
saber quien sois.

Federico.

Ya lo he dicho,
soy el Pícaro en España.

Bambute.

¡Ya se enmienda: voto á Cristo!

Federico.

¿Qué haces?

Banbute.

Vér como se habla.

Alvaro.

Ser un Pícaro, y tener
dos prendas tan elevadas,
como entendimiento y brio,
no cabe: Yo os doy palabra,
si quien sois me revelais,
de pagar la confianza
que de mí hiciereis.

Federico.

Señor,
muchas quizas encontraras;
porque hay muchos en el mundo,
que siendo personas bajas,
intentáran desmentir
su humildad con su jactancia;
pero pierden lo mejor,
que es aventurar la fama
de saber tratar verdad,
que es lo que á un hombre le ensalza:
yo quiero ser hombre humilde,
y no mentir.

Alvaro.

¿Y eso basta
para que vivas contento?

Federico.

Si señor, que és gran ganancia
no tener uno envidiosos.

Alvaro.

¿Quién los tiene?

Federico

La privanza,

la dignidad, la riqueza.
Pongámonos en balanza
vos y yo, vereis quien goza
de vida mas descansada.

Alvaro

Creo, que decís verdad;
muchos de ofenderme tratan.

Federico

Pues á mí, gracias á Dios,
ninguno, y esa es ventaja
en que vá vida y quietud:
fuerais vos para alcanzarlas
un Pícaro como yo,
y ninguno os inquietára.

Bambute.

Ahora vá bien

Alvaro.

Desde hoy
sois Escudero de Maza
del Rey, y asistente mio:
muchos el cargo tomáran,
y he de lograr que os envidien.

Federico.

Iréme á tierras estrañas
si eso intentais

Bambute.

Y mas, cuando
si escuderear se le manda
todos los mazas que encuentre,
no hay pies para una semana.

Alvaro.

¿Y cómo os llamais?

Federico.

¿Yo? Juan.

Alvaro.

Pues Juan, á quien acompañan
prendas tales, no es razon
que tenga temor á nada.

Federico.

Señor, el temer las dichas,
es medio de asegurarlas.

Alvaro.

Bien dices.

Federico.

Dejadme ser
Pícaro.

Alvaro

No es en mi instancia,
el que de serlo dejeis
yendo por tales pisadas:
lo que deseo es valerme
de vos con la estravagancia
de creer que ha de salirme
mejor en las cosas árduas
del que es Pícaro y lo dice,
que fiarme de los que hablan
como caballeros, y obran
lo que Pícaros obráran.

Federico.

¿Y si no salimos bien?

Alvaro.

No temais, que las espaldas
yo os las guardo.

Federico.

Ahora decidme:
¿y á vos, señor, quién las guarda?

Alvaro.

La gracia del Rey.

Federico.

¿Y el Rey,
está siempre de una gracia?

Alvaro.

Conmigo si.

Federico.

Será mientras
su propia deidad retrata;
mas si un dia obra como hombre,
mucho temo una mudanza.

Alvaro.

Entendimiento teneis.

Federico.

Y vos, señor, teneis gana
de que desde hoy no le tenga.

Alvaro

Venid, os pondreis de gala,
y á Palacio ireis

Federico.

¿Con que
ya empiezo desde mañana
á dormir con sobresalto,
comer á horas precisadas,
vestir esclavo del uso,
sufrir á aquel que se valga
de mí, y que todos me envidien
una vida tan cansada?

Alvaro.

No hay otro medio. *Vase.*

Federico.

Pues vamos,
dulce prenda idolatrada,
á quien dió bulto el matiz,
tú eres sola quien me arrastra. *Vase.*

Bambute.

El diablo me deparó
este hombre ó esta fantasma,
que es de veras ó es de burlas,
es pericon y pendanga;
pero como él no me quite
mi oficio con patochadas,
yo le tengo de seguir,
y hemos de ver en que para.

ESCENA IX.

Sala en Palacio.

La Reina, Doña Leonor, Inés y damas; y canta la Música.

Casi muere aquel que vive
tan esclavo de un deseo,
que su bien y su mal penden
de la fortuna y el tiempo.

Reina.

Leonor, buena letra.

Leonor.

Estimo
que te agrade su concepto,
y que disfrutando á costa
de la envidia (á quien no temo)
tus favores, sepa hallar
motivos de mantenerlos.

Reina.

Cuanto egecutas me agrada:
un alma somos y un cuerpo,
y así nada te recato:
Leonor mia, plegue al Cielo
no me pagues mal.

Leonor.

Señora,
segura me juzgo de eso,
si la natural costumbre
de que el beneficio mesmo
produce ingratos, no me hace
que pierda el entendimiento.
Pedro Manrique, mi primo....

Reina

Ya del Rey la gracia tengo
conseguida, y de Leon
tiene el Adelantamiento;
y con una circunstancia,
que es lo que yo mas celebro,
pues el Rey, que para todos
es áspero y es severo,
en llegando á peticion
de tu gusto y de tu aumento,
se muestra afable, milagro
del amor con que te aprecio.

Ines

Si ella lo supiera bien, *al oido.*
y el continuado mareo
con que el tal Rey te persigue.

Leonor

¿Qué importa, si á mi respeto
no hay atencion que se atreva,
que no saque un escarmiento?

ESCENA X.

Dichos y el Cardenal.

Cardenal.

Señoras, gran novedad.

Reina.

Cardenal ¿pues qué tenemos

Cardenal

El Infante Don Enrique,
habiendo á vista de Olmedo
hecho alto con los que pudo,
despues del pasado encuentro,
recoger. envió al Rey
vuestro esposo mensagero,
pidiéndole su seguro
para su persona, siendo
él propio su Embajador.

Reina

¿Y el Rey ha venido en ello?

Cardenal.

¿Cómo lo puede escusar,
si desordenado el pueblo
y alborotadas las tropas,
estan á voces diciendo?...

Dentro.

Dése al Infante el seguro,
y trátese del sosiego
de Castilla.

Dentro Alvaro.

¿Eso decís?

Dentro.

Búsquense de paz los medios.

ESCENA XI.

Dichos y el Rey.

Rey.

Castellanos, el honor
de vuestro Rey es primero.

Dentro

Tambien se debe cuidar

que no se destruya el Reino.

Sale Yañez.

Señor, esto no es posible
evitarlo.

Reina.

Ved que el Cielo,
señor, os abre las puertas
para que la paz gocemos.

Cardenal.

Cuando á pediros perdon
llega su arrepentimiento,
debeis oirlo.

Rey.

¿Con que
á todos os hallo puestos
de parte de mi desdoro?

Todos.

No se encuentra otro remedio.

ESCENA XII.

Dichos y Don Alvaro, Federico de gala y Bambute.

Federico.

A fé,
que esperimentamos presto
todo lo que yo anunciaba.

Todos.

Señor, fuerza es resolveros.

Reina.

¿Qué decís?

Rey.

Que ni el seguro
he de conceder, ni pienso:
¿mas Condestable?

Alvaro.

¿Señor?

Rey.

¿Habeis oido ese estruendo?

Alvaro.

¿Cómo quereis que le ignore?
Y antes de hablaros ni veros,
considerando que en nada
de lo que se os pide hay riesgo,
vuestro seguro he enviado,
usando, señor, del sello
vuestro, que está en mi poder,
al Infante.

Rey.

Está bien hecho:
vos lo habeis pensado bien.

Reina.

¡Puede haber mayor estremo *ap.*
de sujecion!

Cardenal.

Cada dia *ap.*
va su dominio creciendo.

Bambute.

Este amo pícaro mio
se arrima á buen compañero.

Rey.

Venga el Infante: señora,
ya á vuestro dictamen cedo.

Reina

Si señor; ya veo cuanto
al Condestable debemos.
¿Leonor?

Leonor.

Señora, encargad
al disimulo el silencio.

Dentro.

Plaza, plaza.

Rey.

Llegad sillas. (1)

Alvaro.

Oid lo que os encomiendo.

Federico.

¿A un pícaro confianzas?

Alvaro.

Sí, Don Juan: estadme atento.

Reina.

¡O, quiera el Cielo, señor,
que algun camino encontremos
de apaciguar á Castilla!

Rey.

Por solo ese fin me venzo.

Federico.

Está bien.

ESCENA XIII.

Dichos y Yañez, Gomez, Manrique y el Infante Don Enrique.

Yañez.

Entrad conmigo.
y vosotros, caballeros,
aquí os quedad.

Gomez y Manrique.

Como no
perdamos á nuestro dueño
de vista, está bien.

---

(1) *Llegan una silla al Rey, y se sienta, y hablan aparte Don Albaro y Federico.*

Infante.

Señor;
vuestras Reales plantas beso,
como señor natural.

Rey.

Alzad.

Infante.

Con seguro vuestro,
cosas de vuestro servicio
he venido á proponeros.

Rey.

Proseguid, que siendo así,
os escucharé.

Infante.

No puedo
hablar, señor.

Rey.

¿Porqué causa?

Infante.

Porque vuestro primo siendo,
é hijo del Rey Don Fernando,
y quien obtuvo el gobierno
de Castilla, no se me hace
el debido tratamiento.

Rey.

No hay mas silla en mi Palacio
que la mia.

Infante.

Yo lo creo;
y aun si la que os toca es vuestra,
no será logro pequeño.

Rey.

O volveos, ó hablad asi.

Infante.

Ni volverme, ni hablar puedo;

de esta suerte: y pues pasando
á otra estacion mi respeto,
hablando con vuestra esposa,
sera mi mas digno asiento *arrodillase.*
mi rodilla, en fe de que
compnico y reverencio;
oidme vos, Gran señora.
Pero á Leonor allí veo: *ap.*
¡ay objeto de mi vida!

Reina.

Ya os escucho como debo.

Infanta.

Los motivos de los bandos
de Castilla no os refiero,
pues de la menor edad
del Rey, mi señor, nacieron;
porque la ambicion de muchos,
con el mañoso pretesto
del bien de la Pátria, entrar
intentaron al manejo
de la Corona, y ninguno
consiguió su pensamiento,
sino es algunos, de quien
el Condestable es el dueño,
desde que del Reino el mando
tiene, quien mayor lo ha hecho
en vasallos y dominios,
que los que rige su Cetro:
á tu sangre ha separado,
por gozarle todo entero;
y yo y mi hermano el Infante
Don Juan, somos los objetos
de su rencor y del Rey.
Si gentes juntado habemos,
ha sido por defender

honor y vida, queriendo
dar al Rey la libertad
que le quita un cautiverio.
Para tratar, Gran señora,
libremente de estos hechos,
como á Don Alvaro aparte,
todos nos separaremos
Libre el Rey, junte Letrados
y leales Consejeros,
que desagraviando á todos,
establezcan un gobierno.

Reina.

Como vos lo deseais....

Alvaro.

¡De puro enojo reviento! *ap.*

Infante.

Cómo esté bien á Castilla....

Rey.

Ya conozco ese gran zelo.

Infante.

Vuestro bien, señor, propongo.

Rey.

¿Y para mayor respeto
lo mostrais alborotando
las ciudades y los pueblos,
rebelando los vasallos?

Infante.

Si se confunden los ecos
de la razon....

Rey.

Que desvie
al Condestable ¿no es eso
lo que pedís?

Infante.

Si señor.

Rey.

¿Y que yo me quede en medio
de mis enemigos, donde
viva al dictámen ageno?

Infante.

No, sino es libre.

Rey.

Ya asi,
de vos libertad aprendo,
pues harto libre me hablais;
pero es fuerza obedeceros.
¿Don Alvaro?

Alvaro.

Gran señor.

Reina.

Malas señales advierto
de concordia.

Cardenal.

El Rey está *ap.*
su cólera reprimiendo.

Rey.

Haced lo que os he mandado,
que es bien que siendo su deudo
esté cercano mi primo
á su Rey, por quien se ha puesto
á tantos peligros: vamos.

Infante.

Señor, la cífra no entiendo.

Rey.

Vengo en lo que me pedís,
aunque en algo diferencio. *Vase.*

Infante.

¿Señora?

Reina.

El Rey, mi señor,

siempre obrará justo y recto;
pero habeis pedido mucho,
y es lo mismo que deseo. *Vase.*

Infante.

Leonor, dichoso este dia,
en que de vuestros reflejos
al ardor....

Ines.

¿Otro demonio?

Leonor.

Perdonad, que no me puedo
detener: vamos, Inés.

Ines.

¿Aun vuelve á sus devaneos
el Infante?

Leonor.

Vamos, vamos. *Vanse las dos.*

Alvaro.

La puerta de este aposento
habeis de tomar, que fio
á vuestro valor este hecho,
de forma que no se sienta,
mientras á todos divierto;
cumplid esta orden del Rey. *Vase.*

Federico.

Señor, mirad....

Bambute.

Aquí es ello. *ap.*

ESCENA XIV.

El Infante, Federico, Gomez, Manrique y Bambute.

Infante.

¿Hidalgo? ¡pero qué miro!
¿No sois vos aquel sugeto

que hoy encontré en la batalla?

Federico

Si señor, y cuerpo á cuerpo
con vos lidié, que este honor,
por ninguna gloria trueco.

Infante.

Huélgome que el Rey estime
soldado de tal esfuerzo.

Federico

Yo, señor, no soy soldado.

Infante.

¿Pues qué sois?

Bambute

Un chuchumeco.

Federico.

Soy el Pícaro en España;
y antes tomar un consejo
quiero de vos: Si yo hubiera
recibido aquí un precepto
que no pareciese justo,
¿debiera andar discurriendo,
siendo un Pícaro, en obrar
generoso y caballero?

Infante.

No, que á un hombre humilde solo
toca obedecer.

Federico.

¿Y ciego
no reparar circunstancias?

Infante.

No hay duda.

Federico.

Pues, Escudero,
volveos, que el Rey ordena
quede el Infante aquí dentro,

Gomez.

¿Loco, qué dices?

Manrique.

¿Villano,
quién te ha dado atrevimiento
tal?

Federico.

Escudero del Rey
de Maza soy, que es lo mesmo
que su Mensagero, y á él
como señor obedezco.

Bambute.

¡Jesus, y qué desatino!
mi amo está dado á perros.

Infante.

¿Tal puede decir? Si eres
su Faraute, este es el pliego.

Federico

Yo os confieso la razon;
pero os pregunté primero
¿qué debia hacer? respondisteis,
y á la respuesta me atengo.

Infante.

Matadle.

Gomez.

Venid, señor,
con nosotros.

Manrique.

Nuestros pechos
serán tus muros.

Federico.

¿No veis
que yo la puerta defiendo?

Bambute.

Este hombre se ha vuelto loco.

Infante.

¿A quién es fácil mi acero
rendirse?

ESCENA XV.

Dichos y Don Alvaro.

Alvaro.

A mí, que del Rey
traigo órden de deteneros.

Infante.

¡Por cuánto no hubierais vos
de ser causa de este esceso!

Alvaro.

El Rey no os manda prender,
solo quiere complaceros
con que esteis siempre á su lado.

Infante.

Ya he comprehendido el misterio.
Vamos donde el Rey ordena:
Gomez, Manrique, volveos.
Por solo ver de Leonor *ap.*
la luz, mi agravio agradezco.

Gomez

Siempre temí yo este caso.

Manrique.

Si el Rey, lo que obra el deseo
de servirle, tiene á mal,
no hemos de tener buen pleyto.

Infante.

Vamos.

ESCENA XVI.

Don Alvaro, Federico y Bambute.

Alvaro

Vos habeis obrado
como quien sois.

Federico.

Y es lo cierto;
como Pícaro, señor,
pues cuando un seguro veo
del Rey, no le he obedecido.

Alvaro.

Eso no está á cargo vuestro. *Vase.*

Bambute.

Ha seor Pícaro ¿usted quiere
que le estiren el pescuezo?

ESCENA XVII.

Dichos, Doña Leonor é Ines.

Leonor.

Ruido sintió la Reina
en esta cuadra, y á efecto
de saber lo que es me envia.

Federico.

Yo bien decírselo puedo;
pero no puedo decirlo.

Leonor.

Esa esplicacion no entiendo.

Federico.

Ni yo tampoco, señora,
las que para mí reservo.

Leonor.

¿Qué he de decir á la Reina?

Federico.

Que aquí ha pasado un suceso,
y á un Pícaro se ha fiado
que sabe guardar secreto.

Leonor.

¿En todo?

Federico.

En todo, señora;
y aun hasta en estar sirviendo,
por servir sin esperanza.

Leonor.

Mucho estar de prisa siento.

Federico.

¿Por qué?

Leonor.

Porque os respondiera,
que si sois Pícaro, eso
de servir por servir solo,
sin que lo sepa el deseo,
lo dejeis para quien sea
Pícaro mas Caballero.

Federico.

Mirad que me habeis picado,
que yo tambien puedo serlo.

Leonor

Aun el misterio prosigue.

Federico.

El es lo mejor del cuento, *ap.*
pues con esto pongo en duda
la estimacion que no tengo.

Leonor.

¿En fin, ya estais en Palacio?

Federico.

Si señora, ya me acerco
á la llama.

Leonor.

Pues mirad,
que sepais tratar el fuego.

Federico.

Bueno fuera que ignorase
aquel ni cerca ni lejos,
que mantiene las fortunas.

Leonor.

¿En qué forma?

Federico.

En un buen medio.

Leonor.

¿Y dónde habeis aprendido
ese estilo Palaciego?

Federico.

En muchos escarmentados,
de los que se hacen los cuerdos.

Leonor.

Pícaro sois, bien decís.

Federico.

Pues ya me ireis conociendo,
y vereis que es mas en mí,
que lo Pícaro, lo necio.

Leonor.

¿Tan ignorante os hallais?

Federico.

Tanto, que ya me prometo
ser dichoso.

Leonor.

¿De qué suerte?

Federico.

Idolatrando y sirviendo.

Leonor.

¿A quién?

Federico.

A quien vos gusteis.

Leonor.

¿Pues son mi gusto y el vuestro
uno propio?

Federico.

Si señora.

Leonor.

¿De qué forma?

Federico.

Reduciendo
mi eleccion á vuestro gusto.

Leonor.

Veis aquí, que en conociendoos
me canseis

Federico.

Pues haced cuenta,
que aquel dia me aborrezco.

Leonor.

¿Y si gustase de vos?

Federico.

Me querré á mí con estremo.

Leonor.

Convenible sois.

Federico.

Y mucho.

Leonor.

En fin, de vuestro gracejo
detenida, la respuesta
tarde á la Reina le llevo.

Federico.

Para no darla ninguna,
siempre llegáis á buen tiempo.

Leonor.

Decís bien: y ese desaire

á vos es á quien le debo.

Federico.

¿De un Pícaro quién, señora,
pudo prometerse ménos?

Leonor.

Pícaro sois; pero sois
muy cortés y muy discreto.

Federico.

Yo os estimo la ironía;
perdonad si la penetro.

Leonor.

Ya hablarémos

Federico.

¿Por qué no?

Leonor.

Sois gracioso

Federico.

Yo lo creo.

Leonor.

Yo me he de servir de vos.

Federico.

Eso de servir, veremos.

Leonor.

¿Pues no os estará muy bien?

Federico.

Si me pagais con desprecios,
es un Pícaro, señora,
de mas honra que provecho.

Leonor.

A Dios.

Federico.

El vaya con vos.

Leonor.

¿Qué hay en este hombre encubierto,
que dice lo que él recata? *ap.*

¿mas yo para que deseo
inquirirlo? á Dios.

Federico.

¿Dos veces
os despedís?

Leonor.

Es que quiero,
que sintais el que me vaya.

Federico.

¿Pues para quedar muriendo
una vez no basta?

Leonor.

A Dios.

Federico

Ya van tres: guárdeos el Cielo

ESCENA XVIII.

Bambute y Ines.

Bambute

Y ahora, señora mondenga,
los dos que callado habemos,
¿qué hemos de decirnos?

Ines.

Ponte
del tablado en aquel puesto.

Bambute.

Ya estoy dueña de mis ojos.

Ines.

¡Que reconcómio tan puerco!

Bambute.

Mi bien.

Ines.

Chabacanería;

Bambute.

Mi amor.

Ines.

Empalagamiento.

Bambute.

Mis entrañas.

Ines.

Disparate.

Bambute.

Mis hígados y mis sesos.

Ines.

Porquería.

Bambute.

Mi demonio,
vente conmigo al Infierno.

Ines.

¿Qué mas Infierno que tú,
cara de mico estrangero,
pies de banco de bigornia,
barbas de erizo tudesco?
No te vea yo en mi vida.

Bambute.

Ni yo á tí, moño de ajenjos,
frente de cola de pabo,
nariz de raja de quéso,
patas de tranca de puerta,
manos de tocino añejo:
plegue á Dios, si te miráre,
que á mí me llamen todo eso.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en Palacio.

Don Alvaro, Federico y Bambute.

Federico.

Así los tiempos se mudan,
señor.

Alvaro.

Poco temo el daño,
que puede hacerme este Infante,
aunque, la paz entablando
y amistad del Rey conozca
el poder de mis contrarios.

Federico.

Si no fuera impropio en mí,
pues, como os he dicho, me hallo
de un hombre humilde en la esfera,
saber materias de estado,
yo os diera un consejo y bueno;
mas temo...

Alvaro.

¿Qué?

Federico.

El ordinario
castigo del que lo dá.

Alvaro.

¿Y cuál es?

Federico.

El no tomarlo;

porque hay muchos, señor, que
por no confesar, que ha hallado
otro lo que ellos ignoran,
nó hacen de la razon caso,
y apetecen mas sus yerros,
que los aciertos estraños.

Bambute

Eso es verdad; muchos hombres
son hombres porque son machos.

Alvaro

Habiendo en vos descubierto
agudo talento y claro,
no me tengais por tan necio,
que desprecie lógro tanto.

Federico

Pues, señor, como yo estoy
á Pícaro destinado,
pintar veo la fortuna,
porque estoy fuera del cuadro:
ella usa sombras y lejos,
luces y matices, dando
en la plana superficie
su imágen á los acasos;
pero es torpe como ciega,
y al tiempo solo estampando,
lo que imprime con la una,
la borra con la otra mano:
si algun retrato se escapa,
es porque supo apartarlo
la industria que es su oficial,
ó el tiempo que es su contrario.
En vos ya pintó la suerte
cuanto pudo, pues pasando
la línea de cuantos fueron
favorecidos vasallos,

no teneis mas que ascender:
no sé si fuera acertado
apartar el lienzo, ántes
que ella pudiera tocarlo
con la mano con que borra;
pues dándoles de barato
á los que no os pueden vér
de lo que apetecen algo,
os quedará lo demás,
que es honra, vida y estados.

Alvaro

Estimoos mucho el aviso;
pero no puedo aceptarlo.

Federico.

Eso ya lo dije yo

Alvaro.

Porque si del Rey me aparto,
en su genio, que es mudable,
vér muchos males aguardo.

Federico.

¡O! que perdeis, gran señor,
un gran modo de vengaros;
pues de vuestros enemigo
veis, desde aquel lugar alto
de vuestra conservacion,
lo ansiosos, lo fatigados
que andan por llenar el hueco
que dejais; y es gran gustazo
verlos despues como bajan
desde la altura rodando.

Alvaro.

¿Rodando? ¿cómo?

Federico.

Si el Rey
os tiene cariño, es llano,

pues conociendo la falta
que le haceis, ha de llamaros.
La fortuna y la muger,
si una vez se enamoraron,
al que las hace desdenes
le hacen mayores halagos;
y esto de saber huir
del bien, es un fuerte halago,
para que el bien se mantenga.

Alvaro.

¡Pensamiento estraordinario!

Federico.

Reconocedlo en el Sol,
entónces mas deseado,
cuando la noche le oculta;
sale, y no se anhela tanto:
lo que se aparta se busca;
que son los genios humanos
tales, que á ser todo dia,
ni aun del Sol hicieran caso.

Alvaro.

Tantas veces me confundo
de oiros, que estoy pensando,
que no sois lo que decís.

Federico.

Si lo que digo y persuado
es, que soy Pícaro, en esto
lo estoy diciendo bien claro.

Bambute.

Señor, si á este botarate,
que tengo por medio amo,
le dais audiencia dos dias,
saldreis loco confirmado.

Alvaro.

No pueden ser tales prendas

hijas de un pecho ordinario.

Federico.

¿Pues no puede haber, señor,
rama hermosa y tronco basto?

Alvaro.

Habladme claro, Don Juan,
que os juro....

ESCENA II.

Dichos é Inés.

Inés.

La Reina ha rato
que ha preguntado por vos,
Don Juan

Federico.

A su Alteza aguardo
en esta pieza.

Ines.

Habreis de ir
al jardin, que á él ha bajado
con las Damas.

ESCENA III.

Dichos, menos Inés.

Federico.

Está bien.

Alvaro.

Mucho me huelgo de cuanto
sea vuestra estimacion.

Federico.

Dios os pague este trabajo
en que me metisteis; cierto,
que os puedo estar obligado.

Alvaro.

¿Pues que la Reina os estime,
que descubriendo y hallando
en vos las habilidades
de que ya estoy informado,
las disfrute en honor vuestro,
qué mal, Don Juan, puede estaros?

Federico.

¿Ni qué bien? si cuando era
sugeto mas olvidado,
era todo el tiempo mio,
y hoy soy un dichoso esclavo:
entonces sin mas deseo
que vivir; hoy dispertando,
con cada aumento un anhelo,
y con él un sobresalto.

Bambute.

Solo la media tinaja
le falta á este estrafalario,
Diogénes de la legua.

ESCENA IV.

Dichos y el Rey, el Cardenal, el Infante, Yañez Gomez y Manrique.

Rey.

Si ha de ser el primer paso
desviarle de mí, presto
lo vereis egecutado.
Aunque al Condestable estime, *ap.*
como le estimo, ocultarlo
es forzoso, y hacer que
sus enemigos complazco,
para asegurarme de ellos.

Infante.

Perdon, señor, de mi engaño
os pido, pues yo creí,
que era desear vengaros
el haberme detenido.

Rey.

Ya, Infante, á la puerta estamos
de la esperiencia: venid,
Cardenal; en mi despacho
solo yo, el Infante y vos
hemos de entrar.

Albaro.

¡Cielos santos,
qué oigo!

Cardenal.

Por tan gran merced
os beso, señor, la mano.

Infante.

¿Puede ser esto verdad? *ap.*

Federico

¿De qué estais sobresaltado?

Alvaro.

¡Ay Don Juan! mis enemigos
van sus astucias logrando

Federico

¿Luego bueno es mi Consejo?

Alvaro.

¿Qué sé yo? callad.

Federico.

Ya callo.

Alvaro

Ni aun volverme á mirar quiere
el Rey: ya es desaire claro
el que advierto, la ponzoña
tengo de apurar al vaso.

¿Gran Señor?

Rey.

Venid, Infante:
venid, Cardenal

Alvaro.

Se han dado
las órdenes para que....

Rey.

Hablad á mi secretario.

Alvaro.

¿Pues yo cuando de tercera
persona he necesitado
para informaros?

Rey.

Ahora
(¡qué mal disimula el lábio!) *ap.*
es, Condestable, otro tiempo.

Alvaro.

Luego mi destino....

Bambute.

Palo.

Alvaro.

Pudo....

Rey.

No me divirtais,
que no estoy con ese espacio. *Vase.*

Infante.

Guardeos el Cielo, Maestre.

Alvaro.

El os prospere mil años.

Infante.

Leonor Divina, á lograr
de tu beldad el milagro
aspiro: ¡ó, no se le opongan
á mi fortuna los Astros! *Vase.*

Cardenal.

A Dios, Condestable. *Vase.*

Alvaro.

A Dios.

Manrique.

Ya va el semblante mudando
la fortuna. *Vase.*

Gomez.

Aun no me basta
verlo para no dudárlo. *Vase.*

Yañez.

Hoy toco lo que imagino,
que es aparente ó soñado.

ESCENA V.

Don Alvaro, Federico y Bambute.

Alvaro

Buenos quedamos, Don Juan.

Federico

Si señor, buenos quedamos.

Alvaro.

¿Qué os parece?

Federico.

Me parece
que mi dictamen no es malo.

Alvaro.

¡Un volcan tengo en el pecho!
en mi cólera abrasado
estoy sin mí.

Federico.

Mal haceis
en no estar con vos, burlandoos
de la fortuna, y de aquellos
que aspiran á vuestro daño.

Alvaro.

¿De qué forma?

Federico.

Con entrar
siquiera un pequeño espacio
al templo de la cordura,
que en pasándose el nublado,
amanece la razon,
y se camina de pasmo.

Alvaro.

El dictámen es seguro;
mas mi espíritu bizarro,
y mi constante lealtad
no se abaten á observarlo.
Vive Dios, que he de apurar
lo que al Rey le han informado,
y he de vengar cuanto sea
mi deshonor y mi agravio.

ESCENA VI.

Federico y Bambute.

Federico.

¡Rara inquietud! ¿Ves, Bambute,
lo que cuesta, aun del mas sábio,
el ser hombre de importancia?

Bambute.

Si cuesta, mas vale algo:
¿pero tú y yo qué valdremos,
pobretones espantajos?

Federico.

Algun dia lo sabrás

Bambute.

Amigo, ese cuento es largo:
reniego yo de esperanza,

que es alcacér de los asnos.

Federico

Sufrimiento, amigo mio.

Bambute

Sufrimiento, y vèr yo harto
al otro de perdigones,
de pichones y de pabos,
y estar en ayunas yo?
No, hijo, lo que zampo zampo,
que esperanza sin tocino,
es agua chirle y no caldo.

Federico

Vamos á ver á la Reina.

Bambute.

Vamos.

Federico.

¿Pues á tí, borracho,
quién te llama?

Bambute.

Tambien yo
tengo mi cierto cuidado.

Federico.

¿Es Inés?

Bambute.

Es Doña Inés;
no la quite usté el dictado
del Don, que ya empieza á andar
entre arneros y estropajos

Federico

¡Qué gran filis tendrás tú
para galantear!

Bambute

Yo no ando
en coluros ni en piropos,
en memorias ni en retratos.

sino á lo que estamos, tuerta.

Federico.

Si, porque el que siempre traigo
conmigo lo dice: este
es la aguja, que mostrando
el norte al alma, suaviza
de mis celos el naufragio.

Bambute.

Anda, que tan loco somos
el amo como el criado.

ESCENA VII.

Decoracion de Jardin.

Doña Leonor é Inés.

Música.

Si es perlas el llanto
y aljofar la risa
con que equivocadas
el Alba se esplica;
yo que penetro el semblante que adoro,
ignoro y venero, que llore ó que ria.

Leonor.

Ni del Rey ni del Infante
aprecia mi vanidad
la amorosa necedad;
y así, ni aun con el semblante
los oigas.

Ines.

En eso quedo;
pero permite, señora
te haga una pregunta ahora:

Que no estimes te concedo
del Rey la fineza, pues
Dama que es tan principal,
solo admitirá otro igual
para casarse: esto es
lo que debe ser; mas no
imagino, que esto sea
solamente.

Leonor.

¿Pues qué idea
juzgas tú que tengo yo?

Ines.

Si no fuera un pobre cero,
sin otro numero al lado,
ese de todos llamado
él Pícaro caballero,
segun la conversacion
que le dais: yo pensaria,
que acaso....

Leonor.

Mira Ines mia,
yo te he de hablar en razon:
¿ves ese, que es vituperio
de su sér, que el propio dice,
que es un Pícaro infelice?
pues en ese hombre hay misterio.
Ni su reverente hablar,
ni su chistoso decir,
ni su agudo discurrir,
son de sugeto vulgar.
De su interes no hace caso,
y sirve con el primor,
que pudiera un gran señor.

Ines.

Yo creo, que al mismo paso

caminas tú de tropel,
y tu semejante amas.

Leonor.

Hasta la Reyna y las Damas
gustan muchísmo de él:
¿pues por qué me han de culpar
lo que en ellas advertí?

ESCENA VIII.

Dichos Federico y Bambute.

Federico.

Luego, señora; que vi
rosa, mosqueta y azahar
renacer de su verdor,
haciendo el prado otra salva,
dije: O se repite el Alba,
ó ha amenecido Leonor.

Leonor.

Discreto venís.

Federico.

Y ufano.

Leonor.

Ya vais siendo lisongero.

Federico.

¿Quien aprende á caballero,
no es fuerza ser cortesano?

Leonor.

¿Y cuánto os cuestan hasta hoy
tan discretas boberías?

Federico.

Ya sabeis que ha muchos dias,
que aprendiéndolas estoy;
que como es valer mi intento,
cuanto vá en su ceguedad

andando mi voluntad,
lo cede mi entendimiento:
pero si vos me alentais,
solo á vos me quejare.

Bambute.

No es solo ese mal el que
á mi medio amo causais.

Leonor.

¿Yo?

Bambute.

Vos, pues solo de vos
los dos habemos de hablar,
y de puro Leonorar
nos ha de dar asma y tós:
os nombra tan de contino,
qúe ayer, pidiendo un guisado,
dijo: Que esté Leonorado
con pimienta y con tocino.

Leonor.

¿Esto es así?

Federico.

No creais
rompa el órden, que por Dios
que no me acuerdo de vos,
sino es cuando vos mandeis.

Leonor.

Está muy bien, porque fuera
querer eso, y os culpára.

Federico.

No estimaros acertára,
si gusto vuestro no fuera.

Leonor.

¿Así tomais mi consejo?

Federico.

Vuestro precepto es mi guia.

Leonor.

Esto en mí es galantería:

Federico.

Pues esotro en mí es gracejo:

Bambute.

¿Que os parece las candongas
de los dos?

Ines.

No es mi incumbencia.

Bambute.

Si, que fuera irreverencia
de aqueste estilo la voz.

Ines

¿Pues cuál debe ser el ruego
para nosotros?

Bambute.

Gallego,
donde es concepto una coz.

Ines.

¡Qué necio materialazo!

Bambute.

Un pellizco retorcido
requiebro es, que en vez de oido,
se les dice....

Ines.

¿A quién?

Bambute.

Al brazo.

Ines.

Atrévase el animal,
y verá...

ESCENA IX.

Dichos y el Rey.

Rey.

Porque la envidia
le perdone, dejo toda
mi autoridad refundida
en Don Alvaro, á fin que
logre lo que solicita
el Infante, y á la junta
le he permitido que asista;
porque.... ¿mas que es lo que veo?
Hermosa Leonor divina,
¿qué nuevo sol por la tarde
quiere á esta esfera florida
amanecer, qué las luces
de vuestro cielo anticipa?

Federico.

¡Qué escucho, penas! *ap.*

Leonor.

Señor,
el que siempre me ilumina:
la Reyna nuestra señora
con nosotras, solicita
divertirse en los jardines.

Rey.

Escudero, á la venida
de esa enmarañada calle,
á quien labran zelosías
vejetables esmeraldas
de yedras entretejidas,
ponte de escolta, y en viendo
que viene la Reyna avisa.

Federico.

Buena ocupacion le dan *ap.*
á mi dolor: ¡ Ah, enemiga!
¿ del Rey escuchas las veras,
y á mi tus burlas dedicas?

Zambute.

Vamos, que ya va creciendo
en plaza vueseñoría,
pues le aumentan los empleos.

Federico.

Infame, pues si me irritas....

ESCENA X.

El Rey, Leonor, Ines y al paño Federico.

Rey.

¿A que esperas?

Federico.

Mi obediencia
os responde: ¡ estoy sin vida! *Vase.*

Leonor.

Ines, vamos

Rey.

Esperad.

Federico.

Oiré desde aquí

Rey.

No, á vista
de mi desgracia, pretendo
convencer tu tiranía,
pues sé que contra tu estrella
puede menos quien mas lidia:
solo, adorado imposible...

Federico.

¡Qué tal, oigan mis desdichas!

Rey.

Llegando á veros, á tiempo
que este retrato traía *Saca un retrato.*
en mi mano, que es la joya,
que en fe de las concluídas
paces al Rey de Aragon
pensé enviar, me motiva
el acaso á discurrir,
que hallaros, bella homicida,
fué acusarme la deidad,
de que á su altar no le rinda
retórica tabla muda,
si pender merece asida
del marmol de vuestro pecho,
del yerro que Amor fabrica,
os acordara ...

Leonor.

Señor,
si es porque á quien os dedica
su reverencia y su amor,
no falta imagen que sirva
de simulacro; en ausencia
de la deidad en que anima,
diligencia sera ociosa,
á la que el matiz aspira;
pues mientras haya memoria,
sobran á mi fantasía
altares, en que el respeto
los incendios os repita:
de mi lealtad lo creed,
sin que vuestra bizarría
me obligue.

Rey.

Habeis de tomarle.

Ines.

¡Jesus, qué piedras tan ricas!
¡Qué haya quien pierda diamantes,
usándose gargantillas!

Leonor.

Señor, os cansais en vano.

Rey.

Si la mano por ser mia
pierde......

ESCENA XI.

Dichos Federico y Bambute.

Federico.

Gran señor, la Reyna.

Rey.

Escudero, esta lucida
joya ha perdido esta Dama,
y pues no es justo resista
cobrar lo que es suyo, y solo
repara en que yo la sirva;
á vos, en quien no concuren
respeto ó soberanía, *Ddle el retrato*
os la doy, para que vos
se la deis; ved lo que os fia
mi afecto: haced que la tome,
que á confiar me motiva
de vos vuestro entendimiento,
y el saber lo que os estima
Don Alvaro: si lograis,
que esa Dama el dón admita,
avisandome, os ofrezco
toda mi gracia en albricias.

ESCENA XII.

Dichos menos el Rey.

Bambute.

¡Señores, que en todos tiempos
valga la alcahuetería!

Federico.

Ya veis, señora, el empeño
en que estoy; deuda es precisa
de lo que me honrais, que el Rey
por mí este obsequio consiga.

Leonor.

¿Y eso lo decís de veras?

Federico.

Aquí, señora, hay dos líneas,
una en mi desgracia, y otra
en vuestra eleccion estriva;
y así, al que acepteis la joya
mi rendimiento os suplica,
que el sentirlo ó no sentirlo,
cuando corra á cuenta mia,
yo haré que el pecho lo esplique,
aun sin que el labio lo diga.

Leonor.

Dejadme que esa entereza
la solemnice mi risa.
¿Me aconsejais que yo tome
del Rey, que lo solicita,
un retrato?

Federico.

¿Pues no oís,
que os lo ruego?

Leonor.

¿Y si peligra

mi pundonor?

Federico.

¿En qué forma,
si es solo galantería?

Leonor.

¿Con mugeres como yo?

Federico.

Cualquiera puede admitirlas
de un Rey, que lo soberano
disculpa lo que autoriza.

Leonor.

¿Cómo?

Federico.

Como del respeto
viven lejos las malicias.

Leonor.

Buen tercero haceis, no es mucho
que él á vos os elija.

Federico.

¿A quién una empresa encargan
que no procure cumplirla?

Leonor.

Parece que hablais de falso.

Federico.

No os tengo á vos por muy fina.

Leonor.

¿Porqué?

Federico.

Porque un real afecto
pagais con una ojeriza.

Bambute.

Por San Lesmes, que es el mozo
soberano alcamonista.

Leonor.

Mirad, si es interés vuestro

que yo la joya reciba,
la admitiré.

Federico.

Corazon,. *ap.*
ya de reventar la mina
es tiempo; y pues su retrato
conmigo traigo, él me sirva
para esplicarme.

Leonor.

¿Callais?

Federico

Guardaré el del Rey, y á vista *ap.*
de que yo la doy él suyo,
sabrá como es mas antigua
mi pasion de lo....

Leonor.

Decid,

Federico

Señora, hasta aquí queria
embozar la menor seña
de mí, que rebiento enigma
en mí propio, de mí propio
las señales se complican.
Cuantas me habeis permitido
cortesanas bizarrías,
llegaron hasta lograr
que vuestros ojos admitan
el ver en esos matíces
las verdades coloridas,
por una pasion que imprime
mejor que un pincel que pinta.
Labrad mi suerte á la costa
de solo ver, pues quien mira
tanta luz, podrá á mi incendio
disculparle las cenizas.

Ved el retrato, y sabed
que á ese sirvo, ese me obliga
á morir por él, á costa
de padecer vuestras iras. *Dale el retrato.*

Leonor.

Villano, ya del embozo,
que entre señas mal distintas
vuestro ser equivocaba,
corrió esta accion la cortina;
pues pesa del Rey la gracia
mas con vos, que la hidalguía,
si fueseis noble, de que
ní aun las burlas os compitan.
Vuestro interés puede mas
que vuestro gusto; esa indigna
accion, tanto noble indicio
deslace y desacredita
Decidle al Rey que mi ceño
de cualquier osado pisa
le pretension, pues al aire
de esa suerte desperdicia
su retrato. *Arrójale.*

ESCENA XIII.

Dichos, la Reina, Nise y Cloris.

Reina

¿Qué retrato?

Ines.

Cayóse la casa encima.

Leonor.

Señora....

Reina.

Alzale tú, Cloris.

Federico.

¡Hay estrella mas impia! *ap.*
es que....

Reina.

No os pregunto nada.

Leonor.

Señora.... ¿qué he de decirla ? *ap.*
que si le ha visto, al negarlo
mayor sospecha motiva.
Ese retrato, señora,
que como sacra reliquia
deben todos adorarle,
como de la peregrina
deydad á quien representa,
el Rey, mi señor traia.

Reina

¿El Rey? mira lo que dices.

Bambute.

Ella ordena una bolina
del demonio *ap.*

Federico.

¡Qué mis señas
no atienda!

Reina.

Sospechas mias, *ap.*
apuremos el ahogo.
Hábla ¿qué te desanima?

Leonor.

Pasando su Magestad
por esta estancia florida
con él, debió de caerse;
halléle yo, y le decia
á Don Juan: Estraño el ver
que la suerte desperdicia
prenda á quien todos debemos

adoraciones rendidas.

Federico.

Todo lo ha echado á perder. *ap:*

Ines.

Mas que la Reina nos pringa.

Reina.

Que tengas con tu hermosura (1)
devocion tan peregrina,
que de reliquia la trates;
vaya, pues tú de tí misma
quieres ser nuevo Narciso;
mas decir que conducia
el Rey un retrato tuyo,
es presuncion bien indigna.

Leonor.

Pues señora.... ¡mas qué veo!

Reina

¿Ahora te turbas? Mira,
mira tu rostro; ¿es aquesta
la deidad encarecida,
á quien todos le debemos
adoraciones propicias?

Leonor.

¡Cielos! ¿pues cómo la copia
que era del Rey, convertida
en mi imágen?...

Reina.

¿Qué te asombras?

Leonor.

¿La encuentra mi fantasía? *ap.*
¡sin mí estoy! Yo soy, señora....

Reina.

Una loca, una atrevida,

---

(1) *Toma la Reina el retrato.*

que vestir quiere un delito
del disfráz de una mentira.
¿El Rey trae tu retrato?
Pues nécia, desvanecida,
¿quién eres tú, y á qué efecto,
si disculparte imaginas,
mezclas con las del respeto
las frases de la osadía?

Leonor.

Mi turbacion, Gran señora
(ya sé como esto sería) *ap.*
barajando las especies....

Reina.

Venid, dejad que prosiga
su ignorancia en la locura
de su propia idolatría:
pues la ama el Infante, presto *ap.*
la apartaré de mi vista.
Nise, Cloris ¿qué os parece? *Vase.*

Nise.

Que hace muy bien, que es muy linda
Leonor; pero no es muy bueno
que lo sienta y que lo diga. *Vase.*

Cloris.

Muy pagada estás de tí,
pero no para que vivas
tan Fenix, que no haya alguna,
que aunque no igualе compita.

ESCENA XIV.

Federico, Leonor, Inés y Bambute.

Leonor.

Todas se burlan de mí:
hombre que mi mal fabricas

Ved el retrato, y sabed
que á ese sirvo, ese me obliga
á morir por él, á costa
de padecer vuestras iras. *Dale el retrato.*

Leonor.

Villano, ya del embozo,
que entre señas mal distintas
vuestro ser equivocaba,
corrió esta accion la cortina;
pues pesa del Rey la gracia
mas con vos, que la hidalguía,
si fueseis noble, de que
ni aun las burlas os compitan.
Vuestro interés puede mas
que vuestro gusto: esa indigna
accion, tanto noble indicio
desluce y desacredita
Decidle al Rey que mi ceño
de cualquier osado pisa
le pretension, pues al aire
de esa suerte desperdicia
su retrato. *Arrójale.*

ESCENA XIII.

Dichos, la Reina, Nise y Cloris.

Reina

¿Qué retrato?

Ines.

Cayóse la casa encima.

Leonor.

Señora...

Reina.

Alzale tú, Cloris.

Federico.

¡Hay estrella mas impia! *ap.*
es que....

Reina.

No os pregunto nada.

Leonor.

Señora.... ¿qué he de decirla? *ap.*
que si le ha visto, al negarlo
mayor sospecha motiva.
Ese retrato, señora,
que como sacra reliquia
deben todos adorarle,
como de la peregrina
deydad á quien representa,
el Rey, mi señor traia.

Reina

¿El Rey? mira lo que dices.

Bambute.

Ella ordena una bolina
del demonio *ap.*

Federico.

¡Qué mis señas
no atienda!

Reina.

Sospechas mias, *ap.*
apuremos el ahogo.
Hábla ¿qué te desanima?

Leonor.

Pasando su Magestad
por esta estancia florida
con él, debió de caerse;
halléle yo, y le decia
á Don Juan: Estraño el ver
que la suerte desperdicia
prenda á quien todos debemos

adoraciones rendidas.

Federico.

Todo lo ha echado á perder. *ap.*

Ines.

Mas que la Reina nos pringa.

Reina.

Que tengas con tu hermosura (1)
devocion tan peregrina,
que de reliquia la trates;
vaya, pues tú de tí misma
quieres ser nuevo Narciso;
mas decir que conducia
el Rey un retrato tuyo,
es presuncion bien indigna.

Leonor.

Pues señora.... ¡mas qué veo!

Reina.

¿Ahora te turbas? Mira,
mira tu rostro; ¿es aquesta
la deidad encarecida,
á quien todos le debemos
adoraciones propicias?

Leonor.

¡Cielos! ¿pues cómo la copia
que era del Rey, convertida
en mi imágen?...

Reina.

¿Qué te asombras?

Leonor.

¿La encuentra mi fantasía? *ap.*
¡sin mí estoy! Yo soy, señora....

Reina.

Una loca, una atrevida,

(1) *Toma la Reina el retrato.*

que vestir quiere un delito
del disfráz de una mentira.
¿El Rey trae tu retrato?
Pues nécia, desvanecida,
¿quién eres tú, y á qué efecto,
si disculparte imaginas,
mezclas con las del respeto
las frases de la osadía?

Leonor.

Mi turbacion, Gran señora
(ya sé como esto sería) *ap.*
barajando las especies....

Reina.

Venid, dejad que prosiga
su ignorancia en la locura
de su propia idolatría:
pues la ama el Infante, presto *ap.*
la apartaré de mi vista.
Nise, Cloris ¿qué os parece? *Vase.*

Nise.

Que hace muy bien, que es muy linda
Leonor; pero no es muy bueno
que lo sienta y que lo diga. *Vase.*

Cloris.

Muy pagada estás de tí,
pero no para que vivas
tan Fenix, que no haya alguna,
que aunque no iguale compita.

ESCENA XIV.

Federico, Leonor, Inés y Bambute.

Leonor.

Todas se burlan de mí:
hombre que mi mal fabricas

mi pundonor?

Federico.

¿En qué forma,

si es solo galantería?

Leonor.

¿Con mugeres como yo?

Federico.

Cualquiera puede admitirlas
de un Rey, que lo soberano
disculpa lo que autoriza.

Leonor.

¿Cómo?

Federico.

Como del respeto
viven lejos las malicias.

Leonor.

Buen tercero haceis, no es mucho
que él á vos os elija.

Federico.

¿A quién una empresa encargan
que no procure cumplirla?

Leonor.

Parece que hablais de falso.

Federico.

No os tengo á vos por muy fina.

Leonor.

¿Porqué?

Federico.

Porque un real afecto
pagais con una ojeriza.

Bambute.

Por San Lesmes, que es el mozo
soberano alcamonista.

Leonor.

Mirad, si es interés vuestro

que yo la joya reciba,
la admitiré.

Federico.

Corazon, *ap.*
ya de reventar la mina
es tiempo; y pues su retrato
conmigo traigo, él me sirva
para esplicarme.

Leonor.

¿Callais?

Federico

Guardaré el del Rey, y á vísta *ap.*
de que yo la doy él suyo,
sabrá como es mas antigua
mi pasion de lo....

Leonor.

Decid,

Federico

Señora, hastá aquí queria
embozar la menor seña
de mí, que rebiento enigma
en mí propio, de mí propio
las señales se complican.
Cuantas me habeis permitído
cortesanas bizarrías,
llegaron hasta lograr
que vuestros ojos admitan
el ver en esos matices
las verdades coloridas,
por una pasion que imprime
mejor que un pincel que pinta.
Labrad mi suerte á la costa
de solo ver, pues quien mira
tanta luz, podrá á mi incendio
disculparle las cenizas.

Alvaro.

Yo con la permision vuestra,
lo he firmado en vuestro nombre.

Rey.

¿Pues cómo sin mi licencia, (1)
aleve, tal ejecutas?

Federico.

¿Señor qué hace vuestra Alteza?
Páseme el pecho mil veces,
y al Condestable no ofenda,

Reina.

¡Buenos estamos., agravios!

Rey.

Villano, apartate, y deja
que castigue.....

Alvaro.

Pues, señor,
en qué puede......

Rey.

El labio sella,
mal vasallo, ingrato amigo;
¡cómo la causa pudiera *ap.*
encubrir de mi dolor!
mas ya he encontrado la senda.
Pues cómo cuando no ignoras
lo que mi esposa desea
tener á Leonor al lado,
¿de esta suerte la enagenas?
¿dilo pues, qué te suspende?

---

(1) *Saca el Rey la espada, y Federico se pone delante de Don Alvaro con la rodilla en tiera.*

ESCENA XVIII.

Dichos y la Reina.

Reina.

Como lo sabe la Reina;
y de la suerte que adquiere
Leonor, está satisfecha.

Rey.

Señora....

Reina.

Señor, yo juzgo,
que atendiendo á la nobleza
de su casa, y los servicios
que me ha hecho Leonor, os deba
el mismo favor que á mi.

Rey.

Zelos, no hay sino paciencia *ap.*

Reina.

¿Qué decís?

Rey.

Que estoy conforme,
si estais, señora, contenta.

Alvaro.

Don Juan, mucho os he debido,

Federico.

Si cuantas en vos son deudas
pagais así, desde luego
perdono la recompensa.

Alvaro.

No os entiendo.

Federico.

Yo me entiendo.

Reina.

Señor, el Infante llega

á agradeceros la honra,
que le haceis.

ESCENA XIX.

Dichos y el Infante.

Infante.

Vuestros pies besa,
Gran señor, mi rendimiento.

ESCENA XX.

Dichos Leonor, Ines, el Cardenal, Nise y Cloris.

Leonor.

¿Qué es lo qué manda su Alteza?

Nise.

La Reyna te lo dirá.

Ines.

¿Nos dan alguna merienda?

Infante.

El Condestable ...

Rey.

Está bien.

Infante.

Me concedió de órden vuestra,
con la mano de Leonor,
que los Estados adquiera,
que me tocan.

Leonor.

¿Que es esto,
Inés?

Ines.

Lo que el diablo enreda.

Cardenal.

Yo, por parte de Leonor,

os doy, como mi parienta,
las gracias de que la honrais.

Rey.

¡Qué escusada diligencia!
Para que la Reina mire
sus Damas, y las atienda;
para que yo ratifique
lo que el Condestable ordena,
pues de que ya va mandando
mas que yo, caigo en la cuenta,
es preciso que haya tiempo;
que no quiero tan apriesa,
por lo que os estimo, Infante,
que falteis de mi asistencia:
venid, venid á mi lado. *Vase.*

Infante.

¿Qué es esto, fortuna adversa? *ap.*
¿honrándome el Rey, me agravia?
¿ni aun solo hablar me deja
con Leonor? ¡Ay, dulce objeto,
cuantós pesares me cuestas! *Vase.*

Cardenal

Leonor, debeis á los Reyes
mucho.

Leonor.

¿En qué forma?

Cardenal.

Si llega
la suerte á haceros dichosa. *Vase.*

Leonor.

¡Hay confusion mas tremenda!

Ines.

Asi te han de volver loca.

Alvaro.

Pensando que el Rey me diera

muchas gracias de serviros,
se ha ofendido de las muestras
de mi afecto: vos sabreis
de lo que nace su queja. *Vase.*

Leonor

¿Gran señora, pues qué es esto?

Reina.

Esto es: quiero que sepas
que el Infante te ha pedido
por esposa, y que ya es fuerza,
porque yo lo quiero asi,
te cases aunque no quieras. *Vase.*

Nise.

Tú eres felíz. *Vase.*

Cloris.

Dale al Cielo
muchas gracias de tu estrella.

ESCENA XXI.

Federico, Leonor é Inés.

Leonor.

¿Qué es esto que me sucede,
Don Juan?

Federico.

Vuestra Alteza sea
por muchos años dichosa,
á costa de que otros mueran.

Leonor.

¿A mí el Infante pedirme?

Federico.

Si señora, y cuando es fuerza
que no os negueis á esa dicha,
hareis por mí una fineza.

Leonor.

¿Cuál?

Federico.

Permitir que jamás
á veros y á hablaros vuelva;
que para poder lograrlo
ya el destino me destierra
de este Palacio ó abismo.

Leonor.

Bien decís, pues se violentan
en él las inclinaciones. *Llora.*

Ines

A fé que anda linda gresca.

Federico.

¿Llorais, señora?

Leonor.

Don Juan,
¿cómo quereis que no sienta
que me fuerzan mi alvedrío?

Federico.

Luego en vos nada pudieran
del Infante ni del Rey
las inclinaciones ciegas,
si fuera por vuestro arbitrio?

Leonor.

¿Hablais de burlas, ó veras?

Federico.

¡Ay, señora! ¿es ahora tiempo
de que en burlas me divierta?

Leonor.

Pues... ¿mas qué voy á decir? *ap.*
que para que yo pudiera
esplicar lo que imagino....

Ederico

No vuestra voz se suspenda.

Leonor.

Era menester, Don Juan,
que fuera lo que no fuera.

Federico.

¿De qué suerte?

Leonor.

Siendo vos,
ya que teneis tales prendas,
tan otro....; pero ¿qué digo?

Ines.

Escurrióséle la lengua.

Federico.

Señora, no me volvais
loco con tanta promesa:
¿luego si soy mas que yo?

Leonor.

Fuera yo siempre una mesma;

Federico.

¿Cómo?

Leonor.

Intratable y esquiva.

Federico.

Señora, mi bien, ¿qué os cuesta
engañar un infelice?

Leonor

Mucho, pues son mis ideas
imposibles para mí,
y para vos hallar senda
de ser tanto como yo;
y entonces....

Federico.

¿Qué consiguiera?

Leonor.

¿Qué sé yo? tanto, que cuanto
pueda ser, os doy licencia.

Ines.

Como el sea Picaro olvide,
pillará la picaruela

ESCENA XXII.

Federico.

Ea, fortuna, ya estamos
cuerpo á cuerpo en la palestra
del temor y la esperansa;
como Leonor no se pierda,
pierdase todo; mi vida
se aventure, del Rey venga
el castigo sobre mí,
y toda Castilla sepa
quien soy, y la mas estraña,
mas esquisita y mas nueva
idea de una locura,
que amor y zelos fomentan,
para que quede memoria
en cuantos que le hubo entiendan;
del Picarillo en España,
sus dichas y sus tragedias,

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en Palacio.

El Infante, Don Gomez Herrera y Don Pedro Manrique.

Infante.

Ya del Rey y Condestable
penetrados los designios,
vengo á conocer que es arte
cuanto egecutan conmigo.
Cuanto propuso en la junta
Don Alvaro, fué artificio
para tenernos suspensos;
pues con estremos distintos
vemos del Rey el enojo
equivocado en cariño:
pero si es un doble trato
en mi contrario permiso,
que autoriza la cautela
de vencerle con él mismo;
apenas llegue la noche,
estad los dos prevenidos
con doscientas lanzas junto
al frondoso laberinto
de ese Parque; y de otras ciento,
vos, Gomez, siendo el Caudillo,
tomad y cerrad las puertas
del Alcázar, que mi brio

quiere acreditar lealtades
con ponerlas en peligro.

Gomez

¿Pues qué es, señor, lo que intentas
en esta faccion?

Infante.

Dar arbitrio
á la libertad del Rey;
pues llevándole al Castillo
de Montalvan, donde no oiga
de una serpiente los silvos,
que alagándole el afecto
le ensordece los sentidos,
sin el Condestable al lado
cumpla lo que ha prometido.

Manrique

Puesto á salvo vuestro honor
con no oponerse al servicio
de su Alteza, lo que es solo
abrir á su bien camino,
prontos nos tienes.

Gomez.

Del Parque,
mientras que llegue tu aviso,
ocuparemos la entrada.

Infante.

De tí mis espaldas fio,
y mientras me asistes tú,
Manrique estará advertido
de esperarnos: mas la Reina
viene, que os vais es preciso.

Gomez

Guárdete el Cielo *Vase.*

Manrique.

¡Oh, fenezcan

de Castilla los bullicios,
que alimentan un Rey dócil,
y un ambicioso Ministro!

ESCENA II.

El Infante, la Reina, Leonor, el Cardenal, Ines y las Damas.

Reina.

¿Ya habeis dado cuenta al Rey
de esa carta?

Cardenal.

No ha creido
que hombre tan espuesto al riesgo
viva dentro del peligro:
que el bando echado en Canaria
y España, que Federico
sepa es forzoso, y que espuesta
su garganta está al cuchillo;
y asegurar este pliego,
que pasa á España, es indicio
que se opone á la razon.

Reina

No obstante, es el inquirirlo
forzoso.

Infante.

Deme sus pies
vuestra Alteza. ¡Ay dulce hechizo *ap.*
de mi amor! ¡Ay Leonor bella!
infelíz quien te ha perdido.

Reina.

Infante, mucho me alegro
de veros, que ya el retiro
vuestro culpaba.

Infante.

Señora,
quien desgraciado ha nacido,
aun será feliz, si hallára
senda de no estar consigo.

Reina

¿Tan presto el ánimo pierden
hombres como vos?

Infante.

Si vivo,
es en fe de una esperanza;
pero volviendo en mí mismo,
¿qué ánimo basta señora,
á lidiar con un destino?

Ines.

Este Infante es portugués,
señora.

Leonor.

¿Por qué?

Ines.

Es su atisbo
de ojos de vela de sebo,
lloroso y derretidos.

Reina.

Habla, Leonor, al Infante.

Leonor.

Señora, con qué motivo?

Reina.

El de tu agradecimiento.

Leonor.

¿Pues cuál es el beneficio?

Reina.

El quererte hacer su esposa.

Leonor.

¿Si yo no lo solicito,

cómo lo he de agradecer
la merced que no le pido?

Ines.

¡Bueno es esto! hasta las Reinas
ván aprendiendo el oficio
de discretas.

Reina.

Cred, Infante
que de cualquiera desvío
triunfará vuestra atencion.

Infante.

Yá que el Cielo me hace digno
de uná dicha, esa promesa;
que venza mi estrella admito.

Leonor.

Como basten influencias
á contrastar alvedíos....

Infante.

Claro está, que es tiranía
hacer fuerza el que es arbitrio.

Leonor.

Del cargo que os habeis hecho,
vos os habeis respondido.

Reina.

¡Qué desagradable estás!

Leonor.

Mucho; pues yo habia creído,
que era al rebés, y callando
no erraré lo que no digo.

Infante.

Dame, señora, licencia,
pues tan á mi costa miro,
que ni aun todo el favor vuestro,
como aquesta Dama ha dicho,

puede hacer sea aceptable
un rendimiento mal quisto

ESCENA III.

Dichos menos el Infante

Ines.

¡Válgate el demonio, el hombre
galantea de ascsino,

Reina.

¿Cardenal?

Cardenal.

¿Qué me ordenais?

Reina.

O está esta muger sin juicio,
ó yo no sé qué persuma
del genio que es tan altivo.

Cardenal.

No quisiera hablar en esto;
pues aunque la he persuadido
á cuanto ensalza su casa
con un esposo tan digno,
no la he podido apurar
el tesón de su delirio.
Y pues de la nobedad
de este pliego recibido
de las Islas de Canarias,
fuerza es dar al Rey aviso,
el Cielo, señora, os guarde.

ESCENA IV.

La Reina, Leonor é Ines.

Ines.

Con Ojos de basilisco

te mira la Reina.

Leonor.

Mire,

que yo lo que elijo, elijo.
¡ Ay Don Juan ! si amor se precia *ap.*
de Dios, y un Dios ha podido
vencer imposibles, haga
lo que el Cielo hacer no quiso.

Reina

¡ Cielos ! ¡ si á Leonor han hecho *ap.*
fuerza del Rey los cariños ?
disimulemos, cordura,
y en tanto que me reprimo,
halle senda en que consiga....

ESCENA V.

Dichos y Bambute.

Bambute.

¡ Válgate, genio, el capricho
de este medio amo ! algun diablo
le quiso juntar conmigo.

Reina.

Ola ¿ qué es esto ?

Bambute.

Señora....

Inés.

El lacayuelo postizo
de tu Don Juan

Leonor.

Ya le veo.

Reina

¿ Qué traes ? ¿ Cómo no ha venido
hoy á Palacio Don Juan ?

Bambute.

Comó haciendo silogismos
esta mañana á sus solas
en una pieza metido,
ha salido con un tema
el mas nuevo y esquisito,
que se ha pensado en el mundo,
y nos ha de poner ricos
á los dos.

Reina.

¿Cómo?

Bambute.

No tengo,
pues yo soy su Lazarillo,
de dejarle ver, sin que
me dén ántes el cum quibus
los estraños á tres reales.

Ines.

¿Y los mas propios?

Bambute.

A cinco.

Reina.

¿Pues qué sucede á tu amo?

Bambute.

Señora, el estar sin juicio;
y es lo mejor, que ha dejado
la tema del Picarillo,
y dice, que es Gran señor,
y un Príncipe remitido
de nueva fábrica, como
lá bayeta de cien hilos.

Reina.

Mucho siento su dolencia.

Bambute

¿Qué dolencia? es un prodigio;

y mas si sale otro dia
diciendo, que es Arzobispo,
y si confirma la pieza,
es un mayorazgo chico.

Leonor

¿Ay Ines, qué será esto?
¿si yo habré dado motivo
de este accidente á Don Juan?

Bambute

¡Estoy de risa perdido!
Dice que tiene criados
y vasallos infinitos;
y aunque yo le he visto algunos
el tiempo que ha que le asisto,
tengo yo al doble, si junto
la camisa y el justillo.

Al paño Federico.

Ea, discurso, en las burlas
examinar determino
como fuera yo en las veras,
siendo quien soy, recibido.
Finjamos locos afectos
aunque no sepa si finjo;
pues aspirando á imposibles
temerarios, ya acredito,
que me mueve Amor, que es cuerda
locura del entendido.

Reina.

¿No es aquel Don Juan?

Bambute

Tu Alteza
haga, que gusta infinito
de el, y con eso, aunque sea
bufon muy necio y muy frio,
por adulacion, la Corte

nos atestará el bolsillo.

Leonor.

Ines ¿si será esto cierto?

Ines

¿No le vés mas aturdido
que poéta, que entre sí
anda haciendo un villancico?

Leonor.

¡Ay de mí!

ESCENA VI.

Dichos y Federico

Bambute.

Señor, la Reina....

Federico.

¿Quién?

Bambute.

La Reina, que me ha dicho
que llegueis á hablarla.

Federico.

¿Cómo?
un Principe esclarecido
como yo....

Bambute.

Toma si purga;

Federico.

¿Ha de llegar de improviso,
sin que por mi Embajador
dé noticia de mi arribo?

Bambute.

¡Qué linda cosa! ¡bien haya
quien parió tam bello pico!
con efecto, me hago de oro.

Reina.

Sin duda el suyo es delirio.

Leonor.

¡ Qué dolor !

Ines.

Ya hay pieza nueva.

Bambute

¿ Quieres que yo en este sitio
sea Embajador ?

Federico.

¿ Estás
de caballos prevenido
de carrozas y criados ?

Bambute.

No señor , pero un amigo
yesero puede prestarme
dos paradas de borricos.

Federico.

Pues llega.

Bambute.

Escucha y verás
como en tu nombre me esplico :
Mi amo el Príncipe Arrapiezo ,
gran señor de los coritos ,
que vendieron el cogote
á dos reales y cuartillo ,
á vuestra Corte ha llegado ,
señora , y pide rendido
le dés audiencia , y de ayuda
de costa algun desperdicio.

Reina.

¿ Le bastará este diamante ? (1)

---

(1) *Dale una sortija.*

Bambuté.

Pondrále en el epiciclo
por nueva estrella, segun
le dé el tasador el nicho.

Federico.

¡O qué presto la codicia
de este vil halló el resquicio
para una infamia!

Reina.

Don Juan,
¿que es esto? qué desvarío
os pone en este parage?

Federico.

Señora, el de un peregríno
pensamiento, que me tiene
tan loco y desvanecido.

Reina.

¿Cómo?

Federico.

No pudiendo ser
lo que soy, con que ya aspiro
á ser otro, sin dejar
de ser lo que fuí al principio.

Reina.

¿En que forma?

Leonor.

No le entendeis:
aquí hay misterio escondido. *ap.*

Federico.

Pícaro soy en España,
solo porque yo lo afirmo:
con que si no hay otra prueba
me bastará á mí el decirlo
para ser un gran señor,
como soy, que fugitivo

ando encubierto; y á fé,
que no sé si somos primos.

Reina.

¿Primos? ¡graciosa locura!

Bambule

A Dios: dióla en el garlito;
no trueco este amo por un
obligado de tocino.

Leonor.

Esto ya es delirio claro.

Ines.

Yo creo que el inquirirlo
te ha de volver á tí loca.

Reina.

Y ya que hoy habeis caido
en que mi pariente sois,
¿en qué puedo yo asistiros?

Federico.

En defender una vida
que no tiene mas delito
que haber nacido.

Reina.

¿Pues es
culpa el nacer?

Federico.

Yo os lo fio,
pues hay desgracias que pasan
de los padres á los hijos;
y así, dadme una palabra,
que de rodillas os pido. *Arrodillase.*

Reina.

Yo os la doy: lástima causa.

Federico.

Pues mirad, que yo la admito,
y los Reyes, aun en burlas,

han de cumplir lo ofrecido.

Reina.

Decid, ¿qué he de hacer por vos?

Federico.

Que el Rey, que es á quien irrito,
no me dé muerte, señora,
y en fé de que le he servido,
mi Reino me restituya.

Reina.

¿Reino?

Federico.

Reino y señorio,
y aun el alma; porque yo creo
que aun esa anda á su alvedrio
por quitármela tambien.

Reina.

¡Cómo dá, Leonor, indicios
de tener entendimiento!
pues hasta en sus desvarios
parece que habla en razon.

Bambute.

Señora, pléguete Cristo,
decidle á todo que sí;
que si no, somos perdidos.

Reina.

Don Juan, si el soñado Reino
que decís, está á mi arbitrio,
y vuestra vida tambien,
ya sabeis lo que os estimo:
esto, y la gran compasion
que me habeis hecho, han movido
mi Real ánimo á que os dé
palabra de conseguiros
lo que pedis.

Federico.

Pues señora ;
ya no seré el Picarillo,
sino el Príncipe en España.

Bambute.

Y yo su primer Ministro.

Reina.

Venid, que el verle me causa
sentimiento.

Federico.

¿ Y será fijo
lo que ofreceis ?

Reina.

¿ Quién lo duda ?

Federico

Pues cuidado con lo dicho.

ESCENA VII.

Dichos menos la Reina.

Leonor.

¿ Qué es esto, Don Juan, qué es esto?

Federico.

¿ Pues que no lo habeis oido ?
que yo soy igual con vos,
y de la palabra digno
que me disteis, de que pude
pensar, cuanto por bien mio
pudiere, que es ser esclavo
de vuestros ojos divinos.

Bambute.

Llevóselo todo el diablo,
que ya empieza á hablar en juicio.

Ines.

¿ Qué juicio, si está en sus trece?

Leonor.

¿Don Juan, pues tambien conmigo
quereis fingir?

Federico.

¡Ay señora!
fingir con vos, cuando aspiro
á que verdades del alma
me califiquen de fino?
Príncipe soy, y si logro
el imposible que sigo,
vos os vereis en el Trono
besando el jazmin bruñido
de vuestra cándida mano
mas vasallos, que suspiros
me costais.

Leonor

Volved en vos:
¿qué decís?

Federico

Que no deliro,
que aunque Pícaro en España
me veis, en otro recinto
soy Príncipe.

Bambute.

¡A, teja vana
del desván en que vivimos!

Ines

¡Qué estés escuchando un loco!

Leonor.

¿Pues lo principal sabido,
porqué ocultais vuestro nombre,
vuestra patria y domicilio?

Federico

Decís bien, pues no fiarme

de vos, ya fuera delito:
Yo soy....

ESCENA VIII.

Dichos y Don Alvaro.

Alvaro.
¿Don Juan?
Federico.
Gente viene,
que os retireis os suplico
un solo instante, que luego
saldreis de este laberinto.
Leonor.
Está bien. *Vase con Inés.*

ESCENA IX.

Don Alvaro, Federico y Bambute.

Alvaro.
¿Don Juan?
Federico.
¿Señor?
Alvaro.
A una empresa solicito
me ayudeis: al Rey han dado
este pliego, en que le ha escrito
una espía, que en España
está oculto Federico
Bracamonte
Federico.
¿Quién, señor?
Alvaro
De Monsieur Robin el hijo,
á quien el Rey concedió

la investidura y dominio
del Rey de la Gran Canaria,
que hoy está desposeido
por la traicion de su padre.

Federico

¿Y qué puedo yo en servicio
del Rey hacer?

Alvaro.

Informaros
con cuidado y con sigilo,
aunque os valgais de quien tenga
mil escesos cometidos,
de donde este hombre se oculta,
que yo el indulto le fio
del Rey á quien nos le entregue.

Federico.

Yo le acepto para el mismo
que le descubra: ¡hay aprietos, *ap.*
fortuna, mas esquisitos!
¿Mas para qué el Rey le busca?

Alvaro

Ya sabeis que es vengativo;
será para que su culpa
satisfaga en un suplicio. *Vase.*

Bambute.

Muy buenos papeles tiene.

Federico.

¡Habráse en el mundo visto
otro hombre en quien se compliquen
sucesos tan peregrinos!

ESCENA X.

Federico, Bambute, Doña Leonor é Inés.

Leonor.

Ya que pasó el Condestable,

Don Juan, proseguid.

Federico.

Prosigo,
diciendoos que soy, señora,
una irrision del destino,
un monstruo de la fortuna;
y en fin, para no mentiros,
solo un Pícaro en España.

Inés.

Embócate ese higadillo:
si está loco, no hay que hacer.

Leonor.

¿Pues vuestra voz no me dijo
aun no ha un instante, que sois
Gran Señor?

Inés.

¡Qué desatino!

Federico

Ahí vereis lo que un momento
puede trocar, sin su arbitrio,
la suerte de un desdichado.

Leonor.

¿Cómo?

Federico.

Como ya es preciso
ser el Pícaro en España.

Leonor

¿Y antes?

Federico.

Príncipe y tan rico,
que pude poblar los mares
de vasallos y navios.

Leonor.

Vos estais de veras loco,
ó pretendeis el sentido

quitarme: quedaos con Dios. (1)

Federico.

Advertid....

Leonor.

El abanico.

ESCENA XI.

Dichos y el Infante, que llega á alzarle.

Infante.

Llegando á tal ocasion,
mio es este desperdicio.

Federico.

Eso fuera á no ser yo *álzale.*
mas féliz por mas vecino.

Infante

¿Pues cómo osais vos?...

ESCENA XII.

Dichos y la Réina.

Reina.

¿Qué es esto?

Infante.

Un atrevimiento indigno
de un villano.

Federico.

¿Yo villano?
(¡no sé como me reprimo!) *ap.*
En verdad, que os engañais.

Reina.

Tened, Infante, advertido,
que está loco ese hombre.

(1) *Caésele el abanico.*

Infante.

Ya
su osadía me lo ha dicho;
pues cayéndose á una dama
ese inquieto cupidillo,
Icaro de oro, que al suelo
se abate en perpetuo giro,
se me anticipó y le alza:
mas puesto que ya he sabido,
que es loco y hombre comun,
así he de cobrarle: amigo
trocadme por esta joya
de diamantes y zafiros
esa alhaja.

Federico.

Bien está:
Bambute, dame ese anillo.

Bambute.

¿Para qué le quieres?

Federico.

Suelta. *tomale el anillo.*

Bambute.

¿A Dios, voló golondrino:
hombre, está endemoniado?

Federico.

Por si es que habeis presumido,
que diamantes me hacen falta,
ese, que por haber sido
de su Alteza, á Reales dueños
esta ya hecho, os sacrifico,
como no hableis en que ceda,
por precio el mas escesivo;
el buen ayre de una dama,
que es este con que respiro.

Reina.

Su respuesta os ha informado
de como está.

Infante.

Yo desisto
de empresa que es desayrada,
pues tan sin contrario lidio,
y tomad las joyas vos (1).

Bambute

¡Qué desdichado hé nacido!
¡mi sortija en otras manos!

Ines.

¿Seor Bambute, me persigno?

Bambute.

Con un puñal.

Reina.

Ven Leonor. *Vase.*

Leonor.

Tiranos hados impíos,
sacadme de tantas dudas. *Vase.*

Infante.

Cielos, pues cualquier designio
se me frustra, apelar pienso
al último precipicio.

ESCENA XIII.

Federico y Bambute.

Bambute.

Amo loco, cuerdo diablo,
¿mi sortija qué te hizo,
para hacer galanterías
con lo ageno?

---

(1) *Dale á Ines los anillos.*

Federico.

Mal nacido,
enseñarte á que no seas *Dale.*
ambicioso.

Bambute.

¡San Longinos
que me ahogan!

Federico.

¿Tu burlarte
con el pesar que resisto,
con el dolor en que muero?

Bambute

Me trague el infierno vivo
de la Plaza, si desde hoy
fuere ya mas lazarillo
de un Pícaro, que es señor
magro gordo, blanco y tinto.

ESCENA XIV.

Federico.

¡Buenos estamos fortuna!
fábula soy de los siglos,
pues cada instante me cercan
accidentes tan impíos:
ya no es tiempo de callar,
ya diré quien soy á gritos;
y ya, pues en el retrato
del Rey, que traigo conmigo,
me hice copiar con esmalte
para otra accion, discursivo
pienso vér, si es que la suerte
quiere abrir para mi alivio
alguna senda en que pueda
salvar el ingenio mio

dama, honor, hacienda y vida
hoy, que todo está á peligro.

ESCENA XV.

Salon regio un bufete, dos luces y recado de escribir, el Rey, el Cardenal y Don Yañez Fajardo, y sientase el Rey.

Rey.

¿Ya la habeis entregado
el pliego al condestable?

Cardenal.

A su cuidado
está ya Gran señor, la diligencia.

Rey.

¿Federico á buscar de mi clemencia
viniendose á mi Corte?

Cardenal.

Aun no lo creo.

Rey.

Yo, Cardenal, que me lo avisan veo;
y cuando con su padre dió su varia
condicion, en la venta de Canaria,
motivo al Portugués de que pasase
á las Indias, y de ellas se esperase
señor hacerse, si mi ceño ayrado
no le hubiera con armas estorbado,
merece sea despojo
de mi justicia, aun mas que de mi enojo.

Yañes.

El Francés Almirante descubriendo
las Islas, y tu gracia mereciendo,
por servicios y sangre generosa:
del parentesco con tu Real esposa,
tus premios, merecia, no el atributo

de título de Rey, pues absoluto
logró hacer á Castilla aquel ultraje,
que no hiciera pendiente el vasallage.

Rey.

Si los hechos pasáran
dos veces, de una solá no se erráran;
no se hable más en esto,
y solo me dejad.

Cardenal.

¡Qué mal dispuesto
reconozco el semblante de su Alteza!

Yañez.

Todos efectos son de su tristeza.

Rey.

Nadie, sin que yo le llame,
entre aquí.

Yañez.

Está bien.

ESCENA XVI.

El Rey solo

Rey.

¡Ah rara
condicion de la fortuna!
¿quién dirá que tu inconstancia
alguna esfera mejora,
si á todas clases iguala?
A no haber que desear,
dichoso fuera un Monarca,
pues que del trono que anhela
puede ser que no decaiga.
¡Pero ay Amor! solamente
cabe en ti pintarle á un alma
mayor el triunfo que pierde,

que la ventura que gana;
porque abultan los deseos
los logros en las distancias.

Al paño Federico

Aquí está el Rey; pues conmigo
traigo el retrato, ¡ó si hallára
forma de ver si su enojo
puede dejarme esperanza
de perdon!

Rey.

¿Quién es?

ESCENA XVII.

El Rey y Federico.

Señor,
quien casualmente pasaba,
no creyendo....

Rey.

No te turbes,
llega; ¿por qué te recatas?
que antes la ocasion estimo
en que pues aun me embarazan
este alivio saber pueda,
si aquella amable tirana
admitió el retrato mio,
que cuando contigo estaba
en el jardin, te dejé.

Federico.

No señor.

Rey.

¿Luego se halla
en tu poder?

Federico.

No señor.

Rey.

¿ A dos preguntas contrarias
una respuesta acomodas?

Federico.

Facil es cumplir con ambas,
si digo, que no pudiendo
contrastar la repugnancia
de aquella dama, y creyendo,
que una vez desapropiada
de vos, era atrevimiento
restituiros la alhaja,
siendo vuestra bizarría
desaire el no adivinarla,
con ella me quedé.

Rey.

En eso
me adulas más que me agravias.

Federico.

Pero ya no está conmigo,
siendo preciso feriarla
á un delincuente, que afirma,
que á vuestra imagen se ampara,
bien como en Roma al inmune
respeto dé les Estátuas
de los Cesares supremos.

Rey.

Inconsecuencias enlazas
tales, que ya me persuado
á lo que la Reina acába
de decirme.

Federico.

¿ Que, señor?

Rey.

Que tu buen juicio te falta.

Federico.

Siendo eso cierto, hace mal
quien una empresa me encarga,
como la de descubrir
donde Federico pára
de Bracamonte.

Rey.

Ese sí,
que es delincuente que nada
puede indultarle.

Federico.

¿Señor,
tanta fué la ofensa?

Rey.

Tanta,
como ser contra mi honor;
y si intento perdonarla,
llegara á ser mi clemencia
cómplice contra mi fama:
¿Mas yo hablo con vos así?
despejad

Federico.

Estrella infausta,
cierra mas y mas el paso
á mi consuelo

Al paño el Infante.

Tomadas
quedan ya todas las puertas.

Al paño Gomez.

Cercado el Palacio está.

Federico.

Pero no obstante, fiada
mi industria, en ver que me dió
la Reina aquella palabra,
oculto me he de quedar,

por si al cuarto del Rey pasa
de esta cortina. (1)

Rey.

¿Quién osa?...

ESCENA XVIII.

El Rey y el Infante.

Infante.

Señor, quien os acompaña
siempre, pues jamás de vos
su buena ley le separa.

Federico

El Infante, á qué mal tiempo
vino; mas veré si habla
en Leonor al Rey.

Rey.

¿Pues no
mandé que nadie pasára
de esta puerta? Ola.

ESCENA XIX.

Dichos, Don Gomez Herrera y los soldados del Infante.

Gomez.

¿Señor?

Rey.

A la gente de mi guardia
llamo, no á vos.

Infante.

Todos cuantos
se alistan en mis Escuadras,
son de vuestra guardia gente;
y antes, si hay alguna estraña,
es la que en vez de guardaros.

---

(1) *Retírase al paño Federico.*

os arriesga y os agravia.

Rey.

No entiendo esa nueva frase,
y solo de esas palabras
algun misterio presumo.

Federico.

Cielos, hay mucha distancia
de esto á lo que imaginé.

Infante.

Pues para que á un tiempo salga
vuestra Alteza de su duda,
y yo inquiera mi desgracia,
permitame que al secreto
y á esta puerta eche mi mano
llave que á ambos asegure. *Cierra.*

Rey.

¿Qué haceis? ¿cómo se adelanta
vuestra osadia?

Infante.

Señor,
escúcheme con templanza
vuestra Alteza.

Rey.

¿Pretendeis
aprisionarme en mi casa?
Soldados.

Gomez.

¿Qué nos mandais?

Federico.

¿Se ha visto accion tan osada?

Rey.

Cuando cerrar una puerta
veo, y que á mis voces vagas
solo responden los vuestros,
poco hay en tan torpe hazaña

que discurrir; mas porque
el cargo no se me haga
de que añadí con mi enojo
á vuestro error eficacia,
ya os digo, veneno vierto!

Federico

¿Si saldré, y á cuchilladas
este desprecio del Rey
vengaré? Mas no ¿en qué pára
he de ver.

Infante.

Está tan léjos
de ser accion temeraria,
indecorosa, ni torpe,
la que egecuto, que en nada
os sirvo mas, que en quereros
dar la libertad que os falta.
De que mi herencia no cobre,
de que de la mano blanca
de Leonor no me hagais dueño,
ni de otras ofensas varias,
no me quejo, Gran señor,
pues sé que no sois la causa:
duéleme de que Castilla
hoy viva tiranizada
por Don Alvaro de Luna,
y que vuestra tolerancia,
para el Trono que le erige
le esté labrando la basa.
¿Qué hechizo, señor, es este,
que á su vista os acobarda
tanto, que ofendiendo á todos
su separacion, ni bastan
los ruegos á conseguirla
ni vuestro ánimo á intentarla?

Y así pues, mientras esteis
á sus ojos, que os encantan
con la aficion, que es especie
de mas poderosa mágia,
no sois Señor ni sois Rey,
pues vuestras ofertas faltan,
vuestro decóro se injuria,
siendo una régia fantasma,
una sombra, de quien es
Don Alvaro cuerpo y alma.
No os queda otro remedio
que el que nos dá la distancia:
vos os habeis de venir
conmigo; donde amparada
la Magestad de sí propia,
obre sin violencia estraña.

Rey.

¿Qué me pronuncias, Infante?

Infante.

Lo que le importa á la Patria
y á vuestra honra misma.

Rey.

¿Y es atenderla ultrajarla?

Infante.

Con vos de vos os defiendo.

Rey.

La proposicion es falsa:
conmigo á mí me ofendeis.

Infante.

Señor, pues á suerte echada,
no hay otro medio.

Rey.

Villano,
sí le hay, y aunque estoy sin armas,
defendiendo como pueda

mi decoro.

Infante.

Porque no haya
luz, y avisando el respeto,
la ceguedad nos distraiga,
así lograré el que es robo,
no traicion. *Mata las luces.*

Rey.

¿Las luces matas?

ESCENA XX.

Dichos y Federico.

Federico.

No importa, señor, que tienes
quien te dé honor y venganza.

Infante.

Soldados, llevad á ese hombre
que os entrego.

Federico.

Injusto, aparta,
que hay valor que lo defiende.

Gomes.

¿Dónde está el que nos encargas?

Infante.

¿Qué sé yo? ¿qué estraño impulso
de mis manos le arrebata?

Federico.

El propio que os escarmienta.

Rey.

Voz que me libras y amparas,
¿de quién eres?

Federico.

De ese soy. (1)

que verás que tambien trata
de que tú le ampares.

Gomez y soldados.

Muera

quien nos estorba

Infante.

Las armas

suspended, y retiraos;
porque la accion malograda
no nos descubran

Federico.

Qué importa,

si en vuestro alcance se abanza
quien castigará este insulto?

Rey

Cielos, ó el eco me engaña,
ó conozco aquella voz

Dentro Alvaro.

Ruido se sintió de espadas
en el cuarto de su Alteza.

Federico.

Muera quien al Rey agravia,
Castellanos

Dentro voces

El Infante

muera.

Dentro Cardenal.

Las puertas cerradas

están, soldados, rompedlas.

---

(1) *Dále el retrato al Rey.*

Federico.

Quien vuestro Rey os resguarda,
es el que fué Picarillo en España,
y el Señor de la Gran Canaria. (1)

ESCENA XXI.

El Rey, y salen Don Alvaro, el Cardenal, Yañez, la Reina, Doña Leonor, Inés, Bambute y soldados con hachas encendidas.

Todos.

¿Qué es esto, Señor?

Rey.

No sé;
porque en confusiones varias,
cuando el Infante se arroja
á prenderme, me rescata
un hombre no conocido,
que ni yo sé como estaba
en mi cuarto

Todos.

¿Qué decís?

Rey.

Que con las puertas tomadas
con su gente, pretendió
el Infante ..

Dentro voces.

Al arma, al arma. *Cajas.*

Rey.

Sacarme de mi Palacio.

Alvaro.

¡Hay osadía mas cara!

Vanse el Infante, Gomez y los suyos, y Federico retirándolos.

Rey.

Pero pues quien me libró
dejó en mi mano esta albaja,
diciendo que él era este,
él nos sacará de tantas
dudas: ¿Mas qué es lo que veo?
mi imágen veo copiada
en él: al reverso (¡Cielos!)
la de aquel hombre á quien llaman,
porque él se puso el dictado,
el Picarillo en España.

Leonor.

¡Cielos, qué escucho!

Rey.

Y un mote,
que dice: Asi se resguarda
Federico Bracamonte,
pues os fia sus espaldas.

Cardenal.

¡Quién vió tan raro suceso!

Leonor.

Inés, yo estoy asombrada:
Don Juan era Federico.

Reina.

A fe, que no me engañaba,
cuando señor se fingia.

Bambuto.

Hoy hacemos en la Plaza
gestos.

Alvaro.

Bien dicen sus prendas,
que no es persona ordinaria.

Rey.

Pues aunque de esta invencion
para su indulto se valga....

Dentro voces.

Guerra, guerra

Rey.

A mi presencia
le traed.

ESCENA XXII.

Dichos y Federico.

Federico.

¿Para qué llamas,
á quien con una victoria
y un temor viene á tus plantas?

Rey.

¿Y el Infante?

Federico.

Fugitivo
él y los que le acompañan,
huyen de tus gentes, siendo
yo quien con solas tus guardias
le he vencido y te he librado.
Glorioso invicto Monarca,
Federico Bracamont
soy, esclarecida rama
de Monsieur de Bracamont,
gran Almirante de Francia,
y quien por desdicha suya
tu deidad tiene irritada.
A Canarias descubrió
mi padre, nuevo Argonauta
del Occeano Español;
y viendo que te tocaban
aquellas tierras, licencia
tuya llevó de ganarlas,
con el título de Rey

investidura del Papa
para sí, y despues por sus
maravillosas hazañas
invictas contra los moros
pretendiendo renunciarlas
en el Rey de Portugal,
no acudió á tu soberana
permision, y de las guerras
entre ambos reinos fué causa.
No tuve, señor, mas parte
para que me declararas
traidor con él, é incapaz
de volver á restaurarlas,
que firmar en tierna edad
lo que mi padre me manda,
que habiendo muerto, me deja
en herencia su desgracia.
Y viendome pobre y solo,
prófugo y sin esperanza
de otros bienes, que el instable
ceño de mi suerte airada,
para España me embarqué,
donde un pintor, que feriaba
por el interés retratos
de las mas hermosas damas
de toda Europa, me dió
todo el Sol por corta paga:
era de Leonor la copia,
con que fué el verla el amarla.
Con cuidados y sin bienes
llegué, donde me disfraza
mi pobreza, y no pudiendo
declarar mi nombre y patria,
el Pícaro me llamé:
por si así se equivocaban

en mis desechas fortunas,
la mayor con la mas baja.
Que te he servido no ignoras,
y que ese retrato te habla
en mi nombre, pues te fia
mi vida en él, y ya basta
para adquirir tu clemencia
empeñar tu confianza.
Y para que á todos toque
pedir por mí, la palabra
me disteis, Señora, vos
de que sería perdonada
mi culpa en burlas ó en veras,
¿ qué Rey á su oferta falta?
Vos, Condestable, el indulto
ofrecisteis al que hallára
á Federico; yo soy,
yo me entrego á que recáiga
el perdon en mí: Señora,
vos, cuando á ser yo pasára
mas que yo, me concedisteis
esa hermosa mano blanca.
Todos estais empeñados
en favorecer la causa
de un infeliz, porque os deba
honra, vida, hacienda y dama.
Rogad á su Alteza vuelva
á dar á esta inanimada
materia, con un aliento
sér, porque pueda la fama
decir, cuando tanto deba
á la deidad que me ensalza:
aunque me ve Picarillo en España,
soy Señor de la Gran Canaria.

Todos.

Señor....

Rey.

Nada me digais,
pues quiero deba tan alta
accion solo á mi cariño:
Federico por su fama
tiene en sí y en Leonor
la donacion de Canarias;
mas con reconocimiento
de vasallage.

Federico.

En mí ganas
un esclavo.

Rey.

De pensar *ap*
en imposibles te aparta,
corazon desengañado

Alvaro.

Yo, señor, os doy las gracias
por Federico.

Reina

El que vos
cumplais ahora mi palabra
os estimo.

Cardenal.

Dá la mano
á Federico: ¿á qué aguardas?

Leonor.

A creer tanta ventura.

Federico.

Feliz mil veces un alma,
que logra lo que desea (1).

(1) *Danse las manos.*

Bambute.

¿Ines, quieres ser casada?

Ines.

¿Por qué no?

Bambute.

Pues daca, tonta (1).

Rey.

Mandaré seguir la marcha
del Infante, y con su fuga
Castilla el sosiego alcanza

Bambute.

Daodo fin la estraña histosía,
como perdoneis las faltas.

Todos.

De aquel que fué Pícarillo en España,
siendo señor de la Gran Canaria.

(1) Danse las manos.

El Picarillo en España.

Desde que este Personage le dice al Infante Don Enrique:

¡O cuánto, Enrique, te engañas,
parándote en los adornos,
si estás viendo las hazañas!
Tan noble soy como tú ... &c.

se apodera de la atencion del auditorio. Su valor, su discrecion, su cortesanía y gracia, las palabras misteriosas con que responde y enamora á Leonor, y el cuidado con que oculta su calidad, excitan, y aumentan vivamente la curiosidad hasta el desenlace mismo en que descubre su nombre, su origen y sus desgracias. El Rey para premiar su valor quiere saber su nombre.

Dí, soldado,
quien eres, cual es tu patria,
y qué tiempo há que me sirves.

Federico.

Señor, hoy por estos campos
por casualidad pasaba
á solo buscar mi vida:
tan obscura es mi prosapia,
que ni sé quien soy, ni quien
me dió aun el ser que me falta...
Nada me debeis, pues fué
capricho el que me mezclára
entre los vuestros; y en fin,
no sé, Señor, que en mí haya
mas principio, mas blason,
mas lustre, mas circunstancia,
que ser mozo de fortuna....

y que la he de hacer mi patria:
tomando nombre desde hoy,
soy el Picaro en España.

Ni la pregunta del Rey, ni las instancias de Don Álvaro de Luna, ni las insinuaciones de Leonor pueden arrancarle el secreto de su nacimiento.

Las disensiones entre el Rey Don Juan el Segundo y el Infante Don Enrique, y los esfuerzos de los enemigos de Don Alvaro de Luna para derribarle de su privanza, producen situaciones de un interés político, que al parecer debian, por su importancia, de llamar particularmente la atencion de los espectadores; pero como en la mayor parte de ellas se halla el Picarillo, él es el único que brilla, obscureciendo á los demas Personages. El poéta manifiesta no poco ingénio y arte en todas estas situaciones, asi como en el modo de pintar los amores de su héroe con Doña Leonor.

Todos los diálogos y escenas entre los dos amantes tienen mucha gracia é interés. Véase particularmente la escena penultima del Segundo Acto.

Federico.

¿Luego en vos nada pudieran
del Infante ni del Rey
las inclinaciones ciegas,
si fuera por vuestro arbitrio?

Leonor.

¿Habláis de burlas, ó veras?

Federico.

¡Ay, señora! ¿es ahora tiempo
de que en burlas me divierta? &c.

El desenlace está bien preparado, y es muy ingenioso.

DE LOS HECHIZOS DE AMOR,

LA MUSICA ES EL MAYOR;

Y EL MONTAÑES EN LA CORTE.

PERSONAS.

Don Carlos.
Don Ordoño.
Don Felix.
Don Lain.
Tocino, Gracioso.
Martinez.
Doña Leonor.
Doña Aurelia.
Doña Mencia.
Ines.
Luisa.
Toribillo.

La Escena es en Madrid.

El Picarillo en España.

Desde que este Personage le dice al Infante Don Enrique:

¡O cuánto, Enrique, te engañas,
parándote en los adornos,
si estás viendo las hazañas!
Tan noble soy como tú ... &c.

se apodera de la atencion del auditorio. Su valor, su discrecion, su cortesanía y gracia, las palabras misteriosas con que responde y enamora á Leonor, y el cuidado con que oculta su calidad, excitan y aumentan vivamente la curiosidad hasta el desenlace mismo en que descubre su nombre, su orígen y sus desgracias. El Rey para premiar su valor quiere saber su nombre.

Dí, soldado,
quien eres, cual es tu patria,
y qué tiempo há que me sirves.

Federico.

Señor, hoy por estos campos
por casualidad pasaba
á sólo buscar mi vida:
tan obscura es mi prosapia,
que ni sé quien soy, ni quien
me dió aun el ser que me falta...
Nada me debeis, pues fué
capricho el que me mezclára
entre los vuestros; y en fin,
no sé, Señor, que en mí haya
mas principio, mas blason,
mas lustre, mas circunstancia,
que ser mozo de fortuna....

*

en gusto, y honor no tiene
despique en amor mas fácil,
que dejarle de tener;
porque hay accidentes tales,
que es la propia enfermedad
remedio para que sanen.
¿Lleváron ya la vihuela,
como te dije ayer tarde
á casa de Don Ordoño?

Tocino.

Por señas que salió un Angel
á recibirla.

Carlos.

Seria
mi Leonor.

Tocino.

¿Ya te relames?
Yo no sé si Leonor era;
solo sé, que al alargarme
la mano á tomar los tonos
que me diste, con semblante
mas dulce y mas relamido
que niño de escaparate,
me dijo: Dile á Don Carlos,
que pues toma de enseñarme
á cantar, la trabajosa
ocupacion, no se canse,
y venga mas á menudo;
porque siendo, como sabe,
yo ruda, y él perezoso,
aprovecharemos tarde.

Carlos.

¿Pues porqué estraña Mencia
que su belleza olvidase
infiel, por otra hermosura

esquiva, pero constante? *Llaman.*
¿Mas llamaron?

Tocino.

Señor, sí.

Dentro Don Lain.

Toribillo, sube y dale
la embajada á nuestro huesped,
como que vas de mi parte.

Dentro Toribillo.

Tiña conta, mientras tanto,
del faco, que escaparáse,
porque fuye.

Lain.

Sube aprisa;
que no fuirá, salvage.

Carlos.

¿Qué es esto?

Tocino.

Agora lo veremos. *Abre.*

ESCENA II.

Dichos y Toribillo.

Toribillo.

Seya en esta casa el Angel
del Señor, la Cruz y el Cura,
el muergano y los ciriales:
¿quién de vustedes se llama
Don Carlos Perez Fernandez?

Carlos.

Yo, hijo mio.

Toribillo.

Jesu-Cristo
bendiga tan lindo talle.
Ahora, señor, el Cacique

Don Laín de Cascajares,
naciente en Cangas, y fillo
de Lamegu por su madre,
está abaju, aunque está en riba
de un machu de que apearse
non quiere, ni pensamientu,
sin que vusted se llu mande.

Carlos.

Baja, Tocino, anda aprisa,
y dí que suba al instante,
que este es á quien le debió
tantas finezas mi padre,
cuando en Cangas desterrado
pasó sus adversidades. *Vase Tocino.*
¡Cuánto estimo su venida!
¿mas cómo sin avisarme?

Toribillo.

Es meu, señor, es meu amu
muy llanu y muy miserable.

ESCENA III.

Dichos y Don Lain vestido á lo montañés, y Tocino.

Lain.

¿Quién es Carlitos?

Tocino.

Don Carlos,
mi señor, es quien delante
está.

Lain.

Don Carlitos mio,
abrazadme, apretujarme,
oprimirme, deshacedme,
que sois una viva ímágen
de vuestro padre; no he visto

semejanza semejante.

Carlos

Vos seais muy bien venido.
(¡qué hombre de tan raro trage, *ap.*
y tan loco!) que en mi casa
para que todos os amen
y os sirvan. sobra el oir
vuestro nombre

Lain

En cuantas partes
llego, sucede lo mismo,
pues quien de mi esfera nace,
al punto huele á la pega.

Carlos.

¿De qué?

Lain.

De la buena sangre.

Tocino.

¡Bellos dos brutos tenemos!

Toribillo

¡Ay, Deus, que bostezu de bambre!

Carlos

Este hombre no es muy discreto,
segun empieza á esplicarse. *ap.*
Vos, si no hallais el mas digno
aposento y hospedage,
os culpad á vos, no habiendo
avisado.

Lain.

Calle, calle,
¿pues me habia de faltar
una advertencia tan fácil?
Tomad ese pliego, y ved,
como tres semanas antes
que me pusiese en camino,

os escribí mi viage;
pero siendo de cuidado
la carta, no quise á nadie
fiarla, sino á mí mismo;
con que el que antes no llegase
no es culpa mia, sino es
de la mula que me trae.
Pero dejando esto á un lado,
¿como esta padre?

Carlos.

¿Qué padre?

Lain.

El vuestro.

Carlos.

¿Pues no sabeis,
que habrá dos años cabales
que murió?

Lain.

¡Jesus mil veces!
¿veis como puedo quejarme
yo tambien de que se fuese,
y que no me lo avisase?

Carlos

Ya ha descubierto el talento
mi huesped; ¿Acomodaste
todos los trastos, Tocino,
de Don Lain?

Tocino

Ellos son tales,
que no hayas miedo, señor,
que se los codicie nadie.

Carlos

¿Pues qué son?

Tocino.

Cuatro camisas

de cambrayon de costales,
y un vestido de tablones
de nogal, que para alzarle
no hay fuerzas; tal es el paño,
que bien podrán aserrarle.

Carlos.

Buenos estamos.

Lain.

Ah bruto,
yá estamos entre los Cafres
de Madrid, abre los ojos,
que aqui hay fieros perillanes:
¿me entiendes?

Toribillo.

Voustei dispunga,
que de la casa me encarguen
lla compra, y vera voustei,
que ambus comemus de valde.

Lain.

¡Ah buen hijo! ¡qué bien muestras,
cuando á la sisa te ases,
que es la sisa entre vosotros
vinculo de los linages!
¡malhaya tu esporteril
inclinacion detestable!

Toribillo.

Faga vostei, que yo compre,
y verá qué bien lle sale.

Lain.

Vete demonio.

Tocino.

¿Oyes tú,
Asturiano?

Toribillo.

¿Ivon de Frandes?

Tocino.

Desde hoy has de obedecerme,
y si no he de rebentarte
á coces

Toribillo.

Como me dei
seis cartos, mas que me mate;
mais ha de ser cada dia.

Tocino.

Pues si quiere concertarse,
vengase tras mi al pardillo.

Toribillo.

Vaya el culurin delante.

ESCENA IV.

Don Carlos y Don Lain.

Lain.

Yá que hemos quedado solos,
mi Don Carlos, abrazadme
segunda vez, que en virtud
de las finas amistades
entre vuestro padre, y yo,
creo que podreis llamarme
tio sin temeridad,
y (las narices aparte;
porque no tienen que vér
un cañuto, y un alfange)
nos parecemos de forma,
que podrá quien nos mirase
imaginarnos parientes,
segun los cuerpos, los talles,
las teces, ese garbillo,
y ese no poco donaire.

Carlos.

Yo lo agradeciera mucho,
como el que habiendo mi padre
hecho aquel involuntario
homicidio, se alvergase
de vos, y que le acogieseis
tan benigno, y tan galante,
para que yo os corresponda
á obligaciones tan grandes.

Lain.

Vamos á otra cosa, y cesen
cumplimientos sufocantes.
¿A qué pensais que he venido
con todos mis alifajes,
y esta cara de mastin?

Carlos.

¿A qué es?

Lain.

A medío casarme.

Carlos.

Estraña funcion será,
boda tratada á mitades.

Lain.

Tengo aqui un correspondiente,
que tiramos los caudales,
igualmente, y entre algunos
cambios, que hay de parte á parte,
á letra sin ver, quería
una hija suya encajarme.
Yo, que para aceptar una
de ciento y cincuenta reales,
la doy ochocientas vueltas,
y pillo la mosca antes,
vengo á ver el dote, que es
en lo que habrá que repare;

que no hay rostro que sea feo
como un talego le lave
Diez y siete mil ducados
me han de dar, y como escape
de un maravedí, los diablos
me lleven si me casare.

Carlos

Hareis bien ¡Ay del que ansioso
padece, y suspira en valde
por un hermoso imposible
sin esperar que le alcance!
Vila por casualidad,
costóme astucias notables
la introducion en su casa;
mas yo conseguí, no obstante
lo imposible del empeño,
una amistad entrañable
con su padre, como tengo
la habilidad que se sabe
en la música, que tan
introducido me hace,
por aficion emprendí
en la entrada asegurarme,
enseñando al bien que adoro,
porque tambien tiene facil
oido y divina voz:
¿mas qué gracia hay que le falte?
Con esto, dando al olvido
cierto empeño en quien mudable
otra belleza que amaba,
me espuso al pesado lance
de hablar un hombre á la reja
al tiempo que á sus umbrales
llegaba yo, y deseando
reconocerle, ó matarle,

echar mano á las espadas,
diciendo (1).

Martinez.

Mira lo que haces,
hombre, ó demonio.

Uno

Detente.

Otro.

No quiero, pase ó no pase.

Felix.

¡Ah pícaro! de esta suerte...

Uno.

¡Ay de mí!

Mencia.

¡Jesus mil veces!

Voces.

Que le ha muerto: dale, dale.

Lain

¿Qué ruido es ese?

Carlos.

Parecen
cuchilladas en la calle.
¿Tocino?

Sale Tocino.

¿Señor?

Carlos.

La espada.

Lain.

Ea, Don Carlos, al abance:
toca al arma.

(1) *Dentro Martinez, y otros.*

ESCENA V.

Dichos Doña Mencia, Martinez, y Inés.

Mencia.

Caballero,
si es que lo sois, amparadme
en esta triste ocasion,
embarazando un desastre.
Mi hermano es un hombre solo,
que hallaréis que se combate
con una villana tropa,
que ha juzgado por desaire
suyo, el vér que á su cochero
castigue el atropellarme
Por muger os pido ¡ay Cielos!
que acudais no me le maten.
¿Mas no es Carlos el que miro? *ap.*

Carlos.

Ahora es cuando me empeñasteis
por muger, y aun por muger,
como todas inconstante.
No es este el lance primero
en que vuestras falsedades
me incluyeron. Ven, Tocino.

ESCENA VI.

Dichos menos Carlos y Tocino.

Lain.

Para que á esotro le aspen
no es mal medio entretenernos
en discurrir variedades.
Toribillo, viva Asturias.

ESCENA VII.

Dichos y Toribillo.

Toribillo.

¿Meu amu?

Lain.

Marcha salvage.

Toribillo.

¿Oye vusté, hei de matar?

Lain.

Casca tieso.

Toribillo.

Eso non,
que pueden descalabrarme.

Lain.

¡Qué bonita que es la viuda!
asi que vuelva triunfante
del choque, á puros pellizcos
la he de hinchir de cardenales.

ESCENA VIII.

Mencia Ines y Martinez.

Mencia.

No se ha visto desvergüenza
mayor.

Ines.

¿Martinez qué hace?
¿no va á ayudar á su amo?

Martinez.

Traigo la espada con llave;
no puedo.

Ines.

Pues ahora tose,

maraville es que no arranque

Martinez.

¿Qué tengo de hacer con esto? (1).

Mencía.

Deja, Ines, los disparates,
y dime: ¿no es accidente
raro, que á ser acertase
la casa de este alevoso,
adonde huyendo nos trae
el temor de la pendencia?

Ines.

Asi desde aqui á la tarde
dieran los golpes.

Mencia.

¡Ay Dios!
¿por qué?

Ines.

Porque si durasen,
y Don Carlos se viniese,
hubiera tiempo bastante
para darle cien mamporos;
por que quejas no era darle.

Mencia

Si sabes con cuanta prisa
quiere mí hermano mudarse,
y que para ver el cuarto
nos hizo hoy salir, no obstante
no haber coche, como puede....

ESCENA IX.

Dichos, Lain, y Teribillo encainando.

Lain.

Son unos pobres cobardes.

(1) *Saca Martinez la espada, que será de madera.*

Toribillo.

Por la Santa Cruz del Ferro,
soy mas hombre que mi madre.

Mencia.

¿Qué hay caballero, qué ha habido?

Lain.

¿Qué ha de haber?–muchos rufianes
metiendo paz, muchos gritos;
los que habian de tirarse
treinta varas unos de otros,
dando punzadas al aire;
y yo dando á los demonios
con tal hato de vinagres
las pendencias de esta tierra,
que en la mia sin puñales
ni espadas, á puño tieso,
suelen, envueltas en sangre,
rodar ojos y narices
á los primeros embates.

Inés

¿Y ahora, señor, dónde quedan?

Lain.

Metidos en dos portales
vuestro hombre y el principal
del coche, ajustando paces,
y es el Trujiman Don Carlos.

Mencia.

Yo os agradezco la parte
que habeis tenido en la accion.

Lain

Ahora que no hay quien lo tache, *ap.*
empezaré á requebrarla.
Yo, si he de decir verdades,
señora, no os agradezco,
que cuando de lidiar trate

con vos, me teneis metido
un chuzo por los hijares.

Mencia

¿Yo? ¿Pues yo os toco?

Lain.

No tocan
vuestros ojos, pero tañen.

Mencia.

¿A qué? ved lo que decís.

Lain.

A nublado perdurable;
pues sobre mi estan dos bellos
relámpagos celestiales
fulminando rayos negros
de dos nubes de azabache;
y viéndo que de de su lluvia
me achinan los pedernales,
puedo con aquel discreto
decir, encaje, ó no encaje,
pues dá el granizo en la albarda,
buena va la danza, Alcalde.

Mencia

Inés, este hombre está loco.

Ines

De Don Quijote es el talle
y la cara.

Martinez.

¡Qué en mi facha
se atrevan á enamorarme
mis mozas!

Toribillo.

Vatu á Cristus,
que meu amu es á dos faces,
con llus hombres un Leon,
y cun llas mozas un Martes,

Lain.

¿Las señoras de esta tierra,
á los hombres principales,
no responden?

Mencia.

Caballero,
no entiendo yo ese lenguage.

Lain.

Yo sí, y digo que la quiero
á usted; y aun mas adelante;
porque la quiero....

ESCENA X.

Dichos, Don Felix y Don Carlos.

Felix.

¿Qué, hidalgo?

Lain.

Ir sirviendo hasta esta calle:
¿este es delito?

Carlos.

Sin órden
del señor Don Felix, nadie
puede apropiarse esa dicha.

Mencia.

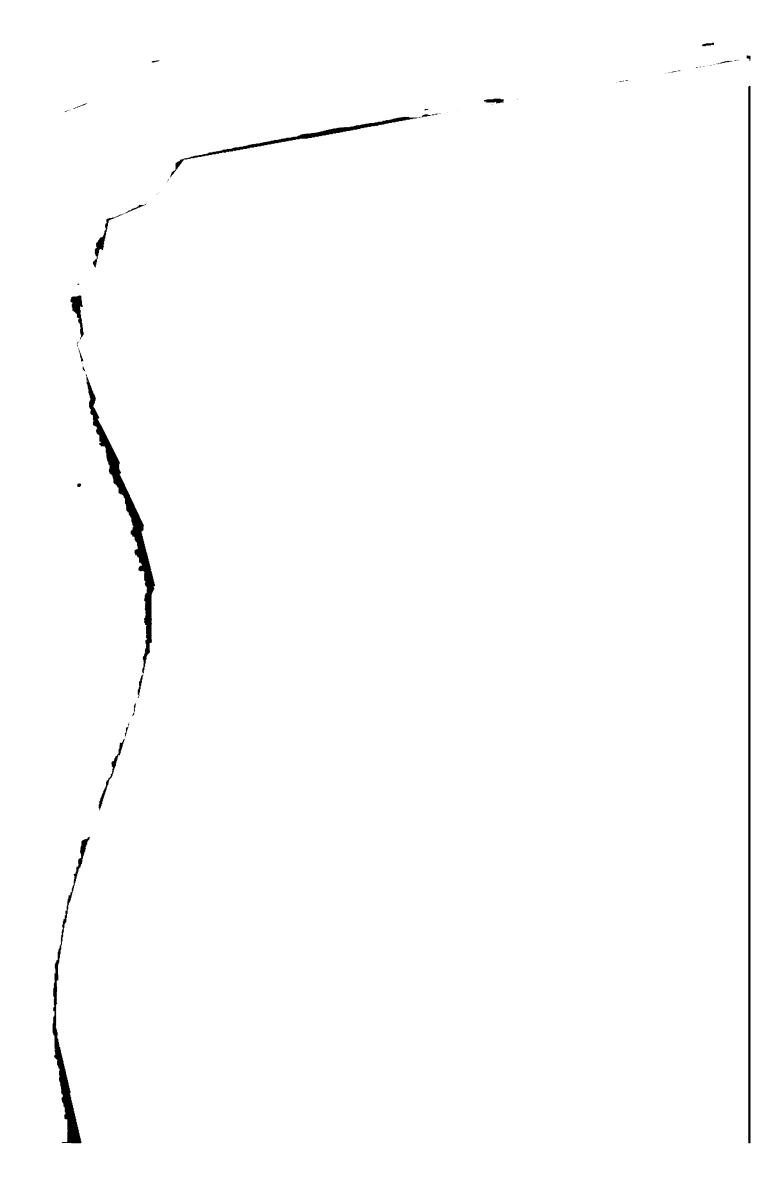
¡Ines, que aun á mirarme *ap.*
vuelva!

Felix.

No sé con qué voces
daros las gracias bastantes
de lo que hoy os he debido.

Mencia.

Caballeros de tan grandes
prendas, á enmendar nacieron
los acasos inculpables.



Lain.

El primero que se hallare:
¡bueno es querer que no sea
conocido en cualquier parte
un hombre que está tan cerca
de emparentar con mi sangre!

ESCENA XII.

SALA EN CASA DE DON ORDOÑO.

Don Ordoño y Luisa.

Ordoño.

¿Qué hará Leonor?

Luisa.

Un tono está estudiando
en su cuarto.

Ordoño

¿Y Aurelia?

Luisa.

Está rezando
sola en su oratorio.

Ordoño

¡Qué tiranas,
oposiciones entre dos hermanas!
Una canta, otra reza; mas hoy dia,
ni una con su placer me desconfia
de ser cándida, honesta, blanda y pura;
ni otra con su rétiro me asegura,
que la muger mil formas apetece,
y nada es menos de lo que parece;
y mas si lidia una pasion aleve,
como la que me mueve
mi triste fantasia;
mi mal es tu desdén, Doña Mencía;

y mientras no te apiade mi tormento;
ni estoy en mi, ni sé lo que me siento.

Luisa.

Mis amas salen, señor.

Ordoño.

Anda, vete tú allá dentro,
por si alguien viene á cobrar,
que hablarlas á solas quiero.

ESCENA XIII.

Ordoño, y Doña Leonor con un papel de solfa cantando.

Leonor.

Solo el silencio testigo
ha de ser de mi tormento.
Re, mi, fa, sol, la, fa.

Doña Aurelia. (1)

¡Jesus!
Santa Teresa, San Pedro,
favorecedme: dichoso
quien de sí puede estar lejos.

Ordoño.

Ajustadme estas medidas.
¿Hijas mias?

Leonor.

¿Padre nuestro?

Ordoño.

Ni á tí las ocupaciones
de tu armonioso embeleso,
ni á tí de tu devocion
el digno aprovechamiento
os turbára, á no llegar
el forzosísimo tiempo
de hablaros en el estado

(1) *Con los ojos bajos y pensativa.*

que habeis de tomar; hoy tengo
ocasion, y aguardo un huesped,
que es muy digno casamiento
para una de las dos; la otra
la aplicaré al mismo tiempo
á lo que elija; pero antes
he de averiguar los génios:
¿querrás casarte, Leonor?

Leonor.

Señor, yo ahora no pienso
sino en cantar libertad
y plaçer, que el cautiverio
le he de buscar yo á mi gusto.

Ordoño

Niña, yo no te violento,
mas tú has de ser la casada,
que Aurelia, segun yo veo
su virtud y austeridad,
será religiosa

Aurelia.

El Cielo
no quiera que elija yo
fortuna, que no merezco.
Para ser yo la escogida
para Dios en un convento,
he menester, padre mio,
prendas y merecimientos
muy altos; soy un gusano,
ceniza y polvo del suelo,
no me atrevo á tan gran obra.

Ordoño

Bien digo yo, que no creo *ap.*
en gazmoñas. ¿Con que tú
harás á tu casamiento
muchos ascos? ¿Pero en fin,

ıas bien el eco
que el de celda?

Aurelia.

› mis afectos,
ïunfar acertando,
obedeciendo.

Ordoño.

: el ojo un padre *ap.*
muy mal ejemplo.
. huesped vendré,
nstantes espero,
el tiempo ¡Ay Mencia, *ap.*
quietudes me has puesto!

Leonor.

SCENA XIV.

. *Aurelia y Luisa.*

Luisa.

¿Señora?

Leonor.

Te llamo,
á Aurelia la demos
n de su boda.

Luisa.

vestido nuevo,
ad

Aurelia.

Si tu supieras
es son los momentos
la, hermana mia,
ras de gracejo,

Leonor.

: ser, Aurelia, cortos

solicitas no perderlos
con el novio: no me seas
hypocrita que te entiendo
mas que imaginas.

Aurelia.

Pudiera
responderte; pero arriesgo
el bien de mortificarme,
callando: guardete el Cielo.

ESCENA XV.

Leonor y Luisa.

Luisa.

¡Grande embustera es mi ama!

Leonor.

Si es que por algo la temo
es por vér cuan cerca viven
estravagancia, y desprecio.

Luisa.

Atengome á tu Don Carlos.

Leonor.

Mucho ha que no viene.

Luisa.

Apuesto,
que está á componerte tonos
deshaciendose los sesos.

Leonor.

El canta bien y es galán.

Luisa.

¿Tu le quieres?

Leonor.

No por cierto;
gusto dél sí.

Luisa.

Pues el gusto
yá es un querer ir queriendo.

ESCENA XVI.

Dichos Don Carlos, y Tocino.

Carlos.

Tocino, gracias á Dios,
que me escapé de aquel necio,
para poder un instante
venir á estár en mi centro.

Leonor.

¿Quién es?

Carlos.

Yo soy, Leonor bella.

Leonor.

Cierto que sois buen maestro,
pues tres dias os dejais
los discipulos sin verlos.

Luisa.

Bien merece la mesada
cobrar en cuatro desprecios.

Carlos.

Hermosisima Leonor,
tres siglos ha que no os veo;
mas si logra la tardanza
el bien de que me echeis menos,
solo yo puedo adquirir
lo que gano en lo que pierdo.

Ines.

¿No os he dicho yá, Don Carlos,
que no gusto que hableis de eso?
vamos á estudiar.

Carlos.

Gran prisa
me dais, y advertiros quiero....

Leonor.

¿Que?

Carlos.

Que el querer aprender
se logra....

Leonor.

¿Como?

Carlos.

Querien do;
y si querer no sabeis,
en valde nos cansarémos.

Leonor.

Quiero, mas quiero cantar.

Carlos.

Pues traigan los instrumentos.

Luisa.

Voy volando.

Tocino.

Yo me escurro;
mi amo está en regodéo,
y voy seguro.

ESCENA XVII.

Leonor y Carlos.

Leonor.

¿No hay tono
de novedad?

Carlos.

Hoy he puesto
uno y no sé si por mio
os agradará.

Leonor.

Veremos;
el ser vuestro, ni le añade,
quita, si él es bueno.

Carlos

s quejareis de que tiene
·es, ansias, desvelos,
presiones, que ofendan;
vereis que prometo
uejarme.

Sale Luisa.

La vihuela
uarda. *Vase.*

Leonor.

Pues vé diciendo.

Canta Carlos.

re sin voces,
ue es pedir eso
os imposibles
s Elementos,
ua sin ondas,
umos el fuego
dn quejas, ansias y estremos,
hablará por mi mi silencio

Leonor.

so no es quejaros?

Carlos.

No.

Leonor.

s buscado buen medio
decir sin decir

Carlos.

go el tono, no hago el metro;
Poeta escribe asi,
ago como lo encuento.

Leonor.

¿Sabeis el tono que puede
á esta invencion responderos?
uno que vos me enseñasteis.

Carlos

¿Pues qué es lo que dice?

Leonor

Esto.

Recitado.

Si es verdad la belleza,
no he menester conceptos la fineza,
que un corazon, que padeció felice,
le adivina las ansias que no dice:
con que en amor atento,
hay una oculta voz, que no es acento.

Aria.

Correr la fuente
blanda y suave,
cantar el ave
sonoramente,
y al sol luciente
la flor buscar
todo es amar:
luego si hay idioma,
que es tan felice,
que al rostro asoma
lo que no dice,
y hablar consigue
por no hablar.
correr la fuente, &c.

ESCENA XVIII.

Dichos y Ordoño y despues Luisa.

Ordoño

Bien divertida, Leonor,
estás.

Leonor.

Estoy estudiando.

Carlos.

Yo señor....

Ordoño.

Estaos quieto.
Ah Luisita, baja presto
las llaves del cuarto bajo,
que las pide un escudero:
yá estás en que dos mil reales....

Sale Luisa.

¿Lo ultimo?

Ordoño.

Ni un cuarto menos;

Luisa.

Allá voy *vase.*

Ordoño.

De la muger
tapada el ayre del cuerpo *ap.*
me parece que conozco.
¿Don Carlos, qué hay? ¿tiene genio?

Carlos.

Si señor; pero no aprende
lo que yo quisiera.

Leonor.

Es presto;
yo haré todo lo posible.

Ordoño

Con eso nos estarémos
en jacara todo el año;
haga lo que su maestro
la dice y calle

Dentro Lain.

Ah boracha,
desollada, tú, y el perro
de tu amo: ¿asi se bautizan
en Madrid los forasteros?

Toribillo.

Así soy, señor.

Lain.

Pues entra,
que he de tocar á deguello
¡Ah picara! sal aqui.

ESCENA XIX.

Dichos Lain lleno de arina, cascaras de huevos, y hojas de lechugas, Toribillo y Luisa.

Ordoño

¿A dónde vais, Caballero?

Lain.

¿Donde voy me preguntais?
sacadlo por como vengo.

Sale Luisa.

La cocinera de casa
de esa manera le ha puesto.

Ordoño.

¡Hay mas infames criadas!

Carlos.

¿No es Don Lain? *ap.*

Ordoño.

¿Y qué es ello?

Lain.

Sin ser Miercoles, ponerme
con la ceniza el Memento:
¿ adonde está esta infamaza ?
¿ Mas Don Carlos ?

Carlos.

¿ Que es aquesto :
Don Lain ?

Lain.

Haber guisado,
como si fuera conejo,
con todos sus ingredientes,
á un hombre de mi respeto;
Don Lain de Cascajares
soy, picara, y vengar puedo
esta afrenta, que en Asturias...;

Ordoño.

Aguardaos, deteneos,
¿ Don Laín de Cascajares
sois ?

Lain.

¿ No lo oís ?

Ordoño.

Deme luego
los brazos.

Lain.

¿ Hombre, que dices ?
¿ quieres tapiarme los sesos ?

Ordoño.

Yo, amigo, soy Don Ordoño,
el correspondiente vuestro

Lain

¿ El que mi suegro ha de ser ?

Leonor.

¡ Qué oigo ansias !

Carlos.

¡Qué escucho, Cielos!

Ordoño

Si, Lain, y esta es Leonor
mi hija, cuyos deseos
impacientes aguardaban
la suerte de conoceros.

Lain.

Pues para venir á vistas,
por Dios que he venido fresco,
bien limpio, y bien adornado

Luisa.

¿Y esto te aplicaba el viejo?

Leonor.

Sí Luisa.

Luisa.

¡Qué endemoniado
novio!

Ordoño.

Venid allá dentro
os limpiarán, y vereis
mi hija segunda, un espejo
de virtud Tú mientras tanto,
repasa algun tono nuevo,
que ha de oír Don Lain. *vase.*

Lain.

Señora, yo soy un puerco
por dedentro, y por defuera,
y asi á manchar no me atrevo
vuestro oido con lisonjas:
vendré limpio, puro, y terso
á requebraros de choque,
y vereis que soy discreto;
aunque no deja de ser
al principio mal agüero,

que el suegro, y su casa empiecen
á irse ensuciando en él yerno.

ESCENA XX.

Carlos y Leonor.

Carlos.

¿Señora Doña Leonor;
es posible, que no os debo,
ni aun á costa de callar
el volcan de mi despecho,
participarme esta dicha,
que esperabais por momentos?
¿Vos tratada de casar,
sin que nadie sepa?...

Leonor.

Aun eso
no habeis de decir, que yo
(y esto no es satisfaceros)
ni sé quien es este hombre,
ni le he visto, ni....

Carlos.

Y lo creo:
no os fatigueis, que el testigo
vuestro padre es, cuando menos;
quedaos con Dios

Leonor.

¿Dónde vais?

Carlos.

¿Adónde he de ir? á no veros
cruel, alevosa, tirana.

Leonor.

¡Plegue á Dios!...

Carlos.

Ya nada creo.

Leonor.

De nada....

ESCENA XXI.

Dichas y Luisa.

Luisa.

Señores, quedo,
que está en aquesta inmediata
pieza tu padre, y los ecos
llegan allá.

Leonor.

Pues es fuerza,
para que disimulemos,
cantar.

Carlos.

¿Yo cantar? ¿yo habia
de festejar mi tormento?

Leonor.

Es fuerza.

Carlos.

Que no lo sea.

Leonor.

Considera....

Carlos.

¡Vive el Cielo,
que antes me harán mil pedazos!

Luisa

Demonios, que lo está oyendo.

Leonor.

Pues ha de ser.

Carlos.

No ha de ser.

Leonor.

Quiero yo.

Carlos.

Pues yo no quiero.

ESCENA XXII.

Dichos y Ordoño.

Ordoño

¿Qué es aquesto de querer
y no querer?

Leonor.

Haber hecho
tema Don Carlos de que
se cante un tono moderno,
que he jurado no le sé,
ni que dél noticia tengo,
y no hay forma de creerme.

Carlos

Si me consta que es incierto,
que lo sabe, y lo ha callado,
hasta que le oí yo mesmo,
¿no es preciso que la culpe,
pues echa á perder el tiempo,
y sé que no me aprovechan
mi cuidado ni mi anhelo?

Ordoñez

¿Quizás dirá Leonorcita
verdad.

Leonor

Si le estoy diciendo
la verdad en lo que digo.

Carlos.

Si sé que no puede serlo.

Ordoño.

Pues cantadle vos, y así
vendrá ella en conocimiento;
que yo me vuelvo á ver si
Don Lain, que en el encierro
de mi despacho se está
con su criado vistiendo....
Acabad.

ESCENA XXIII.

Leonor y Carlos.

Carlos.

Si esto ha de ser,
y Cisne, estando muriendo,
he de cantar mis exequias,
¿qué habemos de hacer? cantemos,

Canta recitando.

Hasta aqui, ingrata hermosa,
aspid oculto de jazmin y rosa,
entre las flores de una indiferencia,
llegar pudo mi engaño;
pero si donde hay zelos no hay paciencia,
tampoco amor, habiendo desengaño;
á no mas verte mi dolor estraño,
fugitivo me obliga;
y aunque tu imágen tan sin mi me siga,
que convierta mi ultrage en tu provecho,
yo arrancaré tu copia de mi pecho.

Aria

No, aleve fementida,
no han de postrar mi vida
los zelos y el furor:
mas noble mi tormento,
el fin con que me ausento,

es á morir de amor.
No, aleve fementida, ect.

Leonor.

Es posibls....

Carlos.

A Dios.

Leonor.

Aguarda.

ESCENA XXIV.

Dichos, Don Felix y Martinez.

Felix.

Pregunta tú por el cuarto.

Martinez.

¿Reina, y el amo de casa?

ESCENA XXV.

Dichos y Ordoño.

Ordoño.

Yo soy, ¿qué quereis?

Felix.

Traeros
el medio año de este cuarto
de abajo: aquí está el dinero;
y ahora van por las camas
primero que nada, puesto
que mi hermana, que está abajo,
lo uno, porque en estremo
le ha gustado el cuarto; lo otro,
por un susto que viniendo
recibió, no quiere á casa
volver, sino es desde luego
quedarse á dormir en él.

Ordoño.

El cuarto es un poco fresco
y húmedo; pero es muy lindo
en verano.

Leonor.

Asi tendremos
vecindad con quien parlar.

Felix.

Lo que buscamos es eso.
¡Cielos, que hermosa muger! *ap.*

Ordoño.

Mientras que fueren trayendo
trastos, esa mi señora,
haced nos honre subiendo.

Felix.

Dile á mí hermana que suba,
Martinez. *Vase Martinez.*

Ordoño.

Y entrad, que presto
os haré el recibo

Felix.

¿Ahora?
¿pues no era lo propio luego? *Vanse.*

Carlos.

Yo me voy.

Leonor.

Tú no te has de ir.

Carlos.

¿Qué me quieres?

Leonor

Que quedemos
en que yo no te he mentido.

Carlos.

Bien está. (1)

(1) *Al quererse ir Don Carlos, sale Doña Mencia*

ESCENA XXVI.

Leonor, Carlos, Mencia é Inés.

Mencia.

¡Qué buen encuentro!
¿señor Don Carlos?

Leonor.

¡Qué escucho!

Mencia.

Ya no puede haber agüero
mas feliz, para que sea
la casa buena, que el veros
dentro de ella.

Carlos

¡Qué vinicra
Doña Mencia á este tiempo!

Leonor.

La fortuna de esta dicha
desde hoy agradeceremos
á Don Carlos.

Carlos

Yo, señora,
si nunca....

Mencia.

Abrazadme os ruego,
que he de ser muy vuestra, Ines,
Carlos está aquí, yo muero
por quejarme.

Ines.

¿Pues aquí,
qué hay más de otra muger? ¿eso
te embaraza?

Mencia

Dices bien: *ap.*

perdóneme este despecho
mi recato ; á quien le culpe
yo le daré sufrimiento,
como tenga mi pasion.
Amiga, de vuestro bello
semblante, apacible y noble,
conozco ya que seremos
dos vecinas muy amigas ;
y asi no estrañeis si empiezo,
de vos fiandome, á daros
el testimonio primero
de mi confianza. Aleve,
tirano y mal Caballero,
si hoy no os pude responder
á los infames pretestos
que para vuestras traiciones
habeis vos propio supuesto....

Leonor.

¡Buenos estamos, amor! *ap.*

Mencia.

Es porque oprimido el fuego,
el volcan, la ira, la rabia,
la fatiga, el sentimiento
de mi razon, de mi enojo,
contra quien.... ¡valgame el Cielo! (1).

Ines.

¡Ay, que se ha muerto mi ama!

Leonor.

¿Don Crrlos como haceis esto?
¿asi tratais las finezas?

Carlos.

Leonor, si yo culpa tengo,
permita amor....

---

(1) *Cae desmayada en los brazos de Ines.*

Leonor.

El testigo
vuestra dama es cuando menos.

Ines.

¿No hay quien ampare una angustia?

ESCENA XXVII.

Dichos Don Ordoño y Don Felix.

Oedoño

Haí está el recibo; ¡pero
qué miro!

Felix.

¿Qué es esto?

Leonor.

Este es
un accidente tremendo,
que le ha dado á vuestra hermana.

Ordoño

¿No es Doña Mencía, Cielos? *ap.*
¡Ay mi bien! ¿tu accidentada,
y yo vivo? ¿sin aliento
tu y yo con respiracion?
no es posible: yo fallesco;
¡ay de mi! (1).

Leonor.

¡Jesus mil veces!
Luisa, Aurelia, acudid presto.

---

(1) *Cae desmayado en los brazos de Leonor.*

ESCENA XXVIII.

Dichos Luisa, Aurelia, y despues Laín.

Las dos.

¿Qué tienes?

Leonor.

Que desmayado
mi padre iba á dár al suelo,
á no detenerle yo.

Sale Laín.

Ya vengo limpio, y compuesto;
ahora que me echen mas novias,
que á la tarasca buñuelos,
¿mas qué ha habido aqui?

Leonor.

A esa dama
la dió un desmayo, subiendo
la escalera; y á mi padre,
como su mercé está enfermo,
obró al verla alguna estraña
revolucion.

Laín.

¿Con efecto?
y aun á mi está para darme,
que esta es lo que hoy ví, y lo siento.
Si una colica me pega,
y me descubro, me pierdo.

Felix.

Ya señoras, que piedades
tan generosás os debo,
ayudadme á retirar
á mi hermana.

Leonor.

Entradla adentro.

que á mi padre en esta alcoba
entre todos le pondrémos (1).

Lain.

Y yo, sin ver á mis novias,
por quien rabio como un perro;
mas me voy á ver si llevan
mil demonios á mi suegro.

ESCENA XXIX.

Leonor y Carlos.

Carlos.

¡Cielos á quién le suceden
tan estraños contra tiempos!

Leonor.

¿Don Carlos?

Carlos.

¿Qué hay, Leonor mia?

Leonor.

¿Tuya, tirano?

Carlos.

Ya veo,
que por fuerza has de ser de otro.

Leonor.

Como tu ...

Al paño Doña Aurelia.

Aurelia.

¿Qué escucho?

Leonor.

Ciego
amante de otra belleza,
que por ti asistirla ofrezco,
que á quien quieres tú, es preciso

(1) *Entranlos.*

la estime yo, como debo.

Carlos.

¿Yo? mas que se caiga muerta.

Leonor.

Para que la llores luego.

Carlos.

¿Yo?

Leonor.

Tú.

ESCENA XXX.

Dichos y Aurelia.

Aurelia.

¿Qué es esto, Leonor?
¡Jesus, y qué atrevimiento!
Está padre como está,
¿y tu estás en devanéos?
¡ay qué escandalo! Don Carlos
idos.

Carlos.

Señora...

Aurelia.

Idos presto.

Leonor.

De cólera voy muriendo. *vase.*

Carlos.

¡Sin alma voy!

ESCENA XXXI.

Aurelia y Felix.

Aurelia.

De remate
está el mundo: ¡ay, Dios inmenso,

que tanto sufrís!

Felix.

Señora...:

Pues tan segura la dejo, *ap.*
la hermana es esta.

Aurelia.

¿Quien? vá
¡pero qué galán mancebo! *ap.*

Felix.

En tanto que del desmayo
vuelve Mencía, pretendo
ir á mandar, que un Docto
llamen, y los aposentos
nos prevengan; las demas
llaves que faltan espero

Aurelia.

Aguardad;
No he visto tan bien dispuesto *ap*
joven en toda mi vida;
¡qué cortés!

Leonor al paño.

A mirar vuelvo
si Carlos se fue.

Aurelia.

Estas son (1).

Felix.

Un Angel es, del Terreno
Paraíso hermosa guarda;
y cuando que me dais veo,
las llaves; sin duda sois
Angel de este firmamento.

Aurelia.

No soy Angel; pero soy

(1) *Dale unas llaves.*

quien no solo ahora de veros
se ha holgado, sino que estima...

Felix.

¿Qué?

Aurelia.

Que de puertas adentro
esteis.

Felix.

¿Y ese es favor?

Aurelia.

Si creis que lo es, creedlo.

ESCENA XXXII.

Dichos y Leonor apresurada.

Leonor.

¡Ay qué escandalo! ¡que infamia!
¡Aurelia, qué atrevimiento!

Aurelia.

¿Yo, Leonor?

Leonor.

Está mi padre
malo: eres tu vivo egemplo
de virtud, y santidad,
¿y ahora salimos con eso?
Caballero, idos aprisa.

Felix.

Mudamente os obedezco. *vase.*

Leonor.

¿Aurelia, tú en estas cosas?

Aurelia.

Si, hija, de tí las aprendo.

Sale Luisa.

Ya volvio la desmayada.

Leonor.

Tantà dicha tenga el Cielo
como inquietud me causó. *vase.*

Luisa.

Segun se urden los enredos,
el que dá á mi ama leccion,
ha de dar á mi amo nietos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Don Lain en cuerpo con un papel en la mano, Tocino y Toribillo: habre una mesa, una silla, y recado de escribir.

Lain.

Puesto que mi capital
he escrito en este papél
para este tratado infiel,
de este bodigo fatal:
mientras mi suegro vejote
me dá una nomina entera,
con su hija, sea cualquiera,
debe á cualquiera su dote;
Ve tu escribiendo al reclamo
de este que sabe leer,
solo.

Tocino.

Al arma, si ha de ser:
que á eso me envia mi amo,
por averiguarlo todo.

Toribillo.

Yo primero deletreu,
mas despues que mascu leu.

Lain.

Pues, ladron, máscate un codo.

Tocino

Ha de ser bien, mentecato.

Toribillo.

Remoje el pelafustran
la pluma, que bien leirán.

Lain

Yo vendré de rato en rato,
porqne me voy á vestir.

ESCENA II.

Tocino y Toribillo.

Tocino.

La nomina estará á popa.

Toribillo

Si vusté errada la topa,
entonces podrá reñir.

Tocino.

Triste lector, indecente;
encoje este cogotazo,
y nota sin embarazo.

Toribillo.

Altu, escriba el escribiente: *Lee.*
« Yo Don Laina.... »

Escribe Tocino.

Don Lain....

Toribillo.

Cascajares....

Tocino

Cascajares:

Toribillo.

T, e, ene, te, tengu....

Tocino.

No te pares

Toribillo.

Estu está escritu en latin.

Tocino.

Siendo en leer tan reacio,
es la tardanza precisa.

Toribillo.

Vustei gasta mucha prisa.

Tocino.

Claro es.

Toribillo.

Pues yo mucho espacio.
Tengu, y llevo á este bodorio....

Tocino.

Dorio....

Toribillo.

Entre las gordas, y fracas....

Tocino.

Acas...

Toribillo.

Centu, vinte, trenta vacas,
catro pradiñas, é un orrio....

Tocino.

Orrio

Toribillo.

Con un faquiño, si vive,
trece asnos; y un rabon.

Tocino

¿Cuantos los borricos son?

Toribillo

Catorce con el que escribe.

Tocino.

Tu lo serás, y tu casta,
que soy....

Toribillo.

Doite á Bercebú.

Tocino.

Mas hombre de bien que tú.

Toribillo

Que vusté lo mienta, basta.

Tocino.

Vive Dios....

ESCENA III.

Dichos y Lain.

Lain

¿Qué hay, hijos, qué
se hace?

Tocino.

Escribiendo vamos.

Toribillo

En los borricos estamos.

Lain

Pues á buen tiempo llegué:
añáde el que compré negro,
bestia de gran bizarría,
y én cuanto á fisonomía,
pintiparado á mi suegro.

Toribillo

Si farey.

Lain

Pero detente,
que hácia allí cruzar le he visto:
esos papeles recoge,
no nos pille en el garlito,
que antes ha de vomitar
que sepa mis entresijos.

Tocino.

¿Quiéres algo para Carlos?

Laín.

Dile que sin duda pillo
á Leonór.

Tocino.

¡Famosa nueva!

Lain.

Pero que el viejo podrido
quiere muchísimo mas
los talegos, que los hijos;
con que no cuaja la boda
como no hierve el conquibus.

Tocino

Yo le informaré de todo,
y en encontrando resquicio
de entrar á ver á Inesilla,
cuyo dengue es un prodigio,
la he de embestir de casorio.
A Dios, Gallego maldito,
y perdona à Meco

Toribillo

Tú,
supuesto que eres su fillo,
perdonarás la ballena,
que furacaste en el Río.

ESCENA IV.

Lain Don Ordoño y Toribillo.

Ordoño.

¿Don Lain?

Lain.

¿Quí hay, Don Ordoño?

Ordoño

Temprano os habeis vestido.

Lain

Voy á cierta diligencia:
anda, y poume, Toribillo,
el faco.

Toribillo.

Maldito él sea.

Lain.

¿No sabes yá que es mohino?

Toribillo.

Ayer, de una coz, que diume,
medio pernil me desfizu:
mas voy.

ESCENA V.

Ordoño y Lain.

Ordoño.

Yá estamos solos:
decid, qué os han parecido
mis hijas; y en cuanto á boda:
¿qué disponeis?

Lain.

Señor mio,
yo nací dispuesto y alto,
fuerte, membrudo y rollizo;
con que las disposiciones
no deben hablar conmigo.
Vos habeis de disponer,
y poner.

Ordoño.

Si no he sabido,
que vos....

Lain.

Sois un marrullero,
y juzgais que yo soy chino,
que habia de enamorarme
de la traza y del focico
de las niñas, y encajarme
de valde, con dos trasticos
de casa, y cuatro promesas,

un casorio zambullido.
No, amigo. en cuatro palabras
todo este tratado cifro:
lo primero, los doblones,
lo segundo, los realillos,
lo tercero, las patacas,
y los ochavos, lo quinto.
Quedaos suspenso, quedaos;
pero tened entendido,
que tengo por mucho macho
al que casa por capricho,
que lo que he dicho es el hecho,
y está bien hecho lo dicho. *Vase.*

Ordoño.

¡Qué esto oigo yo!

ESCENA VI.

Ordoño y Feliz.

Felix

Buenos dias,
señor Don Ordoño

Ordoño

Amigo,
brazos abiertos, caudal
pronto, rendimiento fino,
casa, hacienda, honor y vida,
todo está á vuestro servicio.
¿Cómo está misa Mencia?

Felix

Buena ya para serviros.

Ordoño.

¿Con que, en fin, misa Mencia
es viuda?

Felix.

¿No lo habeis visto en el trage?

Ordoño.

¿Y quién fué, de
misa Mencia, el marido?

Felix.

Don Sancho de Salazar,
gran Ministro.

Ordoño.

¡Gran Ministro!
Y á misa Mencia, vos,
tan moza, y de tan divino
rostro, prendas tan cabales,
¿no habeis de darla (es preciso)
segundo empleo? ¿Y misa
Mencia, no ha de admitirlo?
¿Qué dice misa Mencia?

Felix.

Fué lo que á su esposo quiso
tanto, que nunca, ó muy tarde,
á otro empleo dará oidos.

Ordoño.

No obstante (aguardad que entorne
esta puerta), yo os suplico....

Felix.

¿Qué prevencion será esta? *ap.*

Ordoño

Que con vuestro bello juicio....

Felix.

Decid.

Ordoño.

De mi parte...

Felix.

Ya oigo.

Ordoño.

La digais, que ...

Felix.

¡Qué esquisito
misterio!

Oodoño.

Como que sale
de vos, y yo no lo digo....

Felix.

No me tengais mas suspenso.

Ordono.

Que yo y mis niñas decimos,
que supuesto que esta tarde
el que esté sola es preciso,
á ver á misa Mencia
bajaremos un poquito.
Ya me iba á despeñar, *ap.*
mas retrocedi el camino.

Felix

¿Y para que nos hagais
merced, necesaria ha sido
tanta prevencion, y tanto
rodeo?

Ordoño.

Esto es preveniros,
de que para con nosotros
no son menester cumplidos;
agua y azucar rosado
basta

Felix.

¿Vos dais los arbitrios,
y haceis las galanterias?
No es igual ese partido (1).

(1) *Vase Ordoño.*

Don Ordoño es un buen hombre,
pero el génio es esquisito.

ESCENA VII.

Felix y Leonor.

Leonor.

¿Dónde me llevás, tirano,
cruel pensamiento mio,
sin concederle al ahogo
mas aliento que el suspiro?
¿pero quién es?

Felix.

Quien quisiera
poder daros el alivio
de queja tan bien sentida.

Leonor

Señor Don Felix, no ha sido
mi pena de las que admiten
por consuelos artificios.

Felix.

¿Artificios?

Leonor.

¿Quién lo duda?
¿Pensais que son mis oidos
los de mi hermana? ¿ó quereis
darme un empleo mas digno
de mejor entendimiento?

Felix.

Que no errareis el oficio,
es bien cierto, que aun por eso
á vos propia os solicito;
para con vos, solamente
que me respondais os pido.
Yo os ví, y os oí, mirad,
habiendo un solo alvedrío,

¿cómo puede de dos riesgos
defender á dos sentidos?
Mi amor....

ESCENA VIII.

Dichos y Aurelia.

Aurelia.

¿Qué es eso de amor?
Leonor, (¡volcanes respiro!)
Don Felix? (¡etnas aborto!)
¿no estuvierais divertidos
mejor en estar rezando,
que en aquestos desvarios?
¿Leonor, qué haces con Don Felix?

Leonor.

Ahora llegó, y me dijo....

Aurelia.

¿Pues Don Felix, qué te quiere?

Leonor

Que á la belleza rendido....

Aurelia.

¿Don Felix, pues cómo á solas
con Leonor?

Leonor.

De tus divinos....

Aurelia.

¿Tú y Don Felix, porqué causa?...

Leonor.

Aurelia, tú estás sin tino;
vuelve en tí, y oye: ¿qué es esto?

Aurelia

¿Pues si tal infamia miro,
si tal ultrage á esta casa,
qué he de hacer?

Leonor.

¿Luego has creido
que aquí hay algo malo, y yo
lo encubro y no te lo digo.

Aurelia

¿Pues qué puede ser?

Leonor.

Lo propio
que crees: Don Felix vino
solamente á enamorarme;
muerto está por mí, y perdido,
y ahora me estaba diciendo
que todo lo que te ha dicho
es mentira, y que eres fea,
y que él es de buen capricho,
y no quiere rezadoras
con caras de capuchinos.
¿Esto es lo que deseabas
saber? pues ya lo has sabido. *Vase.*

Aurelia.

¡Válgame el Santo que es hoy! *ap.*
¿qué es lo que me ha sucedido?

Felix.

Yo no sé que he de decirla. *ap.*

ESCENA IX.

Aurelia, Felix, y al paño Don Carlos y Tocino.

Carlos.

Ya no puedo mas, Tocino;
pues está abierta la puerta,
ver á Leonor solicito;
pero Don Felix y Aurelia
están aquí, y no me han visto:
no quiero hablarlos, espera.

Aurelia.

¿Con qué vos sois tan indigno
amante, tan descortés
Caballero, que es preciso,
que para que de Leonor
os halleis favorecido,
le digais mal de otra dama;
y dama de quien, si juicio
tuviera, siendo su sangre,
sintiera el no merecido
desaire, bastando en ella
oiros para no oiros?

Felix.

Yo, señora....

Carlos.

¿Oyes aquello?

Tocino.

Son las hembras de este siglo
lindas albajas.

Felix.

No creo,
sino es que haya pretendido
burlaros, porque....

Aurelia.

Tened:
vos os disculpais tan tibio,
que de la misma defensa
se califica el delito.
Negar que vos y Leonor
os quereis, es desvario,
pues lo acabo de escuchar.

Tocino.

Muchó aprieta este testigo.

Carlos.

¿Otros zelos me tenian

mis desgracias prevenidos?

Aurelia.

Y así, pues no sé si diga
que aun estaba en los principios
una atencion mal nacida
de un fingimiento bien quisto:
no costará el enmendarla
mas que castigarla; idos.

Felix.

¿No me oireis una palabra?

Aurelia.

Si es concepto amante y fino,
guardadle para Leonor:
idos, pues.

Felix.

Cuando os irrito,
no es cordura el porfiar.

ESCENA X.

Dichos menos Felix.

Aurelia.

¡Qué presto me ha obedecido!
Aquí de mis sentimientos:
¿no estuvierais, pecho mio
mejor en la ocupacion
de la virtud y el retiro?
¡ay pasiones! ahora es fuerza
castigar á los sentidos:
¿mas para qué? pues si alvergo
esta inquietud que recibo,
mientras durare el tormento,
no es menester mas martirio.

ESCENA XI.

Don Carlos y Tocino.

Tocino.

Buenos estamos.

Carlos.

A casa
te vuelve.

Tocino.

Dios sea contigo,
¡ qué bueno quedas !

ESCENA XII.

Carlos.

¿ Amor,
qué hemos de hacer ? Alvedrío,
¿ qué me dices ? ¿ ahora faltas,
cuando mas te necesito ?
¿ dentro de mi entendimiento
no andabas, muy discursivo,
buscando á Leonor disculpas ?
¿ Pues mira, en otro delito
qué hará una sola defensa
contra tantos enemigos ?
¡ Que ella, y Don Felix se quieren !
¿ Si entraré ? no : así diviso
mi enemiga ; mis lamentos
lleguen antes á su oido :
sepa qué sé sus traiciones,
sus engaños, y artificios
porque no ignoro las causas
conque de ella me retiro.
Dice Idioni : si en tiusen

*

se engañan, Carlos,

Carlos

Distingo.

este engaño es necedad;
pero los otros, delito.

Leonor.

Luego si alguien en alguna
fina espretion ha mentido,
y rendimiento, que es de otra,
me le ofrece por dominio,
este un delito comete.

Carlos.

Yo solamente he venido,
señora, á daros leccion;
no traigo el genio, ni el juicio
para entrar en argumentos.

Leonor.

Y aun esa, si quereis iros,
podeis tan bien escusarla,
que lo que es en vos arbitrio,
no es razon hacerlo fuerza.

Luisa.

Sal quiere este picadillo.

Carlos.

No soy hombre, que una cosa
la empieza, y no la prosigo,

Leonor.

Ni yo muger, que una accion,
que no es voluntaria, admito.

Carlos.

Menos la que fuere gusto
de un superior.

Leonor.

No he sabido
qué es obedecer jamás.

Carlos.

Es, que os habrán parecido
mejor; que empleos distantes,
los rendimientos vecinos.

Leonor.

Ni vecinos, ni lejanos
si os valeis de tan indignos
equivocos, mal fundados
pueden llamar el capricho
de mi altivez

Carlos.

Eso implica:
porque sentado el principio
de un voluntario....

Leonor.

Don Carlos,
á tomar leccion venimos,
y no tengo la cabeza
para entrar en silojismos.

Carlos.

Siempre escusa la question
el que se halla convencido.

Luisa

Embocate esta; y por otra
vuelve mañana, querido.

Leonor.

Esta es la leccion de ayer,
veamos hoy cómo la digo.

Canta

Amor, yo no entiendo
donde está tu alhago,
si todo eres gustos,
y todo cuidados;
fuego tuyo en tu aljaba,
flechas y arco.

ESCENA XIV.

Dichos y al paño Don Lain, y Doña Mencia, á Inst.

Lain.

Con una idea estupenda
vengo buscando á Don Carlos.

Mencia.

Dejame, que desde aqui
la quiero escuchar un rato.

Leonor.

Ahora no se ha dicho mal.

Carlos.

No me atrevo á lisongearos.

Leonor.

¿Por qué?

Carlos.

Porque ha muchos dias;
que no haceis cosa en que agrado
me deis, sino iras en todo,
coleras, y sobresaltos.

Leonor.

¿Con que canto mal?

Sale Mencia.

No por cierto,
querida, que es un milagro;
y en lo que dice no tiene
razon el señor Don Carlos.

Carlos.

¡Esto me faltaba ahora! *ap.*

Luisa.

La muger dará un ahitazgo
á un alma del Purgatorio.

Sale Lain.

Dios sea en todo este barrio.

Don Carlos, buscandoos vengo
desde que os salí buscando.

Carlos.

¿Don Laín?

Mencia.

Subí no ha nada
por la escalera del patio
á veros, porque os afirmo,
que un punto sin vos no me hallo.

Lain.

Víne para concluir
este concierto, á buscaros,
que en cuanto al dote, está el suegro
mas rebelde, que un guijarro.

Mencia

Y ya que aquesta ocasion
logro, de estár este ingrato
aqui, en lo mismo que cantas
quiero que le digas algo,
Leonor mia, de mis quejas
mis ansias, y mis cuidados.
Yo temo enojarle mas,
si cara á cara le hablo;
mejor te está á ti dolerte
de los tormentos que paso:
esto has de hacer por mi amor.

Leonor

¡Buena estoy yo para el caso! *ap.*
¿hase visto igual intento?

Lain.

Don Carlos, yo soy un asno,
como vos sabeis; y no es
esto porque yo me alabo,
sino es porque yo en las cosas
que no tropiezo, no caigo,

¿Creereis, que hasta ahora no habia
caido, en que era del caso
haber de estar de una de estas
dos mozas enamorado,
pues he de ser de una de ellas
esposo de cal y canto?
pero como de estas cosas
tenemos los asturianos.
Y así pues, vos entendeis
de aquesto de viratacos,
y en chillando el gaznatico,
le poneis á uno mas blando
que un requeson, de mi parte
la habeis de dar una mano
á Leonor, que es la que quiero:
miento, que estoy rebentando *ap.*
por la viuda: ¡miren que ojos!
ríome de los de un gato,
que alumbran mas entre leña.
Ya sois plenipotenciario
de mi amor: lo que decís
digo por boca de ganso.

Carlos.

¡Quién puede tener paciencia *ap.*
para desatinos tantos!

Mencia.

Si yo méritos tuviera
con los dos, á suplicaros
me atreviera, que cantels
alguna cosa entre ambos.

Lain.

Dice bien, entre los dos
decidnos á solo un cuatro.

Carlos.

Yo no sé nada.

Leonor.

Os afirmo
que no hay cosa que podamos
cantar.

Mencia.

Yo cedo, aunque quede
mi ruego tan desairado.

ESCENA XV.

Dichos y Ordoño.

Ordoño.

Desairado vuestro ruego
oí, señora, al ir entrando.
¿Leonor, qué súplica es esta?
ó soberano mandato
de misa Doña Mencia,
dijera mejor.

Leonor.

Mandarnos
á mí y á Don Carlos que
juntos cantemos aqui algo.

Ordoño.

¿Y en qué te detienes tú?
¿Ni siendo tan cortesano
el Señor Don Carlos, cual
puede ser el embarazo?

Los dos.

No saberle.

Ordoño.

Eso no, amigo,
no se me dá dado falso:
¿y aquel de Olympa y Vireno,
que es un duo, que es un pasmo,
y se hizó en aquella fiesta

que se dispuso á mis años?

Leonor.

¿No adviertes que ese es preciso
cantarle representado?

Ordoño.

¡Ay tal hacerse chiquitos!
é inventarán entre ambos
mas tonos con letra y todo
que quepan en diez almarios:
háganme ustedes merced,
que yo lo pido ó lo mando.

Leonor.

Esto no tiene remedio.

Carlos.

Ya lo veo; mas si canto,
te he de esplicar el motivo
de mi enojo.

Leonor.

Amante ingrato,
yo á tí tu traicion.

Lain á Carlos.

Aprieta.

Mencia á Leonor.

Cuida de lo que te encargo.

Canta Carlos.

¡Ay, plácida fuente! Duo.

Canta Leonor.

¡Ay, zéfiro manso!

Carlos.

Narciso del bosque....

Leonor.

Tiorba del prado....

Los dos.

Ce, ce, quedito, no corras tanto,
y dime del bien que causó mis fatigas,

mas no me lo digas, que ya le he encontrado.

Carlos.

Bella Olimpa cruel. Recitado.

Leonor.

Vireno mio;

Carlos.

¿Tuyo. tirano, miente tu alvedrio:
miente la antigua fé que me ofreciste,
solo dice verdades para un triste
su perpetúa mudanza.

Leonor.

¿Ese es dolor en tì, ó es confianza?

Carlos.

¿Confianza?

Leonor.

Sin duda,
pues al tratado de otro empleo muda:
ciega y desesperada,
todo lo niego, y no he de admitir nada.

Carlos.

Será porque otro amor introducido,
que de nuevo ha venido
á la selva, te mueve.

Leonor.

Si fuera como tú, yo fuera aleve,
traidora y fementida.

Carlos.

Dì mucho de eso, y me darás la vida.

Aria Leonor.

Diré que soy constante,
y tú ingrato amante,
que finges por tu engaño
cautelas en mi fé;
diré este mal de ti,
mas bien diré

que en mi no cabe, injusto
Vireno, venturoso;
no hacerte á ti dichoso,
si lo eres con mi gusto,
pues te amo y te amaré.
Diré que soy constante. ect.

Ordoño.

¿Veis si os acordais?

Mencia.

Amiga,
el tono es muy para el caso,
parece escrito el asunto
de mi suceso con Carlos.

Leonor.

Yo me alegro.

Ordoño.

¿Qué tal suena?

Mencia.

¡Oh, señor! es un milagro.

Ordoño.

Los versos no me parece
que son los que se cantaron
esotra vez.

Carlos.

¿Pues sin tiempo,
cómo era fácil mudarlos?

Lain.

Don Carlos, ó Don Demonio...

Carlos.

¿Qué dices?

Lain.

¿Estais borracho?

Carlos.

¿Porqué?

Lain.

Porque ya que son
los dos sugetos, debajo
de cuyo nombre cantais,
para poder esplicaros,
Don Veneno y Ropa limpia,
¿porqué no entretejeis algo
del dote? mas no apreteis
en la ropa con los diablos.

Carlos.

No haré.

Lain.

Lo que yo deseo,
son talegos, y no trastos;
lo de veneno, eso si:
decid que me atosigaron
por venir, y que mi suegro
hace la rosca del galgo,
y sin la rosca y la moza
está el novio endemoniado.

Mencia.

¿No hay mas?

Ordoño.

Claro está que hay mas:
vaya, conclúyase el paso.

Canta Carlos.

¡Ay dulce Olimpa, qué dichoso fuera
tu Vireno, si hallara
que esta firmeza rara
en simulacro femenil cupiera!

Canta Leonor.

Yo no he de complacer á una quimera
que se pasa á locura.

Carlos.

Tente, no se me esconda tu hermosura.

Leonor.

Otra habrá en este prado,
donde estará tu amor bien empleado.

Carlos

Como de tì dependa,
tu gusto es ara, y mi pasion ofrenda.

Leonor.

Pues creeme, y te creo.

Carlos.

Lo que en tì es voluntad, en mì deseo.

Aria.

Y no haya mas iras,
bello ìdolo mio:
¿porque te retiras
de un ciego alvedrio,
de quien triunfarás?
no, no, no haya mas.
Tu esclavo ser quiero,
pues glorias te labra
tu firme palabra,
que adoro y venero:
ya vivo, ya espero
me perdonarás.
Y no haya mas iras, ect.

Carlos y Leonor recitando.

Pues júrame, Vireno....

Carlos.

Lo que quisieres juro.

Leonor.

Que ha de vivir tu corazon sereno,

Carlos.

Como tu corazon reserves puro.

Leonor.

No admitiré otros lazos,

Carlos.

Pues por fianza he de tomar tus brazos.

Los dos.

Vibra, rompe las flechas,
niño vendado,
pues que ya ha cesado
la tempestad

Carlos.

Porque deshechas....

Leonor.

Porque triunfantes ...

Los dos.

Firmen amantes.

Carlos.

Si los estragos ...

Leonor.

En los alhagos ...

Los dos.

La suavidad.
Vibra, rompe las flechas, ect.

Ordoño.

Bien lo han hecho; pero eso
de abrazarse es escusado.

Lain.

El maldito del Veneno,
se tira como un alano.

Mencia.

Es muy sobrada espresion.

Leonor.

No es tal, que la pide el paso.

Carlos.

Habiendoos obedecido,
mas satisfecho me aparto....

Ordoño.

¿De qué?

Carlos.

De tantas venturas
como en este caso gano. *Vase.*

Mencia.

Creo que conmigo va
de mejor rostro Don Carlos,
á tí te lo debo, amiga;
á Dios, y vivas mil años. *Vase.*

Leonor.

Luisa, esta muger me mata. *Vase.*

Luisa.

Un plomo es. *Vase.*

Lain.

¿Digo, tratamos
de aquello?

Ordoño.

¿De qué?

Lain.

Del dote.

Ordoño.

Venid conmigo al despacho.
A Ines bajaré á buscar *ap.*
presto para aquel asalto.

Lain.

Vamos, suegro miserable.

Ordoño.

Venid, yerno mentecato.

ESCENA XVI.

Ines, Don Felix; y despues Mencia.

Felix.

Esta tarde las aguarda,
y hasta las cinco se está
arriba.

Ines.

Allí viene ya.

Sale Mencia.

Felix, el mercader tarda.

Felix

Por cintas preguntarás,
que has de dar á tus visitas,
guantes, peines y alhajitas:
entra, y todo lo verás.

Mencia

¿Es por mí, ó es por amor
de Leonor?

Felix

Mucho me apuras:
mas si rinden hermosuras....

Mencia.

¿Qué?

Felix.

Muy hermosa es Leonor.

Mencia.

Acabáramos.

Felix.

Entremos.

ESCENA XVII.

Ines y Ordoño.

Ines.

¿Si vendrá Tocino, para
regalarle con los dulces
que me han de tocar?

Al paño Ordoño.

Muchacha.

Ines.

¿Quién es?

Ordoño.

Yo, ¿no me conoces?

Estos doblones apara,
y aquesta noche la puerta,
que mi cuarto desembarca
y la de la calle, queden
en falso.

Ines.

Ya entiendo, marcha.

Ordoño.

A Dios. *vase.*

Ines.

El vejete está
rebentando por mi ama.

ESCENA XVIII.

Ines Doña Mencia y Don Felix.

Mencia.

Ya es la hora de que bajen.

Felix.

¿Te parece que algo falta?

Mencia.

No.

Felix.

Pues vuelvo luego. *vase.*

Mencia.

Ola,

Martinez ¿qué hará?

Ines.

Descansa,
durmiendo la siesta.

Mencia.

¿Siesta?
y son ya las siete dadas:
Martinez.

ESCENA XIX.

Mencia, Ines, y Martinez en cuerpo y sin golilla.

Martinez.

Señora mia.

Mencia.

¿Pues sin golilla ni capa
delante de mi a estas horas?

Martinez.

Como hace calor, estaba
desahogandome un poquito.

Mencia.

Vaya muy enoramala,
y no se ponga en su vida
sin la golilla y sin capa
delante de mí.

Martinez.

La siesta,
es hora tan escusada....

Mencia.

Aunque sea á media noche.

Martinez.

Está bien.

Mencia.

Vistase vaya.

ESCENA XX.

Mencia, Ines, Luisa; y despues Leonor y Aurelia;

Luisa.

Doña Leonor, mi señora,
me envia á ver qué me mandas,

Mencia.

Hija, que esta tarde ayudes

á servir á mi criada
el agasajo: ¿llamaron? *llaman*

Inés

Ellas son.

Mencia.

¡Ay Virgen! daca
las manillas, las sortijas,
el lazo, las arracadas.

Ines.

No te apresures.

Mencia.

¡Jesus,
qué flema!

Doña Leonor y Aurelia.

Es por aquí

Mencia.

Aparta;
por aquí es por dónde habeis
de entrar honrando mi casa.

Aurelia.

Leonor, parece oratorio,
¿no ves que limpia y aseada?

Leonor

Muy rica, y muy bien dispuesta;
¡que cosa tan chavacana! *ap.*

Aurelia.

Un asco está hecha. *ap.*

Mencia.

Venid.

Leonor.

Guiad vos.

Mencia.

La empresa ès ardua:
no puede ser.

Leonor.

Yo obedezco.

Aurelia.

No andemos en pataratas (1).

ESCENA XXI.

Ines y Luisa.

Inés.

¿Hija mia?

Luisa.

¿Amiga mia?

Ines.

¿Qué tales son tus dos amas?

Luisa.

Dos demonios: ¿y la tuya?

Ines.

La mia es una tarasca.

Dentro Mencia.

Ines.

Ines.

Ya empieza el chillido. *Vase.*

Luisa.

Dias de visita matan:
¿qué era eso?

Sale Ines.

Que si viniese
Don Carlos, con la guitarra
bajase.

Luisa.

¿Hay que prevenir?

Ines.

Jicaras, barros y salvas.

---

(1) *Entranse las tres.*

Luisa.

Pues vamos *Vanse.*

ESCENA XXII.

Don Lain y Toribillo.

Toribillo

Mire vustey,
non lle den una pancada
por su atrevimiento.

Lain.

Solo
está todo: vete á casa, *vase Toribillo*
que ya que hallé esta ocasion,
pues el amor me sonsaca,
he de quedarme escondido
á hacer una tarquinada
con esta viuda maldita,
que me inclina que me rabia.
¡Ay, si yo pudiese á solas,
para persuadirla, hablarla!
Pero aquí hay una alhacena,
en ella me zampo hasta
que consiga mi intencion (1).

ESCENA XXIII.

Luisa y Ines.

Luisa.

¿Las luces ahora se sacan?

---

(1) *Corriéndose la cortina se habrá visto la alhacena, en la que se meterá Don Lain, y delante estará un bufete con salvas, vasos, bebidas, vandejas, jícaras, platillos, dulces, y habrá dos garrafás: y Luisa y Martinez con luces.*

Ines.

Sí, que ya es noche: Martinez,
menee esa garrafa.

Martinez

¿Eso tambien? ello sirvo
de Pericon y Pendanga (1).

Lain.

¿Donde me he metido yo?
¡Virgen y que cerca me hablan!

Ines.

Ya que se echó la bebida,
deja en la mesa una salva
y trae los vizcochos, que esta
yo la llevaré (2)

Martinez

A alcanzarla
estoy á la puerta.

ESCENA XXIV.

Don Lain saca la cabeza por los postigos de la alhacena

Lain.

Ola,
parece que me agasajan
sin pedirlo: ¿esto tan solo?
Y aquí hay bella cuchipanda;
los vizcochos están tiernos, *comiendo.*
como natillas se maman:
este es vino de canela, *bebiendo.*
y aquesta parece agua
de jabon: es un prodigio:
mas ay que vuelven. *Cierra el postigo.*

---

(1) *Echa bebida en unos vasos*
(2) *Vase llevando lo que ha dicho.*

ESCENA XXV.

Don Lain Luisa é Ines.

Ines.

Despacha
la otra salva que está llena.

Luisa.

¿De qué? que no tiene nada.

Martinez.

Yo eché la bebida.

Ines.

¡Ah perro!
desvergonzado, canalla,
que él se lo ha bebido.

Martinez.

¿Yo?

Ines.

Sí.

Martinez.

Maldita sea mi alma
si llegué....

Ines.

Eche mas.

Martinez.

¿Qué es eche,
si está á obscuras la garrafa? *Vuelve.*

Ines.

¡Ah picaro, golosazo!
que por él se hace una falta
como esta.

Martinez.

Calle la loca.

Ines.

Yo se lo diré á mi ama.

Martinez.

Diré yo que miente.

Luisa.

Vamos,

entre lo que hubiere. (1)

Lain.

Abanza,

que allí esta un cesto de dulces.

Martinez.

¿Quién anda ahí?

Lain.

Quien no anda.

Martinez.

Zape ahí.

Lain.

Zape acullá.

ESCENA XXVI.

Luisa é Inés.

Luisa.

El agua apriesa

Ines.

¿Bestiaza,

tambien añascó los dulces?

Martinez

¿Qué dulces, descomulgada?

Ines.

Deja tú estar.

---

(1) *Vase y abre Lain.*

ESCENA XXVII.

Don Ordoño y Don Carlos.

Ordono.

Con vos
me avisaron que bajara,
y así seguidme.

Carlos.

Guiad.

ESCENA XXVIII.

Luisa é Ines, y sacan dos chocolateras.

Luisa.

En un instaute lo hagan
chocolate.

Lain.

¿Chocolate?
albricias, media narauja.

Luisa.

Deja el un chocolatero
en la mesa, si te bajas
al suelo á batir el otro.

Lain.

Así habrá mas abundancia.

Ines

Cayóse en lamécerina.

Luisa.

¿A dónde podré vaciarla?

Ines

En esta albacena (1).

(1) *Echalo en la alhacena.*

Lain.

Espera,
que me has quemado la cara.

Sale Felix

¿Han tomado el agasajo?

Ines.

Ya concluyen (1).

Felix.

Pues despacha. *Vase.*

Martinez.

A todo me he resistido;
pero á tinta de Caracas
perdone el mundo. (2)

Lain.

No quiero.

Martinez.

¡Jesu-Christo, que me matan!

Las dos.

¿Qué ha sido esto?

Martinez

Algun demonio,
que en este aposento anda.

Ines.

Alumbrenos y no mienta (3).

ESCENA XXIX.

Lain, Tocino, Ordoño; y luego Martinez.

Lain.

Voy saliendo de la jaula. *Sale.*

---

(1) *Entrase con la jicara.*

(2) *Vá á beber por la chocolatera, y Don Lain le dá un golpe, y salen las criadas.*

(3) *Vanse con las luces.*

Sale Tocino.

Voy entrando á ver si Luisa,
como ofreció, me regala.

Sale Ordoño.

Por pillar esta vindillla,
al subirse mis muchachas,
fingiendo tener que hacer
una cosa de importancia,
para quedarme escondido,
me he salido á esta antesala.

Tocino

Ruido siento: este es bufete
con cubierta. *Anda á tientas.*

Lain.

Esta es mampara.

Tocino.

Aquí me zampo en espera: *escóndese.*
aquí atisvaré la caza.

Sale Martinez con luz.

Dejo la luz, que despues
alumbrarán las criadas,
que las once de la noche
son, y me voy a la cama. *Vase.*

Tocino.

¡Temblando estoy!

Ordoño.

Largo cuento:
rabiando estoy porque salgan.

Dentro Mencia.

Ines.

Dentro Ines.

Señora.

ESCENA XXX.

Dichos y Doña Mencia, Doña Leonor, Aurelia, Don Felix, Don Carlos, y las criadas con luces.

Mencia.

Esas luces
tome, ya que tan tasadas
son las dichas.

Leonor.

Hija mia,
no es razon quedes cansada.

Aurelia

No es premio á tantos regalos.

Mencia.

¡Qué burla tan cortesana!
A Dios

Las dos.

A Dios.

Felix.

Hasta arriba
he de ir.

Las dos.

No, cierto.

Felix.

Empeñada
está mi atencion. (1)

ESCENA XXXI.

Doña Mencia y Carlos.

Mencia.

Don Carlos.

(1) *Entrase Doña Leonor, Doña Aurelia, Don Felix y Doña Luisa; y detiene Doña Mencia á Don Carlos.*

Carlos.

¿Qué quereis?

Mencia.

Una palabra:
si vuestra queja no es mas
que el haber á cuchilladas
reñido con aquel hombre
aquella noche pasada
á mi reja...

Ordoño.

Oigan, qué Carlos
fué quien mató la caspa!

Lain.

¿Tambien anda mi Carlillos
tras la viuda?

Mencia.

Averiguada
quien fué la persona, ofrezco
la satisfacion.

Carlos.

No alcanza
ninguna.

Mencia.

¿Porqué?

Carlos.

No es hora
de conversacion tan larga. *Vase.*

Mencia.

¿Vióse igual ingratitud?

ESCENA XXXII.

Mencia y Lain.

Lain.

Está muy bien empleada.

Mencia.

¿Don Lain?

Lain.

¿Doña Mencia?

Mencia.

¿Qué haceis aquí?

Lain.

Averigualla

sus enredos á la puerca,
cochina, que se deshala
por mocitos pisaverdes.

Mencia.

Sin duda que el juicio os falta.

Ordoño.

Cero, y van dos á la viuda.

Tocino

¡Triste de mí, si me hallan
en la gazapera!

Lain.

Yo....

Mencia.

Callad, que Don Felix baja:
idos.

ESCENA XXXIII.

Lain, Tocino y Ordoño.

Lain

¿Qué es irme? albacena
me fecit de aquí á mañana.

Tocino.

Vive Dios, que aquí se acerca;
pero yo con una traza
he de espantarle, guau, guau. *Ladra.*

Lain.

Maldita sea tu alma:
¿qué perrazo, ó qué demonio,
me ha entrado á ocupar mi plaza?

Ordoño.

¿El alano del vecino
es este, cómo no le atan?

Tocino.

Guau, guau.

Lain.

Calla chucho, ha chucho:
¡cuál gruñe! ¡no reventaras!

Tocino.

Guau, guau.

Lain.

Sal aquí, maldito:
no llego, que si me agarra
de una pierna, á Dios Lain:
en esta pieza inmediata
una escalera descubro,
por ella me envoco. *Escóndese.*

Tocino.

Aun anda
por aquí: guau guau.

Sale Feliz.

Un perro
me pareció que sonaba:
Inés.

ESCENA XXXIV.

Don Felix, Ines, y despues Mencia.

Ines

Señor.

Felix.

De la calle
se ha entrado algun perro en casa;
búscale y échale. *Vase.*

Ines.

Aquí
Martinez pone su estaca.

Tocino.

Zapato.

Sale Mencia.

¿Perro á estas horas,
por dónde quereis que entrara?

Ines

Si no es que esté aquí. *Mira.*

Tocino.

Yo soy. *ap.*
Ines de mi vida, calla.

Ines.

Tapate.

Tocino.

Por tí...

Ines.

No chistes....

Mencia.

¿Le encontraste?

Ines.

No hay nada.

Mencia.

¿Si acáso está aquí? (1)

Ordoño.

Aquí yace
un perro que por vos ladra,
y de dos zelos está

---

(1) *Llega Doña Mencia adonde está Don Ordoño.*

*

mascullando las zarazas;

Mencia.

¿Qué haces aquí, Don Ordoño?

Ines.

¡Vióse mayor mogiganga!

Ordoño.

Escondime por hablaros,
y vi las tracamundanas
con Don Carlos, y aun Lain;

Dentro Luisa.

Ladrones, ladrones.

Dentro Lain.

Calla,
muger, que yo soy.

Dentro voces.

Ladrones.

ESCENA XXXV.

Dichos y Felix.

Felix.

¿Qué es esto?

Ordoño.

El Cristo me valga
de San Ginés

Mencia.

Yo, Don Felix....

Felix.

¿No respondes?

Ordoño.

Yo bajaba....

Dentro voces.

Ladrones.

Ordoño.

Mas ya hallé escusa:

esas voces lo declaran;
yo estaba arriba, y oí
muy cerca de mí pisadas,
ví un hombre, bajé á valerme
de... cuando ...

Mencía.

Las voces alza:
¡infeliz de mí! Martinez,
Pedro, Juan.

ESCENA XXXVI.

Dichos, y sale Martinez en camisa con golilla y espada.

Martinez.

¿Qué es lo que mandas?

Ines.

¡Jesus que rara vision!

Felix.

¿Pues cómo indecencia tanta?

Martinez.

Señor, mi ama me mandó
que sin golilla y espada
no viniese á su presencia.

Dentro Leonor y Aurelia.

Las dos.

¡No hay quien á una muger valga!

Felix.

En nada nos detengamos.

Ordoño

¡Que haya bajado sin armas! (1)

Mencía.

Venid nos encerraremos.

---

(1) *Vanse las dos.*

Ines.

Sin pulsos voy de asustada. *Vanse.*

Tocino.

Ahora es ocasion que un perro
procure escapar á gatas. *Vase.*

Dentro voces.

Ladrones.

Uno.

Hácia la puerta.

Otro.

Tira, que huyen.

Otro.

Que se escapan.

Martinez.

¿Señores, qué culpa tengo
yo de hacer lo que me mandan,
si dijo que no viniese
sin mi golilla y espada?

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Habitacion de Don Carlos.

Don Carlos, y Don Lain entrapajado un brazo, y un parche en un ojo.

Lain.
¡Mal haya el alma y la vida
que á galantear me metió!
Carlos.
¿En suma, qué sucedió?
Lain.
Viendo mi intencion perdida,
me emboqué en una escalera
que iba al cuarto principal,
(nunca hubiera yo hecho tal)
que alboroté de manera
con la cara y los tiznones
que el chocolate me puso,
que todo el tropel confuso
empezó á decir: ¡ladrones!
Disparáronse vecinos
y criados con puñales,
con espadas y varales;
y entre tantos asesinos,
llegaron, y aseguradas
las manos, me conocieron;
pero antes que ellos, cayeron
sobre mí tantas patadas,
que hecho un mísero despojo,

saqué roto el espinazo,
tuerto este derecho brazo,
y desconcertado este ojo.

Carlos

Y Don Ordoño en tan fiera
accion qué dijo?

Lain

Me alegro.
¿Pero si es mi medio suegro,
qué queriais que dijera?
Mas no es todo lo peor.

Carlos

¿Pues qué es lo que os desagrada?

Lain.

Que aquella viuda endiablada
se muere por vos de amor.

Carlos

Esa, yo os la dejaré.

Lain.

¿De veras?

Carlos.

De corazon.

Lain.

Pues hacedme una cesion
en manera que haga fé,
que ya no hay Leonor que cuadre,
ni de Aurelia hay que tratar.

Carlos.

¿Pues no os habeis de casar?

Lain.

Si dan veneno á su padre.

Carlos.

¿Tan mal le quereis?

Lain.

Es un

vejezuelo mequetrefe,
y yo le diré bien presto
quien yo soy.

Carlos.

¿Cómo?

Lain.

A cachetes:
¡vive Christo! ¿yo ladron?

Sale Tocino.

Ahí te buscan dos mugeres
muy tapadas.

Carlos.

¿Sabeis bien
¿que es á mí?

Tocino.

Sí.

Carlos.

Pues dí que entren.

Lain

El onceno no estorbar:
Señor mio, usted quede
con Dios, que por la otra puerta
me voy,

Carlos.

¿Pues sea quien fuere,
qué estorbais vos?

Lain.

Yo me entiendo,
y no estoy para meterme,
despues de ladron, á donde
me emplumen por alcahuete. *Vase.*

Carlos

¿Quién será quien á mi casa
viene á buscarme?

ESCENA II.

Carlos Leonar y Luisa.

Leonor.

Quien viene
huyendo de una curiosa
grosería impertinente.

Carlos.

¿Leonor?

Leonor.

A buscarte, Carlos,
salí, para que supieses
como mi padre ... mas esto
tiempo habrá en que te lo cuente.
Llegué á tu calle, y en esa
esquina encontré á Don Felix,
y encarándose al pasar,
como que reconocerme
queria aceleró el psso:
yo, antes que igualar pudiese
contnigo, me entré hasta aqui,
no dudo que tras mí viene;
mira....

Carlos.

No hay en qué pararse
siendo así lo que refieres:
salte por aquella puerta,
que á dar á otra calle viene,
mientrss al recibimiento
me adelanto á detenerle. *vase.*

Luisa.

Una vez que nos echamos
á la calle, el diablo quiere
quc todo el mundo nos vea.

Leonor.

Si tú no me persuadieses
que salieramos...

Luisa.

Señora,
si de cuidado te mueres
por saber él....

Leonor.

Dejemos
eso, y sigueme. (1)

ESCENA III.

Doña Mencia è Ines con mantos.

Ines.

¿No es este
cuarto el del señor Don Carlos?
¿Niñas, son mudas ustedes? (2).

Mencia.

¡Buen encuentro al primer paso!
Ines, estoy por volverme.

Al paño Leonor y Luisa.

Luisa.

¿No nos vamos?

Leonor.

¿Era facil,
viendo que dentro se quedan
del cuarto de este alevoso
dos tapadas, que parecen
mugeres mas que ordinarias
en la traza?

Luisa.

Aquestas siempre

---

(1) *Al entrarse sale Doña Mencia è Ines con mantos.*
(2) *Entrase Doña Leonor y Luisa.*

traen lo mejor.

Leonor.

Yo he de verlas,
salga por donde saliere,

Luisa.

Pues aquí hay un aposennto,
en él puedes esconderte. *escondese*

Mencia.

O nunca, Ines mia, viniera
á ver la ofensa patente
de tan claro desengaño!

Ines

Los hombres son de una especie
todos

Mencia

Y el peor Don Carlos.

Ines.

Mal fuego de Dios los tueste.

ESCENA IV.

Dichas y Don Carlos.

Carlos.

Que no advirtiese en decirla, *ap*
¡que un instante se escondiese
á Leonor! pero aqui está:
¡Qué bien hiciste en no haberte
ido, mi bien! que ya estamos
sin ningun inconveniente.
Bien te puedes descubrir:
¿pero que es esto? ¿enmudeces?
¿es enojo dueño mio?
¿en qué he podido ofenderte?
Si acaso Doña Mencia,
desde el fingido accidente

que sabes, te ha dicho alguna
mentira. en cuanto á que fuese
mas el haberla querido
que una diversion alegre,
vive Dios, que te ha engañado.

Ines.

¡Áy hombre mas insolente!

Carlos.

Que ya, desde que te ví,
en tal grado la aborrece
mi pecho, que solo en verla
juzgo que miro mi muerte.

Mencia.

Vivas mil años Don Carlos; (*descúbrese*).
que ya con tan evidente
desengaño...

Carlos.

¡Santos Cielos, *ap.*
qué es esto que me me sucede!

Mencia.

Trataré de no inquirir
cual fue el motivo de haberme
olvidado, y si es ó no
aquel lance, que os moviese
de reja y de cuchilladas.

Carlos.

Mencia, si, cuando, siempre....

Ines.

Ahora hace la del turbado:
mal haya quien no le muele.

Al paño Leonor y Luisa.

Leonor.

Dejame entreabrir la puerta,
veré en lo que se detiene
Don Carlos tanto.

Luisa.

No está
muy mal divertido.

Leonor.

Atiende.

Carlos.

Es posible que has creido
que yo no te conociese
al instante, y qué por burla
¿te llegué á hablar de esta suerte?
(Forzoso es disimular)
¿No me conocés, pues crees
que haya hombre que de veras
hable asi de las mugeres?

Mencia.

No sé; pero para burla,
no es muy mal antecedente
haber yo por esa puerta
entrado, y ver que saliesen
dos tapadas.

Carlos.

¿Y las viste
las caras?

Mencia.

¡Jesus mil veces!
no te asustes, que no pude.

Carlos.

¡Vióse mas estraño trueque! *ap.*
Leonor se fue, y al salir.
debio de entrar: ¡hay mas fuerte
desgracia! ¿Doña Mencia?

Leonor.

¡Ah falso! ¡ah tirano! ¡ah aleve!

Luisa

¡Ah pícaro mentiroso

dirás, y viuda verde!

Leonor.

No le culpes, que nos culpas.

Carlos

Lo que has visto no te debe
disgustar, que Don Lain,
este asturiano mi huesped,
ha dado en tener visitas,
y yo dudaré que fuesen
algunas mugeres ruines,
de aquellas que él buscar suele.

Leonor.

¿Luisa no ves cual nos pone?

Luisa.

Así le honren sus parientes.

Carlos.

Y asi (pues está Leonor *ap.*
donde escucharme no puede,
fuerza es fingir con Mencia,
y asegurarla) no pienses,
amada enemiga mia,
que este acaso ha de valerte,
disculpando tus traiciones,
con que te quiso y te quiere.

Mencia.

¡Ay Don Carlos, como es facil!....

Ines.

¿Señora, pues tú le crees?

Mencia.

Que yo viva persuadida
á que una centella ardiente
del pasado amor, hoguera
que en otras aras se enciende....

Carlos.

No me nombres eso,

(perdona, adorada ausente)
que para que reconozcas
que tú sola el dueño eres
de mis penas y mis glorias,
de mis males y mis bienes...

Leonor.

Luisa, no puedo sufrirlo,
yo salgo.

Luisa.

¡Qué así te arriesgues!
¿Quieres que á padre lo diga?

Leonor.

¿Y querra ella que lo cuente
á su hermano? á bien que estamos
obligadas igualmente.

Carlos.

Está tan lejos Leonor
de que yo la considere,
de que su amor solicite,
de que yo en su casa entre....

ESCENA V.

Dichos y Leonor.

Leonor.

Como cerca de escuchar,
las atenciones que hoy debe.

Inés

Cayóse la casa acuestas.

Sale Luis.

Acá está toda la gente.

Carlos.

Leonor, pues vienes, pues vas....

Luisa.

Tú eres quien ni vas ni vienes.

Carlos.

¡Habrá hombre mas infeliz! *ap.*

Mencia.

¿Leonor, pues tan indecente
accion vos? ¿una doncella,
que padre tan noble tiene,
en casa de un hombre?

Leonor.

Mencia,
pues una viuda se atreve
á esta indignidad, teniendo
un hermano que la zele?

Mencia.

En mí fué casualidad.

Leonor.

Pues en mí ha sido accidente.

Mencia.

¡Si Don Ordoño os hallase!

Leonor.

¡Si Don Felix lo supiese!

Mencia.

Decís bien: sígueme, Ines.

Leonor.

Bien ádvertís: Luisa, vente.

Carlos.

¿Mencia? ¿Leonor?

ESCENA XVI.

Dichos, y salen Don Ordoño y Don Felix, y se echan los mantos.

Ordoño.

¿Don Carlos?

Leonor.

¡Ay Jesus! mi padre es este. *ap.*

Felix.

No es facil me detengais,
Don Carlos.

Mencia.

Cielos, valedme, *ap.*
que este es mi hermano.

Carlos.

Llegó
el mal hasta donde puede:
amparaos de mí.

Luisa é Inés.

¡Ay que susto!

Carlos.

¿Pues Don Ordoño y Don Felix,
qué mandais?

Ordoño.

Viven los cielos *ap.*
que al taparse me parece
que ví de Doña Mencia
la cara.

Felix.

Si no mienten *ap.*
mis sospechas, de Leonor,
al ir el manto á esconderle,
imagino que ví el rostro.

Carlos

¿Qué suspension os detiene?

Felix.

A mí ninguna, pues ha
rato que estoy desde enfrente
aguardando de una duda
á salir, y no hay que espere,
pues en vos consiste.

Ordoño.

A mí

otro estímulo me mueve,
y vos lo habeis de aclarar.

Carlos.

¿De qué forma?

Felix.

Con traerme
conmigo yo aquella dama.

Ordoño.

Con que aquella dama quede
en su casa acompañada
de mí,

Leonor.

Mi fatiga crece.

Mencia.

Sin mí estoy. ¡Cielos Divinos!

Carlos.

No os espante el suspenderme
oir que haya quien proponga
accion de tan vil especie:
señor Don Ordoño, amigo
vuestro soy; señor Don Felix,
yo no soy vuestro enemigo;
pero el que juzgue, el que piense
lograr su intento en mi agravio,
pase por donde pudiere. (1)

Felix.

Así lo haré.

Ordoño.

Vive Cristo,
que todos somos valientes.

Leonor.

¡Fuerte lance!

---

(1) *Saca la espada.*

Mencia.

¡Raro aprieto! ap.

ESCENA VII.

Dichos y Lain.

Lain.

Tened, ¿qué alboroto es este?

Los dos.

Don Carlos os lo dirá.

Carlos.

Que estos caballeros vienen
á reconocer mi casa.

Lain.

¿Y quién en eso los mete
á los muy desvergonzados?

Felix.

Mirad....

Lain.

Vaya el mequetrefe:
¿y el vegetillo no sabe
que tengo ofrecido hacerle
por la pasada, un ojal
en la mollera de á geme?
Don Carlos, vayan abajo:
¿con mi amigo zarambeques?

Carlos.

Oid, atended....

Lain.

¿Ah Toribillo?
A Tocino, dadle á ese,
que á estotro, baste ser suegro,
para que yo le despierne.

ESCENA VIII.

Dichos, Toribillo y Tocino; y riñen.

Tocino.

Viva la honra lacayuna.

Toribillo

You con mi amu diré siempre
á desatentos cuchinos:
¿con mi amigo zarambeques?

Felix.

Ah villanos, que sois muchos.

Lain

Tú eres el villano, y mientes. (1)

Ordoño.

¡Hay mayor bruto!

Carlos

Don Lain,
no hay forma de detenerle.

Dentro Lain.

Ahora vereis el ladron,
como os machuca las liendres.

Carlos

Leonor, por aquella puerta.

Leonor.

Ya sé la que es, quita, aleve. *Vase.*

Carlos.

A aquella puerta, Mencia.

Mencia

Traidor, guia á la que quieres. *Vase.*

Carlos.

Luisa, Ines....

---

(1) *Metelos á cuchilladas.*

Las dos.

Vaya de ahí,
que és un enreda mugeres. *Vanse.*

Carlos.

Ya puestas en salvo, es fuerza baje,
y la pendencia medie:
¡Cielos! ¿En qué pararán
confusiones tan crueles?

ESCENA IX.

Aurelia.

Tirana suerte de infeliz destino,
que sin norte, sin senda ni camino,
guias mi juicio errante,
como la incierta luz al caminante,
¿dónde vas? A que no entre este tormento
en los espacios de mi entendimiento,
turbando mi retiro,
pues es vana tu empresa: ¡mas qué miro!

ESCENA X.

Dichos, y al paño Leonor y Luisa, que se mete.

Leonor.

A desnudarte, Luisa.

Luisa.

Anda, quítate el manto, aprisa, aprisa.

Aurelia.

¿Qué traes, Leonor, qué es esto que te afana?

Leonor.

Toma este manto, hermana,
toma aquesta basquiña,
que ya vuelvo por ella. *Dásela.*

Aurelia.

Espera niña. *Vase.*

Leonor.
Busca en ella mi caja y mi pañuelo.

ESCENA XI.

Aurelia y Ordoño.

Ordoño
Alcanzólas mi prisa, vive el Cielo.
A la calle salîmos,
y de conformidad nos dividimos;
adelantéme yo con veloz paso,
á ver si hallaba la tapada, acaso
que hácia casa venia,
y entró acá, mas no al cuarto de Mencia,
sino al mio, y ya (¡ áh pesares!) creo
si alguna de mis hijas: ¡ mas qué veo!
Aurelia.
No vuelve por estos trastos,
yo los voy á entrar.
Ordoño.
Espera:
vive Dios, que la basquiña
que ví á la tapada es esta.
¿Has salido tú de casa
hoy?
Aurelia.
Señor, á la Iglesia.
Ordoño.
¿A la Iglesia? no, sino es
donde tu linage afrentas:
¿de dónde vienes?
Aurelia.
Señor,
¿no lo he dicho ya?

Ordoño.

Esas señas
con que te cojo en las manos,
es imposible que mientan.
Dime, ¿á qué fuiste á la casa
de Don Carlos?

Aurelia.

Santa Eugenia,
San Anacleto, San Juan
de Porta-Latina sean
conmigo: ¡Jesus mil veces!

Ordoño.

No seas pataratera,
responde.

Aurelia.

¡Yo en casa de nadie,
y mas á tal indecencia!
¡Yo en casa de un hombre mozo!

Ordoño

¿Para qué, aleve lo niegas,
si te vi allá dentro, y luego
que se acabó la refriega,
me adelanté á todo paso
para ver si en casa entras?
Y despues de verte entrar,
sin que ni aun lugar tuvieras
de quitarte esa basquiña
y ese manto, (bien lo muestra
hallártelos en las manos)
¿dí con toda la evidencia
que deseaba?

Aurelia.

Señor,
cosas estrañas me cuentas.

Ordoño.

Pues mas estrañas serán,
infame, hipócrita, perra,
cuando á mis iras acabes. (1)

Aurelia.

Hacer un mártir intentas
sin culpa; pero mi vida,
en tus manos se encomienda,
padezca yo por mi hermana.

Ordoño.

¿Cómo por tu hermana?

Aurelia.

Es que ella
fué la que ahora entró turbada
con Luisa, y las dos tan muertas,
que aun no podrán respirar:
la una se entró con gran priesa
á desnudar; y la otra
dejó en mi mano estas prendas.
Esta es, señor, la verdad.

Ordoño

Mira qué dices, no mientas.

Aurelia

Búscalas, verás qué tristes
y turbadas las encuentras.

Dentro Leonor.

Bueno estuviera el logro
que amor anhela,
si no hubiera osadía
donde hay finezas.

Ordoño.

¡Qué turbadas y que tristes

---

(1) *Empuña la espada, y se pone de rodillas Aurelia.*

están! ¿No lo oyes, Aurelia?

Aurelia.

Pues ellas fueron.

ESCENA XII.

Dichos Leonor con un papel, y Luisa.

Leonor.

¿No ves
que son dos semicorcheas?

Luisa.

¿Qué importa, para que tu
no te adelantes?

Leonor.

¡Pues. bestia,
no es fuerza, si el bajo dice:
ut, mi, sol, que yo dijera:
fa, sol, la?

Ordoño.

Leonor.

Leonor.

Señor.

Ordoño.

¿Qué haces?

Leonor.

La mañana entera
gastar sin provecho.

Ordoño.

¿Cómo?

Leonor.

Cantando, sin ley ni rienda,
porque no hay quien acompañe.

Ordoño.

¿Con que no has salido fuera?

Leonor.

¿Yo, á qué? Si antes deseara,
segun mi genio embelesa
la música, que por solo
cantar un año tuviera
cada mañana, y aun no
me cansara la tarea.

Aurelia.

¡Válgame Dios, y qué enredo!
¿Con que tú ahora no entras
con Luisa, toda turbada,
y en mis propias manos dejas
esta basquiña, este manto?

Leonor.

Sí, que tu eres mi doncella.
¿A tí te habia de mandar
me desnudases, Aurelia?

Luisa.

¿No estaba yo aquí, señora?
Digo, no es mala la fresca,

Ordoño.

No tuvo lugar de haber
desnudandose, aunque fuera
demonio.

Aurelia.

Ahora digo que
negarás que el Sol calienta.

Leonor

Y tú, que la nieve enfria;
pues has salido y lo niegas
y eres la que entró turbada
hasta aqui, donde con medias
palabras (de la fatiga
de tu pecho claras muestras)
me digiste: hermana, padre,

Carlos, Felix, y pendencia;
á que no entendí, por irme
donde mi estudio me espera,
mientra tú te desnudabas

Aurelia.

¡Que esta traicion se consienta!
¿Leonor, qué dices? Repara
que eso es contra tu conciencia.

Leonor.

Y es en favor de la tuya
querer (no hay que hacerme señas)
¿levantarme un testimonio?
¿Luisa, ves aquello?

Luisa

Deja
de decirnos que callemos,
que hablar la verdad es fuerza.

Aurelia

¡Ah infames! que estais las dos
para las máquinas vuestras
unidas,

Leonor.

¿Porque tú á todas
nos recatas tus ideas:
no eres tú la gazmoñita

Ordoño

Basta, que yo de este juicio
fulminaré la sentencia.
¿Tú no me dices, Leonor,
que hoy no has salido?

Leonor.

Es tan cierta
esa verdad...

Ordoño

¿No te he hallado

yo á tí recogiendo velas
de manto y basquiña?

Aurelia.

¿Yo?

Ordoño.

No hay que decir, las sospechas
contra tí Aurelia resultan,
y es fuerza poner enmienda.

Luisa.

¡En lo que hemos metido
á la pobre! *ap.*

Leonor.

Ya me pesa *ap.*
de verla mortificar.

Ordoño.

Tú....

Leonor y Luisa.

Mas, va que la encierra. *ap.*

Leonor.

Te has de casar con Don Carlos,
que basta que hayas tus huellas
puesto en su casa: no tienes
que ponerte tan suspensa.

Leonor.

¡Ay, Luisa! ¿qué es lo que escucho?
Volvióse hácia tí la flecha.

Ordoño.

Tu, Leonor, porque deseo
que la venturosa seas,
entre Don Lain y Don Felix,
escoge al que te parezca;
y porque en casos como estos
si Don Carlos, Don Lain
y Don Felix, en mi ausencia
vinieren, lo que os ordeno

es disimular contentas
y con bueu rostro: á Don Carlos
no has de hablar lo que no sea
música; y lo contrario,
Leonor, me ha dar Aurelia
aviso, y yo á tí el castigo:
y como tu hermana quiera
hablar con los otros dos,
tú has de ser su centinela.
Pero no es menester tanta
prevencion, presto la vuelta
daré á poner en mi honra
el remedio que convenga.

ESCENA XIII.

Aurelia Leonor y Luisa

Aurelia.

No tengo otra accion, ingrata
hermana, enemiga fiera,
de vengar el testimonio
que contra mi honor inventas,
que ser yo contra tu amor;
no porque nada merezca
Carlos en mi estimacion,
sino porque tú no tengas
el gusto de que le cuente
las burlas con que me afrentas.
Continua espía he de ser
atalaya de tus pasos;
ni una palabra siquiera
has de hablarle.

Leonor.

A bien que yo
puedo en la própia moneda

desquitarme.

Aurelia.

Yo te doy,
como halles en qué, licencia
de que á mi padre me acuses;
aunque si tanto te precias
de mentir, no importa no haya
causa para suponerla. *Vase.*

Luisa.

Mal nos salió este enveleco:
mejor mil veces nos fuera
que supiese que eras tu.

Leonor.

¿ Para que?

Luisa

Para que ciega
su ira, te diese el castigo
en Don Carlos; que deseas.

Leonor.

Luisa, confieso que en Carlos (1).
no hay mas caudal que nobleza,
que es pobre, y que es despreciado.

ESCENA XIV.

Leonor Luisa y Don Carlos.

Carlos.

Pues si todo eso confiesas,
no estrañarás las desdichas
á que le induce su estrella,
siendo, bellisimo dueño,
la mayor de todas ellas
tenerte ofendida á tí;

(1) *Al paño Don Carlos.*

pero siendo tan perfecta,
que nada te falta, cómo
puede faltarte Clemencia?

Leonor.

¿Pues con tan poco temor,
Carlos, mi casa penetras?

Carlos.

Vi abierta la puerta, y aunque
cerrada se considera
la de tu oido....

Luisa.

Advertid
que ya os ha visto Aurelia.

Leonor.

Pues no puedes proseguir,
sino es que cantando sea.

Carlos.

¿Por qué?

Leonor.

Porque de esa forma
solo se te da licencia.

Carlos.

¿La causa?

Leonor.

No la preguntes;
y atiende....

Carlos.

¿A qué?

Leonor.

A mi respuesta.

Carlos.

Solo esta vez me ha servido
de algo habilidad tan necia,
que ha de hacerse el gusto de otros,
ó quiera el dueño ó no quiera.

Canta.

Celosa tortolilla,
que de tu bien te quejas,
¿dime desde que falto,
qué ha habido en los espacios de la selva?

Canta Leonor.

Que aquel violento influjo
que mi vida alimenta,
quiere darme otro esposo,
y yo aunque ingrata, amo otras finezas.

Carlos.

Pues si ese es el motivo....

Leonor.

Pues si la causa es esa...

Los dos.

De los tiernos cromáticos que exalas,
con gran razon (¡ó tórtola!) te quejas.

Recitado, Carlos.

Pues en premio, bien mio,
de que resistas un poder tirano,
delante de quien causa tu desvio
te he de satisfacer de un temór vano.

Recitado, Leonor.

Si tal hicieres, lograrás la mono
de tu amada pastora,
pues ya verás que solo á tí te adora
mi corazon atento:
¿pues qué fué lo que he oisto?

Carlos.

Un fingimiento

Duo Leonor.

Pues no temo la batalla....

Carlos.

Ni á mì el susto me avasalla....

Los dos.

De un combate superior,
si canta victoria amor.

Leonor.

No me engañes, pues te creo.

Carlos.

Tu beldad logró el trofeo.

Leonor.

Mucho esplica....

Carlos.

Poco yerra.

Los dos.

Quien llama dulce una guerra,
que afirma una paz mejor.

Luisa.

¿No dice, si yo penetro
metáforas de poétas,
que delante de Mencia
te ha de dejar satisfecha?

Leonor.

Sí.

Luisa.

Pues manos á la obra;
no aguardes que el viejo venga
armado de boda en ristre:
advierte que el tiempo estrecha.

Dentro Lain.

Ah de casa.

Luisa.

Tome usted
si tardó la moledera.

Leonor.

Yo no quiero que se vaya
Carlos.

Luisa.

Pues en esa pieza,
mientras voy á nuestra espía,
la embobo con una arenga,
¿no puede entrarse?

Leonor.

Bien dices:
¿Carlos?

Carlos.

¿Mi dueño, qué intentas?

Leonor.

Que veas cuanto me debes,
pues el término se acerca.

Carlos.

¿De qué?

Leonor.

De que como tú
satisfagas mis sospechas,
dulzuras pague á dulzuras,
y harmonías á finezas.
Entrate en ese aposento,
y así que oigas....

Dentro Lain.

¿La podenca
de la criada, no me oye?
Abre aquí, ó rompo estas puertas.

Leonor.

Así que oigas que imperiosa
mi voz, algo desde afuera
te pregunta, dulcemente
responde, cantando, á ella.

Carlos.

Conforme me preguntares
corresponderé.

ESCENA XV.

Leonor, Luisa, Don Lain y Toribillo.

Lain.

¡Hay tal flema!
¿Esta casa, que ha de ser
mia, ha de ser de algun bestia?
¿Que llama un medio marido,
y están durmiendo las puercas?

Toribillo.

Esu, á quien ronca roncalle,
non quieren roncas, non duerman.

Leonor.

¿Pues cómo entrais vos asi
donde yo estoy?

Lain.

Calle ella,
mi casi muger.

ESCENA XVI.

Dichos y Aurelia.

Aurelia.

¿Qué es esto?

Lain

No chiste mi muger media,
que esto es irlas enseñando
para cuando me merezcan.
¿Habia yo de consentir
que mi muger no me fuera
á buscar todas las noches
con zapatos y linterna,
donde estaba conversando,
aunque estuviera una legua?

Vive Cristo, que al mal uso
de Madríd, entrambas piernas
le he de cortar, que aquí son
las mugeres las que huelgan,
y el que trabaja el marido.
En Astúrias va á derechas,
la muger en el trabajo,
y el marido en la taberna.

Toribillo

Esu es, mugeres y burras
llu proprio son en mi tierra.

Aurelia.

¡Qué descortés!

Leonor.

¡Qué indiscreto!

Lain.

Chito, no me desvanezcan:
ah criada.

Luisa

¿Qué es criada?

Lain.

¿No me responde? ah sirvienta.

Luisa

A mí no se me habla así.

Lain

Pues sobre tu alma: ha doncella,
baja, y á Doña Mencia
dila que al instante ascienda,
que aquí delante de todos
tengo de hacer la protesta
á mi suegro, que no son
para sufrirse materias
tan sutiles, porque pueden
parar en una apostema;
y mientras sube Leonor,

ráscame tú la cabeza:
tú, Aurelia, vé á la cocina
y disponme la merienda.

Leonor.

Que erais nécio, desde el punto
que os ví, lo noté.

Lain.

Tontuela,
harto mas nécia eres tú,
pues vives sin mí, y sosiegas.

Leonor.

Mas no creí que llegase
tanto vuestra grosera,
ruin, indecente, intratable
bestialidad.

Lain.

Pasion ciega
de amor; mas ni aun con todo eso
habeis de asir la prebenda:
vos, Aurelia...

Aurelia.

¿Qué decís?

Lain.

Que me pareceis muy tiesa,
y yo os quiero para esposa,
no para poste de Iglesia.

Aurelia.

Pues yo á vos, ni aun para sombra.

Toribillo.

¿Es porque el cuerpo deseya?

Aurelia.

Si no mirara...

ESCENA XVII.

Dichos, Don Ordoño y Don Felix.

Ordoño.

Aquí á solas
vereis como todo queda
dispuesto: ¿mas, Don Lain?

Lain.

Don Suegro, requiem eternam:
huélgome que con Don Felix
vengais, y estas damiselas
esten aquí, porque os traigo
que encajar una receta,
á que ayuda Toribillo,
que es discreto.

Toribillo.

Echala fuera;
que ya verán llas jacones
si saben llas espardeñas.

Felix.

¿Ha de ser á solas?

Lain.

Nones,
no es solo, que es á cuarenta.

Ordoño.

Pues decid: (1)

Lain.

Oyes, alarve,
en viendo que aflojo aprieta:
señor suegro, entre los dos
su llamada y mi venida,
esto ha sido por su vida.

(1) *Saca un papel, y vá leyendo.*

Toribillo.

Mejor muerte lle dé Dios.

Lain.

Tras una boda mezquina
me hizo venir como un caco
sobre los lomos de un faco.

Toribillo.

Famoso para cecina.

Lain

En el empeño me enjaula,
y quiere embocarme entero
un bodorrio sin dinero.

Loribillo.

Doyte al demonio, que es maula.

Lain.

Cuando hablo en casarme, amorra,
para que me descogote,
y lo que espero es el dote.

Toribillo.

Verde está, dijo la zorra.

Lain.

Yo he gastado con ahinco,
y vuestra bolsa se estanca,
y hoy por hoy estoy sin blanca.

Toribillo.

Como mais de veinticinco.

Lain

Muger quiero con caudal,
que hermosa, de gran viveza,
en la Corte, y con pobreza....

Toribillo.

Esu non, que huele mal.

Lain.

Y asi venga en conclusion
lo que por vos he gastado,

y mi dinero cobrado...

Toribillo.

Echéte mi bendicion.

Lain.

Que sin enfado ni riña
me volveré á mi lugar,
pues allí para casar...

Toribillo.

Non falta una marusiña.

Lain.

Esta es la arenga, usted ahora
dé la respuesta.

Ordoño.

Y sucinta.

A un tan gran nécio, que pone
su conato en su codicia,
pues por interés las quiere,
no le vendo yo á mis hijas;
y agradeced que tan torpe
proposicion, tan inicua,
por conocer vuestra falta,
se escucha y no se castiga.

Lain.

A tan grande desverguenza
(sal aqui, mi herde esquinas)
no hay otra respuesta: digo,
Leonor, acá, Aurelia, Luisa,
detrás de mí

Felix.

¿ Pues que intentas?

Lain.

¿ Qué intento? estas tres son mias

Sale Ines.

Mi señora....

Lain.

Esta tambien:

Sale Mencia.

Yo vengo á buscarte, amiga,
con animo....

Lain.

Tambien esta: (1)
así estubieran tres dias
viniendo, como de todas
me he de apoderar; y vistas,
elegir lá que quisiere:
veamos cómo me las quitan.

Felix.

Vive el Cielo, que á una accion (2)
tan villanamente indigna....

Ordoño.

Tened la espada Don Felix,
que esto no ha de ser porfia
sino es razon, y para eso
obrará á tiempo la ira.

Lain.

¿Qué es obrar? gasten ustedes
frases de Caballería,
que á buena cuenta soy gallo
de esta parva de gallinas.

ESCENA XVIII.

Dichos y al paño Don Carlos.

Carlos.

Voces escucho: esta puerta,
para oir quien las motiva,
quiero entre abrir.

(1) *Pone Don Lain á todas á las espaldas.*
(2) *Empuñando la espada.*

Ordoño.

Lo primero,
Don Felix, una noticia
habeis de tener: ya ha tiempo
que adoro con fé rendida
la soberana belleza
de vuestra hermana Mencía;
en lo que me habeis hablado
pronto estoy, como la misma
fineza ordena, logrando
mi fé lo que solicita.

Lain.

¿Doña Mencia? nequaquam
que ya tengo consentida
mi idea, en que ha de parirle
seis machos á mi familia.

Felix.

Don Ordoño, la respuesta
de ella ha de ser, que no quita
mi amor lo que le dá el Cielo
á hermana que tanto estima.
Ella ha de elegir.

Mencia.

Ay Carlos, *ap.*
si yo sé que tu me olvidas
por otra, y sin tí no puedo
vivir, en tanto que viva
cualquier sepulcro le basta
á un amor que ya es ceniza:
Don Ordoño, pues no tiene
inconveniente el que diga
lo que reservais, no acepto.

Lain.

Eso sí, no aceptes, niña.
¿Era facil me trocase

á mí por una estantigua?

Mencia.

No acepto el ser vuestra esposa,
tanto por lo que acreditan
vuestra constancia y cariño,
como por el qué dirián
de que á mi reja vinieréis
con Don Carlos, cuya fina
atencion me festejaba;
que esto, segun me lo afirma
Ines, fue causa que el
mil desaires me repita.
Y aunque porque la perdone,
viendo cuan de veras pida
perdon, nada me recate,
diciendo que su codicia
le hizo fingir Don Ordoño,
los favores que os vendia
sin saberlo yo; no obstante,
fuerza es borrar la malicia
y castigar á un ingrato,
cuya infiel alevosía,
desde este lance ni me oye,
ni me atiende ni me mira. (1)

Leonor.

¿Qué mas claro desengaño
que confesarlo ella misma?

Carlos

Con Don Ordoño fue el lance:
fortuna, ¿quién lo diria?

Lain.

¿Con que usted, señora viuda,
se envieja y se empergamina?

(1) *Dale la mano á Don Ordoño.*

pues vaya con mil demonios:
á Dios, y va una.

Felix.

Mencía
hizo lo que deseaba
yo: con que de vuestras hijas
la hermosa Leonor....

Lain

¿Qué es eso
de Leonor? ¿y mi venida?

Carlos.

Pendiente estoy de su labio.

Ordoño.

Vuestra respuesta es la mia;
ella ha de escoger: Leonor,
llegó el caso de que eligas.

Leonor

Pues si llegó, y de tí propio
escuché, señor, que habia
en Don Lain....

Lain.

¡Ah marraja
de buen gusto! Esta me pilla.

Leonor.

Riqueza, sangre y poder,
para que abundantes sirvan
á mi pompa y vanidad;
y en Don Felix bizarria,
entendimiento, y bastante
caudal para que me asista,
prendas entre cuyos logros
la imaginacion vacila:
¿qué hay que esperar, sino es que haya
cariño que pueda unirlas,
correspondencia que enlace,

y amor que no las divida?

Felix.

Ese, por mí yo le ofrezco.

Leonor.

Y yo enviaré á la botica
por él, aunque no le gasto.

Carlos.

¿Dónde, Leonor, ansias mias,
va á parar?

Leonor.

Pero no siendo
fácil que gustosa viva,
pues de los encantos propios
de amor es fuerza que elija,
entre vanidad, riqueza,
ingenio y fausto, ¿hay quien diga
en cual de estos el amor
sabe fundar sus delicias?

Don Carlos canta dentro.

De los Hechizos de Amor,
la Música es el Mayor.

Leonor.

Pues si es el mayor, el viva.

Felix.

Esta es la voz de Don Carlos.

Ordoño.

Infame, tú le escondías:
¡vive el Cielo!

Leonor.

Señor, tente,
pues si es mi esposo, y venia
á darme leccion, ¿qué importa
que en favor de ambos repita

ESCENA XIX.

Dichos y Sale Don Carlos cantando.

De los Hechizos de Amor,
la Música es el Mayor.

Ordoño.

Don Felìx, cosa es precisa
que cedamos.

Carlos y Leonor.

¡Qué gran bien

Lain.

Otra se me escurría:
á Dios, y van dos.

Felix.

Pues ya
que no merecí esa dicha,
á Aurelia, si me la deis,
pagaré lo que me estima.

Ordoño.

Ya es vuestra.

Lain.

A Dios, y van tres.

Aurelia.

Acabaron mis fatigas.

Felix.

Con vos nada echare menos.

Tocino.

¿Señor, me das á Luisilla?

Ordoño

Ya es tuya.

Lain.

A Dios y van cuatro.

Tocino.

Novios somos.

Luisa.

Como hay viñas.

Martinez.

Si merezco á Ines....

Ordoño

Llevadla.

Lain

A Dios, y van cinco: ¡ hay prisa
mayor de irme despojando!
¿Y ahora hecho yo un mojarrilla,
con lo gastado gastado,
y sin novia, á qué pocilga
me iré á meter?

Tocino.

A lla terra,
á cuidar de nosas viñas
y noso pan.

Lain.

Dices bien,
que para las engañifas
de las bodas de hoy, mejor
es la celibatería.

Todos.

Y pues de Hechizos de Amor,
la Musica es el Mayor;
por todos es bien que pida
perdon nuestro rendimiento,
y dos ó tres palmaditas.

El Montañés en la Corte.

Esta comedia es del mismo género que la del Dómine Lucas, y aun se parece alguna cosa en el plan; pero el personage principal es en aquella mas cómico y original que en la presente. Don Lain viene á casarse con Doña Leonor, amante de Don Carlos, y solo trata del dote, que es lo que llama su atencion. Nada le importan las gracias ni la belleza de su prometida esposa; y si muestra alguna inclinacion amorosa, es á la viuda Doña Mencía, á quien ha abandonado Don Carlos por Leonor. El padre de esta ama igualmente á la viuda al mismo tiempo que Don Lain, y ambos tratan de ocultarse en su casa para declararla su atrevido pensamiento. La Escèna en que Don Lain, escondido en la alhacena, se come los bizcochos y los dulces del refresco; y todas las siguientes hasta concluir el Acto Segundo, son muy cómicas, están llenas de gracias, y tienen un movimiento tan rápido y dramático, que causa admiracion.

No es menos apreciable la Escena primera del tercer Acto, en que Don Lain se presenta con un brazo entrapajado; y un parche en un ojo.

Lain.

¡Mal haya el alma y la vida
que á galantear me metió!

Carlos.

¿En suma, qué sucedió?

Lain.

Viendo mi intencion perdida
me emboqué en una escalera
que iba al cuarto principal,
(¡nunca hubiera yo hecho tal!)

que alboroté de manera
con la cara y los tiznones
que el chocolate me puso,
que todo el tropel confuso
empesó á decir: ¡Ladrones!
Disparáronse vecinos
y criados con puñales,
con espadas y varales;
y entre tantos asesinos
llegaron, y aseguradas
las manos, me conocieron;
pero antes que ellos, cayeron
sobre mí tantas patadas,
que hecho un mísero despojo,
saqué roto el espinaso,
tuerto este derecho *braso*,
y *desconcertado* este *ojo*.

Todas las Escenas siguientes tienen mucha viveza, y son muy interesantes, por la situacion apurada en que se hallan los principales personages, especialmente cuando Leonor deja en manos de su hermana Aurelia el manto y la basquiña, y su padre, que viene siguiendo á las tapadas, la encuentra con ambas prendas en la mano.

El desenlace es tambien muy cómico. Don Lain va poniendo á sus espaldas todas las mugeres que se le presentan, y vá despues dejando que todas ellas se unan á sus respectivos amantes.

La intriga de esta Comedia, su progresion, los incidentes y situaciones en que coloca el poéta á los personages, tienen siempre suspensa la atencion de los espectadores, escitando frecuentemente la risa; y si el actor que representa el papel de Don Lain quiere desempeñarle con esmero, la ilusion y el agrado son completos.

Hasta los aficionados á la música, pueden satisfacer su gusto; pues los duos y arias que el poéta ha entretejido en la fábula, como una parte integrante de ella, son espresivos, interesantes, y capaces de admitir la armonia y novedad con que los compositores modernos han sabido enriquecer la música.

. . . .

. . . . .

. .

. . . .

. . .

. . . .

. . . .

. . . . .

INDICE

de las Comedias contenidas en este tomo.



MAY 12

MAR 2 '62 H

APR 13 '62 H

~~APR 26 '62 H~~

JUN 1 - '62 H